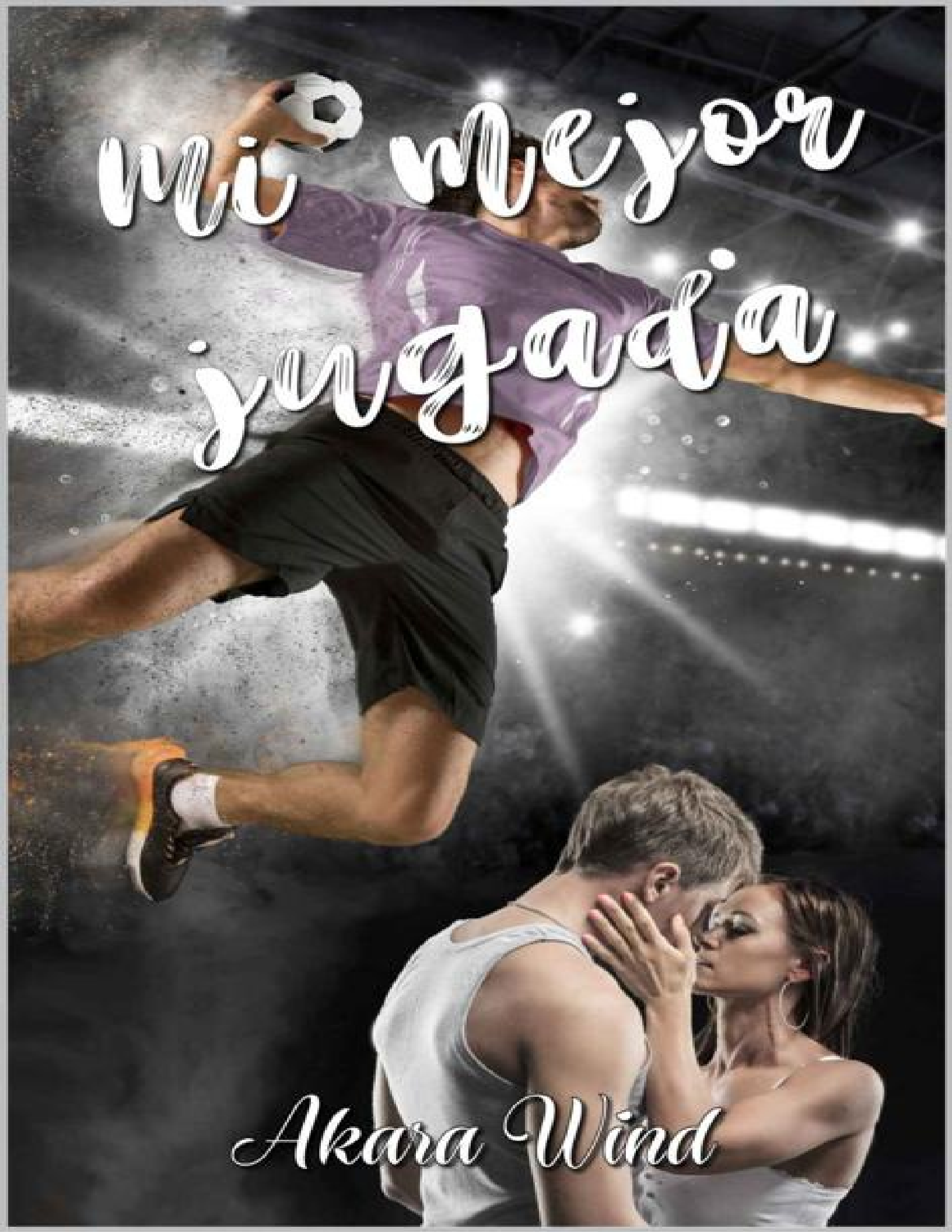

Mi mejor jugada
Akara Wind

Título: Mi mejor jugada
©2023, Akara Wind

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright.

Mi mejor jugada



ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
EPÍLOGO 1
EPÍLOGO 2

Agradecimientos
Sobre mí
Mis libros



Maddox

CAPÍTULO 1
Veintidós minutos y treinta y ocho segundos de la segunda parte

Pauso las imágenes en el preciso instante en el que el defensa del equipo contrario me empuja en pleno salto. Consigo lanzar el balón sin que el golpe afecte a la trayectoria, pero, cuando caigo, mi pie se bloquea. La rodilla se torsiona en un giro imposible que ni siquiera mis músculos y tendones trabajados pueden soportar. El crujido interno de algo rompiéndose resuena en mi cabeza. Desde fuera, solo escuchan el alarido de dolor cuando me desplomo al suelo.

El balón entra empatando el partido, dándonos una última opción de ganar la final de la Champions League de Balonmano. Ni siquiera lo vi, tampoco me importó. En ese instante en el que congelo la imagen, acabó el partido para mí y, aunque yo todavía no lo sabía, también terminó mi carrera deportiva, fue el final de «Mad Maddox».

Han pasado más de diez años y sigo siendo incapaz de ver los siete minutos y veintidós segundos que restan para que el árbitro pite el final del partido. Lo ganamos. El THW Kiel volvió a alzarse con el título de campeón de Europa. La prensa deportiva se hizo eco de nuestra apretada victoria, mientras mi lesión quedaba relegada a un par de líneas anecdóticas. Algún periódico coló una fotografía del momento en que me retorcía en el suelo, o de cuando me retiraba de la pista, ayudado por dos compañeros, pero la imagen pasó desapercibida entre los miles de instantáneas de la celebración.

Mientras mi equipo se perdía por las calles de Colonia festejando la victoria, yo iba camino del hospital más cercano. El diagnóstico fue desolador para un deportista de élite como yo: rotura del ligamento cruzado anterior y del menisco interno de la pierna derecha. Me esperaban el quirófano, rehabilitación y al menos seis meses alejado de la pista. Con suerte, podría reengancharme al final de la siguiente temporada. Suerte que, por cierto, no tuve.

La recuperación fue más lenta de lo esperado y, pese a mis esfuerzos para fortalecer la musculatura, seguía sintiendo la rodilla inestable. Me sometieron a varias pruebas y el resultado solo puso en voz de todos lo que yo ya intuía en mi fuero interno: con la pierna así, no podía cumplir con las exigencias físicas que requiere una competición de máximo nivel. Volví a pasar por quirófano y, aunque llegué a mejorar algo, el resultado final distaba mucho del objetivo deseado. Así que, en una discreta y emotiva rueda de prensa, en la que se me cortaba la voz y no pude reprimir las lágrimas, tuve que decir adiós a mi única pasión.

Mi ascenso fue rápido. Con tan solo diecinueve años, abandoné mi recién comenzada carrera universitaria y la pequeña ciudad en la que vivía, de apenas doscientos mil habitantes, para fichar por uno de los mejores clubes de balonmano de Europa: el THW Kiel.

Durante los primeros meses, entrené muy duro, pero me tocó chupar banquillo. Era bueno, como todos los que estábamos allí, así que no me quedó más remedio que esperar a que llegara mi momento. La lesión de un compañero —ni de lejos tan seria como la mía—, me dio la oportunidad de demostrar de lo que era capaz. El rival no era fácil y el partido estaba bastante igualado. Sin embargo, tras interceptar un pase del contrario y con una salida en velocidad, conseguí burlar a su defensa, vi un hueco y colé el esférico en la portería. Un par de robos de balón más y algún que otro tiro a puerta durante los minutos restantes hicieron que el nombre

que acompañaba al dorsal de mi camiseta comenzara a oírse.

A partir de ese partido, me convertí en titular indiscutible. «Mad Maddox», como enseguida me apodó la prensa especializada, haciendo un juego de palabras con mi nombre, fue galardonado con el título de jugador revelación de la temporada y, poco después, el brazalete de capitán del equipo engalanaba mi brazo, lugar que ocupó hasta ese último partido, hasta que tuve que deshacerme del uniforme del equipo para cambiarlo por la bata del hospital antes de entrar en quirófano.

Si mi llegada a la cima fue vertiginosa, la caída fue mucho más veloz. Un descenso en picado hasta lo más profundo de un pozo del que me ha costado años salir. Ha sido una época muy oscura. Estaba sumido en una espiral de autocompasión que me arrastraba más y más hasta que me olvidé de quién era: un luchador que lo dio todo por lograr sus sueños. Fue mi hermana quien me lo recordó. Estaba completamente perdido y tuvo que acudir a mi rescate. Me sacó del sucio agujero en el que vivía y me trajo de regreso a Rostock, la ciudad que nos vio crecer, en donde ahora comparto piso con ella.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer, hermanito? —Elke me arrebata el mando de la tele y la apaga, sabe que soy incapaz de ver el final del partido y puedo tirarme horas con el vídeo detenido en esa imagen.

Miro de reojo los papeles esparcidos por la mesa y resoplo. Se sienta a mi lado, me toma el rostro entre las manos y me obliga a mirarla a los ojos, de un potente color azul que heredó de nuestro padre, mientras los míos son verdes con toques castaños, que tiran hacia uno u otro color según les dé la luz, como los de mi madre.

—Creo que no tengo demasiadas opciones. Soy un tío de treinta y seis años, sin estudios y que no ha trabajado en su puñetera vida. He dejado pasar demasiados trenes sin moverme de la estación y ahora ya es demasiado tarde, todos los billetes se han agotado. Me he convertido en un parásito de mi hermana pequeña. El balonmano es de lo único que entiendo, es mi única salida.

Hace unos días, me topé de casualidad con el que fue mi entrenador en el club en el que comencé a jugar siendo un niño, a quien no veía desde hacía muchos años. Me envolvió en un fuerte abrazo, cálido y afectuoso, de esos que te reparan las partes rotas que no sabías que aún tenías. No me recibió como la gran estrella del deporte que una vez fui. Para él no era «Mad Maddox», un nombre que poca gente recuerda ya, sino aquel chaval al que le descubrió este deporte, que convirtió su afición en un sueño y se atrevió a hacerlo realidad. El orgullo brillaba en sus ojos, porque, como yo, sabe que gran parte de lo que llegué a ser, se lo debo a él.

Acompañados por un café, nos pusimos al día. Yo no tenía demasiado que contar, él estaba al tanto de la lesión que me obligó a retirarme de manera prematura y de lo que sucedió después, prefiero no hablar. En cambio, él, con sus más de sesenta años, sigue en activo, entrenando a las categorías base. Tras deshacerse en halagos y alabanzas hacia mi forma de jugar en el pasado, me ofreció la posibilidad de ser su ayudante. Su propuesta consistía en que, de momento, me hiciera cargo de dos equipos: uno masculino con niños de ocho y nueve años y otro infantil femenino, con niñas de catorce y quince años. Si se me da bien y estoy interesado, me irá cediendo más grupos de los que entrena él, de cara a liberarse en vistas a una próxima jubilación.

El sueldo es muy modesto, lo justo para cubrir mis gastos y seguir gorroneando el piso a mi hermana, pero tampoco tengo otra fuente de ingresos. Lo que gané como jugador de élite me permitió vivir unos años holgadamente y sin preocupaciones. Me engañé pensando que era una fuente inagotable. Sin embargo, hace ya bastante tiempo que la hucha se quedó vacía.

—No te infravalores, Mad. Eres capaz de conseguir todo lo que te propongas —me anima. Elke siempre ha acortado mi nombre a «Mad», por eso me gustó tanto el apodo deportivo que

eligieron para mí.

—No conseguí volver a jugar —replico entre dientes para contener la rabia que asciende amarga por mi esófago.

—¡Oh, no empecemos! —me reprende, exasperada. Hemos hablado más de mil veces de este tema—. Hiciste todo lo que estuvo en tu mano e incluso más, pero no conseguiste doblegar las limitaciones de tu cuerpo. Ahora es el momento de que cierres esa etapa de tu vida, de que te guardes los buenos recuerdos, entierres los que te hacen daño e inicies un nuevo camino. Puedes ser tú el encargado de llevar de la mano a otro niño hasta la cima.

—¡Eh, eh, para el carro! No te emociones, Elke, solo son niños a los que sus padres buscan mantener ocupados durante unas horas para que quemen parte de la energía sobrante que a ellos les falta y que, cuando lleguen a casa, les den un respiro.

—Tú fuiste uno de esos niños, Mad, no lo olvides.

Sonrío con nostalgia. Fui un polvorilla que trajo por la calle de la amargura a mis padres. No paraba quieto y poseía unas altas capacidades para meterme en líos y provocar pequeños «accidentes» que acabaron con la mitad del mobiliario de casa, por lo que no me podían quitar el ojo de encima ni un segundo. Mal estudiante, revoltoso, inquieto, incombustible… Pensaron que nos iría bien que yo practicara algún deporte. Me apuntaron a fútbol, pero no quedaban plazas, así que, de rebote, caí en el balonmano. Por fortuna.

Liv



CAPÍTULO 2
Aquí, por lo menos, no estoy sola

Me despierto siete minutos antes de que suene la alarma. La desactivo para no perturbar el descanso de quien duerme a mi lado. La sábana ha resbalado hasta quedarse alrededor de sus caderas, por lo que me aprovecho de la espectacular visión que me ofrece su espalda fuerte y musculada. La recorro con las yemas de los dedos con suavidad, como si la estuviera memorizando, o tal vez esté recordando su tacto, que se me hace hasta extraño desde la última vez.

Me gano un gruñido adormilado, casi un ronroneo, por parte de Dominik. Me detengo en seco, no quiero despertarlo, probablemente esté cansado después de una dura semana de trabajo. Quise esperarlo despierta, pero debió de llegar tarde y me pudo el sueño. Ni los cafés son ya suficiente combustible, y eso que me tomo un mínimo de tres para conseguir llegar a la noche sin desfallecer por el camino.

Una vez que acosté a Asher, me fui a la cama y cogí el libro que lleva meses sobre la mesilla. No recuerdo haber pasado de la primera página en la que me quedé en mi última sesión de lectura. Tampoco sé muy bien ya cuál era la trama. Cuando he abierto los ojos esta mañana, estaba de regreso en el lugar de la casa que parece pertenecerle, como si fuera un adorno más, y tenía a mi marido a mi lado plácidamente dormido.

Me muevo con sigilo por la habitación. Por suerte, ayer dejé la ropa preparada, así que no necesito encender la luz. Me ducho en el baño del pasillo y bajo a la cocina para preparar el desayuno. Cuando el aroma a café recién hecho inunda mis fosas nasales, consulto el reloj. Voy bien de tiempo. Me puedo permitir el lujo de desayunar tranquila, de degustar cada sorbo y cada bocado de las tostadas que lo acompañan. Después, ya comenzarán las carreras.

—Venga, Asher, cariño, hora de levantarse —apremio a mi hijo, zarandeándole con suavidad.

—Jo, mami, déjame cinco minutos más. Tengo mucho sueño —protesta, cubriéndose la cara con las sábanas.

—Venga, arriba, que está papá. —Acabo de pronunciar las palabras mágicas. Mi pequeño salta de la cama y lo agarro del pijama antes de que vaya a la carrera hasta la habitación de su padre—. No, antes tienes que vestirte y desayunar, y luego puedes ir a despertarlo.

Hace un mohín de disgusto, pero acata mis órdenes, obediente. En tiempo récord ya lo tengo preguntándome con su mirada de cachorrillo herido si puede ir ya a saludar a Dominik.

Enciende la luz y salta sobre la cama de su padre. Él se cubre los ojos y responde con un gruñido. No tiene buen despertar.

—Hola, papá. Vi el partido de ayer, jugaste superbién y menudo golazo metiste cuando solo quedaban dos minutos para que acabara el primer tiempo. Te saliste —dice, de manera atropellada y casi sin coger aire.

Mi marido es jugador profesional de balonmano y nuestro hijo es su mayor fan. Es uno de los buenos, la estrella de un equipo de élite que además se ha convertido en imprescindible en la selección del país. Ojalá no lo fuera tanto, o su equipo no fuera tan importante, así podríamos gozar durante más tiempo de su compañía.

—Hola, hijo —dice con los ojos todavía cerrados. La voz le sale ronca, adormilada.

—Buenos días, cariño —saludo, depositando un suave beso sobre sus labios.

—¡Puaj, qué asco! —protesta Asher, torciendo el gesto ante nuestra muestra de afecto.

—¿Cuánto te quedarás esta vez? —La pregunta del millón.

—Poco, tengo que estar para el entrenamiento de esta tarde. El miércoles tenemos Champions y nos toca viajar a París. —Se me escapa un bufido contrariado y me bajo de la cama. Sé que es su trabajo, su vida. Lo entiendo, pero a veces me cuesta. Dominik me sujeta del brazo antes de que pueda alejarme más de él—. Te recuerdo que fuiste tú la que quisiste volver aquí. Kiel está a dos horas y media, y, aunque no es mucho, no puedo ir y venir todos los días. Ya lo sabías cuando tomaste la decisión.

«Tampoco es que te viera mucho más cuando vivíamos en la misma ciudad en la que trabajas. Por lo menos, aquí no estoy sola», pienso con resignación, volviendo a ese capítulo de nuestra vida que quiero mantener cerrado. No digo nada, no tengo ganas de comenzar otra discusión y mucho menos delante de nuestro hijo. Acaricio mi vientre vacío sin casi darme cuenta de lo que estoy haciendo y me trago unas lágrimas que si empiezo a derramar, no podré controlar.

—Vamos, Asher, es hora de irnos. Dile adiós a papá.

—Hasta luego, papi. ¿Estarás cuando vuelva? —pregunta con la ilusión refulgiendo en su rostro. «Por favor, di que sí», ruego en silencio. Yo lo tengo bastante asumido, pero nuestro hijo necesita a su padre.

—Iré a buscarte al cole con mamá antes de irme.

—¡Bien! —exclama nuestro pequeño. Le ha alegrado el día.

—Dominik, tienes café recién hecho. Vuelvo enseguida.

Acerco a mi hijo hasta el colegio y ni siquiera me bajo del coche. Estacionada junto a la acera y lo observo hasta que llega a la puerta principal. En ese momento, se gira y me dice adiós con la mano. Ha pasado una temporada complicada, aunque parece que ya lo ha superado. Se le ve feliz, radiante, y el hecho de que su padre nos vaya a regalar su compañía durante unos minutos más, lo acrecienta.

Yo, en cambio, necesito un poco más. Sus palabras, la breve conversación que hemos mantenido, me ha dejado tocada. No puedo creer que me eche en cara mi decisión. Se suponía que estaba hablado y ambos coincidimos en que nos vendría bien ese cambio. ¿Cómo puede ser tan poco empático? No sé qué nos ha pasado, antes no era así. Antes no éramos así. Supongo que el tiempo desgasta y, además, en nuestro caso, no nos ha puesto las cosas fáciles. Muchas veces siento que estamos contra las cuerdas.

Conocí a Dominik hace algo más de diez años, mientras compatibilizaba mi trabajo como camarera en un bar de Colonia con mis estudios de diseño gráfico en la universidad A pesar de la beca, no me venía mal una ayudita extra para sufragar los gastos de vivir fuera. Eso me permitía prescindir de la residencia de estudiantes y buscarme un pequeño piso compartido en el que gozaba de algo más de libertad. Aquella noche, cuando mi turno estaba a punto de terminar, entró un grupo bastante numeroso de hombres, altos, fuertes y jóvenes, vestidos con el mismo chándal. Por entonces no tenía ni idea de que correspondía a la equipación del THW Kiel y que acababan de ganar la Champions League de balonmano, que se había disputado esa misma tarde en la ciudad.

Uno de ellos, el que me pareció más guapo, rubio y de ojos azules, vino directo hacia mí. Le serví una copa y entablamos conversación. La atracción fue brutal y la conexión, instantánea. Un flechazo en toda regla, de esos que parece que solo pasan en las películas o en los libros que tanto me gusta leer. Cuando mi jornada laboral terminó, pasamos a la terraza, donde pequeños sofás se distribuían alrededor de varias mesas, todo iluminado con velas y decorado con plantas,

que le daban un ambiente acogedor e íntimo.

Después de una conversación que se extendió durante un par de horas, nuestros labios se fueron juntando hasta que dilapidaron toda la distancia que existía entre ellos. Las palabras fueron sustituidas por saliva entremezclada y tímidos gemidos que nos fueron calentando. Fuimos al piso en el que tenía alquilada una habitación, ya que la del hotel en el que se alojaba él la compartía con un compañero. Pasamos la noche juntos, sin dormir y enredados entre las sábanas. A la mañana siguiente, antes de que volviera a Kiel, intercambiamos los teléfonos.

Unos días después, finalicé el curso y la carrera, y regresé a casa, a Rostock, a menos de tres horas en coche de donde vivía. Así que, aprovechando esa relativa proximidad, volvimos a quedar un par de veces, donde se demostró que lo nuestro tenía pintas de ser algo más profundo que un calentón puntual.

Un mes después de nuestro primer encuentro, me enteré de que estaba embarazada. Se lo conté, no porque quisiera exigirle nada, sino porque, como parte implicada, tenía todo el derecho a saberlo. Iba a respetar cualquier decisión que tomara, al fin y al cabo, apenas acabábamos de conocernos. Contra todo pronóstico, seguimos adelante con la relación y aceptó ese hijo como suyo. Antes de que mi barriga fuera demasiado evidente, nos casamos en una ceremonia íntima que ni su familia ni la mía vieron con buenos ojos, y nos instalamos en Kiel.

La vida nos sonreía, teníamos un niño precioso, éramos felices y Dominik empezaba a despuntar en su equipo, volviéndose imprescindible. Hasta lo nombraron capitán. Y ahí fue cuando, a pesar de vivir juntos, empezamos a distanciarnos. Cada vez tenía más compromisos con el club y con la selección alemana de balonmano, hasta el punto de que apenas nos veíamos más que unas horas a la semana, como ahora. Aguanté todo lo que pude, sabía que era algo temporal, era inviable que se mantuviera en la élite más allá de los treinta y cinco o cuarenta años como mucho, y entonces, recuperaríamos el tiempo perdido.

Solo era una temporada dura, nada más. Podríamos superarlo. Pero entonces, hace poco más de un año, un trágico suceso tiró por tierra toda mi determinación y precipitó mi decisión de regresar aquí: perdimos a nuestra hija. Fue la gota que hizo rebosar un vaso demasiado lleno.

Estaba embarazada de casi siete meses. Dominik no estaba en casa, como casi siempre. Jugaba un partido en España, creo. De repente, comencé a encontrarme mal. Lo llamé y le escribí varios mensajes de texto mientras el taxi me llevaba hasta el hospital, con la única compañía de mi hijo, ya que no tenía la confianza suficiente para dejarlo con algún vecino. Era inútil, sabía que hasta que no terminara el encuentro no iba a poder comunicarme con él.

La información del equipo médico fue devastadora. Directa y sin maquillar. Conforme las palabras abandonaban la garganta del encargado de darme semejante noticia, el edificio entero se derrumbó sobre mí. El suelo se abrió bajo mis pies y me iba enterrando en un oscuro agujero, cada vez más profundo.

—El bebé no tiene pulso. Su hija no tiene latido. —Me lo dijeron de diferentes maneras, se ve que mi cara de estupor daba a entender que no comprendía lo que me estaban diciendo. Ojalá. Pero el mensaje llegó alto y claro. Incluso mi propio corazón, en solidaridad, cesó también sus latidos durante unos segundos mientras asimilaba el alcance de sus palabras.

—Mamá, ¿qué dicen? ¿Qué le pasa a Hanna? —Había olvidado que, a continuación de mi brazo, se encontraba el de Asher, mi hijo mayor. No, mi único hijo.

Lo contemplé casi como si fuera un desconocido que me hablaba en un idioma extranjero. Un sanitario se apiadó de nosotros y lo llevó a la sala de descanso de las enfermeras, donde permaneció hasta que alguien se pudo hacer cargo de él.

—Quizá debiera avisar a alguien —insinuó una enfermera.

Cogí el teléfono móvil con las manos temblorosas. Todavía no sé cómo acerté a buscar el contacto de Dominik y volví a intentarlo sin obtener respuesta. Recurrí entonces a mis padres.

—Mamá, la niña. —No fui capaz de decir nada más, me derrumbé en ese instante, mis piernas ya no pudieron aguantar más el peso de la losa que tenía sobre mis hombros, así que me quebré.

Tiempo después, me explicaron que la misma enfermera que me animó para que llamara a alguien, me arrebató el teléfono de las manos e informó a mis padres, quienes salieron raudos hacia el hospital, pero, por mucho que pisaron el acelerador del coche, rebasando los límites de velocidad, no llegaron a tiempo.

Me explicaron que era mucho más fisiológico y beneficioso para mí y para mi duelo que lo tuviera de manera natural, así que me indujeron el parto. ¿Cómo demonios iba a ser eso mejor para mí? Era algo que no me cabía en la cabeza. Ahora, tiempo después y gracias al trabajo con mi psicóloga, veo que es cierto. Fue un proceso necesario para cerrar esa etapa que, además, me permitió despedirme de mi niña.

Tuve que aguantar el dolor de las contracciones con el único consuelo de unos desconocidos, no había una mano amiga a la que aferrarme para pasar este duro trago y, con cada empujón que me desgarraba por dentro, todos mis sueños, mis ilusiones y mis esperanzas estallaban y se hacían añicos. Después, pusieron al bebé inerte entre mis brazos y me dieron cierta intimidad para que, al mismo tiempo que le daba la bienvenida, le dijera adiós.

El proceso duró solo cuatro horas, cuatro interminables horas, las peores de mi vida. Jamás me he sentido tan sola y desamparada como entonces. Mis padres llegaron justo en el momento en que me llevaban a una habitación y Dominik no pudo venir hasta bien entrada la tarde del día siguiente.

—Quiero volver a casa —susurré con la voz rota cuando mi marido me envolvió entre sus brazos.

Me encogí, sintiéndome arropada por su cuerpo, como si fuera un escudo protector en el que quería quedarme a vivir, pero también era consciente de que, con su trabajo y su ritmo de vida, iba a pasar más tiempo echándolo de menos y anhelando su recuerdo. Me sentía pequeña, frágil e indefensa, como si volviera a ser una niña. Una niña como la que tuve que enterrar. Y, como tal, necesitaba a mi madre cerca. Quería a mi marido, pero no era suficiente, necesitaba un apoyo que él, por nuestras condiciones, no iba a poder darme.

—Sí, cariño, en cuanto los médicos te lo permitan, nos iremos a nuestra casa. —Dominik en ese momento no me entendió y yo tampoco se lo expliqué, no tenía fuerzas más que para acurrucarme a su lado.

Días después, cuando me dieron el alta y supe que tenía que aprender a vivir con ese dolor y ese vacío formando parte de mí, lo hablamos con más calma.

—Necesito volver a Rostock. No quiero volver a sentirme tan sola, que surja cualquier problema con Asher o conmigo y que no tenga a nadie a quien recurrir —le confesé una noche —. Sé que el balonmano te hace feliz y no voy a pedirte que renuncies a eso por mí, pero, compréndeme. Vendremos los fines de semana que te toque jugar en casa, estaremos juntos en vacaciones.

Dominik entendió que aquello era lo que necesitaba —aunque aproveche a echármelo en cara de vez en cuando—. Además, Asher tampoco lo estaba pasando bien en su colegio, se había convertido en el objetivo de un par de compañeros que se divertían acosándolo y le costaba hacer amigos. A él también le vendría bien un cambio de aires y romper con el ambiente tóxico que había en su escuela. Así que, manteniendo el piso que teníamos en Kiel como alojamiento para

Dominik, compramos una casa unifamiliar en Rostock, con jardín, en el mismo barrio en el que viven mis padres.

El claxon de un coche al que no dejo salir de su estacionamiento me hace dar un bote sobre el asiento de mi BMW y me obliga a regresar de mis recuerdos. Giro la llave en el contacto y arranco el vehículo de regreso a casa, disculpándome con un gesto de la mano.

Mi marido está sentado a la mesa, con una taza de café que seguro que ya se le ha quedado frío y la prensa deportiva en la mano. Se acaba de duchar, su pelo todavía está húmedo y no se ha molestado en cubrir su escultural torso con una camiseta, únicamente lleva un pantalón deportivo de color gris. Pese a tener un cuerpo de infarto, su visión ya no me acelera el corazón, ya no me despierta esa vibración en el bajo vientre y no sé en qué momento dejó de hacerlo.

—¿Qué tal va el trabajo? —me intereso, tomando asiento a su lado.

Deja el periódico a un lado y da un trago a su taza de café antes de empezar a relatarme las novedades del club, los nuevos fichajes y alguna que otra jugada clave del partido de ayer que no logro entender del todo. No le presté demasiada atención, aproveché que mi hijo estaba entretenido para trabajar un rato desde mi portátil.

Su mano está sobre la mesa, la mía también, a pocos centímetros. Hace años se hubieran buscado de manera automática hasta entrelazar los dedos. En cambio, ahora permanecen estáticas. No hace mención de tocarme y yo tampoco. No nos sale a ninguno de los dos. Ya ni recuerdo cuándo fue la última vez que nos acostamos. Teníamos una química explosiva, tanto que, al parecer, hemos consumido hasta la última chispa.

—Asher empieza mañana balonmano —informo tras un silencio un tanto tenso en el que me estoy dando cuenta de demasiadas cosas.

—¡Muy bien! Así tendré sustituto en el equipo para cuando me jubile —expresa con entusiasmo.

—Bueno, igual no se le da bien. Lo importante es que el crío se divierta.

—Bah, seguro que llega alto, como su padre. Lo lleva en los genes.

El móvil de Dominik comienza a sonar desde la habitación. Se levanta de la silla y va presto a atender la llamada. Vuelve unos minutos después, con la camiseta puesta y el bolso colgando de su hombro.

—¿Te vas? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Sí, joder, lo siento —contesta, pasándose la mano por el pelo, nervioso—. Era el Míster. Ha habido cambio de planes y han adelantado el entrenamiento.

—Pero, ¿y Asher? Le prometiste que irías a buscarlo.

—Lo sé, pero es mi trabajo, no puedo faltar. Dile que lo llamaré esta noche.

No lo hago, no quiero que rompa una promesa dos veces en el mismo día.



Maddox

CAPÍTULO 3
Tan desastre como ellos

No puedo dormir. Esta tarde empieza mi nueva etapa como entrenador infantil. Estoy nervioso, mucho más que si estuviera ante el partido más importante de mi vida. Será que me hago viejo, antes gestionaba mucho mejor la ansiedad y el estrés. Me vuelvo a girar en la cama, me destapo, golpeo la almohada y cambio de postura otra vez. Fijo la mirada en el techo, hago respiraciones controladas e intento dejar la mente en blanco. No hay manera, mi cabeza va por libre.

No sé qué tal se me darán los críos, ni siquiera sé si me gustan. El único contacto que he tenido hasta ahora con ellos ha sido cuando se me acercaban con timidez para pedirme un autógrafo y una foto durante mi época dorada. Entonces, era fácil, era su héroe, su ídolo, solo tenía que sonreír, posar y garabatear mi nombre. Ahora, en cambio, no soy nadie. ¿Qué demonios les voy a enseñar a esos niños?

Bufo, resoplo y decido levantarme cuando todavía no ha amanecido. Preparo un desayuno copioso: café, zumo de naranja, huevos revueltos, tostadas y fruta. Seguro que mi hermana me lo agradece. Ella aparece tiempo después con una camiseta vieja, varias tallas más grande de lo que necesita, que juraría que es mía, el pelo enmarañado recogido en una precaria coleta y los ojos casi cerrados. Arrastra los pies y se deja caer en la silla anexa a la mía.

—Buenos días, hermanita. —Recibo un gruñido como respuesta por su parte, acompañada de una mirada fulminante. El buen humor no es característico de su despertar, sin embargo, dulcifica su expresión en cuanto ve el despliegue culinario que tiene ante ella.

Desayunamos en silencio, ella mirando aplicaciones de moda en su teléfono y yo consultando las últimas noticias deportivas.

—Suerte, Mad —me desea cuando ya está preparada para irse a trabajar. Poco tiene que ver su aspecto con el que presentaba recién levantada. Lleva un vaquero ajustado de color negro, una blusa blanca y un peinado perfecto, como si acabara de salir de la peluquería.

A pesar de no haber pegado ojo en toda la noche, me sobra la energía. Siento que desborda cada poro de mi piel, así que la quemo en el gimnasio. Entreno a diario, es lo único que me mantiene cuerdo, lo único que sé hacer. Aunque tras las fatales consecuencias de la lesión para mi futuro, me dejé durante una temporada en la que apenas me apetecía salir de la cama, he vuelto a recuperar mi buena forma. A mis treinta y seis años, me conservo bastante bien.

Con los auriculares puestos y la fiel compañía de la rodillera que llevo en la pierna derecha, que me sirve tanto para camuflar las cicatrices de las intervenciones quirúrgicas, como para darme la estabilidad que no he conseguido recuperar, hago un circuito de máquinas, pesas y aeróbico.

El tiempo pasa volando y, para cuando me quiero dar cuenta, ya casi es la hora de comer. Me seco el sudor de la frente con la toalla y me la coloco sobre los hombros mientras bajo las escaleras que llevan a la zona de los vestuarios. Por el camino, adelanto a un grupo de tres mujeres que conversan tranquilamente. Llevan una esterilla de esas que se utilizan para hacer pilates o yoga, probablemente salgan de alguna clase.

—Umm, menudo *caramelito* —comenta una de ellas y sé que se refiere a mí, porque no hay nadie más en el pasillo.

Me giro y les sonrío. Dos de ellas son mayores que yo, rondarán los cuarenta o cuarenta y cinco años, pero la tercera parece algo más joven y es precisamente ella la que capta mi atención. Golpea a una de sus compañeras, me imagino que a la ejecutora del cumplido, y se sonroja levemente. Es bastante más baja que yo, aunque eso no es complicado, ya que yo rozo el metro noventa, delgada y con curvas. Lleva el pelo largo recogido en una coleta alta y su rostro de labios carnosos y ojos almendrados resulta atractivo. Es guapa y no está nada mal. Las mallas ajustadas le hacen unas piernas bonitas, por no hablar del culo, firme y redondeado. Parece que el ejercicio físico también es una constante en su vida.

Desato mi lado seductor y les guiño un ojo, a ella en especial, antes de entrar en el vestuario masculino.

* * * *

Llego al pabellón del club casi cuarenta minutos antes de que comience el entrenamiento. Me sorprende que Armin, mi mentor, ya esté aquí. Me va a acompañar durante las primeras sesiones hasta que coja algo de soltura para manejar a mis grupos.

—Llegas pronto. —Observa en cuanto me ve llegar. Está colocando unos conos alrededor de la pista.

—¿Yo? ¿Y tú?

—Te estaba esperando. Sabía que vendrías temprano. ¿Cómo estás?

—Bastante nervioso, la verdad —admito, mientras dejo en el suelo la bolsa con los balones que he cogido del almacén.

—Todo irá bien, tengo un buen presentimiento contigo —apunta con una sonrisa afable cincelada en su rostro. Me alegra que confíe en mí. Yo no lo tengo tan claro—. ¿Unos tiros?

Sin esperar respuesta, me lanza un balón que atrapo al vuelo y camina hacia una de las porterías. Hacía mucho que no sentía el tacto del cuero en mis manos. El tamaño del esférico es más pequeño de lo que mis dedos estaban acostumbrados, adaptado para la mano de los niños, pero la sensación es igual. Camino hasta la línea de siete metros y me coloco en posición.

Mi mente se transporta, ya no estoy en un pabellón vacío frente al que fuera mi entrenador, a mi alrededor las gradas están llenas y la gente contiene la respiración. Resuena el pitido del silbato en mis oídos, la sangre fría, el poder, el control, la adrenalina corriendo por mis venas. Apunto, intentando leer en la mente del portero lo que cree que voy a hacer, lanzo y el balón se cuela en la portería. No hay aplausos ni vítores aclamando mi nombre como antaño, solo silencio. Un silencio denso, vacío, que remueve todos mis recuerdos, que trae hasta mi piel la sensación de impotencia y de dolor, y hace que me plantee si realmente estoy preparado para que el balonmano vuelva a entrar en mi vida.

—No has perdido tu chispa. —La voz de Armin rompe mi viaje al pasado y espanta de un plumazo el negativismo que amenazaba con apoderarse de mí.

—Ha sido cuestión de suerte —comento, restándole importancia, y me encojo de hombros.

—Venga, ya es la hora. Vamos a por los niños. Hoy, por ser primer día, los esperaremos junto a la puerta para recibirlos, a partir del jueves, ya entrarán solos. Prepárate —me advierte.

—¿He de tenerles miedo? —pregunto con reservas, alzando las cejas y abriendo mucho los ojos.

—¿A los niños? No. Al principio puede que te cueste un poco meterte en su mundo, pero no tendrás mayores problemas. Me gustaría poder decir lo mismo de los padres —me dice en tono

serio que finaliza con una sonora carcajada al ver la cara de póker que he puesto. Seguro que hasta he perdido el color.

Una marabunta de padres y de niños nos recibe al otro lado de la puerta. Paseo la vista por sus rostros sin quedarme con ninguno en especial, como si todos fueran una masa borrosa. Todos hablan al mismo tiempo, todos tienen miles de preguntas a las que yo no sé responder y me contemplan con ojos críticos y exigentes. Esto es peor que estar en una rueda de prensa tras perder un partido por una cagada propia.

Por suerte, Armin toma el control. Me presenta como el encargado del grupo, les explica la dinámica de los entrenamientos y a qué hora tienen que venir a por sus pequeños. Cinco minutos después, nos parapetamos tras las puertas cerradas del pabellón.

—Joder, menuda jungla —comento, una vez a salvo. Me paso la mano por la frente, creo que estoy sudando y aún no he empezado el entrenamiento.

—Te lo dije. Y aún será peor cuando empecemos los partidos.

—¿Peor? —replico y alzo las cejas, incrédulo.

—Venga, comencemos —me anima y golpea mi hombro de manera amistosa.

Armin coloca a los catorce niños que conforman el grupo sentados en círculo a nuestro alrededor. Los pequeños se van presentando por turnos, me quedo solo con tres o cuatro nombres, pero, ahora mismo, soy incapaz de relacionarlos con el niño al que pertenecen.

Después, les hace unas cuantas preguntas básicas sobre la dinámica y las normas del balonmano que los niños van respondiendo de manera más o menos acertada. Para muchos de ellos, este es su primer contacto con este deporte, y necesitamos saber hasta dónde llegan sus conocimientos.

—Mi papá juega a balonmano —comenta orgulloso uno de ellos con la mano alzada. Ni puta idea de quién es, y eso que hace solo dos minutos que nos ha contado cómo se llamaba.

—Ah, qué bien —replico con indiferencia. No sé si este dato es demasiado relevante.

—Venga, todos arriba, vamos a calentar —exige Armin y da unas palmadas para enfatizar sus palabras y conseguir que los niños acaten su orden.

Los niños empiezan a correr por la pista, botando el balón, mientras los observamos. Hay choques, caídas y balones sin control por toda la cancha.

—Buff, son un puto desastre —comento en voz alta. Me llevo las manos a la cabeza y cierro los ojos.

—Cambia el chip, Maddox, son niños. ¿Acaso no te acuerdas cómo fue tu primer entrenamiento?

—No, para nada, tenía siete años. ¿Tú sí?

—Me hago viejo, pero todavía conservo la memoria. Además, tu caso fue bastante llamativo. Te llegó un balón y en lugar de cogerlo con las manos, le chutaste una patada, le diste a otro niño y lo metiste en tu propia portería. Estabas muy enfadado porque lo que querías era jugar a fútbol y no te habían cogido —rememora con nostalgia.

—¡Joder, menudo pieza era! —me carcajeo.

—Y que lo digas. Y mira hasta dónde llegaste. No existen los casos perdidos, Maddox. No lo olvides nunca. —Durante unos segundos, tal vez minutos, nos mantenemos la mirada y leo en sus ojos más de lo que se atreve a decirme.

Cuando finaliza el entrenamiento, salimos a la puerta para asegurarnos de que todos los padres vienen a recoger a sus hijos. Intento quedarme con los rostros de los padres y establecer una relación con los niños, pero es aún más complicado que el tema de los nombres. La madre del chico que ha comentado que su padre juega a balonmano me resulta familiar. Frunzo el ceño,

pensativo, aunque no consigo identificar dónde la he visto antes. Bah, no me voy a rayar, seguro que me suena de cuando ha traído antes al crío al entrenamiento.

A continuación, el equipo cadete femenino toma el relevo. Si creía que el entrenamiento con el grupo de los pequeños había sido un horror y que la cosa no podía empeorar, estaba muy equivocado. Tengo a mi alrededor a doce niñas de catorce y quince años que me dedican miradas tímidas, sonríen entre ellas, cuchichean y se atusan el pelo. Resoplo cuando me doy cuenta de que soy el centro de atención y el objeto de sus comentarios.

—Quizá debiera haberte puesto con el equipo masculino —comenta Armin a quien parece divertirle la situación—. Me las vas a alterar a todas.

—¡No me jodas! Puedo ser su padre.

—No creo que haya muchos padres como tú —me rebate y me mira de arriba abajo, estudiando mi físico, con un repaso muy similar al que me han hecho mis alumnas nada más llegar—. La temporada pasada fue un auténtico desastre para ellas. Tuvieron cuatro entrenadores diferentes y, aunque intenté echarles una mano, no pude hacerme cargo de todos los equipos. En el punto de aprendizaje en el que se encuentran, fue todo un retroceso para ellas. Venga, manos a la obra. —Me palmea la rodilla para que comencemos a trabajar.

Me cede la batuta para que sea yo quien las dirija. La experiencia resulta exasperante. Son malas, poco coordinadas y no saben trabajar en equipo. Han iniciado una guerra de jugadas individuales sin sentido con la única pretensión de lucirse y destacar por encima de sus compañeras. Me consuela que, al menos, conocen las normas básicas del balonmano.

Aunque no tengo obligación de hacerlo, cuando termina el entrenamiento con las chicas, me quedo para observar cómo trabaja Armin con un grupo alevín intermedio entre los dos que tengo asignados. No tengo planes y sí mucho que aprender si quiero que mi nueva misión llegue a buen puerto. Ahora mismo me siento tan desastre como ellos.

Se nota que lo conocen, hay una conexión especial entre él y sus chicos. Lo adoran, del mismo modo en que yo lo veneraba de crío. No basta con saber jugar a balonmano y haberme sacado el título de entrenador, hace falta mucho más, unas aptitudes que no sé si tengo y que Armin destila por cada poro de su piel.

—¿Cómo lo haces? —le pregunto mientras empezamos a recoger el material utilizado—. ¿Cuál es el truco para ser un buen entrenador? Pensaba que se aplicaban las mismas reglas que en la categoría absoluta. Sin embargo, me estoy dando cuenta de que no es así.

—No, Maddox. No olvides nunca que son niños. Tienes que convertir el juego en aprendizaje y el aprendizaje en juego.

—O sea, conseguir que se diviertan.

—Exacto. Tienes que ganarte al equipo y enseñarlos a disfrutar. Habrá niños que se aburran con este deporte, que descubran que no es lo suyo o que no les gusta. Con ellos, tu misión es que se lleven un buen recuerdo de esta etapa. Conseguirás que otros lo amen como tú y como yo. Quizá alguno lo convierta en su profesión y, aunque no lo vuelvas a ver jamás, aunque vuestras vidas sigan caminos diferentes, sabrás que parte de ese éxito ha sido gracias a ti, a este momento. Que le entregaste lo mejor que tienes y no te rendiste, por muy desastre que pudiera parecer al principio —confiesa conmovido, haciendo de nuevo referencia a mis inicios.

Con disimulo, arrastro con el pulgar las lágrimas que se me quieren escapar y Armin sonríe. ¡Joder! El muy cabrón ha conseguido hacerme llorar. Está siendo un día de lo más extraño. Tengo todas las emociones a flor de piel, las buenas, como la pasión que siempre me ha despertado este deporte, y las que no lo son tanto, como la frustración y la rabia cuando tuve que renunciar a lo que más amaba en este mundo y que creía mantener enterradas junto con mis

recuerdos. Pensaba que esto se trataba solo de un trabajo, pero es mucho más.

Llego a casa agotado física y mentalmente. Estoy más cansado que si acabara de jugar tres finales completas. Me dejo caer sobre el sofá, porque creo que hasta mi cama no llego. Elke me tiende un bol de fideos con verduras y se acomoda a mi lado, sentándose sobre sus piernas cruzadas.

—¿Qué tal ha ido, hermanito? —se interesa.

Dejo el bol sobre la mesa, apoyo los codos sobre las rodillas y hundo la cabeza entre las manos.

—Un horror. Los pequeños son un caos, no tienen ni idea de qué es el balonmano y las cadetes me miraban como si fuera su puto regalo de Navidad.

—No se puede estar tan bueno, Mad. —Mi hermana se parte de la risa, lo que todavía me irrita más. Otra que parece divertirse con mi desesperación.

—Esto ha sido un error. No sé dónde me he metido. Es imposible hacer carrera con ellos.

—Bueno, suerte que siempre te han gustado los retos —añade y me deja a solas con mis pensamientos que en este momento se han vuelto ensordecedores.

Por segunda noche consecutiva, apenas duermo. Tengo la cabeza funcionando a mil por hora, como una puñetera centrifugadora. Entre la perspectiva de mandar todo a la mierda y renunciar, se cuelan mil ideas de cómo hacer posible que esto salga adelante.

Paso las tardes del resto de la semana asistiendo a los entrenamientos de las diferentes categorías del club, tomando notas, observando el trabajo de Armin y sus demás colegas. El resto del tiempo libre lo invierto en ver vídeos, tutoriales, libros y documentos de diferentes ejercicios que puedo poner en práctica con los críos. Estoy tan ocupado que casi no he tenido tiempo ni de ir al gimnasio a entrenar.

Por lo menos, me ha servido de algo y aunque me quede un largo camino de aprendizaje por delante, ya he descubierto por dónde tengo que empezar. Primero, tengo que conocer a mis chicos y chicas, ganarme su confianza y, después, enseñarles todo lo que sé.

Planteo un par de juegos. Con las cadetes que, supuestamente, ya se conocen entre ellas y tienen algo más de técnica, practicamos tiros a puerta, en donde yo estoy de portero, con la premisa de que, antes de lanzar, me tienen que decir sus nombres. Memorizarlos me resulta más fácil de lo que había supuesto. Más que asociarlos a su rostro, los enlazo con la postura y las características individuales de juego de cada una de ellas.

Con los más pequeños, nos ponemos en círculo y realizamos pases entre nosotros, diciendo antes el nombre del compañero al que va dirigido. Quien se equivoque, ha de realizar tres flexiones. Ni duda cabe de que soy el que más veces se tira al suelo, para regocijo del resto. Sus carcajadas inocentes me regalan los oídos, se me cuelan dentro y siento un calorcito en el pecho de lo más agradable. Al parecer, acabo de dar mi primer pasito en la dirección correcta.

Liv



CAPÍTULO 4
¿ Necesitas ayuda?

Tal y como ya suponía, Dominik no llamó la noche de aquel lunes a su hijo, ni la del martes. Tuvimos que esperar hasta el jueves, cuando regresó de París y sus compromisos le dejaron un tiempo libre para ponerse en contacto con su familia. Hasta entonces, nos limitamos al intercambio de varios mensajes de texto escuetos.

Cuando Asher no vio a su padre esperándolo a la salida del colegio, tal y como había prometido, hubo lágrimas. Y cada gota que derramó se me clavó con un dolor tan agudo que me dieron ganas de gritar, de volcar esa rabia en el culpable de su tristeza, zarandearlo e incluso golpearlo.

Los nervios de mi hijo por empezar a practicar el mismo deporte que su padre, diluyeron con rapidez su disgusto, cambiándolo por la ilusión de un nuevo sueño por cumplir. Tuve que dormir con él porque no había forma de que se quedara quieto. Me metí en su cama, puse algo de música suave y le acaricié los cabellos hasta que noté cómo su respiración se volvía regular. Después, presa del agotamiento un día más, fui incapaz de trasladarme hasta mi propia habitación y pasamos la noche juntos.

Casi me muero de la vergüenza cuando fui a llevarlo al entrenamiento el primer día y me di cuenta de que su entrenador es en realidad el bombón que mi amiga Magda había piropeado en el gimnasio. La verdad es que no me extrañó que lo hiciera. Llamaba la atención y eso que yo no me puedo quejar de lo que tengo en casa, bueno, durante las pocas ocasiones en que lo tengo. Era alto, rubio, fuerte, sin llegar a ser excesivamente musculado, pero perfectamente definido, con un buen culo y unas piernas torneadas. Su indumentaria resaltaba cada aspecto de su cuerpo: unas mallas cortas hasta medio muslo cubiertas por una pantaloneta y una camiseta ajustada sin mangas. Y, para rematar la faena, se giró y comprobamos que su atractivo no se limitaba solo a un físico de escándalo, sino que su rostro acompañaba, con una sonrisa capaz de desintegrar la ropa interior a más de una, y un pendiente en la oreja que le da un toque rebelde. Hasta yo me sentí turbada.

Por suerte, creo pasé desapercibida entre la docena de padres y niños y él no pareció reconocerme.

Ya han pasado tres semanas desde entonces y los entrenamientos se han convertido en el momento favorito de Asher, casi al mismo nivel que cuando nos toca visitar a Dominik o cuando él viene a vernos. Empiezan a hacer que sus ausencias no duelan tanto.

Creo que piensa que, al estar haciendo lo mismo que su padre, aunque sea a varios cientos de kilómetros de distancia, eso los une. Sonríe a menudo, está más comunicativo e, incluso, cuando acaba el entrenamiento, se queda unos minutos jugando con sus compañeros mientras socializo con el resto de los padres. Y a mí, verlo así, me hace feliz. No necesito más. Refuerza la decisión que tomé de regresar aquí.

Lo dejo en el colegio y voy directa al gimnasio. Gracias al salario bastante holgado de mi marido que nos permite vivir con ciertas comodidades, no tengo la obligación de trabajar fuera de casa con una jornada laboral completa. Sin embargo, nunca he dejado de invertir parte del escaso tiempo libre que me resta en labores relacionadas con la carrera que estudié. Ahora

mismo, colaboro con una pequeña empresa española de diseño de joyas, MoonSky, aportando mi pequeño granito de arena.

Me he apuntado a clases de pilates los martes y los viernes con un par de amigas. Me viene bien para mantenerme en forma, pero, sobre todo, para dejar de ser madre, esposa, ama de casa, taxista… durante un par de horas y ser solo yo, sin más preocupaciones que intentar seguir los ejercicios que marca la instructora.

Hoy mis compañeras no han podido acompañarme, así que la clase se me hace un poquito más pesada. Además, me he olvidado la botella de agua en el coche y estoy sedienta, así que me detengo frente a la máquina de bebidas para sacarme una antes de ir a la ducha. Meto una moneda, le doy al botón y la maldita botella se atasca contra el cristal.

—¡Mierda! —exclamo en voz alta.

Intento zarandear la dichosa máquina, inclinarla, pero es demasiado pesada. Resoplo frustrada.

—¿Necesitas ayuda? —se interesa una voz masculina a mi espalda. Me giro y me topo con unos impresionantes ojos verdes, con unas motitas de color chocolate, que pertenecen, ni más ni menos, que al entrenador de mi hijo.

—Eh —carraspeo—, se me ha atascado la botella.

—Ya veo. —Se acerca hasta la máquina, da un golpe seco sobre el cristal y la bebida cae.

—Oh, muchas gracias. —Me agacho para recogerla del expendedor, sintiéndome un tanto inútil porque no se me ha ocurrido algo tan simple.

—No hay de qué. Por cierto, tu cara me suena. ¿Te conozco de algo?

—Sí, entrenas a mi hijo. —Se queda dubitativo y se rasca la cabeza mientras me observa con detenimiento. Casi puedo ver la maquinaria de engranajes de su cerebro en movimiento, intentando trazar similitudes entre mi rostro y el de los chicos para intentar adivinar de cuál de ellos se trata—. Asher —le aclaro.

—¡Ah! El hijo del jugador de balonmano. —Asiento—. Es un gran chico. —Sus ojos se deslizan por mi cuerpo para quedarse fijos en un punto en concreto de mi mano derecha—. Bueno, me voy a la ducha. Nos vemos. —De repente parece que le han entrado las prisas por marcharse.

Lo observo alejarse en dirección a los vestuarios y, entonces, echo un vistazo con disimulo al lugar que tanto parecía llamarle la atención. Es la mano donde tengo la alianza. ¿La estaba buscando? ¿Quería averiguar si sigo casada? ¿Estaba coqueteando conmigo? Hacía tanto tiempo que no me pasaba algo así, que me siento halagada. Doy un trago largo de la botella, vaciando casi la mitad de su contenido. De pronto me ha entrado mucho calor y, con una amplia sonrisa y las mejillas ligeramente encendidas, me voy hacia los vestuarios. Cuando se lo cuente a mis amigas se van a desternillar de la risa.

Sin embargo, el viernes, cuando vuelvo a coincidir con Magda y Bernadette para nuestra clase de pilates, no me atrevo a decirles nada. Ahora que los días han pasado, y pensándolo en frío, quizá solo fueron imaginaciones mías y la imperiosa necesidad de dejar de sentirme invisible.

No obstante, oteo el gimnasio con disimulo en busca del entrenador de mi hijo. Lo localizo en la zona de cardio, sobre una máquina de remo. Hoy también viste unos pantalones cortos, una camiseta de tirantes, de color marino, que se pega a su espalda debido al sudor y, al igual que las otras ocasiones en las que he coincidido con él, una rodillera en su pierna derecha. El movimiento me resulta hipnótico, los músculos de sus piernas, brazos y espalda se contraen para luego volver a estirarse.

—Liv, ¿tú qué dices? ¿Te apuntas? —La voz de Magda me saca de mi ensoñación.

—Eh, ¿qué? Perdonad, estaba distraída —me disculpo. Ambas siguen la dirección de mi mirada para averiguar el origen de mi despiste.

—Joder, amiga, como para no estarlo —admite Bernadette—. ¡Bendita la hora en la que se nos ocurrió apuntarnos a este gimnasio!

Las tres reímos a carcajadas. Conozco a Magda desde que tenía dieciséis años, cuando empecé a trabajar los veranos en el bar que regentan sus padres junto a la playa y, a pesar de que durante los diez años que he vivido fuera apenas hemos mantenido el contacto, le escribí en cuanto regresé. A Bernadette, en cambio, me la presentó mi amiga hace menos de dos meses, y resulta que su hija va a clase con Asher. Lo cierto es que, en este periodo corto de tiempo, hemos congeniado muy bien y me siento más cerca de ellas que de todas las «amistades» que hice en Kiel, que no eran más que las parejas del resto de jugadores del equipo de mi marido. En la mayoría de los casos, se trataba de relaciones breves y pasajeras.

—Te decía que si te apetece que organicemos una noche de chicas. Ya sabes, cenar y salir a tomar una copa.

—Uff, no sé, ya sabéis que no puedo contar con Dominik. Tendría que hablar con mis padres y preguntarle a Asher a ver si quiere quedarse con sus abuelos —respondo dubitativa, aunque el plan suena muy tentador. Desde que me quedé embarazada de mi hijo, no he tenido una de estas.

—Pues hazlo y nos cuentas, para cuadrar fechas, que ya sabéis que yo solo puedo cada quince días, cuando los niños están con su padre —añade Magda, que se separó hace dos años y comparte la custodia de sus tres hijos de trece, diez y siete años con su ex.

* * * *

Le doy un beso en la frente a Asher y salgo de su habitación en silencio. Ha estado muy revoltoso toda la tarde en casa de los abuelos, incluso he tenido que llamarle la atención y pararle los pies en más de una ocasión. A la hora de acostarlo, me ha confesado, en nuestros pequeños momentos de intimidad madre-hijo, que estaba nervioso y asustado porque mañana juega su primer partido de balonmano. Ha sido desahogarse y caer rendido.

Aprovecho que todavía me dura el efecto del café de media tarde para retomar la lectura. Al final he optado por volver a empezar el libro eterno, ya que había perdido el hilo de la trama. No he pasado del primer capítulo cuando suena el teléfono sobre la mesilla. «Videollamada de Dominik», leo en la pantalla.

—Buenas noches, cariño —saludo.

—¿Estás ya en la cama? —me pregunta al ver mi cabeza apoyada sobre los almohadones—. ¿Y Asher?

—Sí. Está dormido.

—¡Oh, vaya! ¡Qué pena!

—Mañana nos toca madrugar, juega su primer partido.

—Es verdad, me lo comentó el otro día. Lástima que me lo vaya a perder. Grábalo y me lo envías. Tengo ganas de ver a nuestra pequeña estrella en acción.

—Dominik, no te emociones, solo es un niño. —No quiero que sus altas expectativas acaben ejerciendo una influencia negativa en nuestro pequeño.

—Seguro que se le da bien, mujer de poca fe. Bueno, te dejo que descanses. Mañana hablamos.

—Hasta mañana —suelto como un suspiro atropellado.

La llamada se corta casi sin darme tiempo a despedirme. Ni un «te quiero», ni un «te echo de

menos», ni ninguna insinuación subida de tono que nos incite a tener sexo telefónico como cuando comenzamos a pasar más tiempo separados. Tampoco yo he hecho mención de sugerirlo, pese a que mi piel se muere por ser acariciada.

Prescindo de la lectura, pongo música suave, abro el cajón para coger un «juguete» y apago la luz. Muevo las manos por encima del camisón, sobre mis pechos. Los pezones se fruncen ante el primer roce. Deslizo los tirantes por los hombros y los libero. Los pellizco, los retuerzo entre los dedos, los torturo mientras pequeñas oleadas de electricidad se vierten hasta mi sexo.

Me quito la ropa interior, separo las piernas y me acaricio con una mano hasta que la humedad comienza a empaparme los dedos. Sustituyo mis falanges por el vibrador que oscila de una manera suave. Lo voy introduciendo en mi interior lentamente, para que las paredes se vayan adaptando a su tamaño, disfrutando de su avance. Lo extraigo un poco, sin llegar a sacarlo por completo, antes de volver a insertarlo, una y otra vez, despacio al inicio, e incremento el ritmo siguiendo mi propia excitación.

Me retuerzo sobre el colchón contrarrestando con las caderas los movimientos del falo de silicona, mientras la otra mano continúa agasajando mis pechos, alternando entre uno y otro, potenciando mi placer.

Intento dejar la mente en blanco, concentrarme únicamente en las sensaciones que me transmite mi cuerpo, en el goce creciente que convierte mi respiración en gemidos contenidos encerrados entre las cuatro paredes de mi habitación. Conforme percibo que mi orgasmo se va gestando, evoco el cuerpo de mi marido sobre mí, ese que se me empieza a hacer tan extraño, e imagino que son sus manos las que me están llevando hasta la cima. Pero, justo cuando estoy a punto de correrme, se me cuela la imagen de otro hombre, uno que tira con fuerza de los mangos de la máquina de remo, en un movimiento rítmico de lo más sugerente, con el rostro contraído por el esfuerzo y empapado en sudor. Lo hace de manera fugaz, un simple fogonazo, como un relámpago cruzando la noche, que parece un eco de mi propia liberación. Ahogo un grito contra la almohada y me dejo ir.



Maddox

CAPÍTULO 5
Discursos motivadores

Hoy da comienzo la temporada de partidos. Comprobaré si mi trabajo de estas últimas semanas ha comenzado a dar sus frutos. Los pequeños lo hacen en primer lugar. Comienzo el encuentro bastante animado, recordándoles desde la banda las nociones básicas en las que hemos trabajado durante los entrenamientos. Enseguida me desinflo, apenas nos dejan pasar de mitad de campo.

—¡Vamos, vamos! —grito dando palmas, más para insuflarme ánimos a mí que a ellos.

Me paso las manos repetidas veces por el cabello, me cubro la boca, los ojos y he de confesar que incluso, durante algunas jugadas, dejo de mirar. A mi espalda, escucho los ánimos incansables de los padres, pero no me atrevo a girarme, siento el peso de la humillación sobre mis hombros y soy incapaz de dar la cara.

Nos machacan vilmente, aunque no sé cuál ha sido el resultado final. A partir del trigésimo gol en contra, he dejado de contar. Al menos, nuestro marcador no ha quedado a cero, un balón se ha conseguido colar en la portería contraria. Mientras me llevo a mis chicos a los vestuarios, pienso qué puedo decirles. Se supone que tengo que hacer hincapié en los aspectos positivos y apenas tengo unos segundos para encontrarlos. Supongo que algún equipo tiene que ser el farolillo rojo y me da que este año nos va a tocar a nosotros.

No voy a echarles la bronca, no puedo, se supone que hacen esto para divertirse y que el resultado es lo de menos, pero ha sido un puto desastre. Acaban de empezar a jugar, es su primer partido, su primera toma de contacto, hasta cierto punto es normal, pero yo tengo una desazón en la boca del estómago. Estoy acostumbrado a otro nivel de resultados. Siempre, desde que recuerdo, he jugado para ganar y me cuesta horrores cambiar ese punto de vista.

—Bueno, ¿qué os ha parecido el partido? —Dejo que sean ellos los que me comenten sus impresiones, porque como ahora mismo diga lo que pienso, el martes que viene, no acuden ni la mitad al entrenamiento.

—Jopé, Míster, el otro equipo es muy bueno —comenta apesadumbrado uno de los niños.

—Sí, Jurgen, lo es —admito. Al menos ya no tengo problemas para identificarlos por su nombre.

—¿Alguna vez podremos ser como ellos? —pregunta otro, con la mirada cargada de ilusión.

—No lo sé, chicos. No sé si llegaremos a su nivel —apunto con sinceridad. Tampoco es cuestión de llenarles la cabeza de falsas esperanzas—. Lo que sí sé es que siempre se puede mejorar, —Hacerlo peor sería imposible—, y para ello tenemos que trabajar mucho y muy duro. ¿Estáis dispuestos?

—¡Sí! —corean todos al unísono. Ojalá me resultara tan sencillo contagiarme de su entusiasmo.

—¡Yo casi paro un tiro! —apunta Brent. Menuda moral tiene el chaval, durante el tiempo que ha defendido la portería, de los cuatro en los que está dividido el partido en su categoría, han colado al menos diez balones entre los tres palos.

—¡Y Asher ha marcado un gol!

Sí, el único de nuestro equipo. Y ha sido un golpe de suerte porque al portero contrario se le ha escapado el balón de las manos, pero los veo tan emocionados que no voy a rebatir nada.

Menuda puta lección me están dando estos críos de nueve años. Están haciendo lo que yo no conseguía, sacar el lado positivo al partido. En vez de hundirse, le dan la vuelta y, a pesar de la derrota, se marchan mucho más motivados de lo que llegaron.

A la salida del pabellón, me esperan los padres, bueno, a mí no, vienen a recoger a los niños, aunque, después de su actuación, esperan que diga algo. Paseo los ojos por sus rostros e, inconscientemente, busco a la madre de Asher para comprobar, nuevamente, que está sola. No hay rastro del padre del niño, no lo he visto en el tiempo que llevamos de entrenamiento, y me había hecho ilusiones de que estuvieran separados, pero la alianza sigue en su dedo. Lástima. Me parece una mujer muy atractiva, joven para tener un niño de esta edad, de piel bronceada, unos ojos grandes de color chocolate y unos labios jugosos de lo más apetecibles. Además, aunque no lo parezca, bajo esa gabardina amplia que lleva, sé que posee un cuerpo cuidado, proporcionado, con curvas y con un culo prieto en el que no me importaría nada anclar mis manos mientras empujo entre sus piernas.

—Bueno, —Carraspeo para alejar esos pensamientos que ahora mismo no vienen a cuento—, es normal que hayamos perdido. El rival tenía mucho más nivel, aunque la temporada acaba de comenzar. La mayoría de los niños no había jugado antes a balonmano. Nos tenemos que ir conociendo como equipo y nos vamos a esforzar para mejorar día a día. ¿A que sí?

—¡Síií, entrenador! —exclaman de nuevo todos a la vez.

Me despido de ellos con un gesto de la mano y me dirijo hacia donde tengo candada la bici, dispuesto a acudir al siguiente partido, incomprensiblemente, de bastante mejor humor que hace unos minutos.

Las cadetes también pierden, aunque el resultado es bastante más ajustado. Tan solo lo hacemos por tres tantos. He de reconocer que el equipo tiene potencial, pese a que la temporada anterior quedaron las últimas. En solo tres semanas hemos conseguido grandes logros, ya saben qué es el trabajo en equipo, dejando las jugadas individuales y el afán de protagonismo a un lado. Todavía quedan muchísimos aspectos que limar, pero estoy contento con el punto en el que partimos. Tengo bastantes esperanzas puestas en ellas, creo que pueden llegar lejos, especialmente un par de jugadoras que destacan en su calidad de juego por encima de las demás.

En este caso, son ellas las que están desanimadas. Durante unos minutos hemos soñado con la victoria, casi la hemos acariciado con los dedos. Sin embargo, el gol que nos han marcado en ese instante, las ha desestabilizado. Ha sido un fuerte mazazo del que ya no se han podido recuperar.

—Habéis jugado un gran partido —las felicito reuniéndolas junto al banquillo antes de que se vayan al vestuario.

—Hemos perdido —me replica Julia con cara larga. Es una líder nata, con carácter, que arrastra al resto de sus compañeras sin siquiera proponérselo, por lo que tengo que hacerla cambiar de perspectiva antes de que su pesimismo se contagie al resto del equipo. Aunque no lleve brazalete, se ve a la legua que ha adoptado el papel de capitana con el beneplácito de las demás.

—No es el resultado final lo que me importa, sino lo que he visto durante los sesenta minutos de juego.

—Es el marcador lo que queda reflejado en la clasificación —vuelve a rebatir.

—Sí, pero no es de lo que se aprende. Yo no he visto un equipo que ha perdido por tres goles, sino a doce chicas que hasta hace poco iban a su bola, olvidando que en el resto de la pista había otras seis compañeras más, y que ahora saben jugar de manera coordinada. Y esto solo ha sido el principio, el primer partido, y a partir de aquí, no voy a permitir otra cosa que no sea ir hacia arriba. Qué me decís, ¿estáis conmigo?

—Sí —responden varias voces con timidez, a alguna incluso se le escapa una sonrisa.

—No os oigo. ¿Estáis conmigo? —insisto, alzando la voz.

—¡Sí! —Esta vez, sus voces se elevan con potencia. Juntamos las manos, coreamos el nombre del equipo y consigo que la expresión de sus rostros mute a una más positiva y esperanzada. Joder, acabo de empezar y ya se me dan de lujo los discursos motivadores.

A pesar de las dos derrotas, el día ha ido mejor de lo que pensaba. Los peques me han dado una lección que me ha venido bien para aplicarla con las mayores. Estoy orgulloso de todos ellos y de mi trabajo. Mis dudas acerca de si convertirme en entrenador era una opción acertada se acaban de disipar por completo. Me gusta este trabajo y, tal y como les he dicho a las chicas, lo importante no es la victoria, sino enseñarles a que den lo mejor de sí mismos, no solo en el balonmano, sino en cualquier aspecto de su vida. Es increíble cómo, en tan solo unas horas, ha cambiado tanto mi punto de vista. Regreso a casa en bici y, ni siquiera la lluvia que empieza a caer, consigue borrarme la sonrisa.

El efecto de mis palabras se extiende más allá de los minutos que dura la charla tras el partido y permanece vivo durante la semana. Ambos grupos se presentan a los entrenamientos con una actitud positiva que hace que la hora y media que dura cada sesión cunda como si fuera el doble. Hemos dado un paso de gigante, ahora solo falta que ellos también vean los resultados.

El viernes, de nuevo, vuelvo a coincidir en el gimnasio con la madre de Asher y sus amigas. Esto se está convirtiendo en una bonita tradición a la que podría acostumbrarme. Llego más tarde de lo habitual, por lo que, cuando ellas se dirigen a la ducha, yo acabo de dejar las cosas en el vestuario y me encamino hacia la sala de máquinas.

—Hola, volvemos a vernos —la saludo, ignorando a sus acompañantes. Me detengo en el pasillo frente a ella, obligándola, en cierto modo, a hacer lo mismo.

—Sí, eso parece. ¿Vienes todos los días? —Ella se para mientras sus dos amigas, tras intercambiar una mirada cómplice, continúan con su avance. Parece ser que han captado la indirecta implícita en mis gestos.

—Procuro hacerlo, sí. —Sus ojos me recorren de arriba abajo, como si me estuviera dando un repaso para corroborar los efectos del ejercicio diario en mi cuerpo. Le doy unos segundos hasta que completa su escaneo antes de carraspear y llamar de nuevo su atención—. Bueno, ¿qué te pareció el partido del otro día?

La cara de circunstancia que me dedica no tiene desperdicio. Me muerdo el labio para contener una carcajada que pugna por escapar. Se recoloca un mechón de pelo rebelde por detrás de la oreja y me esquiva la mirada. No sabe qué decir. La he puesto en un aprieto, lo sé, y me encanta verla apurada.

Me parece una mujer preciosa, a pesar de estar despeinada y empapada en sudor. Hoy lleva una camiseta de color claro, se transparenta el sujetador deportivo que lleva debajo y, supongo que, debido a la humedad y al contraste de temperaturas, algo más frescas aquí que en la sala de actividades, se intuye a la perfección la forma de sus pezones. Suerte que llevo un pantalón corto bastante holgado sobre las mallas, porque estas serían incapaces de disimular el bulto que ha empezado a crecer en mi entrepierna. «Quieto, tigre, está casada», me recuerdo y, por si acaso, vuelvo a buscar la alianza en su dedo anular para ver si esta vez tengo más suerte. ¡Mierda! Ahí sigue.

Aunque me resulta de lo más divertida la situación, me apiado de ella.

—Fue un auténtico desastre —admito, liberándola del compromiso de ser sincera o tener que mentir para quedar bien.

—Sí, un poco sí —corrobora regalándome una sonrisa turbada.

—Al menos tu hijo marcó un gol.

—El único del equipo. —Se me acerca ligeramente y cubre su boca con la mano, como si me estuviera confesando el mayor de los secretos. Aprovecho para que mi mano viaje hasta su cintura. El calor que irradia su piel, activado por el ejercicio físico que ha realizado, se me extiende a lo largo de la extremidad—. Y entre tú y yo, y ahora que el niño no está delante, fue por un fallo del portero contrario.

Me carcajeo, intentando ignorar la reacción que su contacto provoca en mí, esas miles de hormigas que saltan de su cuerpo a mi mano y se me extienden a lo largo del brazo con un agradable cosquilleo.

—Esta semana han entrenado duro y espero que eso se note en los siguientes partidos —comento y vuelvo a recuperar algo de distancia, antes de que mi atrevimiento pueda resultar molesto e invasivo, o que mi mano decida llevarlo más allá y estrecharla más contra mí—. Asher destaca por encima de sus compañeros, al menos, conoce las normas básicas del balonmano, que ya es mucho —bromeo.

—Ha visto infinidad de partidos de su padre, supongo que algo se le habrá pegado —me explica siguiendo el mismo tono jocoso que he empleado yo. Sin embargo, la sola mención a su marido me corta el buen rollo de la conversación que estábamos manteniendo.

—Bueno, me voy arriba, que se me echa el tiempo encima —anuncio consultando el reloj sin llegar a ver la hora en realidad—. Y este cuerpazo no se mantiene solo —añado, forzándome a mantener el mismo ambiente distendido que teníamos hasta hace un instante y, de paso, consigo arrastrar sus ojos de nuevo hacia mí—. Nos vemos mañana —me despido, sonrío y le guiño un ojo.

¿Estoy flirteando? Tal vez, y sé que no debería, pero no puedo evitarlo. Y eso que acaba de recordarme los límites marcados por el anillo.

Liv



CAPÍTULO 6
Despertar la ciudad

—¡El otro día metí tres goles! Y dicen mis compañeros que soy el mejor del equipo —relata un emocionado Asher a su padre durante una videollamada mientras yo preparo la cena—. Perdimos el partido, aunque empatamos dos de los cuatro tiempos.

Esta semana tampoco ha podido venir y, con eso de que ahora Asher tiene partido los sábados por la mañana, nos complica más viajar hasta allí para pasar un rato con él. Sí, un rato, porque entre su propio partido de la Bundesliga y el viaje, no puedo llamar a lo que hacemos «pasar el fin de semana juntos». No puedo reprocharle nada, al fin y al cabo, esto fue idea mía y, descontando que apenas nos vemos —cosa que no es muy diferente a cuando vivíamos juntos—, he de reconocer que el cambio nos está viniendo bien tanto a mi hijo como a mí misma.

—Seguro que eres bueno, cariño. El próximo día quiero que me enseñes todo lo que sabes hacer, ¡pero no me des una paliza!

—Qué tonto, papá, tú eres mucho mejor que yo —replica con aire soñador en el que se entrevé el orgullo que siente por su padre.

—De momento. Porque todavía eres pequeño, ya verás cuando crezcas. Y ahora pásame a tu madre.

—Lávate las manos, hijo, que vamos a cenar enseguida —le ordeno mientras cojo el aparato —. Hola, Dom, ¿qué tal todo?

—Bien, muy bien. ¿Y vosotros? Ya veo que el crío está eufórico.

—Sí, la verdad es que está feliz. Ha congeniado genial con los demás niños del equipo, el otro día hasta lo invitaron a un cumpleaños. Está mucho más sociable y se está adaptando muy bien a la nueva clase.

—Me alegro mucho. ¿Este fin de semana podréis venir? —se interesa.

—Sí. Asher juega a primera hora, así que dejaré todo preparado para salir el mismo sábado en cuanto termine el partido.

—Oye, Liv, que, si estáis cansados y es mucha paliza, entiendo que no vengáis, tampoco quiero acaparar el poco tiempo libre que os queda. Yo creo que la semana que viene, que también jugamos el sábado, podré escaparme y pasar dos días con vosotros. —Me sorprende este cambio de actitud, generalmente da por hecho que tenemos que ir cada vez que juega en casa, como si fuera una obligación ineludible. Al fin y al cabo, ese era el trato. Me da la impresión de que no le importa si nos vemos o no y me da mucha pena que, en nuestro progresivo distanciamiento, hayamos llegado a este punto. Se me encienden todas las alarmas, tengo que redoblar mis esfuerzos si quiero salvar esta relación que agoniza.

—No, no, tranquilo. No pasa nada. Además, tu hijo quiere que lo veas con la equipación del club. Te echa de menos, Dominik.

—Lo sé, y yo a vosotros. Entonces, perfecto. Nos vemos pasado mañana. Un beso, Liv.

Llegamos a Kiel justo a la hora de comer. Aparco el coche en la entrada de la casa de un amigo y compañero de equipo de Dominik que nos ha invitado, junto a otros miembros más del mismo y

sus familias, a una barbacoa, a pesar de que ya estamos en noviembre y las temperaturas son bastante frías. Tienen una terraza acristalada muy bien acondicionada, con un par de estufas que mantienen el ambiente templado y nos permite vigilar a los niños, que juegan en el jardín, a los que les dan igual las condiciones climatológicas.

—Me alegra verte, Liv. Hacía tanto que no coincidíamos que pensaba que Dominik y tú os habíais separado —me suelta sin anestesia la anfitriona, una mujer que nunca se ha caracterizado por su tacto precisamente. Sus palabras de ahora lo corroboran.

Lo cierto es que los divorcios y los cambios de pareja son bastante habituales en este grupo. Hoy mismo me han presentado a una modelo como la nueva pareja de Lars, que parece coleccionarlas. Creo que es la cuarta, en estos últimos dos años, que se dedica a las pasarelas. Ese no es nuestro caso, de momento. Llevo un tiempo con mil dudas acerca de nuestra relación, pero confío en que esto solo sea una mala racha, una que se va alargando en el tiempo más de lo que me gustaría.

—No, no. Todo está bien entre nosotros —respondo, sin saber realmente si mis palabras son del todo ciertas, aunque a ella parecen convencerla.

A pesar de que al principio me sentía un tanto fuera de lugar, la velada acaba siendo agradable. La sobremesa transforma la comida en cena y para cuando llegamos a nuestra casa, ya es más de media noche.

—Mamá, papá, ¿puedo dormir con vosotros? —nos pregunta un adormilado Asher, que se ha quedado traspuesto en el trayecto de apenas unos minutos. No me extraña, ha sido un día muy largo para él.

Dominik y yo intercambiamos miradas en una conversación muda. Esto añade unos días más a la cifra, ya de por sí bastante alta, del tiempo que hace que intimamos por última vez, pero creo que Asher necesita estos momentos bastante más que nosotros una sesión de sexo, por lo que ambos asentimos.

Menos mal que la cama es de dos metros, porque compartirla con alguien de la envergadura de mi marido y con un niño de nueve años, bastante alto para su edad, haría muy complicado poder conciliar el sueño en un colchón más pequeño.

El domingo por la mañana disfrutamos de un desayuno familiar antes del partido de Dominik. Lo que para otros es algo habitual y puede que incluso aburrido, en nuestro caso, se convierte en un auténtico privilegio.

Tras una nueva victoria del THW Kiel y una despedida emotiva de Dominik, que me vuelve a dejar con una congoja que me oprime el pecho, regresamos a Rostock. En cuanto atravesamos la puerta, nos sumergimos de lleno en nuestra rutina: deberes, ducha, cena y a la cama, de nuevo preparados para afrontar otra semana más.

* * *

Por fin, mes y medio después de que surgiera la idea, hoy vamos a tener nuestra «noche de chicas». Ha sido imposible cuadrar nuestras agendas antes. Menos mal que solo somos tres, si no, quizá no lo hubiéramos conseguido antes del año que viene.

Estoy nerviosa, no recuerdo cuándo fue la última vez que salí, creo que data de antes de que Asher naciera y en marzo cumple diez años, que se dice pronto. Ni siquiera sé qué ponerme. Tengo desperdigado encima de la cama la mitad del contenido de mi armario, sin acabar de

encontrar una combinación que me satisfaga. Al final, veo que se me echa el tiempo encima y, para no llegar tarde y ganarme la bronca de mis amigas, opto por un vestido corto de punto de color gris jaspeado, con escote barco, unas medias térmicas y unas botas altas. Lo completo con un pañuelo para protegerme el cuello y un abrigo negro hasta la rodilla.

También es la primera vez que dejo a mi hijo a dormir en casa de alguien, a excepción de los días que estuve hospitalizada cuando perdí a Hanna, pero en aquel momento fue una causa de fuerza mayor. Esta noche no, esta noche es algo que he decidido yo y he de reconocer que me produce cierta ansiedad. Una irracional sensación de abandono, de renuncia a mis obligaciones por la búsqueda de un poco de diversión.

Él está encantado, pasar la noche en casa de sus abuelos es toda una aventura y qué decir de mis padres, que adoran al pequeño y, durante el tiempo que vivimos en Kiel, no pudieron disfrutar de él todo lo que quisieron. Ahora pretenden resarcirse y casi me empujan a la calle para que me marche cuando voy a llevarlo.

—No te preocupes, hija. Tú no tengas prisa por venir a recogerlo mañana. Aprovecha y descansa —me dice mi madre.

Estrecho a Asher entre mis brazos con tanta fuerza que me gano una protesta por su parte. Parece que, en lugar de irme de fiesta, esté a punto de marcharme a la guerra.

—Jo, mamááá. ¡Ya vale! —me recrimina, intentando zafarse de mi agarre.

Llego al restaurante italiano en el que tenemos la reserva con puntualidad. Soy la primera, pero mis dos acompañantes apenas tardan un par de minutos en hacerlo. Seguimos al camarero, sorteando varias mesas que ya están ocupadas, hasta la que nos corresponde a nosotras, al fondo del restaurante, en un rincón un tanto apartado que nos va a permitir gozar de una agradable velada sin demasiadas interrupciones.

—Liv, como te vea mirar otra vez el móvil, te lo quito —me amenaza Magda.

—Solo estaba comprobando si tenía algún mensaje —me excuso.

—Sí, como las doscientas veces anteriores. Mira, Liv, cariño, Asher está con tus padres, si hubiera cualquier problema, te llamarían. Y por un día que te pongas a la altura de tu marido y lo ignores, no va a pasar nada. Venga, guárdalo en el bolso y relájate.

Ellas dos son las únicas personas que están al día de las cada vez más infrecuentes llamadas de Dominik.

—Por cierto, ¿cómo vais? —se interesa Bernadette.

—La verdad es que no sé cómo responder a eso, —Me encojo de hombros, no me apetece que los pensamientos grises que nublan mi matrimonio enturbien este momento único—, pero no quiero hablar de eso ahora. Hemos salido a divertirnos, ¿no?

—Así se habla, amiga. ¡Venga, un brindis por nosotras! —exclama Magda y las tres entrechocamos nuestras copas antes de beber un sorbo de vino.

—Por cierto, esta semana también estaba tu amiguito «el buenorro» en el *gym* —apunta Bernadette.

Estos días no he podido acompañarlas a las clases de pilates. Tengo que entregar un proyecto para la firma de joyas con la que trabajo antes de Navidad, para la campaña de San Valentín, y voy bastante atrasada, así que he aprovechado el horario escolar de mi hijo para darle un empujón.

—No es mi amigo, es el entrenador de balonmano de Asher —les aclaro. Noto un calor que asciende desde mi estómago y se me instaura en las mejillas que achaco al efecto del vino. Cambio la copa por el vaso de agua y bebo un trago largo para aplacarlo y rebajar la rojez de mi rostro antes de que mis amigas se percaten de ello y dé lugar a un malentendido.

—Pues tendremos que ir algún día a ver un partido de tu hijo para poder contemplar ese monumento a placer. Y no me refiero a tu hijo, no te asustes. Que sí, que es muy mono, pero todavía es muy joven. Ya veremos dentro de diez años —bromea Magda.

—Bah, no os perdéis mucho. Le queda mucho mejor la ropa del gimnasio que el chándal del club —comento manteniendo el mismo tono jovial y distendido.

Magda, que no se esperaba que le siguiera la corriente ante su salida de tono, se atraganta con el vino y Bernadette y yo nos partimos de risa al verla. Presiento que va a ser una gran noche, y eso que acaba de empezar. Seguro que mañana tengo hasta agujetas en la tripa de reírme.

Cuando nos traen la cuenta, aprovecho para revisar el teléfono móvil. Dominik no me ha contestado al mensaje que le he mandado antes de salir de casa, aunque supongo que se habrá liado con el partido. Consulto el resultado en internet, una pequeña manía que me ha pegado mi hijo. Han empatado, pero su equipo sigue en la primera posición de la tabla de clasificación.

De quien sí tengo noticias es de mi madre, que me conoce bien y sabe la absurda preocupación que arrastro desde que he salido de su casa. Me certifica que todo está bien y Asher ya duerme. Adjunta un par de fotos de mi hijo para darle más fuerza a sus palabras, una posando con el abuelo y su plato de cena y otra ya en la cama.

—¿Todo bien? —se interesan mis amigas.

—Sí, Asher ya se ha dormido —anuncio, devolviendo el móvil al fondo del bolso.

—Perfecto. Y ahora su madre va a despertar la ciudad.

Vamos a una discoteca cercana al restaurante, un local de altos techos abovedados con la barra perfectamente incorporada a la arquitectura del local. Aunque bastante frecuentada por universitarios, los sábados acoge a un abanico más amplio de edades.

—¿Queréis tomar algo? —pregunta Bernadette cuando llegamos hasta una mesa alta desocupada.

—Pídeme un gin-tonic —demanda Magda.

—¿Liv?

—No, gracias —declino su oferta. No estoy acostumbrada a beber, salvo un poco de vino de forma esporádica, y las dos botellas que han caído entre las tres durante la cena y la copa de después ya han empezado a hacer su efecto. Quiero tomarme la noche con calma y, si es posible, librarme mañana de la resaca.

Media hora después, cuando sus vasos todavía van por la mitad, empiezo a tener sed.

—Chicas, voy a la barra. Ahora vuelvo.

Me cuesta unos minutos llegar hasta ella y ser atendida. Después de pagar mi consumición, cojo mi vaso y me dispongo a regresar con mis amigas. No he dado más que un par de pasos cuando escucho una voz familiar a mi espalda, alzándose por encima del volumen de la música.

—¿Aquí también? No, en serio, ¿dónde está la cámara oculta?

Me giro, parece que lo hago a cámara lenta, aunque yo juraría que me muevo a la misma velocidad de siempre, para toparme con el entrenador de mi hijo. Si ya tenía claro que la ropa que lleva al gimnasio le queda mejor que el chándal, he de decir que la que luce ahora gana por goleada. Lleva unos vaqueros rasgados y una camisa blanca, con los dos botones superiores desabrochados. Joder, está impresionante. Tiene un botellín de cerveza en la mano y mira de manera cómica a su alrededor, como si estuviera buscando las cámaras que menciona, lo que me arranca una sonrisa.

—A pesar de nuestros múltiples encuentros, creo que todavía no nos hemos presentado, mamá de Asher —apunta, acercándose a mí.

—Liv, me llamo Liv —me presento.

—Encantado, yo soy Maddox —responde y coloca la mano libre sobre la parte baja de mi espalda para recortar todavía más la distancia que nos separa y darme dos besos.

No es la típica presentación de mejilla contra mejilla, sino que posa los labios sobre las mías. Percibo el contraste frío de la cerveza que todavía los baña contra mi piel y, sin embargo, me noto arder.

En la cercanía, su fragancia masculina invade mis fosas nasales. Combina la frescura de los cítricos con notas más sensuales y profundas que no consigo identificar, pero que consiguen que se erice hasta el último poro de mi piel. Es como si todos mis sentidos se hubieran avivado con su proximidad y se mostraran más receptivos.

Su mano sigue anclada a mi espalda, haciendo de las suyas. El calor de la palma atraviesa la tela de mi vestido y se me cuela dentro, como si solo con su tacto fuera capaz de derretirla.

—Igualmente —consigo articular al fin después de un instante eterno en el que parece que el mundo se ha detenido a nuestro alrededor.

—¿Qué tal? —se interesa recuperando una mínima distancia para no resultar invasivo.

—Bien, he venido con unas amigas. —Señalo con la cabeza hacia la zona en la que se encuentran, para comprobar, con cierta vergüenza, que me tienen en su foco de mira—. ¿Y tú?

—He salido con mi hermana, el otro equipo al que entreno ha ganado el partido esta mañana y había que festejarlo. Nuestra primera victoria —comenta con una amplia sonrisa de orgullo y alza la cerveza en el aire—. Y los peques van mejorando mucho. Espero poder celebrar dentro de poco la suya.

—Estás haciendo un gran trabajo con los niños —lo alabo.

—Gracias.

Tras unos minutos de una amena charla, me da la impresión de que el ambiente del local se ha caldeado, mi vaso está vacío y el volumen de la música ha subido.

—¿Qué? —inquiero cuando el ruido me impide entender lo que Maddox acaba de decir.

Posa de nuevo una de sus manos sobre la parte baja de mi espalda y presiona un poco más para empujarme hacia él y que pueda oírle. Mi pecho roza su torso. Su mano es electricidad pura y siento que enciende mis terminaciones nerviosas.

—Esta semana no te he visto en el gimnasio. Te he echado de menos —confiesa, tan cerca de mi oído que siento la caricia de su aliento sobre mi piel, un roce sutil que consigue que me estremezca y se me acelere el pulso.

Su proximidad, su voz, su fragancia y el significado de sus palabras hace que, directamente, mi cerebro cortocircuite y despierta un anhelo que no sé de dónde demonios surge. Un deseo tan intenso y desesperado que me asusta: quiero que me bese.



Maddox

CAPÍTULO 7
Una noche memorable

Elke insiste en que salga esta noche con ella. Mi plan era volver a torturarme con el partido de la final en la que me lesioné —solo hasta el minuto veintidós y treinta y ocho segundos de la segunda parte, como siempre—, pero me quita el mando de la mano, apaga la tele y me manda a la habitación para que me cambie de ropa. Parece mentira que yo sea el mayor.

—Venga, Mad, tenemos que celebrar tu primer triunfo como entrenador —insiste y accedo porque sé que si no, no me va a dejar en paz.

Se nos une una de sus amigas y enseguida me doy cuenta de que es algo más. Joder, no me apetecía salir y encima me tiene aquí de sujetavelas. Voy a la barra para dejarles algo de intimidad, aunque no parece que mi presencia las incomode o les corte el rollo.

Un cosquilleo en la nuca, un presentimiento grato, hace que me gire para descubrir su procedencia. A pesar de que el local está abarrotado, distingo a la madre de Asher como si tuviera un maldito cartel luminoso sobre su cabeza. Ahora que lo pienso, a pesar de todos nuestros anteriores encuentros, todavía no sé ni cómo se llama, un pequeño detalle al que no tardo en poner remedio.

Una vez hechas las presentaciones, entablamos una conversación agradable. No puedo bajar la guardia ni un solo segundo, ya que mis ojos amenazan con resbalar desde el rostro y caer hacia sus pechos, que no dejo de imaginarme bajo ese vestido que se ajusta a la perfección a cada una de sus curvas y que ya me dejó intuir el otro día su ropa deportiva. Soy un puto salido. Mi polla se tensa dentro de los vaqueros y tengo que modificar la postura para acomodar mi erección.

Liv provoca en mí cosas que hacía mucho que nadie despertaba, un deseo que rebasa lo éticamente aceptable, por lo que, a pesar de saber que está casada, inicio un acercamiento peligroso. Aprovecho que no ha oído la última frase que he pronunciado para volver a colocar la mano en la parte baja de la espalda, con el meñique rozando la línea que marca el límite del decoro, y aproximarla a mí.

—Esta semana no te he visto en el gimnasio. Te he echado de menos —pronuncio con voz ronca. Me la juego, exhalo las palabras tan cerca del lóbulo de su oreja que casi puedo saborearla. Su estela olfativa, dulce y floral potencia aún más el efecto sobre mis papilas gustativas. Su cuerpo reacciona, no le soy indiferente, pero cuando estoy a punto de dejar que mis labios degusten la piel de su cuello, me empuja el pecho con las manos y se aparta de mí.

—Lo siento, tengo que irme —anuncia con la cabeza gacha.

No sé qué ha pasado. Es como si una bola de hielo hubiera explotado entre nosotros rompiendo el bonito espejismo en el que estábamos inmersos. Creía que nos encontrábamos en el mismo punto, su respiración se había agitado y sus pupilas estaban brillantes y dilatadas. Quizá haya sido solo por efecto del alcohol, el suyo y el mío, que me resta objetividad. De todas formas, no puedo dejar que se marche así.

—¡Espera, Liv! —exclamo agarrándola por la muñeca para detener su avance—. ¿Te marchas? —Ella asiente—. Deja que te acompañe.

—¿No estabas con tu hermana? —pregunta.

Hago un gesto con la cabeza hacia la zona en la que Elke parece fundirse con la boca de su

«amiga».

—No creo que note mucho mi ausencia.

Sus ojos se abren mucho por la sorpresa y consigo que sonría. Desvía la mirada hacia el punto en el que todavía la sostengo y la suelto como si me hubiera dado un calambre.

Va directa hacia el guardarropa y la sigo de cerca.

—Liv, ¿te encuentras bien? —me intereso mientras esperamos nuestro turno para ser atendidos. Su comportamiento es bastante extraño y muy diferente al que mostraba minutos antes.

—Sí, tranquilo. Hace demasiado calor y me he agobiado. —Entrega la ficha a la chica responsable y recoge su abrigo.

—Podemos salir a tomar un poco el aire y cuando te encuentres mejor, volvemos a entrar —digo, recuperando también mi cazadora.

—No, es tarde, Maddox. Prefiero regresar a casa.

—En serio, si he dicho o he hecho algo que te ha incomodado, perdóname, por favor —insisto. Sé que la he cagado con mi atrevimiento y eso que me ha interrumpido cuando pensaba dar un paso más.

—No, tranquilo. No pasa nada, hace mucho que no salía ni bebía alcohol y me ha afectado más de lo que pensaba. Estoy cansada y solo quiero llegar a casa y meterme en la cama.

—¿Puedo acompañarte? Hasta tu casa, no a meterme en tu cama —aclaro antes de que mis palabras puedan dar lugar a más confusiones, aunque la segunda opción es la que más me apetece—. Para que me asegure de que llegas en perfectas condiciones. Si Asher se entera de que no lo hago, no me lo perdonaría y últimamente está cogiendo bastante fuerza en el brazo —bromeo y consigo hacerla reír.

—Está bien —claudica.

—¿Vives muy lejos? ¿Quieres que cojamos un taxi?

—No, prefiero caminar, me vendrá bien para despejarme. Son unos cuarenta minutos de paseo —me explica.

—Perfecto.

Nombrar a Asher ha vuelto a aligerar el ambiente y aprovecho los tres cuartos de hora que dura el trayecto para conocerla mejor, para resarcirme de mi error y volver a ese punto previo en el que parece que los dos nos sentíamos cómodos. Alabo a su hijo, su evolución durante estos dos meses que lleva entrenando y se le hincha el pecho de orgullo. Me intereso por su trabajo, por sus amigas, momento en el que recuerda que no las ha avisado de su marcha, por lo que nos detenemos unos segundo para que les mande un mensaje. Y sí, esquivo de forma deliberada cualquier posible comentario que pudiera hacer alusión a su marido.

—Bueno, ya hemos llegado. Aquí es —anuncia, interrumpiendo lo que me estaba contando y se detiene junto a una vivienda unifamiliar de un barrio residencial.

—Es una casa muy bonita —apunto sin separar mis ojos de su rostro, de sus labios para ser más concreto—. Está bien. Entonces, me marcho —digo sin moverme del sitio, estirando unos segundos más el momento de la despedida.

—¿Quieres entrar a tomar algo? —me pregunta con timidez.

—¿Estás segura? —inquiero.

—Sí, está bien poder hablar sin tener que gritar, pero aquí fuera empieza a hacer un poco de frío —se justifica abrazando su cuerpo para retener el calor. Se muerde el labio inferior, nerviosa, y ese gesto, aparentemente inocente, tiene conexión directa con mi entrepierna.

—De acuerdo —acepto. Pocas excusas me hacen falta para alargar la velada.

La puerta principal se abre directamente al salón. Liv se despoja del abrigo, que cuelga del perchero y se quita las botas, dejándolas sobre una bandeja de madera blanca con piedras que hay junto a la entrada para ese menester.

—Oh, qué placer —exclama y su naturalidad me arranca una carcajada.

La imito y dejo que sea ella quien me invite a tomar asiento en el sofá de tres plazas de color gris marengo que domina la estancia. La luz es suave y cálida, lo que confiere al ambiente un toque acogedor.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta.

—Cualquier cosa estará bien.

Regresa al momento con un par de copas y una botella de vino blanco.

—Espero que esté bueno, lleva días abierto —comenta preocupada mientras lo sirve.

—Seguro que sí. Me estabas hablando sobre el proyecto en el que te encuentras trabajando ahora —digo, retomando el punto en el que creo recordar que se había quedado suspendida la conversación.

Expone con entusiasmo la línea de joyas que está diseñando. A pesar de que es un trabajo en el que no puede invertir demasiadas horas al tener que compatibilizarlo con la crianza de su hijo, se nota que le gusta.

Cuando termina, un silencio denso se instaura entre nosotros. La misma energía que fluía en la discoteca se arremolina a nuestro alrededor y nos envuelve. La noto erizándome la piel. Mis ojos se quedan hechizados por su mirada de chocolate fundido que tira de mí, como si fuera una fuerza sobrenatural a la que no puedo resistirme.

—Voy a besarte —advierto.

Y lo hago sin darle tiempo a réplica, porque ya no aguanto más. Me pican los labios de pura necesidad y tengo que aplacarla probando su saliva. No pienso, solo actúo, no me importan las consecuencias, aunque sé que ahora mismo me estoy jugando el cuello con mi osadía. Apoyo una mano en su nuca, cierro los ojos y recorto los últimos centímetros que nos separan.

No hay rechazo, al contrario, Liv exhala un pequeño suspiro y separa ligeramente los labios. Me lo tomo como una invitación al interior de su boca. Su sabor es dulce, cálido, a pesar del frescor del vino que todavía la baña, y adictivo, muy adictivo. Sé que es un fruto prohibido, pero no puedo pensar en otra cosa que no sea embeberme de ella.

Me sumerjo en busca de su lengua, la acaricio con suavidad, incitante, como si quisiera sacarla a bailar por primera vez. Y en cuanto acepta la invitación, se engarzan en una danza de movimientos sensuales siguiendo el ritmo de una música que solo escuchamos nosotros.

Sin abandonar sus labios, tiro de su cuerpo hasta que queda sentada a horcajadas sobre mis piernas y enrosca los brazos alrededor de mi cuello. Necesito tenerla más cerca. Me trago el gemido que escapa de su garganta cuando percibe el bulto de mi pantalón incidiendo justo sobre su centro. Cuelo las manos por debajo del vestido que queda remangado a la altura de su cintura para acariciar su espalda y apretarla más contra mi erección. Quiero que me sienta, que vea en qué punto me tiene con solo unos besos.

Liv suelta mi boca, momento que aprovechamos para recuperar el aliento, ese que a ambos nos falta. Me mira con ojos hambrientos, con el deseo refulgiendo en sus pupilas dilatadas, y alza los brazos por encima de la cabeza. Agarro el bajo del vestido y tiro de él hacia arriba para sacárselo. Me deleito con la visión de su cuerpo semidesnudo mientras vuelvo a recorrer con mis manos su espalda, centímetro a centímetro, dejando que ambos pulgares asciendan por los laterales de su abdomen hasta que topan con la prenda de encaje de color negro que mantiene encerrado el objeto que se ha convertido en obsesión durante esta noche.

Pido permiso con la mirada para seguir adelante. Ella me reta en silencio a que lo haga mientras sus manos se deslizan trazando un camino desde el cuello hasta mi torso. Lo acaricia por encima de la tela de la camisa y comienza a desabotonarla hasta que la prenda se separa en dos. Se toma su tiempo, para mi desesperación, que ansío sentir el roce de sus dedos sobre mi piel. Dejo que sus manos se pierdan sobre mi vientre y que me explore a placer. Su tacto deja una estela de calor allá por donde pasa y a mí no me hace falta mucho para arder.

Mis dedos trazan el intrincado diseño que adorna el sostén y sus pezones se fruncen bajo mi tacto. Llevo mi boca hasta allí y los mordisqueo por encima de la tela. Ella arquea la espalda, cierra los ojos y un gemido vibra en su garganta. Me gusta, pero me resulta insuficiente. Me urge descubrir su sabor.

Llevo las manos hacia su espalda, buscando el cierre y lo desabrocho. Deslizo los tirantes por sus brazos y dejo que la prenda caiga a mis pies. Tiene unas tetas perfectas, incluso superando mis expectativas, redondeadas y suaves, del tamaño adecuado para que las abarque con mis manos o para que me las lleve a la boca.

Atrapo primero un pezón entre los dientes, lo muerdo y tiro de él hasta llegar al punto en el que el placer roza el dolor, arrancándole un leve quejido, para después calmarlo con suaves lamidas circulares, mientras mi mano estimula el otro, y luego intercambio mis atenciones.

Se inclina hacia atrás, se apoya en mis rodillas, para permitirme un mejor acceso, como si me estuviera entregando su cuerpo como una ofrenda. Con las manos sobre su espalda, le otorgo mayor estabilidad, al mismo tiempo que aprovecho para apretarla más contra mi erección. Siento el calor de su sexo atravesando la ropa, como si esa parte de nuestra anatomía estuviera en llamas.

Liv gruñe, comedida, y se muerde el labio para acallar un gemido. Está excitada, mucho, ambos lo estamos, su pecho asciende y desciende de manera errática, incapaz de controlar su respiración, pero se está reprimiendo y me revienta que lo haga. La empujo para que caiga contra mi torso.

—No te contengas, Liv. Quiero escucharte —musito junto a su oído, quiero que las paredes se empapen de la expresión de su placer.

Ya que la tengo tan cerca, regreso a su boca. Estoy sediento y tengo que hidratarme con su saliva. Mis manos recorren su espalda, la arañan, las suyas hacen lo propio con la mía, nuestros pechos desnudos se rozan y, por inercia, empezamos a frotarnos uno contra otro. Estoy tan cachondo que sería capaz de correrme solo con este roce, lo que me dejaría en mal lugar, pese a que la respiración descoordinada de Liv me susurra que me podría acompañar sin problemas. Como no somos dos putos adolescentes que se conforman con tocarse por encima de la ropa, la tumbo sobre el sofá para deshacernos de todas esas prendas que nos estorban.

Desde su boca, inicio un viaje descendente en el que no me olvido de ningún rincón de su piel, como si la estuviera leyendo en braille con las yemas de los dedos y con la lengua. Ella se contonea, con los brazos por encima de su cabeza, sujetándose con fuerza al reposabrazos del sofá, de tal manera que en ningún instante mi boca pierde contacto con su piel.

Llego hasta su cintura, en donde me topo con la primera barrera, unas medias demasiado gruesas como para que pueda romperlas de un tirón, por lo que las deslizo por sus piernas, calentando con mis labios cada porción de piel que van liberando. Después me entretengo con la tira de lencería a juego que cubre su sexo, lo rozo de forma muy sutil, beso la parte interior de sus muslos y noto como ella, impaciente, se muere de anticipación.

Sin ser demasiado cruel, me deshago de esa mínima prenda que se interpone entre mis deseos y yo. Observo sus pliegues húmedos y brillantes y exhalo el aliento sobre ellos, despacio. Liv

responde revolviéndose y un ronroneo de lo más erótico escapa de sus labios. No me dice lo que quiere, lo que necesita, al menos no con palabras, porque escucho sin problemas lo que su cuerpo me grita y me está pidiendo más, mucho más.

Mi polla protesta, todavía embutida en un encierro que resulta doloroso. Me suelto el botón y la cremallera del pantalón, para darle un poco más de holgura, y me la recoloco en una posición que me resulte menos molesta.

Me ayudo de una mano para abrir su sexo, doy una lamida, acabando con pequeños toques sobre el clítoris, que se endurece aún más bajo mi boca, y me bebo sus jugos. Es extremadamente deliciosa. La penetro con la lengua, alterno con mis falanges, que se introducen en ella con fruición. Alza las caderas que salen al encuentro de mi boca, se retuerce contra mí mientras clava las uñas en mi cuero cabelludo. Me hace caso y sus gemidos, cada vez a un volumen superior conforme voy acelerando el ritmo, me acarician los oídos. Joder, la tengo a punto y saberlo me enardece tanto que hasta una gota de líquido preseminal moja mi ropa interior. Ya no necesitaría ni que me tocara para correrme, me bastaría con contemplarla así, desnuda ante mí, tan entregada, tan exultante, con las mejillas sonrosadas y su piel salpicada de gotas de sudor.

Me empleo a fondo, cambio el ritmo, coordino los movimientos de mis dedos entrando y saliendo de ella con mi lengua sobre su brote, lo lamo, lo succiono y estalla. Su cuerpo se tensa y se me deshace en la boca con un alarido en el que se cuela un «Oh, sí, Mad» que a punto está de hacerme explotar a mí también.

Me bebo hasta la última gota de su orgasmo, con mis falanges todavía dentro de su sexo hasta que noto como se va relajando. Su firme agarre sobre mi pelo, pierde fuerza hasta que su mano se desliza entre mis cabellos con una caricia. Extraigo mis dedos de su interior, me incorporo para situarme de rodillas entre sus piernas y me los llevo a la boca, donde sigo degustando su sabor, sin perder el contacto visual con Liv. Ella también me contempla, desnuda, tumbada de espaldas sobre el sofá. Sus manos acarician su propia piel de forma tentadora, sus ojos resbalan por mi torso, se centran en el bulto que enmarca mis vaqueros y se relame, incitante. Sus gestos y nuestras miradas nos gritan que esto no es suficiente.

Cojo la cartera del bolsillo trasero del pantalón y saco un preservativo. Antes de abrirlo, aprovecho para bajarme los tejanos, junto con la ropa interior, hasta la altura de las rodillas. Mi polla, más que preparada, se alza poderosa ante ella. Me acaricio para aliviarme un poco, mientras me peleo con los dientes con el envoltorio del preservativo. Liv se incorpora y me toca también, así que aprovecho para usar ambas manos para abrir el profiláctico. Su mano, más fría en comparación con el calor que desprende mi piel, se vuelve puro fuego allá donde me roza. Gimo, jadeo. Su tacto me vuelve tan loco que casi me cuesta más centrarme en mi cometido. Cuando por fin lo consigo, desenrosco el condón sobre mi envergadura, desesperado, con prisas, y me coloco sobre ella sujetando mi peso sobre los antebrazos para que no recaiga sobre ella.

Sin dejar de mirarla, acaricio sus mejillas con los pulgares mientras ella vuelve a enredar sus manos entre mis cabellos. Recorto los escasos centímetros que me separan de su boca, mientras cierro los ojos para darle a probar su propio sabor de mis labios. Unido a nuestras salivas, conforman una mezcla perfecta. Intensifico el beso y nos movemos, uno sobre el otro, para que mi miembro, que presiona su centro, encuentre el camino. Estoy tan duro y ella tan mojada que no necesitamos más ayuda que este simple vaivén. Resbalo entre sus pliegues que se van abriendo a mi paso hasta que me acoge por completo. Liv rodea con las piernas mis caderas y arquea la espalda, lo que me permite ahondar en ella un poco más. Jadea cuando toco fondo.

—Eres jodidamente deliciosa —susurro ronco lamiendo el lóbulo de su oreja y me gano un ronroneo por su parte. No necesito que me conteste siempre y cuando sus gemidos continúen

rompiendo el silencio.

Me deslizo dentro y fuera con estocadas lentas y profundas. No quiero acelerar esto, me gustaría alargarlo durante toda la noche, pero me encuentro en un punto de excitación tan alto, que me temo que no voy a aguantar mucho. Nuestros cuerpos chocan, el sonido acompaña a resuellos, gruñidos y gemidos. Bocanadas de aire desesperadas en busca del aire que nos falta y que absorbemos el uno del otro.

Percibo como empieza a gestarse mi propio orgasmo, no voy a ser capaz de retenerlo durante mucho más tiempo, así que cuelo una de mis manos entre nosotros, busco su pequeña prominencia y la masajeo mientras aumento el ritmo de mis envites. El diminutivo de mi nombre, un «Mad» que hasta ahora nunca me había sonado tan sensual, se atora en sus labios y se convierte en grito cuando su cuerpo empieza a temblar. En ese instante, un latigazo recorre mi columna vertebral de arriba abajo, me contraigo y me derramo dentro de ella, con sacudidas rítmicas que se hacen eco en sus propios espasmos, prolongando el placer durante unas décimas de segundo más.

Abandono su interior y me coloco a su lado, para que mi cuerpo, más pesado que el suyo, no resulte molesto, manteniendo un precario equilibrio al borde del sofá. Mis dedos, que todavía no han tenido suficiente de su piel, recorren su abdomen, trazando círculos con delicadeza, mientras que, con mi rostro casi pegado al suyo, la respiro. Su mano sigue enroscada entre mis cabellos y gruño de puro placer.

Nuestras respiraciones se van relajando, las caricias que nos dedicamos se han vuelto perezosas y los dos estamos a punto de dormirnos. Desnudos y abrazados. De pronto, Liv se tensa bajo mi cuerpo, se revuelve y sé que algo ha cambiado. El ambiente se ha enrarecido. Se zafa de mis manos, de mi agarre, me empuja fuera del sofá haciendo que casi caiga al suelo, y busca una manta que cuelga del respaldo del sofá para cubrir su desnudez.

—Será mejor que te marches, Maddox —me suelta, huyendo de mí como si mi proximidad la quemara. Sus ojos brillan por un motivo totalmente opuesto al que lo hacían minutos antes.

—Liv, yo… —titubeo, no sé qué decir.

—Por favor, vete —insiste y su voz se rompe.

La miro, con pena, pero obedezco, a pesar de que lo que me nace en este instante es abrazarla. Me adecento la ropa, recupero el calzado y me marcho, tras dedicarle una última mirada, implorando una oportunidad para que me deje quedarme a su lado.

Acabo de pasar una noche memorable, hacía mucho que no echaba un polvo tan brutal, y ella está a punto de llorar. No hace falta ser un lince para saber qué ha pasado. La realidad la ha golpeado con la fuerza de un tsunami. Se ha dado cuenta de que ha sido infiel a su marido. La hemos cagado, mucho. En mi caso tengo claro que ha merecido la pena, en el suyo, lo dudo. Me jode tener que marcharme así, sin embargo, sé que he de hacerlo.

Liv



CAPÍTULO 8
Un anillo que quema como recién forjado

¿Qué demonios he hecho? ¿Cómo he podido dejarme llevar de este modo? ¿Así de patética soy, que me abro de piernas ante el primero que me dedica un poco de atención?

En cuanto escucho el ruido de la puerta cerrarse tras Maddox, me rompo un poco más. Esto no ha sido una simple fantasía que acompaña mis momentos de placer cuando estoy sola, ha sido real y acabo de meter la pata hasta el fondo. Estoy triste y furiosa por haber caído tan bajo.

¡Seré imbécil! ¿Cómo he llegado tan lejos? Es cierto que mi matrimonio no está atravesando su mejor momento, que Dominik y yo estamos cada vez más distanciados, pero de ahí a lo que acabo de hacer, hay un trecho. Me he cargado lo poco que quedaba. Me he acostado con otro hombre y, encima, he disfrutado como nunca. No ha hecho falta que le dijera lo que quería, lo que me gustaba, dónde quería que me tocara o de qué forma necesitaba que lo hiciera. Lo ha leído en cada uno de mis gestos, de mis expresiones, en mi respiración agitada, en mis gemidos. Ha sabido pulsar las teclas adecuadas para convertirme en una melodía perfecta.

Y, tal vez, si solo hubiera sido eso, si solo hubiera sido sexo, mis remordimientos y la culpa no estarían tan a flor de piel. Sin embargo, ha habido más, la noche entera ha sido maravillosa, he sentido una conexión que hace mucho que no experimentaba con nadie, lo que aún me hace sentir todavía peor. Su atención, su interés, esa forma de escuchar como si lo que le estuviera contando fuera lo más interesante del mundo. Y su cara desencajada cuando le he pedido que se fuera, su preocupación, su insistencia, sus ganas de lanzarme un salvavidas al verme ahogada potencia mis remordimientos.

Por primera vez en mucho tiempo me sentía importante, valorada, la prioridad para otra persona. Puede que en realidad no haya sido para tanto. Creo que mis sentimientos de abandono y soledad han magnificado la experiencia, que Maddox ha cubierto una necesidad que lleva tiempo tomando fuerza en mis entrañas. Un anhelo que, pese a mis empeños por enterrarlo, que sigue ahí y que esta noche ha despertado con la fuerza de un huracán. Aun así, esta situación no justifica lo que acabo de hacer, nada lo hace.

Todo esto hace que me replantee muchas cosas: mi pasado, mi presente y, sobre todo, mi futuro; ese que ahora se tambalea y amenaza con derrumbarse. Sin embargo, esto no va solo de mí, si así fuera, sería mucho más sencillo: un error que conlleva unas consecuencias que he de asumir. El problema es que hay más partes implicadas: Asher. ¿Cómo he sido tan egoísta? ¿Cómo he podido dejarlo al margen de mis actos?

Tampoco, desde que me topé con Maddox en el pub, pensé en mi marido. Lo borré de la ecuación, como si no existiera, lo que me convierte en una persona muy ruin. Ahora, sin embargo, el puto anillo que llevo en el dedo me quema como si estuviera recién forjado.

Me siento sucia, apesto a sexo. Necesito con urgencia una ducha. Pese a que estoy sola, voy hasta el baño envuelta en la manta que uso para arroparme en mis solitarias noches de sofá. Me avergüenzo de mi desnudez, de la piel en la que todavía están presentes las huellas de mi delito. Abro el grifo del agua caliente a tope, dejo caer la manta al suelo y me introduzco bajo el chorro. No me importa que el agua queme mi piel. Entre lágrimas de rabia, frustración e impotencia por no poder dar marcha atrás al tiempo, la froto una y otra vez hasta que casi duele. Con gusto me la

arrancaría si así pudiese borrar lo que he hecho.

Me envuelvo en el albornoz de rizo y regreso al salón. Veo huellas de mi infidelidad por doquier y enloquezco. Recojo el vestido, las medias y la ropa interior del suelo y lo tiro directamente al cubo de la basura. Le prendería fuego, pero no quiero provocar un incendio.

Limpio la tapicería del sofá mancillado con agua y bicarbonato. A simple vista no se ve ninguna mancha, sin embargo, yo sé que están ahí. Froto a conciencia hasta que me escuecen las manos. Después extiendo la limpieza al resto del salón. Cuando termino ya ha amanecido y la estancia parece sacada de una revista de decoración, está impoluta. Sin embargo, no me siento mejor.

Derrotada, me dejo caer sobre la cama, me abrazo a la almohada y lloro hasta que se me agotan las lágrimas y me quedo dormida. Cuando despierto, es cerca de la hora de comer. Unas putas agujetas que, en otra situación, me hubieran resultado deliciosas, me recuerdan una vez más el pecado cometido. Tengo el rostro hinchado y con ojeras. Cualquiera que me viera en este instante pensaría que sufro una enorme resaca, pero nada más lejos de la realidad. Ojalá pudiera culpar al alcohol de lo que hice, acusarlo de guiar mis actos y no acordarme de nada. Había bebido, sí, sin embargo, para cuando llegamos a casa, el paseo y la fría noche borró todo rastro de sus efectos en mi sangre. Fui plenamente consciente de lo que pasó y recuerdo hasta el último detalle con tanta nitidez que mi cuerpo se calienta solo de pensarlo.

Cuando cojo el móvil para llamar a mis padres y avisarles de que pasaré enseguida a recoger a Asher, veo que tengo varios mensajes. Al ver el remitente de uno de ellos, me pongo nerviosa, el móvil se me resbala de las manos y casi lo dejo caer.

Dominik:
Hola, preciosa, todo ok. Y vosotros, ¿cómo estáis? ¿Te lo pasaste bien anoche?

«¿Por qué me escribe? ¿Intuye algo?» Entonces recuerdo que ayer le mandé un mensaje antes de salir, explicándole que había quedado con mis amigas y que, la última vez que comprobé anoche el teléfono, todavía no había obtenido respuesta.

Me estoy volviendo paranoica.

Liv:
Sí, estuvimos muy a gusto, pero me retiré pronto. Ya casi había olvidado qué era eso de salir. Estoy oxidada.

Analizo el mensaje, lo releo al menos una docena de veces. No quiero que parezca demasiado efusivo, ni que dé a entender algo entre líneas. Tiene que parecer natural, casual, el mensaje que le mandaría la Liv que no le acaba de poner los cuernos.

Dominik
Pues ya sabes, tendrás que hacerlo más a menudo.

¿Hacer el qué? Mi mente vuelve a bombardearme con las imágenes de Maddox sobre mi cuerpo desnudo.

Dominik
Bueno, te llamo por la noche para hablar con el crío. Un beso.

El resto de mensajes son del grupo que comparto con mis dos amigas, en respuesta al que les escribí yo para anunciar que me marchaba a casa. ¿Me verían irme con Maddox? ¿Sospecharán algo de lo que sucedió? Sigo leyendo el chat, pero solo hay una conversación a dos, comentando entre ellas anécdotas de la noche, en torno a las siete de la mañana, que supongo que será la hora

en la que llegaron a casa, al parecer bastante perjudicadas por el discurso indescifrable de sus últimas frases.

De pronto, recuerdo cuál era el propósito inicial por el que he cogido el teléfono y llamo a mis padres. Es mi propio hijo el que contesta. Su voz cantarina y enérgica, relatándome paso a paso y con todo lujo de detalles cómo transcurrió el día de ayer con los abuelos, me saca una sonrisa y me reconforta. Al menos durante los escasos segundos en los que tardo en darme cuenta de nuevo de que lo que hice anoche le salpica.

—Mamá, dice la abuela que vengas a comer —me transmite Asher, aunque ya había escuchado las palabras de mi madre de fondo.

—Vale, dile que enseguida voy.

—Te quiero, mami.

—Y yo a ti, mi amor —expreso con todo el sentimiento del mundo, como si así pudiera paliar mínimamente mi error.

Vuelvo a la ducha. Creo que por muchas veces que lo haga, no voy a terminar de sentirme limpia. La mancha en mi integridad no se borra frotando con una esponja, está mucho más allá de mi piel, mucho más profundo y, haga lo que haga, jamás conseguiré eliminarla.

Me visto con un pantalón vaquero y un jersey fino de cuello alto, disimulo mi rostro cadavérico con algo de maquillaje y, tras coger el móvil, el bolso y las llaves, salgo en dirección a la vivienda de mis padres, situada a tan solo diez minutos a pie.

Asher corre a recibirme en cuanto llamo al timbre. Me agacho y lo estrecho con fuerza entre mis brazos. «Lo siento, perdóname, cariño», me encantaría susurrar sobre su pelo, pero eso implicaría dar demasiadas explicaciones y todavía no estoy preparada para ello. No sé cómo voy a gestionar todo esto.

—Mamá, ¿estás llorando? —se extraña mi pequeño al ver una lágrima descender por mis mejillas.

—Ay, cariño, es que te echaba de menos —intento disimular y me la seco con el dorso de la mano.

—¡Mami, estás tonta! Si solo ha sido una noche. Y me lo he pasado genial con los abuelos. Puedes salir con tus amigas siempre que quieras.

«Nunca más», me digo y no porque me lo hubiera pasado mal con ellas, sino por todo lo que pasó después, cosa que no habría sucedido si me hubiera quedado en casa, como un sábado más, ejerciendo como la madre responsable y centrada que se supone que soy.

—Bueno, venga, que se enfría la comida —nos interrumpe mi madre, cosa que agradezco.

—Hija, me recuerdas tanto ahora mismo a cuando eras joven —apunta mi padre, cuando, durante el postre, la falta de sueño me hace cabecear sobre la mesa.

—Sí, pero ya no tiene dieciocho años. A su edad cuesta más recuperarse de los excesos —añade mi madre, depositando una taza de café humeante frente a mí.

La acompaño de un trozo del bizcocho de zanahoria casero que Asher ha preparado con la abuela y, tras la insistencia de mi progenitora para que me lleve una bolsa con las sobras, regresamos a casa.

—Asher, ¿tienes deberes? —pregunto colocando la comida en la nevera.

—No, los hice ayer con los *abus* —exclama desde el piso de arriba.

—Está bien, pues vete a la ducha y luego puedes jugar un rato a la consola.

Aprovecho ese tiempo que mi hijo está entretenido para sentarme delante del ordenador y continuar trabajando en mi proyecto. Me vendrá bien para distraerme. Pero entonces, recuerdo el interés que mostró Maddox cuando se lo explicaba anoche y, sin querer, lo comparo con el

desconocimiento general de Dominik acerca de mis asuntos personales. Mi mente me ataca con todo lo que pasó después de esa conversación y soy incapaz de concentrarme. Al final, opto por apagarlo. Enciendo la televisión y me dejo caer sobre el sofá. Su tacto me quema, reaviva las llamas del fuego que tuvo lugar anoche en este mismo lugar, del que ya solo quedan cenizas que ennegrecen mi decencia.

Asher no tarda en acompañarme y me arrebata el mando de las manos para poner el último capítulo de la serie a la que está enganchado.

—Mamá, ¿podemos pedir pizza para cenar?

Asiento porque no me apetece cocinar y comer pizza, sentados en el sofá, me parece un plan ideal para acabar el fin de semana. De pronto, recuerdo la promesa de Dominik de una llamada para hablar con su hijo y me tenso. Cojo el móvil que tenía apartado en la mesita, dejo de ver las imágenes que se proyectan en la televisión y, sin darme cuenta, lo aprieto entre las manos hasta que se me quedan los nudillos blancos, esperando el temido momento en el que el aparato se ponga a vibrar.

¿Qué voy a decirle? ¿Tengo que confesar lo que he hecho? ¿Cómo se lo digo? ¿Me lo notará en la voz? Mil interrogantes que se quedan sin respuesta porque pasa el tiempo y la llamada no se produce. Y, por primera vez, me supone un alivio que mi marido se olvide de nosotros.



Maddox

CAPÍTULO 9
No puedes interpretar un papel que no es para ti

Llegué tarde a casa. O demasiado temprano, según se mire. No había amanecido, pero poco faltaba. Fui directo a la cama donde me dejé caer como un peso muerto. No sé en qué momento me dormí, solo sé que me costó, no podía dejar de repetir en bucle las palabras de Liv echándome de su casa. Así que, cuando mi hermana abre de par en par la puerta de mi habitación, siento que acabo de cerrar los ojos.

—¡Venga, arriba, dormilón! Que ya es la hora de comer —me saluda su voz en un volumen bastante más alto de lo que recuerdo, que me taladra el cerebro.

—Joder, Elke, déjame dormir —protesto.

—¿Qué pasa? ¿Mucha juerga ayer? —me pregunta con sorna—. Ya vi que te marchabas acompañado. ¡El gran «Mad Maddox» en acción! —se cachondea de mí.

Salta para sentarse sobre el colchón y me contempla expectante, como una niña a punto de abrir su regalo de cumpleaños. «Vale, es su vena cotilla la que la ha traído a perturbar mi descanso».

—Después de tu encerrona, algo tenía que hacer —me defiendo, sin soltar prenda, y me incorporo para quedar frente a ella—. Ya me podrías haber explicado antes de salir lo de tu «amiga». —Hago énfasis en la palabra marcando las comillas en el aire. Me siento un poco traicionado por no haberme dicho las cosas claras desde un principio, pero no puedo enfadarme con ella.

—Bueno, llevábamos un tiempo tonteando, pero ninguna de las dos nos atrevíamos a dar el paso. Hasta ayer —me cuenta, y se le iluminan los ojos, lo que me hace suponer que su relación va más allá de un rollo de una noche. Está ilusionada y me encanta verla así—. Y, ¿tú? No me cambies de tema. ¿Quién era esa chica? ¿La conocías?

—Sí. Es la madre de uno de los chicos a los que entreno —expongo y veo cómo mi hermana se revuelve incómoda sobre la cama.

—Y, ¿el padre? —continúa con el interrogatorio. Sé perfectamente a dónde quiere llegar.

—No lo sé, no lo conozco.

—¿Están separados? —Niego con la cabeza sin atreverme a mirarla a los ojos—. ¿Te has liado con una mujer casada? Dime que no lo has hecho, hermanito. —Su tono de voz es mucho más oscuro.

—Sí, me acosté con ella —confieso y me fuerzo a enfrentarla. Veo cómo su gesto cambia, se ensombrece y hasta soy capaz de ver la ira refulgiendo en sus pupilas azules.

—Joder Mad, ¿no había más tías en el bar? —«Sí, pero por una razón que desconozco solo tenía ojos para Liv»—. Ni que te resultara complicado ligarte a cualquiera con ese físico. —me señala con la mano—. ¿Por qué precisamente con una mujer casada? —me increpa. «Ojalá lo supiera. Nunca he sentido una atracción tan brutal por nadie y, conforme me iba hablando sobre ella, aún me gustaba más», pienso, aunque esto no se lo explico a Elke.

—Porque soy un cabrón y un gilipollas —digo, en cambio. Esta es la única respuesta plausible que se me ocurre para su pregunta.

—Ni que lo digas —musita para ella misma, se levanta y se marcha de la habitación dando un portazo.

Me dejo caer de nuevo sobre el colchón, me cubro los ojos con el antebrazo y resoplo. La he cagado, aunque eso no quiere decir que me arrepienta de lo que pasó. No todo fue culpa mía. Al fin y al cabo, la alianza está en su dedo, no en el mío. Sin embargo, eso no me exime de mi parte de responsabilidad. Dos no follan si uno no quiere, y no hay duda de que ayer los dos queríamos y mucho.

El problema es que no pensamos en las consecuencias de nuestros actos. Seguí adelante, a pesar de ser conocedor de su situación, y puede que me haya cargado su matrimonio. Y me jode mucho, tanto por ella, como por su hijo. No puedo olvidar su expresión rota cuando me marché de su casa, una que me revuelve algo en el interior y que me deja cierto regusto amargo.

Cojo el móvil, tengo su contacto en uno de los grupos de WhatsApp con los padres de cada equipo al que entreno, para mantenerlos informados de las novedades en los entrenamientos y los horarios de los partidos. Añado su número a la agenda, abro una conversación, pero la cierro antes de llegar a escribir nada. ¿Qué le digo?: «Aunque sé que lamentas haberte acostado conmigo, quería saber cómo estás». ¿De verdad es necesario que le diga semejante estupidez? Sé que está jodida, no hay que ser un lince para verlo. Lo mejor será que lo deje estar.

Sin embargo, el martes, uno de los días que viene a pilates con sus amigas, tan solo cuarenta y ocho horas después de mi firme decisión de intentar olvidarme del tema, la busco por el gimnasio para hablar con ella.

La veo aproximarse, charlando animadamente con las mismas mujeres que la acompañaban el sábado. Sé el instante en el que me detecta al fondo del pasillo, ya que su postura se tensa, la sonrisa desaparece de un plumazo de su rostro y, sin darse cuenta, ralentiza su marcha para retrasar lo máximo posible el instante en que se cruce conmigo. Niega conforme me voy acercando a ella, pero la ignoro.

—Liv, ¿podemos hablar un momento? —la abordo.

Mantiene una conversación muda con sus compañeras, un cruce de miradas que me encantaría poder descifrar. Al final, sus amigas continúan el camino hacia los vestuarios y me quedo a solas con ella.

—No tenemos nada de que hablar, entrenador. —Que haga referencia al título que me caracteriza en vez de llamarme por mi nombre, me pone sobre aviso de la distancia que quiere interponer entre nosotros—. Lo de la otra noche, —mira a su alrededor para cerciorarse de que no hay nadie cerca que pueda escuchar nuestra conversación y prosigue—, fue un error que jamás debió pasar y nunca va a volver a repetirse —suelta antes de reanudar la marcha.

Me envaro, no me gusta que me consideren una equivocación, aunque pueda llegar a entenderlo. Acaba de herir mi orgullo.

—Solo quería saber cómo estabas —le grito una vez que me recupero de la crudeza de sus palabras y recuerdo cuál era el motivo que me ha llevado a iniciar este acercamiento.

—Estaré bien —afirma con seguridad antes de desaparecer tras la puerta del vestuario.

«De acuerdo, actuaremos como si lo del sábado jamás hubiera tenido lugar».

Durante las siguientes semanas, me centro en el trabajo, incluso le he pedido a Armin que me deje colaborar con otros equipos para mantener la mente ocupada y olvidarme de Liv. Es un poco difícil teniendo en cuenta que nos vemos al menos tres veces por semana. Intento que mi trato hacia ella sea igual al que muestro con el resto de los padres, pero me resulta complicado. De vez en cuando se me escapan miradas, algo más intensas que las que dedico a los demás, que en más de una ocasión han impactado de lleno con sus ojos y, entonces, ambos los apartamos

como si nos quemaran. Es innegable que la atracción que despertó el primer día que la vi en el gimnasio sigue ahí, más viva que nunca, y me juego el cuello a que ella también la percibe. Sin embargo, sé que nunca, después de lo que pasó, lo va a admitir. Tendré que esperar a que la lluvia y el paso del tiempo apaguen las llamas.

Por suerte, este continúa su avance inexorable. Tenemos las Navidades a la vuelta de la esquina, hoy ha sido el último entrenamiento con las chicas y mañana jugamos un torneo amistoso antes de disfrutar de dos semanas de vacaciones. Parece mentira que ya lleve tres meses como entrenador de equipos base. Jamás pensé en este trabajo como una salida y cada vez tengo más claro que aquí dentro puede estar mi futuro.

Estoy consiguiendo cosas que jamás creí posible el primer día que me vestí con el chándal con los colores del club. Los peques han mejorado mucho y, aunque todavía no hemos conseguido alzarnos con la victoria, hemos empatado los dos últimos partidos y cada vez se lo ponemos más difícil al equipo rival. El equipo femenino ya está en la primera mitad de la tabla y, si sigue trabajando de este modo, conseguirá escalar hasta las primeras posiciones de cara al final de la temporada.

Entro en el despacho de Armin para dejarle unos documentos que me ha pedido sobre la mesa. Los ojos se me van hacia la vitrina donde están expuestos los trofeos logrados por el club. Me entretengo más de la cuenta buscándome entre las fotografías, recordando con nostalgia —y una punzada de dolor— aquel tiempo en que mi carrera empezaba a despegar. Apago la luz y abandono el pabellón.

Hace frío y aunque no llueve, el viento arrastra la humedad del mar que hace que se me congelen las pestañas y, para variar, he venido en bici y me he olvidado los guantes en casa. Se me ha hecho tarde y la calle está desierta, salvo por una chica, sentada sobre la acera, con la cabeza enterrada entre las piernas, que reconozco como miembro de mi equipo porque lleva la sudadera del club.

—¿Katya? ¿Estás esperando a alguien? ¿Tenían que venir a buscarte? ¿Quieres que llame a alguien? —pregunto al acercarme e identificarla por su larga cabellera de color cobrizo. Alza la cabeza al escuchar su nombre y me percato de que está llorando—. Katya, ¿estás bien?

—Sí, bueno, no. No sé —responde dubitativa.

Dejo el bolso en el suelo, junto al suyo y tomo asiento a su lado.

—¿Puedes ser un poco más clara? Soy un tío y no se nos da bien leer entre líneas —bromeo y consigo que, a pesar de las lágrimas, sonría.

—Míster, ¿alguna vez has sentido que no encajabas? —inquiere.

—Demasiadas veces. Sin ir más lejos, en septiembre, cuando me puse por primera vez al frente de vuestro equipo. Y no parece que lo haga tan mal, ¿no? —me sincero. Parece perdida y me gustaría ayudarla a encontrar su camino.

—No, para nada.

—¿Dónde sientes que no encajas? ¿En el club? ¿Con tu familia? ¿En el instituto?

—En todas partes. Mis amigas no hacen más que hablar de chicos, de lo bueno que está este o aquel, y yo puedo ver las diferencias, como quien está mirando un catálogo de coches, pero ya está, no me despiertan nada más, ningún otro interés.

—¿Y hay alguna otra persona que sí lo haga? Alguien de tu mismo sexo, ¿por ejemplo? —indago. Intuyo por dónde van los tiros y el carraspeo nervioso y que acabe de apartarme la mirada, me da a entender que estoy en lo cierto—. ¿Crees que puedes ser lesbiana? —me animo a llamar a las cosas por su nombre, aunque trato de hacerlo con tacto, sin que pretenda ser una acusación, sin que piense que la estoy juzgando, solo con la intención de ayudarla a llegar a la

verdad.

—¡No! —exclama casi avergonzada para retractarse al momento—. Sí, no sé, supongo.

—¿Lo has hablado con alguien? ¿Con tus padres? ¿Con Julia? —pregunto al recordar la estrecha relación que mantienen ambas compañeras de equipo.

—¡No! ¿Cómo se lo voy a decir? —exclama escandalizada, especialmente cuando he mentado a su mejor amiga, lo que me da una pista extra para descubrir el alcance de la situación.

—¿Por qué no puedes decírselo a tu mejor amiga? ¿No os contáis todo? ¿Acaso te gusta Julia? —indago, con suavidad y busco sus manos para mostrarle mi apoyo. Las lágrimas vuelven a asomarse a sus ojos y asiente.

—Ella no hace más que hablarme del culo que le hace el chándal al entrenador y yo solo pienso en qué sabor tendrán sus labios —suelta como un pensamiento para sí misma, en voz alta, obviando el pequeño detalle de que tiene al «entrenador» a su lado. Se me atora el aire en la garganta, me revuelvo incómodo e intento ignorar su comentario, como si se refiriera a otra persona.

—Tienes miedo a su reacción, —adivino, recordando cuando Elke pasó por el mismo proceso —, pero no puedes esconderte para siempre. No puedes interpretar un papel que no es para ti, acabará pasándote factura. —Y tal como pronuncio estas palabras, la imagen de la madre de otro de mis chicos cruza mis pensamientos de forma fugaz—. Mi hermana también es lesbiana.

—Y ¿cómo te lo tomaste cuando te enteraste? —Me contempla con un brillo de ilusión, con una mínima esperanza de que le diga que todo fue perfecto.

—Fatal, la pillé enrollándose con la que por aquel entonces era mi novia.

—¡No jodas! —Se cubre la boca, escandalizada. Su reacción me hace estallar en carcajadas, hace muchos años que eso pasó y es tan solo una anécdota más de los miles que tengo con Elke.

—No te voy a engañar, Katya. No fue sencillo, pero sí necesario. Pese a que empezamos con mal pie, conmigo lo tuvo fácil, siempre querré a mi hermana por encima de todo, es un pilar muy importante en mi vida y no tardamos mucho en darnos cuenta de que aquella otra chica no era para ninguno de los dos.

»A mis padres les costó más hacerse a la idea, aunque, al final, claudicaron y sus prejuicios fueron cayendo uno a uno. El amor por una hija es mucho más fuerte que la opinión de la sociedad. Y en tu caso, estoy seguro de que pasará lo mismo. Puede que no todos te acepten tal y como eres, pero, si eso pasa, ten siempre presente que el problema no es tuyo, sino de ellos y jamás pienses que has hecho algo mal, o que tienes algún tipo de tara. Jamás.

El abrazo en el que me envuelve la chica me pilla totalmente desprevenido. Me cuesta reaccionar unos segundos hasta que acabo rodeando su espalda con los brazos y ella se aprieta más contra mí.

—Gracias, entrenador —susurra sobre mi hombro, con la voz rota por el llanto, aunque esta vez sé que sus lágrimas son diferentes, liberadoras.

Un calorcito muy agradable se me instaura en el centro del pecho, uno que me grita que mi trabajo con estos chicos y chicas no se limita únicamente a enseñarles a jugar a balonmano, los principios del juego en equipo y la deportividad. Puedo hacer muchas más cosas por ellos, puedo ser su apoyo, su confidente y me enorgullece esta nueva labor que, de una forma casual, me han asignado.

Liv



CAPÍTULO 10
Malditas comparaciones odiosas

Mi entereza dura hasta que la puerta de los vestuarios se cierra tras de mí. A duras penas llego hasta el banco en donde mis amigas me miran confusas. Me tiemblan las rodillas y siento que las piernas son incapaces de sostenerme. Me dejo caer sobre el asiento de madera y entierro la cabeza entre mis manos. Las lágrimas salen solas sin importar que pueda haber más gente viéndome.

—Liv, cariño, ¿qué te pasa? —pregunta Magda tomando asiento a mi lado y rodeándome con el brazo, mientras Bernadette se agacha frente a mí.

—Me acosté con él —confieso. Les lleva unos segundos darse cuenta de que me refiero al «bomboncito» que me ha abordado por el pasillo.

No tenía pensado confesar mi «delito». Pensé que, si los únicos que conocíamos lo ocurrido éramos nosotros, sería menos real. Mi idea era tragármelo, a pesar de que se me hiciera bola, hasta que desapareciera.

—¡No jodas! —exclama Bernadette tapándose la boca, sorprendida.

—¿Y? ¿Cuál es el problema? ¿Acaso no folla bien? —inquiere Magda y, a pesar de estar hecha polvo, consigue arrancarme una sonrisa.

—¿Cómo que cuál es el problema? ¡Joder! Estoy casada —exclamo como si fuera tan obvio que no necesitara ni mentarlo.

—Mira, bonita, a lo que tenéis Dominik y tú no se le puede llamar matrimonio, por mucho que lleves esa alianza en el dedo —replica.

—Qué bruta eres —la amonesta nuestra otra amiga.

—¿Acaso estoy diciendo algo que no sea cierto? —la reta.

—No estamos en nuestro mejor momento, pero eso no justifica lo que he hecho. Complica aún más una situación ya de por sí difícil. Me siento ruin, sucia, siento que he traicionado su confianza, siento que he fallado a mi hijo —verbalizo, dejando salir todo lo que me lleva carcomiendo durante estos días.

—No está bien lo que hiciste —interviene Bernadette, aportando su opinión—, aunque también es cierto que, con cuernos o sin ellos, tu matrimonio lleva tiempo abocado al fracaso. Creo que, simplemente, no has seguido el orden adecuado.

—El orden de los factores no altera el producto —comenta Magda.

—Eso es válido para las matemáticas, no para esto —replica la otra.

—No creo que sea para tanto —digo para cortar su debate—. Solo estamos atravesando una mala racha…

—Una mala racha que dura, ¿cuánto? —me interrumpe mi mejor amiga.

—Uff, no lo sé. —«Demasiado»—. Ahora mismo está en la cima de su carrera, pero está situación, por la edad que tiene ya, no puede mantenerse durante mucho más. Cuando baje el pistón, todo mejorará.

—¿Eso piensas? —Bernadette alza la ceja con desconfianza.

—Eso espero —susurro y un suspiro se me escapa entre los labios. Llevo aferrándome con uñas y dientes a la esperanza de que, cuando Dominik ya no tenga las condiciones físicas para

seguir en la élite, volveremos a ser los de siempre—. Solo tengo que tener un poco más de paciencia.

—Y siempre puedes seguir follándote al entrenador de tu hijo mientras tanto. —Fulmino a Magda con la mirada por su desafortunado comentario. Alza las manos y añade—: ¿Qué? Tu marido estará muy bueno, pero tenéis que reconocer, —Hace un gesto que nos incluye a las dos —, que el «bomboncito» está como para hacerle un traje de saliva.

A pesar de la situación, las tres estallamos en carcajadas.

—A ver, pongámonos serias —solicita Bernadette retomando la conversación. Me toma de las manos y me obliga a mirarla a los ojos. Solo enfrentar su mirada hace que se me vuelvan a escapar las lágrimas—. ¿Tú quieres a Dominik? Y no me refiero al cariño que le puedas tener por llevar tantos años juntos, a ese que se puede asemejar al que sientes por nosotras, sino al amor, en mayúsculas, y a todo lo que conlleva: a la atracción, al deseo. A ese sentimiento que hace que te aletee el estómago y que despierta toda tu piel con un solo roce. ¿Dominik te provoca eso?

Mi mente evoca la caricia de un aliento que hizo que me hormigueara hasta el último poro y que, aún ahora, siendo solo un recuerdo, todavía lo consigue.

—Sí, claro, aunque no sea tan intenso como antes —digo, en cambio. La poca convicción con la que lo afirmo no engaña a nadie, ni siquiera a mí misma—. Cuando llevas tanto tiempo con alguien, como en nuestro caso, la pasión pasa a un segundo plano.

—No tendría por qué ser así —alega Magda. No sé qué fue lo que la llevó a separarse de su pareja, con la que, afortunadamente, mantiene una relación bastante amigable a pesar del divorcio.

—¿Tendría que contarle a Dominik lo que he hecho? ¿He de confesar mi desliz? No quiero que nadie salga perjudicado, no quiero dañar a Asher —pregunto con mil dudas cuando nos dirigimos las tres hacia las duchas.

—Ahí no te podemos ayudar, amiga. Esa es una decisión que solo tú debes tomar —apunta Bernadette mientras Magda asiente conforme.

—Por cierto, no nos has contado qué tal se mueven esos músculos en la cama —indaga esta última. No contesto, pero me sonrojo hasta la raíz del pelo—. Vale, creo que con esa respuesta tengo suficiente.

* * *

Apenas he tenido ocasión de hablar con Dominik durante las dos semanas que restaban para las vacaciones de Navidad. Casi lo he preferido así. Él estaba ocupado con el equipo, como siempre, y yo tenía bastante lío con el proyecto que acabo de entregar a la empresa de diseño de joyas con la que colaboro, por lo que ni siquiera nos hemos visto. Nuestro contacto se ha limitado a varios mensajes intrascendentes y alguna que otra llamada en la que primaba que hablara con su hijo.

Ahora, ya estoy libre y mi marido podrá gozar de unas pequeñas vacaciones a nuestro lado. Este año apenas llegará a diez días, ya que luego tiene la concentración con la selección alemana de balonmano, de cara a disputar el próximo mundial que tiene lugar cada dos años durante el mes de enero.

La conversación que mantuve con mis amigas me dio mucho que pensar. Durante mis noches solitarias le he dado muchas vueltas a lo que pasó entre Maddox y yo, al motivo que actuó como catalizador, que no es otro que el punto complicado en el que se encuentra mi relación con

Dominik.

Creo que lo correcto es que le cuente lo sucedido a mi marido. Siempre he tratado de inculcarle a Asher una serie de valores, entre los que se encuentra la responsabilidad de asumir las consecuencias de los errores. Así que me toca ser valiente y predicar con el ejemplo. Probablemente, esto suponga la gota que colme un vaso que ya rebosa y que eche por tierra lo poco que queda de mi matrimonio. Aunque también tengo claro que, si se rompe, no será consecuencia de mi confesión, sino de la infidelidad. Tampoco puedo ignorar lo que pasó y sustentar una relación tan frágil como la nuestra sobre una base de mentiras. Solo tengo que buscar el momento oportuno para decírselo. Como si eso fuera tan fácil.

Llaman al timbre y Asher sale disparado desde la otra punta de la casa para ir a abrir a su padre. Pese a que tiene llaves, Dominik casi nunca las usa a no ser que llegue de madrugada y nosotros estemos ya acostados. Dejo el libro que estaba simulando leer sobre la mesita y me levanto del sofá para recibirle.

Mi hijo salta sobre su padre, que lo coge al vuelo y lo estrecha entre sus brazos durante varios segundos, mientras el pequeño trata de resumir en un minuto todos los acontecimientos que se ha perdido durante su ausencia. Cuando Dominik consigue liberarse de él, me da un beso en la mejilla, frío, seco. Ya no recuerdo el tacto de sus labios sobre los míos ni a qué sabe su boca. Y, tristemente, me doy cuenta de que tampoco sufro por ello.

En cambio, tengo bien presentes las sensaciones que despertó una lengua enredándose con la mía que, pese a ser la primera vez que irrumpía en mi boca, no me resultó extraña. Malditas comparaciones odiosas. Si solo fue cosa de una noche, ¿por qué no consigo sacarme a Maddox de la cabeza? Los continuos halagos de Asher a su entrenador, tampoco ayudan demasiado. No he vuelto a hablar con él desde aquel día en el gimnasio, pese a que nuestros encuentros son inevitables y mis ojos se desvían en repetidas ocasiones en su búsqueda por un motivo que no logro comprender, hasta que impactan con los suyos y entonces es como si una descarga eléctrica me atravesara.

—Parece que Asher está contento con el balonmano, ¿no? —me pregunta Dominik mientras nos metemos en la cama después de que nuestro pequeño se haya dormido tras un día de emociones fuertes en los que no ha hecho nada especial, salvo estar con su padre. Con eso se conforma.

—Está encantado. Ojalá pudieras venir un día a verlo jugar, le haría mucha ilusión —musito con añoranza.

—Uff, y a mí, pero ya sabes que es complicado, justo cuando yo libro, Asher tampoco tiene partidos.

Nos miramos durante unos segundos en silencio. Lo normal en una pareja joven como la nuestra, que llevan varias semanas sin verse, y que supuestamente se quieren, sería que nos comiéramos a besos, que nos lanzáramos desesperados a los brazos del otro. Sin embargo, eso no sucede. No veo deseo en sus ojos ni a mí me excita su cuerpo de infarto. No quiero forzar algo que a ninguno de los dos nos apetece, pero tampoco soy capaz de admitirlo en voz alta y parece que a Dominik le sucede lo mismo. Además, tengo el miedo irracional de que sobre mi piel pueda ver las huellas que dejaron los labios y las manos de otro hombre, pese a que hayan transcurrido casi tres semanas desde entonces.

—Liv, estoy cansado de la semana y el viaje. ¿Lo dejamos mejor para mañana? —me pregunta mientras fuerza un bostezo.

—Sí, claro, normal. Descansa —contesto aliviada. Le doy un beso en la mejilla, tan casto como el de nuestro reencuentro, me giro para darle la espalda y apago la luz.

El segundo día, Asher le ruega a su padre que duerma él, el tercero, Nochebuena, pasamos la noche en casa de mis padres y los dos vemos correcto no intimar para que no nos oigan. El cuarto día, con la excitación por los regalos de Navidad, a Asher le cuesta conciliar el sueño y, para cuando vuelvo a la cama, Dominik ya duerme. El quinto soy yo la que simulo hacerlo y al sexto, me viene la regla. Mi marido siempre ha sido muy escrupuloso con ese tema, pese a que mi líbido se suele exacerbar durante esos días. Como nunca ha controlado cuánto duran mis periodos, me sirve de excusa hasta que tiene que marcharse.

Es cuando se va, cuando cierra la puerta tras de sí, que me doy cuenta de que ya no queda nada que salvar entre nosotros. Y no ha surgido la oportunidad idónea para sacar el tema o quizá es que he sido una cobarde y no me he atrevido a hacerlo.

Esta vez su marcha duele menos, incluso para Asher, que ha tenido la oportunidad de practicar nuevas jugadas con su padre y está como loco por enseñárselas a sus compañeros de equipo y a su maldito entrenador.

Seguimos el mundial de balonmano que retransmiten por la televisión como auténticos fans, vestidos con camisetas de la selección con el dorsal de Dominik. Animamos sus jugadas, aplaudimos los goles de su equipo y gritamos como energúmenos al árbitro cuando no estamos de acuerdo con sus decisiones. Sin embargo, Alemania no parece estar en su mejor momento y cae de la competición en cuartos de final. Además, Dominik se lesiona. Nada grave, una sobrecarga muscular que le obliga a tomarse un par de semanas de descanso.

—Hola, Liv. ¿Cómo estáis? —me pregunta mi marido al otro lado de la línea telefónica.

—Bien, y tú, ¿cómo vas? ¿Tienes dolor? —Me intereso por su estado.

—Bastante bien, el reposo y los analgésicos son milagrosos. He estado pensando que, ya que este fin de semana no voy a poder jugar, podría pasarme por casa para ver al crío jugar. Dijiste que le hacía ilusión.

—Sería genial —admito esperanzada. Quizá me precipité y todavía no está todo perdido. Nunca es tarde para empezar a mostrar interés por su hijo.

—Pásamelo y se lo digo yo.

Después de la grata noticia de su padre, no hay manera de que Asher se duerma. Se revuelve inquieto en su cama como si tuviera las sábanas llenas de polvos pica pica.

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunto cuando su nerviosismo se me empieza a contagiar.

—Papá es muy bueno y va a venir a verme. Tengo miedo de decepcionarlo —confiesa a media voz. Sus palabras me despiertan tanta ternura que siento la necesidad de envolverlo entre mis brazos, de arroparlo y acunarlo como cuando era un bebé.

—No te preocupes, cariño. Tú solo tienes que intentar hacerlo lo mejor posible y disfrutar y, con eso, tu padre ya estará orgulloso de ti —lo animo y, confiando plenamente en las palabras de su madre, como si fuera una verdad absoluta, consigue dormirse al fin. Lástima que no sean del todo ciertas.



Maddox

CAPÍTULO 11
Mi mayor rival

Asher lleva toda la semana raro, con un comportamiento inusual en él. Siempre jovial, lo veo mucho más irascible y la forma de relacionarse con el resto de compañeros tampoco es normal, así que, tras el entrenamiento del jueves, lo abordo antes de que venga su madre a buscarlo.

Cuando me dice que está nervioso porque su padre por fin va a venir a ver el partido del sábado, su estado de ansiedad se me contagia. ¿Por qué me afecta tanto? ¿Por qué no puedo sacarme a Liv de la cabeza?

Me intento autoengañar. Me digo que el interés que me despierta es tan solo el resultado de la preocupación por saber cómo está, que mis ojos la buscan continuamente para leer en los suyos esa respuesta que su voz me niega. No da resultado.

Llego bastante pronto al pabellón donde va a disputarse el encuentro. Hoy no jugamos en casa y me gusta tener todo controlado para cuando lleguen los niños: los vestuarios, el material. A ellos los hago venir media hora antes de que comience el partido para calentar, aunque no todos son demasiado puntuales. Asher suele ser de los primeros en llegar, por eso me extraña que todavía no esté aquí cuando apenas restan diez minutos para que empiece el encuentro.

Mientras tengo al resto del equipo practicando tiros, consulto en el móvil el grupo que tengo con los padres de los chicos, por si a última hora ha surgido algún imprevisto que les ha impedido venir. Una voz amargamente familiar me hace levantar la vista de la pantalla.

—¡No me jodas! ¿El gran «Mad Maddox» ahora se dedica a entrenar a niños? —La burla en su tono no me pasa desapercibida.

—Dominik —saludo entre dientes y aprieto los puños hasta que los nudillos se me ponen blancos. Me cruzo de brazos para intentar disimular la tensión que me produce tenerlo frente a mí.

—Míster, ¿conoces a mi papá? —inquiere el pequeño ilusionado. Parece ser el único al que le agrada este encuentro.

Su madre, confusa, alterna la vista entre uno y otro, mientras Dominik y yo nos retamos con la mirada.

—Ponte a calentar, Asher, que llegas tarde —ordeno, un tanto borde, y me giro para regresar a mi trabajo, dejando bien claro que no tengo nada más que decirles.

«Me *cagüen* mi puta vida». ¿El maldito Dominik Steinert es el marido de Liv? Mira que hay jugadores de balonmano en Alemania, pero no, ella tuvo que casarse con mi mayor rival cuando estaba en activo, a pesar de que pertenecíamos al mismo equipo.

Suena el pitido que marca el inicio del partido. Intento olvidarme de quien se encuentra a mis espaldas y centrarme en mis chicos, aunque no me lo pone fácil. El pabellón en el que jugamos hoy es bastante más pequeño que el nuestro y las gradas se encuentran a pie de pista, tres o cuatro bancos escalonados a tan solo un par de metros detrás de mi posición. Asher no está teniendo su mejor día. Me doy cuenta de ello en cuanto lo saco a jugar a comienzos del segundo tiempo. Comete fallos tontos, parece que tuviera las manos untadas en mantequilla, pierde más balones que a lo que me tiene acostumbrado y ha fallado varios tiros fáciles. Creo que le intimida que su padre esté presente y sus constantes gritos no ayudan.

—¡Hijo, parece que estás dormido! Pero, no lo dejes pasar, ¡corre! ¡Despierta! ¡Baja de las nubes y juega! —Y mil burradas más que un hijo jamás debería escuchar de su padre.

Los miro de soslayo. Dominik salta del asiento cada dos por tres para increpar a Asher, al equipo e incluso a mí, mientras Liv intenta que se vuelva a sentar. Su cara es todo un poema, se nota que le desagrada la situación. Sin embargo, él ignora deliberadamente las continuas llamadas de atención de su esposa. Se me revuelve algo por dentro al darme cuenta de que, hace cinco meses, yo era como él, bueno, quizá un poco menos gilipollas, aunque mi forma de pensar era similar a la suya.

Por fin concluyen los doce interminables minutos de tortura para Asher. Regresa al banquillo, temblando y con los ojos humedecidos. Le rodeo los hombros con un brazo para reconfortarlo.

—No quiero jugar más, Míster —me susurra a punto de echarse a llorar.

—Tranquilo, te quedas en el banquillo durante este tiempo y descansas.

Durante el siguiente periodo, aunque mis ojos están fijos en la pista, dejo un poco de lado el desarrollo del partido para meditar acerca de lo que he de hacer con Asher. Está encogido entre dos de sus compañeros, escondido. Parece frágil y pequeño y sé que en este preciso instante, le encantaría fusionarse con el banco de madera y desaparecer. No quiero que su padre salga ganando, que el pequeño se quede con esta mala experiencia, con un mal sabor de boca. El crío es bueno y tiene potencial y no voy a permitir que Dominik lo hunda.

—Asher, escúchame —le pido poniéndome de cuclillas frente a él. Su pie no ha dejado de golpear el suelo de manera nerviosa desde que se ha sentado—. Vas a salir a jugar.

—Míster, yo no…, no quiero —titubea, sus ojos me miran asustados y estoy a punto de echarme atrás, pero me mantengo firme. Sé que es lo mejor para él.

—¿Recuerdas nuestro primer partido?

—Uff, sí, nos dieron una paliza.

—Sí, a pesar de que nos machacaron, no os rendisteis ni me dejasteis hacerlo a mí. Es hora de que os devuelva el favor. No voy a dejar que renuncies a esto, aunque el capullo de tu padre esté delante. —La referencia a su progenitor le arranca una tímida sonrisa—. Olvídate de él y haz lo que te gusta, Asher, juega y diviértete.

Parece que mi discurso ha surtido efecto y el pequeño sale con una actitud diferente. Sin embargo, su padre enseguida se encarga de volver a hundirlo. Hace un robo de balón al equipo contrario y me busca con los ojos. Enseguida se desvían hacia la persona que está detrás de mí, se pone nervioso y, cuando va a tirar a puerta, yerra el tiro.

—¿Cómo puedes fallar eso? —le increpa—. ¿Quién demonios te ha enseñado a jugar? ¿Ese es el trabajo que hace vuestro «querido» entrenador? No me extraña. Qué puto desastre. —Su boca se envenena con sus palabras.

No me lo puedo creer. ¿Está usando a su propio hijo para buscar un enfrentamiento conmigo? Nunca he sido santo de su devoción y la animadversión es mutua, pero tanto odio y rencor me llevan a sospechar que quizá sepa lo que sucedió entre su mujer y yo. Quizá Liv lo haya confesado y esta ira que destila sea su forma de descargarse contra mí. De todas formas, no voy a consentir que continúe hiriendo a su propio hijo. Inspiro hondo y suelto el aire despacio. Ya no aguanto más. Me giro hacia él y lo encaro.

—¡Ya basta! —le grito para que mi voz se escuche por encima del sonido del partido y del tumulto que ha creado con sus improperios. No soy consciente de que el árbitro detiene el encuentro y todas las miradas se enfocan en nosotros—. ¿De qué vas? ¿No te das cuenta de que son niños? ¿De que es tu hijo? ¡Tu propio hijo!

—Jugando así jamás llegará a nada, nunca llegará a la élite, a ser como yo —me rebate

mientras desciende los escalones hasta quedarse frente a mí. «Maldito egocéntrico de mierda».

—A lo mejor es que no quiere ser como tú. Y sería la mejor puta decisión que tome en su vida —inquiero sacando pecho.

—Oh, claro, cómo no. Mucho mejor ser un fracasado de mierda, como su entrenador —replica con chulería y esboza una sonrisa cínica.

—Permíteme que te recuerde que este fracasado tuvo que retirarse para que a ti te dieran el brazalete de capitán —contesto mordaz y sé que acabo de dar donde duele.

No me lo espero. Su gancho directo a la mandíbula me pilla totalmente desprevenido y me fuerza a girar la cabeza por la fuerza del impacto.

—¡Dominik, ya basta! —chilla Liv desesperada, furiosa y avergonzada, con un leve temblor en la voz. Llega hasta nosotros y se interpone entre su marido y mi persona.

Varios padres lo sujetan. No respondo, no contraataco y no será por falta de ganas, pero no me voy a rebajar a su nivel. Me limito a mantenerle la mirada, desafiante, con los puños apretados para contener el golpe que me muero por darle. Me relamo, mi lengua se impregna del sabor metálico de la sangre. Tengo el labio partido y empieza a hincharse.

—Por favor, caballero, le ruego que abandone las instalaciones —le pide con educación el encargado de arbitrar el encuentro.

Dominik recula y alza las manos en señal de rendición para que lo suelten.

—Vámonos —ordena—. Asher, coge tus cosas, nos marchamos a casa.

Asher, que está justo a mi lado, me mira con los ojos desorbitados y cubriéndose la boca con las manos. Lo que acaba de hacer su padre escapa a su comprensión.

—El partido todavía no ha terminado—comenta con un hilo de voz apenas audible y la vista clavada en el suelo.

—¿Qué dices? —inquiere su padre.

—Dice que el partido no ha acabado. —Doy volumen a las palabras del niño.

Los ojos de Dominik vuelven a atravesarme. Si no hubiera tanta gente, estoy seguro de que volvería a pegarme. Alzo las cejas y lo incito en silencio a que lo haga.

Liv observa a su marido y a su hijo, incluso también pasea sus ojos sobre mí. Se retira las lágrimas de las mejillas deslizando las manos por el rostro enrojecido de pura rabia y frustración. Está sobrepasada por el numerito que se ha marcado su marido. Aun así, toma las riendas de la situación.

—¿Quieres jugar, cariño? —pregunta Liv a su hijo. Su voz es dulce, casi como una caricia, justo lo que necesita el pequeño ahora. Él, parapetado tras mi cuerpo, asiente—. Dominik, nos quedamos —anuncia, de manera mucho más firme.

—De acuerdo, haced lo que os dé la gana. Os espero en el coche —le dice a Liv en tono hosco—. Y ya hablaremos de esto, porque no quiero que este imbécil siga entrenando a nuestro hijo. —Me señala con el dedo, amenazante—. No va a seguir perdiendo el tiempo de esta forma. Le buscaremos un equipo de verdad en donde el entrenador sea una persona cualificada que sepa lo que hace.

Dominik apenas ha cambiado con los años, en lugar de limar su carácter, lo ha acentuado todavía más. Sigue siendo un jodido impresentable.

—¿Estás bien? —se interesa el árbitro y me acerca una toalla para que me limpie. Asiento—. ¿Seguimos?

—Seguimos —afirmo con convicción.

—Lo siento. —Leo en los labios de Liv. No me da tiempo a decirle nada antes de que se dé media vuelta y regrese a su asiento en la grada.

—Lo siento mucho, Míster —se disculpa también Asher.

—Demuéstrales lo que sabes hacer, campeón —lo animo con una sonrisa que ahora mismo debe resultar un tanto macabra por mi labio inflamado. Paso por su lado, le revuelvo el pelo que, por suerte, ha heredado de su madre, y ocupo mi lugar como entrenador.

Ni que decir tiene que el cuarto tiempo es el mejor de todos, pese a que el público estaba a otra cosa. Hemos empatado dos tiempos, perdido uno y ganado este último, lo que nos otorga un valioso punto como resultado final.

La pequeña charla que suelo mantener con los niños al final de cada partido hoy es sustituida por una conversación mucho más seria con el entrenador del otro equipo y el árbitro. Incluso me preguntan si quiero interponer una denuncia por la agresión.

—No, lo nuestro ya viene de lejos —expongo, sin entrar en más detalles, antes de recoger mis cosas y marcharme.

Los padres de mis chicos me esperan a la salida para interesarse por mi estado. Están todos menos Liv. No tengo muchas ganas de pararme a hablar con ellos, así que les contesto con un escueto «Bien, nos vemos el martes» y me voy directo a casa.

En cuanto llego, dejo caer el bolso de deporte al suelo. Abro el congelador, envuelvo un par de hielos en un paño que llevo inmediatamente al rostro, cojo una cerveza y me dejo caer en el sofá junto a mi hermana, que por la cara que tiene, debe tener una importante resaca después de la juerga que se corrió ayer.

—¿Qué ha pasado, Mad? —se interesa al verme de esta guisa.

—Mejor no preguntes —rezongo.

—¿Esto? —Me enseña el vídeo de mi disputa con Dominik desde la pantalla de su móvil. Está al tanto de las rencillas del pasado con mi antiguo compañero de equipo.

—Jodida tecnología —me quejo, cierro los ojos y me froto las sienes.

—¿No será él, por un casual, el marido de la madre con la que te acostaste? —No contesto, pero no hace falta. Elke me lo ve en la mirada y la muy jodida se parte de risa—. Lo tuyo también es mala suerte. Estás gafado, hermanito —añade.

Resoplo. Ella me da dos golpecitos en el muslo de la pierna derecha para infundirme ánimos y se incorpora. La observo hasta que sale del salón y cierro los ojos. Me quedo sobado en el sofá. El efecto del alcohol de la cerveza que me he tomado con el estómago vacío se une a un par de noches en las que he dormido poco y mal. Cuando despierto, estoy solo en casa. Supongo que mi hermana habrá salido otra vez con esa «amiga» que lleva más de un mes siendo su novia.

Cojo el móvil para ver qué hora es y veo que el grupo de WhatsApp del equipo de los chicos echa humo. Tengo más de trescientos mensajes comentando lo sucedido, poniendo de vuelta y media al padre de Asher y, por ende, haciéndolo extensivo a su familia. Los leo por encima y cuando llevo ciento y pico, veo uno que me deja helado.

Liv (Asher) ha abandonado el grupo.

Hice bien en guardar su contacto en la agenda después del momento íntimo que compartimos. Todavía no sé muy bien el motivo, pero, después de aquella noche, ella se merecía más que ser un número anónimo.

Creo que es necesario que añada algo, que dé mi punto de vista sobre lo sucedido y, sobre todo, que saque de la ecuación a Liv y a su hijo que no merecen las críticas que les están lloviendo. Pienso durante varios minutos qué respuesta dar, borro, escribo, corrijo y al final, mando el siguiente texto:

Maddox

Hola, buenas tardes.

Lo primero, me gustaría agradeceros a todos vuestro interés por mí, estoy bien.

Por otro lado, lo que hemos vivido hoy durante el partido es un claro ejemplo de antideportividad y espero que todos aprendamos de ello y no se vuelva a repetir.

Lo que ha sucedido hoy entre el padre de Asher y yo tiene su origen en el pasado. Ni el niño, ni su madre han tenido nada que ver. Era un tema personal que se nos ha ido de las manos y lamento en el alma que haya salpicado al equipo, por lo que os ofrezco mis más sinceras disculpas y, si lo creéis necesario, pondré mi cargo a disposición del coordinador.

Por otro lado, el equipo está haciendo un gran trabajo. Los chavales se están esforzando al cien por cien y están dando lo mejor de sí mismos y eso se nota. Me fastidia que su evolución haya sido enturbiada por un acontecimiento nefasto como el de hoy y quede en un segundo plano.

Estoy realmente orgulloso del trabajo que están realizando todos.

Pasad un buen fin de semana, nos vemos el martes.

No me quedo a esperar las respuestas al mensaje. En cambio, con otra cerveza en la mano y la esperanza de que el alcohol me envalentone, paseo el dedo sobre el nombre de Liv. Espero que su salida del grupo no signifique lo que me temo: que su hijo va a dejar el equipo, tal y como parecían las intenciones de Dominik. No es solo porque eso me restaría la oportunidad de seguir en contacto con ella, aunque ni siquiera nos hablemos desde lo que pasó, sino por el chico. A pesar de lo que he dicho durante el altercado y de su corta edad, Asher tiene potencial. Veo en él un diamante en bruto que puede llegar muy lejos si se pule de la manera adecuada y me jodería mucho que se desperdiciara por culpa del estúpido de su padre.

Me encantaría escribirle para preguntárselo, me encantaría hablar con ella. Sin embargo, creo que no procede. No es un buen momento. Lo mejor será que deje que la tormenta amaine y que las aguas vuelvan a su cauce.

Liv



CAPÍTULO 12
Hace mucho tiempo que nos hemos perdido

El trayecto a casa transcurre en el más absoluto silencio. No abro la boca porque no tengo muy claro qué puede salir en estos momentos por ella y mi hijo está detrás. Bastante ha tenido el pobre con el impresentable de su padre. No entiendo cómo ha podido comportarse así. Jamás, en los diez años que llevamos juntos, lo he visto perder los papeles de este modo. Desconozco a la persona que tengo sentada a mi lado.

Dominik es quien conduce. Sus manos sujetan el volante con fuerza y los nudillos de la mano derecha están enrojecidos. Le ha dado con ganas al entrenador. No desvía ni un milímetro la vista de la carretera y tampoco dice nada, cosa que agradezco, salvo algún que otro gruñido que se le escapa de vez en cuando y que cree que no se oye.

Me giro para observar a mi hijo. Asher tiene la mirada clavada en la ventanilla y parpadea, demasiadas veces, como si así pudiera contener las lágrimas que pugnan por salir. Estiro un brazo hacia atrás, buscando su mano, que enseguida acepta. Aprieto sus dedos con fuerza para decirle sin palabras que estoy aquí. Le sonrío. Él responde de la misma forma, aunque, en su caso, sale un tanto forzada y triste.

—Asher, cariño, vete a la ducha —ordeno en cuanto entramos en casa.

Dominik y yo permanecemos de pie, junto a la puerta, y ambos observamos a nuestro hijo hasta que desaparece por las escaleras en dirección al piso superior. Esperamos unos segundos más hasta que escuchamos la puerta del baño cerrarse. Es entonces, cuando la mirada de mi marido se desvía hacia mí.

—No me dijiste que «Mad Maddox» era el entrenador de Asher —escupe con rabia.

—¿En serio? —replico crispada—. Después de todo lo que ha pasado hoy, ¿te quedas con eso? Has humillado a tu hijo. ¡A tu propio hijo! Y has insultado a sus compañeros y a su entrenador, a quien, por cierto, has agredido delante de todos, dando un ejemplo nefasto. No sé qué rollo te traes con Maddox, pero tu comportamiento ha estado totalmente fuera de lugar. No te reconozco, Dominik.

—¿A ti también te ha engañado? ¿Tú también has caído bajo el influjo de «el gran Mad Maddox»? —Se me contrae el pecho cuando le doy un doble sentido a sus palabras. «¿Lo sabe? ¿Sabe lo que pasó? ¿Cómo se ha enterado?». Sin embargo, cuando continúa hablando, me doy cuenta de que no van por ahí los tiros—. ¡Ja! Es un imbécil que toda su vida se ha creído un dios del balonmano, siempre jactándose de que era superior a los demás y míralo ahora. Relegado a ser el miserable entrenador de unos puñeteros críos. ¡Qué patético!

—Te recuerdo que entre esos «puñeteros críos» como los has llamado se encuentra tu propio hijo —le reprocho, pero no parece escucharme.

—Menos mal que el karma pone a cada uno en el lugar que se merece.

—¿Igual que ha hecho él contigo sin necesidad de usar la violencia? —le rebato, con sarcasmo.

—¿Te estás poniendo de su lado? —me recrimina, aún más furioso.

—¡Y cómo no voy a hacerlo! Piensa un poco, Dominik. —Me golpeo la sien con los dedos,

para enfatizar mis palabras—. Has insultado a Asher, a tu hijo, y has pegado a ese hombre delante de una veintena de niños y de sus padres.

—¡Tú no entiendes nada! —me grita y su dedo me señala, con un gesto similar al que ha empleado hace un rato para amenazar a Maddox.

—Es cierto. —Resoplo con exasperación—. No entiendo cómo mi marido, a quien yo creía un hombre dulce y cariñoso con su hijo, hoy ha perdido los papeles y se ha transformado en un jodido monstruo. No sé qué demonios te traes con Maddox ni por qué has reaccionado de esta forma. No entiendo nada, porque no me lo explicas, porque no me cuentas nada, porque parecemos extraños en lugar de un matrimonio.

—Asher va a dejar el equipo —asevera sin dar opción a debate. Sin embargo, no voy a achantarme y no lo pienso dejar pasar.

—Eso es algo que deberá decidir el niño. Esto le hace feliz. O, al menos, le hacía feliz hasta esta mañana en que su padre se ha vuelto un energúmeno. No voy a dejar que renuncie al equipo, a sus amigos y a su sueño porque tú tengas una pataleta de patio de colegio con su entrenador. Ya no sé quién eres, Dominik —rebajo el tono de voz al pronunciar la última frase.

Podría parecer que estoy más calmada, pero nada más lejos de la realidad. Lo que estoy es rota. Me seco unas lágrimas que no sé desde cuándo se deslizan por mis mejillas. Quizá no es el momento idóneo para esta conversación, los dos estamos demasiado alterados, pero, después de lo que he presenciado hoy, quizá seguir compartiendo mi vida con él, no sea lo ideal. Hasta mi infidelidad se me antoja más leve después de ver cómo ha tratado a nuestro hijo.

—Hace mucho que dejé de saberlo —añado, melancólica.

—¿Y esto a qué viene ahora? —inquiere. Frunce el ceño, extrañado por mi referencia a algo anterior a lo acontecido hoy.

—Viene a que hace mucho tiempo que nos hemos perdido, que no vale con cerrar los ojos y mirar a otro lado. Que lo nuestro no va a ningún lado —suelto despacio, poco a poco, todas esas sensaciones que me empeñaba en enterrar, pero que hace tiempo que están germinando en mis entrañas.

—¿Qué más quieres de mí, Liv? ¿Eh? ¡Dime! —me increpa. Su voz vuelve a alzarse y hay tanta rabia que incluso siento que me araña los oídos—. Me pediste volver aquí y no te puse ninguna pega y ahora, ¿me echas en cara que apenas estamos juntos? ¡Fue tu puta decisión! No me culpes por habernos distanciado cuando fuiste tú la que quisiste apartarte de mí. No tienes derecho a reprocharme nada. —Su mandíbula tiembla, tensa.

—¿Todavía no te das cuenta? Esto viene de mucho antes, de antes de que perdiéramos a Hanna, antes incluso de que me quedara embarazada. Ya nos habíamos alejado el uno del otro, aun viviendo bajo el mismo techo.

—¿Qué quieres, el puto divorcio? ¿Quieres separarte de mí porque le he partido la cara a un gilipollas? ¿Porque me he atrevido a hacer lo que se llevaba mereciendo desde hace años?

—Mamá, papá —nos interrumpe Asher. Está plantado en lo alto de las escaleras, con el pelo húmedo, y nos observa con el rostro desencajado. No sé cuánto tiempo lleva allí ni hasta qué punto ha escuchado nuestra conversación. Me llevo las manos a la cabeza, mi pulso, disparado, rebota contra mis sienes.

—Me voy, ya hablaremos de esto con más calma —anuncia mi marido, dando por finalizada la discusión.

—¿Te vas? ¿A dónde?

—A mi casa. Ahora no puedo estar aquí.

—¡Dominik! —le grito, pero ya es tarde. Se despide dando un portazo que hace temblar las

paredes y los cimientos de nuestra familia.

Respiro hondo para intentar recuperar el control de la situación que siento que se me escapa entre los dedos, como si fuera una cascada de agua. Solo soy capaz de retener unas pocas gotas entre mis manos.

—Mamá, ¿tú y papá os vais a divorciar? —pregunta con miedo. «Vale, eso me da una pequeña pista de lo que ha podido escuchar».

—No lo sé, cariño. Hace un tiempo que no estamos bien —confieso mientras lo envuelvo entre mis brazos. Esta es la única seguridad que puedo ofrecerle ahora. Me gustaría darle más explicaciones, decirle que todo va a ir bien, contarle lo que va a pasar a partir de ahora, pero ni siquiera yo lo sé y no consigo que me salgan las palabras.

* * * *

Llevo tres días escribiendo mensajes a Dominik sin obtener respuesta. También lo he llamado con el mismo resultado. Casi mejor, porque tampoco sé muy bien lo qué decir, lo único que tengo claro es que no lo podemos dejar así.

—Ojalá papá nunca hubiera venido a verme —me confiesa Asher entre lágrimas y se cubre con las sábanas hasta la cabeza cuando le pregunto si mañana martes va a ir al entrenamiento. No he querido sacar el tema hasta ahora para que no se sintiera presionado.

»No quiero volver a jugar nunca, no quiero saber nada del balonmano —apunta con tono enfadado, pero conforme las palabras salen de su boca, el brillo que hasta el sábado iluminaba su mirada, se apaga un poco más. Sé que no es cierto, es el miedo a las posibles consecuencias del comportamiento de su padre lo que habla por él. Le asusta que sus compañeros lo rechacen por ello. Vuelve a ser ese niño taciturno y retraído que apenas se relacionaba con el resto de sus compañeros que me traje de Kiel, y eso me mata.

Salgo del cuarto contagiada de su llanto y vuelvo a intentarlo con Dominik antes de dormir. Le mando un mensaje en el que le cuento que su hijo no está bien, que le ayudaría hablar con su padre, que le diera las explicaciones que a mi no me ha dado, y, sobre todo, que se disculpase. Quizá no sea el texto más amistoso que le podía mandar, pero creo que nuestra conversación debe empezar en ese punto.

—¿A qué viene esa cara larga? —me preguntan mis amigas en cuanto me acerco a la puerta de pilates.

Y yo que creía que había hecho un buen trabajo con el maquillaje. En los cinco minutos que resta para que dé comienzo la clase, les resumo brevemente lo sucedido el sábado.

—Menudo capullo —apostilla Bernadette.

Magda también se queda con las ganas de decir algo, lo leo en sus ojos, pero es interrumpida por la llegada de la profesora.

Una hora más tarde, abandonamos la clase. Estoy sudada, cansada y dolorida. Sin embargo, reconozco que me ha venido bien concentrarme en los ejercicios y en controlar las respiraciones para pausar por unos minutos mi cabeza, que no deja de dar vueltas como si fuera una puñetera centrifugadora.

—¿Quieres que nos tomemos un café y nos cuentas? —me pregunta Magda preocupada.

—No, no hace falta —contesto de forma automática y sin mirarlas. Mi cabeza se gira automáticamente hacia la sala de cardio, como si hubiera sido atraída por un imán, y, entre los ocho o diez usuarios, mis ojos se posan directamente sobre Maddox—. Disculpadme, tengo que

hacer una cosa. Adelantaos vosotras.

Camino despacio, pero con seguridad, hacia él. Hoy viste íntegramente de negro, con una camiseta de tirantes y un pantalón corto que deja a la vista la rodillera que usa siempre cubriendo parte de su pierna derecha. Con los puños cubiertos con unas vendas del mismo tono que el resto de su indumentaria, golpea un saco de boxeo con fuerza, casi con rabia. El sudor le empapa la frente, haciendo que varios mechones de su cabello rubio se le peguen al rostro y varias gotas resbalan por sus hombros desnudos. La simple visión de su imagen hace que se me acelere el pulso.

Conforme me voy acercando, aprecio la huella de su labio partido y los restos de un hematoma, ya en tonos amarillentos, sobre su mandíbula. Se me contrae el estómago y no es para nada una sensación agradable.

—Hola —saludo con timidez situándome a su lado.

Maddox se detiene en seco y se gira hacia mí.

—Liv. —Mi nombre exhalado de sus labios suena como un suspiro.

—Siento mucho lo del otro día. ¿Estás bien? —me intereso y se me escapa la mano hacia su labio. No soy consciente de lo que estoy haciendo hasta que lo rozo con la yema de los dedos y tu tacto me provoca una descarga eléctrica que me recorre todo el brazo.

—Tranquila, estoy bien —dice, apartando mi mano. Me la sujeta con firmeza, pero se siente delicado—. No tienes de qué disculparte. Fue el imbécil de tu marido. —Advierto en su tono la misma ira que bullía el sábado en el de mi marido.

—¿Podemos hablar en un sitio un poco más tranquilo? —solicito.

Maddox observa a su alrededor y consulta el reloj. Mi corazón va a mil. En cualquier momento me va a atravesar el pecho mientras espero su respuesta.

—¿Nos vemos en veinte minutos en la cafetería de enfrente? —dice al cabo de un par de segundos que a mí se me han antojado eternos.

—De acuerdo —asiento y voy hacia los vestuarios.



Maddox

CAPÍTULO 13
No existe un «nuestro», Mad

Antes de que escuche su voz, se me eriza el vello de la nuca, como si mi cuerpo hubiera detectado su presencia de forma previa a que lo hiciera el resto de mi ser.

Se interesa por mí y su mano vuela directa hacia mi boca sin que me dé tiempo a reaccionar. Se posa sobre la marca que provocaron mis propios dientes al clavarse sobre el labio debido al impacto. La aparto antes de que mi lengua salga a pasear sin pedir permiso en busca del sabor de sus dedos. Un sabor cálido y delicioso que se me acaba de quedar impregnado con un simple roce. Ejerce un efecto balsámico sobre la herida, aunque se me antoja del todo insuficiente.

—Estoy bien —le confirmo y la voz me sale más ronca de lo habitual. Enseguida se tiñe con unas notas de enfado cuando se disculpa por la actitud de su marido cuando su único fallo fue casarse con un imbécil.

Quedamos en la cafetería que hay enfrente del gimnasio para hablar. Le doy veinte minutos para que se duche tranquila. A mí me sobran más de diez y a ella, casi cinco. La veo acercarse hacia la mesa que ocupo, al fondo del local, en un rincón tranquilo. No se ha secado el pelo que lleva recogido en una cola alta estilo poni y va vestida con un pantalón vaquero ajustado de color blanco y un jersey verde calado, con amplio escote en «v» bajo el cual se asoma el tirante de un sujetador negro. Carraspeo y me revuelvo incómodo sobre el asiento para recolocarme el pequeño bulto de mi entrepierna que amenaza con hacerse más evidente a cada paso que avanza en mi dirección. Por suerte, bajo la mesa pasa desapercibido.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunto una vez que toma asiento en la silla frente a mí.

—Un café, por favor.

Alzo la mano para llamar la atención del camarero, ahora no quedaría bien que me levantara hasta la barra, y pido el café de Liv y una bebida isotónica para mí.

—No entiendo qué pasó el otro día. Nunca había visto a Dominik así. Jamás pensé que podría soltar semejante sarta de improperios que tuvieran como objetivo a su propio hijo y el resto de niños —expone sin rodeos y de manera atropellada.

—Bueno, estamos acostumbrados a otro nivel de exigencia y competitividad. Cuesta cambiar el chip. —Me sorprendo defendiéndolo. Yo también he experimentado ese afán de victoria y que ganar sea lo único que motive el juego.

—¿Estáis? —Sus cejas se alzan, extrañada, como si no supiera de qué le estoy hablando.

—¿Has hablado con Dominik? —inquiero sin responder a su pregunta para tantear hasta qué punto conoce nuestra historia.

—Bueno, creo que a lo que hicimos no se le puede llamar hablar, precisamente. —Su semblante se oscurece y ladeo la cabeza como si así pudiera averiguar el motivo—. Tuvimos una fuerte discusión el sábado —me aclara—, y, desde entonces, no sé nada de él.

—Vaya, lo siento —respondo condescendiente—. ¿No te ha contado de qué nos conocemos? —Ella niega con la cabeza.

—Intuyo que no data solo del sábado, pero no sé nada más.

—Vale, empezaré por el principio. Dominik y yo coincidimos en el mismo equipo de balonmano hace aproximadamente doce años. Él llegó cuando yo ya llevaba varias temporadas

en el club. Procedía de un equipo mediocre en el que todo giraba alrededor de él. Era la única estrella y besaban el suelo por el que pisaba. Creyó erróneamente que en el nuevo club la cosa seguiría siendo así. Sin embargo, el THW Kiel es uno de los equipos más fuertes de Europa, me atrevería a decir que del mundo, y allí ya no destacaba, allí era uno más entre una selección de los mejores.

»No es mal jugador, pero se lo tiene demasiado creído y le falta un poco de humildad. Desde el primer día en que puso un pie en el club, reclamó la titularidad. El problema era que la posición en la que jugaba ya tenía dueño, el que por aquel entonces era el capitán del equipo y, aunque pueda sonar presuntuoso, uno de los mejores jugadores del club. —Mi pecho se contrae de una forma dolorosa y me pierdo en los recuerdos, en mi ascenso a la cima, en la gloria y en la posterior caída al vacío.

—Tú —deduce Liv y asiento para confirmárselo—. El gran «Mad Maddox», por eso Dominik se refería a ti de esa forma.

El sobrenombre con el que me apodó la prensa suena diferente en sus labios, muy distinta a la inquina y al resquemor que le imprime su marido.

—Durante más de un año, cuando creía que su carrera estaba a punto de despegar, se vio relegado al banquillo y no le sentó demasiado bien estar a mi sombra. Fue alimentando su odio hacia mí. No creas que fue solo cosa suya y yo solo era el inocente objeto de su rabia. El sentimiento era recíproco y nuestras disputas en los entrenamientos y fuera de ellos eran una constante. El pasado sábado no fue la primera vez que llegamos a las manos.

—Tú no le pegaste.

—La verdad es que me costó no hacerlo. Le tenía tantas ganas como él a mí, pero yo no perdí la perspectiva del lugar en el que nos encontrábamos y cuál era nuestro público —continúo—. En la final de la Champions League del 2012, me lesioné y, al final, tuvo su ansiada oportunidad.

—Me acuerdo de ese día —me interrumpe—. Por aquel entonces, yo no tenía ni idea de balonmano, trabajaba en un bar de Colonia para pagarme la universidad y el equipo vino a celebrar su victoria allí. Fue la noche que conocí a Dominik.

—¡No me jodas! ¿Podía haber conseguido yo a la chica? —bromeo. Sin embargo, la mínima posibilidad de que eso fuera así hace que me resquebraje y odie a Dominik un poco más.

—La modestia no es lo tuyo, eh —me sigue el juego, aunque sus mejillas adquieren un ligero tono rosado que me resulta adorable—. ¿Qué pasó cuando volviste a jugar?

—No volví. Fue una lesión grave, una que me alejaba de las canchas durante una buena temporada. La recuperación no fue como se esperaba y tuve que retirarme, dejándole vía libre a Dominik con el equipo y… con la chica. —Le guiño un ojo, intento mantener un tono jovial, aunque vuelvo a romperme otra vez.

Parece que esas grietas son visibles en la expresión de mi rostro, ya que Liv roza levemente los dedos de la mano que tengo sobre la mesa, con una caricia similar a la que me ha prodigado sobre la herida del labio. En cuanto se da cuenta de lo que hace, se retracta.

—¿La rodilla derecha? —se interesa. Carraspea para aclararse la voz y superar un momento de incómoda cercanía para el punto en el que nos encontramos.

—Veo que te has fijado. Rotura del ligamento cruzado anterior y del menisco interno.

—No parece que aquí en el gimnasio tengas problemas.

—No, puedo llevar una vida prácticamente normal. Sin embargo, no es lo suficientemente estable como para aguantar el ritmo de un deporte de élite. Si hubiera vuelto a competir, la lesión se habría agravado y ahora tendría una muleta como eterna compañera. —Estuve tentado de hacerlo, en contra de las recomendaciones de todos los médicos que me trataron. Me negaba a

decir adiós a mi pasión, pero mi hermana me hizo entrar en razón. No me sentía al cien por cien con mi cuerpo y eso se habría extrapolado a mi juego.

—Entiendo.

—¿Dominik suele tratar así a vuestro hijo? —pregunto cambiando de tema. El asunto de mi lesión es un tanto delicado. A pesar de que ya han pasado más de diez años, todavía no lo he superado, aunque ahora haya recuperado parte de mi vida.

No me gustó ni un pelo el comportamiento que mostró mi rival con Asher durante el partido y, si esa es la tónica habitual, voy a ponerle remedio al no haber respondido a su golpe de la misma forma.

—No, qué va. Siempre ha sido amable y atento, por lo menos durante el poco tiempo que pasa con él. Es prácticamente un desconocido para nuestro hijo. —Liv se abre como si me conociera de toda la vida y a mí me encanta escucharla.

Tengo todos mis sentidos puestos en ella, observo cada gesto, cada expresión de su rostro y los movimientos de las manos que enfatizan sus palabras. Se muestra transparente y veo hasta qué punto le afecta la situación. Me encantaría corresponderle de la misma manera que ha hecho ella, ofrecerle mi consuelo, pero no me quiero extralimitar tomándome esa confianza.

—Últimamente en casa habla más de ti que de su propio padre —continúa. Este comentario que a mí me enorgullece, a ella la destroza—. Creo que se decidió por el balonmano como una forma de acercarse a él.

—Oh, vaya. Es triste —admito en voz alta. Me alivia que, al menos, los gritos al pequeño no sean habituales.

—Lo es. —Ella suspira y, de pronto, parece más pequeña. Y yo me muero por abrazarla.

—Y ¿contigo? —Me intereso por su situación personal, aunque me da miedo preguntar. Como su comportamiento con ella sea similar al que me dejó entrever el sábado, juro que no tendrá espacio suficiente para correr y huir de mí. Mi cara no iba a ser la única marcada.

—Más de lo mismo. Hace mucho tiempo que me he vuelto invisible para él. La noche que tú y yo nos encontramos en el bar necesitaba que alguien me viera.

—Lo sigo haciendo, Liv. Te sigo viendo —revelo y la voz me sale ronca.

La veo. No he dejado de hacerlo desde que mis ojos impactaron con su figura en aquel primer encuentro casual en el gimnasio y, desde la noche que pasamos juntos, incluso se me aparece en sueños. Mis ojos la buscan en cada rincón y el pulso se me acelera cada vez que la encuentran.

Se remueve en su asiento, cohibida por mi declaración. Y eso que no puede escuchar mis pensamientos.

—¿Dominik sabe lo nuestro? —pregunto sin afán de juzgarla, solo por simple curiosidad y para saber a qué atenerme.

—No existe un «nuestro», Mad —me corrige y su afirmación duele—. Lo que pasó aquella noche fue un error, —«Bendito error»—, no hay nada entre tú y yo.

Otra nueva puñalada que me atraviesa el pecho, aunque evita mirarme a los ojos mientras lo dice, quizá con miedo de que lea en ellos algo que contradiga sus palabras. Creo que toca otro cambio de tema.

—Vi que te salías del grupo. ¿Significa eso que Asher va a dejar el equipo, como sugirió su padre?

—Abandoné el grupo porque me sentía en mitad de un fuego cruzado. Respecto a la permanencia de Asher, todavía no lo tengo claro. Lo que sí sé es que en ningún momento va a depender de lo que dijo su padre, será exclusivamente decisión del niño. No está gestionando bien lo que pasó el sábado —confiesa.

Liv se vuelve a quitar otra capa frente a mí, se desnuda un poco más y me relata el episodio de *bullying* que sufrió Asher cuando vivían en Kiel, otro de los motivos que le llevó a tomar la decisión de regresar a Rostock. Sus ojos se humedecen, no hace mención de ocultar el llanto que está a punto de desbordarse, y yo solo quiero consolarla. Debió ser horrible vivir esa situación como madre.

—Le da pánico que la historia se vuelva a repetir y que los chicos, sus amigos, le rechacen por culpa del incidente con su padre —prosigue—. Se avergüenza de su comportamiento y del trato que tuvo contigo.

—¿Quieres que hable con sus compañeros? —pregunto. Es lo único que puedo hacer para ayudar.

—¿No te importa? —Me contempla con un brillo de esperanza en la mirada.

—Claro que no —sentencio.

De pronto, reparo en que mi mano descansa sobre la suya, trazando círculos con el pulgar sobre su dorso. Juro que no sé en qué momento ha sucedido esto y, por la expresión desorbitada de los ojos castaños de Liv, intuyo que ella tampoco. Nos separamos abruptamente, como si una descarga eléctrica incidiera justo en el punto exacto en el que permanecían unidas. Me deja una sensación de frío, de vacío. Tocarnos me resulta algo muy natural, como si fuera una función vital más, equiparable a la respiración o al latido cardíaco.

—¡Oh, mierda! Tengo que ir a por Asher al colegio —exclama de repente, consultando su reloj.

Hago lo mismo para comprobar si se trata de una mera excusa para romper con un momento extraño por su excesiva familiaridad, pero realmente es cierto. Es más tarde de lo que pensaba. Se pone en pie, coloca el bolso sobre la mesa y rebusca en su interior.

—¿Dónde está la maldita cartera? —se pregunta a sí misma.

—Tranquila, Liv. —La detengo colocando la mano sobre su antebrazo, provocando que una nueva corriente se transmita entre nuestras pieles—. Hoy invito yo y la siguiente pagas tú —le digo empleando mi expresión más seductora.

Ella sonríe y niega con la cabeza.

—No te rindes nunca, ¿verdad?

—No mientras exista una mínima posibilidad.

—Una ínfima. —Me sigue el juego.

—Pero existe —apunto fanfarrón.

—No tienes remedio. —Su sonrisa se amplía—. Hasta la próxima, Mad. Gracias por la conversación.

—¿Ves? Tú misma lo has dicho, habrá próxima. —Le guiño un ojo, ladino.

La excusa de que mi interés por ella se limitaba a la preocupación por cómo le podía haber afectado cometer una infidelidad, cae por su propio peso. Ya no tiene sentido que siga engañándome. Hemos pasado casi dos horas hablando y el tiempo en su compañía ha pasado en un suspiro, el mismo que exhalo cuando la veo marchar. Estoy realmente jodido.

Liv



CAPÍTULO 14
Quiero seguir en el equipo

Ha sido una tarde extraña. Asher ha optado por no acudir al entrenamiento y he respetado su decisión. Espero que sea puntual y que pronto cambie de opinión. Por eso, todavía no he avisado al club. He pensado que podíamos aprovechar la tarde para pasar algo de tiempo juntos, le he dado a él la potestad de elegir qué quería que hiciéramos y hemos acabado dibujando con algo de música de fondo para llenar ese silencio denso que nos rodeaba. Cuando se ha dado cuenta de que el suyo era un niño jugando al balonmano, ha arrugado la hoja, furioso, y la ha lanzado a la papelera.

Ahora lo tengo sentado frente a mí, con el pelo todavía mojado, recién salido de la ducha, revolviendo el cuenco de sopa con la cuchara y con la mirada perdida en el fondo. Me encantaría poder decirle algo que lo consuele, que borre esa expresión gris de su mirada. Sin embargo, no encuentro las palabras adecuadas.

De pronto, mi teléfono móvil vibra sobre la mesa. Asher alza la mirada de su plato y un rayo de luz cruza su mirada.

—¿Papá? —pregunta esperanzado. Todavía no ha contestado a ninguno de mis mensajes.

Compruebo el remitente y niego, no es Dominik. No tengo el número registrado en la agenda, pero por la foto que se muestra de perfil, no me cabe duda de quién se trata. El entrenador de Asher aparece en el asiento trasero de un coche, recostado contra la ventanilla y con una camisa blanca con un par de botones desabrochados. Me suena la prenda y ese torso. Mi cuerpo también lo recuerda, me dice el hormigueo que se instaura en mi bajo vientre. Juraría incluso que la imagen fue capturada esa misma noche.

Número desconocido
Hola, Liv, soy Mad. Perdona que te moleste tan tarde. Acabo de llegar a casa. Enséñale este video a Asher cuando puedas ;)

Antes de abrir el archivo adjunto, añado el número a mis contactos y, en ese instante, como si él se hubiera dado cuenta de lo mismo que yo, la foto cambia a otra en la que aparece agachado, mirando a la cámara, con ropa deportiva, con una camiseta sin mangas ajustada y una posición que resalta la musculatura de sus brazos.

—Asher, tu entrenador me ha mandado un vídeo —informo—. Vamos a verlo.

Quizá lo más sensato hubiera sido visionarlo antes yo sola para hacerme una idea de lo que me voy a encontrar en él, pero una vocecita en mi interior me dice que puedo confiar en Mad y decido hacerle caso. Cojo una silla, la coloco junto a la de mi hijo y, cuando sé que cuento con su atención, le doy a reproducir el archivo.

Aparece en escena uno de los compañeros de equipo de mi hijo y en cuanto lo ve, noto que se tensa a mi lado. Acaricio su espalda para reconfortarlo, para darle esa seguridad que siento que ahora mismo le falta. El pequeño empieza a hablar y, cuando termina, le sustituye otro compañero. En resumen, trece niños animando a mi hijo, diciéndole que no le culpan de nada de lo sucedido, que lo echan de menos y que quieren que vuelva. El video termina con un primer plano del entrenador que me seca la boca, con el equipo de fondo:

—Te esperamos pronto, Asher.

No hace falta que añada nada más, sus compañeros ya lo han dicho todo. Asher me abraza, conmovido, con el rostro humedecido por las lágrimas y yo me trago las mismas emociones que sé que lo embargan a él.

—Mamá, ¿puedo ver el vídeo otra vez? —me pide cuando ya está en la cama.

—Claro, cariño. —Le tiendo el teléfono y me tumbo a su lado para volver a verlo juntos.

Cuando termina, lo arropo, le doy un beso en la frente y apago la luz.

—Mami —me reclama antes de que llegue a la puerta.

—Dime, cariño.

—Quiero seguir en el equipo —expone con determinación.

—Perfecto, mi vida. Y ahora, descansa.

—Hasta mañana, mami. Te quiero.

Entorno la puerta de la habitación con cuidado de no hacer ruido. No puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi rostro. Me siento más ligera, como si me hubiera liberado de parte de la carga que arrastro sobre mis hombros. Ese miedo pesado a que mi hijo volviera a sufrir y que me enterraba a mí también se ha evaporado, arrastrado por una brisa de aire fresco que huele a esperanza.

Esto hay que celebrarlo. Desciendo al piso inferior, abro la nevera y me sirvo una copa de vino blanco. Le doy el primer sorbo y reparo en que todavía no he contestado a Mad, así que abro la aplicación y tecleo mi respuesta.

Liv
Gracias por el vídeo, Mad.

Enseguida su estado pasa a «en línea» y veo que está escribiendo.

Mad (entrenador Asher)

¿Crees que surtirá efecto?

Liv
Sí, creo que sí.

Mad (entrenador Asher)
Genial. Que vuelva cuando quiera, pero que vuelva.
Buenas noches.

Liv
Buenas noches

Envalentonada por el efecto del alcohol, abro otro chat, uno en el que durante los últimos cuatro días solo he hablado yo.

Liv
Dominik, sé que no estarás de acuerdo, pero Asher va a seguir en el equipo de balonmano. Esto no va de ti o de mí o de viejas disputas con un rival. Esto va de nuestro hijo y, por fin, siente que encaja en un sitio.

En este caso no espero contestación. No sé cuánto va a durar el mutismo de mi marido, sin embargo, hoy me importa un poco menos.

* * * *

Pese al vídeo que ya debe de saberse de memoria, Asher está nervioso cuando lo llevo al entrenamiento. A través del espejo retrovisor, veo sus piernas moviéndose de manera incesante y se retuerce las manos con la mirada perdida al otro lado de la ventanilla.

Ha pasado más de una semana desde que tomó la decisión y hasta hoy no se ha atrevido a dar el paso. El primer jueves puso de excusa que había tenido un mal gesto en el patio y que le dolía el pie. No parecía nada grave, el fin de semana estuvo jugando sin problemas en el parque, pero conforme se acercó el martes, la lesión se volvió a agudizar.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunto cuando estaciono el coche frente al pabellón en el que entrena.

—Me duele un poco la tripa, aunque creo que son los nervios —confiesa sin hacer mención de abrir la puerta del coche.

—Tranquilo, todo va a ir bien. ¿Quieres que te acompañe? —Se le ilumina el rostro ante mi propuesta—. Venga, vamos.

Llegamos un par de minutos tarde, así que cuando accedemos a la pista, sus compañeros ya están calentando.

—¡Asher! —grita uno de ellos en cuanto lo ve y, automáticamente, todos los niños se abalanzan sobre él para darle la bienvenida con un cálido abrazo.

Me seco los ojos con los dedos, con cuidado de que no se me corra el maquillaje.

—Ya puedes irte —me susurra una voz ronca tan cerca de mi oído que me provoca un estremecimiento.

Me giro para toparme con Maddox que, con los brazos a su espalda, contempla la misma escena que yo. Estaba tan absorta en los niños que ni siquiera he reparado en su presencia ni lo he oído aproximarse. Retrocedo un paso para poner un poco más de distancia, escapar del calor que me provoca su cercanía y acallar las súplicas de mi piel que palpita por volver a sentir su tacto.

—Gracias —musito.

Mad sonríe y se humedece los labios con la lengua, volviéndolos todavía más apetecibles. Apenas queda ya rastro de la agresión de Dominik.

Huyo del entrenamiento para escapar de su influjo y me encierro en el coche, como si el chasis del vehículo fuera un muro protector.

Me supera que despierte en mí sensaciones que creía olvidadas, que mi cuerpo parezca muerto cuando estoy con mi marido, pero que, sin embargo, burbujee de pura necesidad cada vez que a él lo tengo delante. No sé cómo gestionarlo, ya no me creo ese «entre tú y yo no hay nada» que le solté en nuestro momento de acercamiento.

Me abrí a él, a quien apenas conozco de unos pocos meses, de una forma en la que jamás lo había hecho con nadie. Me deshojé como una flor, arrancándome uno a uno todos los pétalos. Ni con mis mejores amigas, ni siquiera con Dominik en nuestros inicios, había experimentado tanta complicidad como aquel día. Tal vez ese «nada» sea un «algo» al que todavía no me atrevo a ponerle nombre.

El sonido de unos golpes en el cristal del copiloto me hace dar un bote sobre mi asiento y me traen de vuelta de mis propios pensamientos.

—¿Me abres, mamá? —Un alegre Asher espera al otro lado.

Miro confusa mi reloj. ¿Ya ha pasado hora y media?

—¿Qué tal ha ido, cariño?

—Genial —responde con voz soñadora. Una sonrisa genuina, la que describe a la perfección

lo que significa la felicidad para un niño, se dibuja en su rostro.

Cuando se ata el cinturón de seguridad, giro la llave dentro del contacto y arranco el motor. Justo antes de abandonar la plaza de aparcamiento que ocupaba, veo a Maddox por el espejo retrovisor. Alza el brazo en señal de despedida y le correspondo del mismo modo.

Al día siguiente me lo encuentro junto a la puerta del vestuario femenino del gimnasio al que ambos somos asiduos. Está con el hombro apoyado sobre la pared, de brazos cruzados, con una pequeña toalla al cuello y la ropa empapada de sudor. La sonrisa pícara con la que me recibe me indica que esta vez nuestro encuentro no es algo fortuito.

—Me debes un café —expone con chulería cuando me encuentro casi a su lado.

Me carcajeo ante la mirada atónita de mis dos amigas.

—¿En veinte minutos? —inquiero divertida.

—Perfecto. Donde siempre —añade y me hace gracia que haya escogido esa palabra cuando tan solo hemos quedado en otra ocasión.

—¿Tú y él…? —se interesa Magda una vez que nos encontramos a salvo de oídos indiscretos dentro del vestuario.

—Solo somos amigos. Se ha portado muy bien con Asher después del incidente con su padre en el partido. —El «nada» por el que apostaba hace unas semanas acaba de transformarse en un «somos amigos».

—¿Y buscas también que se «porte bien» con su madre? —insiste mi amiga y alza las cejas de una forma cómica para darle un doble sentido e insinuar algo que, de momento, no puede existir entre nosotros.

—No seas burra —la reprendo—. Sigo siendo una mujer casada.

—Ya, bueno, si tú lo dices. Por cierto, ¿Dominik ha dado señales de vida? —pregunta Bernadette.

—No.

—Ni falta que hace —replica Magda entre dientes, aunque lo suficientemente alto para que yo la escuche.

—Los mensajes aparecen como leídos, pero no se ha dignado a contestar. Espero que la cosa cambie la semana que viene; es el cumpleaños de Asher.

—Bueno, date prisa, no querrás hacer esperar al entrenador —me apremian al ver que mi rostro se ha ensombrecido ante la sola mención al que todavía es mi marido. Aunque creo que he empezado a dejar de sentirlo así. Lleva casi un mes convertido en tan solo un fantasma cuya sombra merodea alrededor de la felicidad de mi hijo y la mía propia, para volverla un poco más oscura.

Llego un par de minutos más tarde de esos veinte que me ha concedido. Cruzo la calle casi a la carrera y abro la puerta del establecimiento. Mad me espera en la misma mesa que compartimos hace semana y media. Hay más gente que el otro día, se nota que es viernes y el fin de semana está cerca. Aprovecho que todavía no me ha visto para observarlo con detenimiento. Está reclinado hacia atrás sobre la silla, con una pose desenfadada, concentrado en lo que sea que esté viendo en su teléfono móvil. Lleva un pantalón de chándal oscuro, de los que usa cuando entrena a los niños, y una camiseta blanca, ajustada a su cuerpo y que, pese a su sencillez, le da un toque *sexy* que, unido a su pelo húmedo, me deja la garganta seca.

De pronto, alza la cabeza y sus ojos impactan contra mí. No ha sido una simple mirada, sino algo mucho más intenso, como si, sin siquiera tocarme, me hubiera alcanzado la onda expansiva de una explosión.

—Hola, Liv. Perdona por abordarte así antes en los vestuarios. Solo quería comentarte que

ayer el entrenamiento con Asher fue muy bien.

—Lo sé —confirmo resoplando de manera exagerada—. Casi no se duerme de lo excitado que estaba. —La mirada de Mad se enciende ante mi desafortunada elección del adjetivo para describir el estado de mi hijo y un calor se me anuda a las entrañas—. Gracias por hacer esto por él.

—Todo sea por fastidiar un poco más a Dominik —bromea—. No, en serio. No he hecho nada, han sido los críos. Quizá yo les esté enseñando a jugar a balonmano, pero soy el que más está aprendiendo.

Me enternece su humildad.

—Estás haciendo un gran trabajo con ellos, Mad —lo alabo. Desliza la mano entre sus cabellos y se reacomoda sobre la silla, parece cohibido ante mis halagos.

Esta vez el café no se alarga tanto como en nuestro anterior encuentro. Saco un billete, pago la consumición y me despido de Maddox, con la certeza de que lo voy a ver en breve.

* * * *

Tres días antes del cumpleaños de Asher, le mando un recordatorio a su padre. Con el paso del tiempo y, tras seguir sin recibir respuesta, cada vez le pongo menos empeño a intentar comunicarme con él. Creo que ya he puesto bastante de mi parte, ahora le toca a él dar el siguiente paso. Contra todo pronóstico, esta vez sí que contesta.

Dominik
Ok.

«Ok». Dos putas letras, nada más. Me enfurece, me dan ganas de estampar el móvil contra la pared, pero me fuerzo a respirar hondo y a serenarme. No puedo permitir que la desidia de su padre enturbie un momento tan especial para nuestro hijo. Está emocionado, es la primera vez que lo va a celebrar con sus amigos y su alegría se extiende a los que nos encontramos a su alrededor.

El sábado, antes del partido, sus compañeros de equipo y su entrenador lo reciben con un pastelito y una vela, cantando a coro un «cumpleaños feliz» desafinado. Y yo, que estoy un poco más sensible con todo lo que ha pasado durante el último mes, no puedo evitar emocionarme. El día no podía haber empezado mejor y como colofón, el equipo de balonmano consigue su primera victoria. Lo celebran como si se acabaran de alzar con la copa del mundo.

—Mamá, se me olvidó invitar al entrenador. ¿Puede venir? —me comenta Asher cuando nos estamos despidiendo de Maddox y del resto de sus compañeros. Vamos a celebrar una fiesta en un parque de camas elásticas a la que van a asistir la mayoría de sus compañeros.

Maddox me observa con atención. Creo que está esperando a captar algo en mis gestos que le haga decantarse por una opción u otra. Mierda, no sé lo que quiero. El cosquilleo que empieza a aletear en mi estómago me indica que me encantaría que nos acompañara, pero, por otro lado, dada mi situación actual, no creo que sea lo más oportuno. Permanezco inmóvil, sopesando las opciones. Ansío su compañía en la misma proporción que me violenta tenerlo tan cerca.

—Lo siento mucho, campeón, pero he quedado —resuelve el entrenador al fin, revolviéndose el pelo—. Pásalo bien y el próximo día me cuentas.

Su respuesta me desinfla y no consigo dilucidar si es porque no pueda acompañarnos o por ese «he quedado» que implica a, al menos, otra persona. Empiezo a hacer cábalas de quién pueda tratarse y las respuestas que arroja mi mente no acaban de convencerme. Por suerte, la vorágine

en la que me sumerjo durante el resto del día, me libra de darle más vueltas.

La velada se alarga. Los niños, incombustibles, no tienen suficiente con dar brincos sin parar durante hora y media e insisten en que vayamos a cenar a una conocida hamburguesería. La compañía es agradable. Pese a llevar desde octubre compartiendo graderío con el resto de los padres de los compañeros de Asher, hasta hoy no habíamos tenido la oportunidad de conocernos. Compartimos, entre risas, historias y anécdotas que tienen como protagonista a nuestros hijos. Nadie menciona el incidente con mi marido, cosa que agradezco.

Vuelvo a revisar el teléfono móvil, del que he estado pendiente durante todo el día, cuando lo noto vibrar. Algún padre ha mandado una foto de los chicos al grupo de WhatsApp del equipo y el entrenador la ha comentado. Cualquiera que sea su compañía, no lo tiene tan absorbido como para que deje de prestar atención al teléfono. Quien sí parece haberse olvidado de él es Dominik que, pese a mi insistencia, no ha llamado a su hijo. Por suerte, mi pequeño está tan agotado al finalizar el día que cae rendido en cuanto se tumba sobre la cama, sin tiempo a reparar en que su padre no se ha acordado de su cumpleaños.



Maddox

CAPÍTULO 15
Somos amigos, ¿ no?

Quedar con Liv para tomar un café después de sus clases de pilates en el mismo gimnasio en el que entreno se está convirtiendo en una bonita rutina. Hay veces que incluso sus compañeras se nos acoplan. Han resultado ser una pareja de lo más divertida y, por lo que veo, también conforman un gran apoyo para Liv. Al fin y al cabo, no es una cita. Lo hacemos como amigos, porque eso es lo que somos, ¿no? Resulta agotador obviar la atracción que despierta en mí y que crece conforme voy conociéndola un poquito más. Es como si estuviera poseído por un monstruo latente a punto de despertar para acabar con mi autocontrol.

Es así, gracias a estos encuentros, como me enteré de que el impresentable de Dominik se olvidó del cumpleaños de su propio hijo. Nunca he visto a Liv tan furiosa como en ese momento, retorcía una servilleta de papel entre sus manos como si fuera el cuello de su marido, su timbre de voz estaba algo más elevado y una arruga en el entrecejo mancillaba la perfección de su rostro. Estuve tentado de acariciar su frente para alisar esa línea, pero me limité a escucharla con los codos apoyados sobre la mesa y todos mis sentidos puestos en ella. El muy cabrón no se disculpó hasta dos días más tarde y lo hizo acompañado de una bici que hizo las delicias del niño.

El móvil suena con insistencia en el bolsillo de mi sudadera y me impide concentrarme en lo que mi jefe me está proponiendo. Está contento con la labor que estoy realizando y quiere que, para la siguiente temporada, me haga cargo de un par de grupos más.

—Perdona, dame un segundo —pido a Armin para atender la llamada—. ¿Sí? —contesto sin comprobar en la pantalla del celular quién se encuentra al otro lado. Mi intención es cortar cuanto antes la comunicación y regresar a los asuntos que estamos tratando.

—Mad… Yo… Asher… —balbucea una alterada Liv al otro lado de la línea. Juraría que está llorando.

—¿Liv? ¿Qué pasa? —Ahora sí, escucho sin lugar a dudas sus sollozos y me pongo en alerta. Me incorporo de la silla como un resorte y empiezo a caminar de lado a lado del despacho—. ¿Estás bien? ¿Y Asher?

—Asher ha sufrido un accidente. Yo… no sabía a quién llamar. Lo siento.

—Dime dónde estás. Vale, voy ahora mismo.

Armin, que ha escuchado la conversación, no me da tiempo a que me excuse y me despacha con un gesto de la mano.

Llego al hospital que me ha indicado Liv en tiempo récord, puede que incluso con alguna multa. Aparco en el primer sitio que veo libre y camino directo a la sala de espera de Urgencias. Repaso una a una las sillas y ninguna está ocupada por ella. Me dirijo al mostrador, pregunto por Asher, pero no me pueden facilitar información por una mierda de ley que ahora mismo no entiendo, así que no me queda más remedio que recurrir al móvil.

—Liv, ¿dónde estás? —pregunto en cuando descuelga al otro lado.

—En Radiología, le están haciendo un escáner —me informa.

Pregunto a la misma persona que me ha atendido antes dónde se encuentra el servicio de Radiología y sigo sus indicaciones hasta dar con él. Liv está sentada, con los codos apoyados

sobre las rodillas y la cabeza enterrada entre sus brazos.

—Liv —la llamo. Su nombre me sale en una especie de susurro. Ella alza la mirada, con el rostro enrojecido, los ojos inundados en lágrimas y el móvil en la mano, apretándolo casi como si fuera un salvavidas—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está?

Me agacho de cuclillas frente a ella y sostengo sus manos entre las mías. Está temblando.

—Iba con la bici nueva y, al atravesar un cruce, un coche no lo vio y se lo llevó por delante —me explica con voz rota.

—Joder. ¿Cómo está?

—Se ha roto el brazo y le están haciendo más pruebas. A pesar de que llevaba casco, tenía una brecha en la cabeza y querían mirarlo mejor.

—Todo va a salir bien, ya verás —trato de consolarla.

—Lo siento, pensarás que soy una exagerada, que no es para tanto, pero me asusté mucho. Llamé a Dominik, mis padres están fuera y no sabía a quién más recurrir.

—Shhh, tranquila, no pasa nada. Somos amigos, ¿no? —Sin soltarla, me incorporo y ocupo la silla anexa a la suya.

—No quería pasar sola por esto otra vez —confiesa y me aparta la mirada, aunque no lo suficientemente rápido como para que vea un rayo de dolor atravesándola.

Durante los momentos que hemos compartido en la cafetería situada frente al gimnasio, aunque haya sido a través de conversaciones banales, he aprendido a leerla. Que mis ojos se enganchen de forma irremediable a ella en cuanto la tengo delante han conseguido que se vuelva transparente.

—¿Otra vez? —inquiero y aprieto levemente mi agarre sobre sus manos, para darle a entender que puede confiar en mí.

—Hace casi dos años, —Comienza su relato, con la vista clavada en el mosaico que forman las baldosas del suelo de la sala—, perdí a mi bebé. Estaba embarazada de casi siete meses, sentí que algo no iba bien y fui al hospital. Llamé a Dominik y a mis padres, pero estaban fuera, como ahora.

Conforme avanza la narración, es ella la que afianza más el agarre entre nuestras manos, como si tuviera que aferrarse a algo para no caer. Me alegro de que me haya elegido a mí. Mi pulgar ha empezado a acariciarlas de forma suave.

—Me dijeron que la niña estaba muerta y que debía parir de forma natural. Tuve que hacerlo sola, con la única compañía de un equipo médico lleno de desconocidos. —En ese punto de la historia se rompe y hasta soy capaz de verla precipitarse al vacío. Mis manos ya no son suficientes para mantenerla a flote y la atraigo hasta envolverla entre mis brazos. Llora sobre mi hombro durante unos segundos. Enseguida se fuerza a recuperar la compostura y toma distancia, aunque vuelve a buscar mis manos.

»No me malinterpretes —prosigue—, se portaron genial conmigo, pero yo necesitaba el apoyo de los míos.

—Lo entiendo. Lo siento mucho, Liv, no debió ser nada fácil vivir una experiencia tan dura tú sola —expongo comprensivo—. Y ahora, ¿cómo estás de aquello?

—Mad, eres la primera persona que me lo pregunta. Ni mis padres ni mucho menos Dominik han hecho nunca mención a aquel suceso. Tengo mis momentos. Sin embargo, no hablar de ello, hacer como si nunca hubiera pasado, que eviten el tema como si fuera tabú, no ayuda.

—¿Familiares de Asher Steinert? —nos interrumpe un celador empujando una silla de ruedas sobre la que está sentado el pequeño, con el brazo inmovilizado y una fea brecha en la frente—. Acompañadme a ver al doctor.

—¡Entrenador! —exclama el niño al verme.

—Hola, campeón. ¿Cómo estás? —le pregunto y le revuelvo el pelo mientras caminamos por el laberinto de pasillos hacia la consulta.

—Jo, me van a escayolar el brazo, no voy a poder jugar durante mucho tiempo. —Me encanta que su mayor preocupación en este momento sea eso. Intercambio una mirada de alivio con su madre.

—No te preocupes por eso, Asher. Siempre puedes echarme una mano como ayudante del entrenador.

—¿En serio? —Sus ojos se iluminan y capto el reflejo que provocan en los de Liv.

—Por supuesto.

—Aquí es, enseguida os llamarán —informa el sanitario.

—Os espero aquí —anuncio cuando el médico lo hace y busco una silla en la que poder sentarme.

—Pasa, Mad, por favor —me suplica Liv y no me queda más salida que acompañarla al interior.

—La fractura de Asher es limpia, no precisa cirugía, pero tendrá que llevar el yeso durante un mínimo de tres semanas. Aunque el resultado del escáner es normal, debido al golpe que se ha dado en la cabeza, será mejor que lo tengáis en estrecha vigilancia durante las próximas veinticuatro horas. Si hay algún cambio en el estado de conciencia, si está adormecido o presenta náuseas, debéis volver —comenta el facultativo. Me hace gracia que utilice el plural para referirse a nosotros, dando por hecho que yo soy el padre del niño.

—Doctor, ¿cuándo podré volver a jugar a balonmano? —pregunta el pequeño.

—Uff, no tengas prisa Asher, es mejor esperar a que el hueso se suelde bien.

Veinte minutos después, con una escayola cubriendo su brazo, que estreno con mi firma en cuanto se seca, abandonamos el hospital.

—Gracias por todo, Mad. Voy a pedir un taxi para volver a casa.

—No, Liv, deja que os acerque. Tengo el coche en el parking y no me cuesta nada.

Accede sin poner demasiadas pegas. Se la ve agotada, llevamos bastante tiempo en urgencias y todo el estrés y el miedo que ha pasado durante estas horas caen sobre sus hombros como una pesada losa.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta cuando aparco frente a su vivienda. Un flashazo de meses atrás asola mis pensamientos y un calor se instaura en la parte baja de mi abdomen.

—No, no hace falta. Es tarde y estaréis cansados. —Rechazo la invitación.

—Porfa, Míster —insiste Asher—. ¿A que se puede quedar a cenar, mamá? ¿Podemos pedir pizza?

Liv se encoge de hombros y se muerde el labio, provocando la envidia de mi boca.

—A mí también me gustaría que te quedaras —admite ella y el calor que he sentido hace tan solo unos segundos se me extiende por todo el cuerpo como si fuera puro fuego. No necesito más alicientes para acceder a su propuesta.

La pizza tarda cuarenta y cinco minutos en llegar y la comemos en el salón. Me siento en el suelo, soy incapaz de hacerlo en el sofá junto a ellos sin rememorar ciertas imágenes que convierten mi sangre en lava. Entre bocado y bocado, Asher me pone al día de su serie favorita, una que hasta ahora desconocía. Me pierdo entre tanto personaje y hago mil preguntas que el niño no duda en responder con una paciencia infinita.

—Venga, Asher. A la cama que es tarde y mañana es día de cole —ordena su madre apagando la televisión cuando concluye el capítulo.

—¿Tengo que ir a clase así? —protesta el pequeño.

—Sí, cariño. Si no te duele, es mejor que a estas alturas del curso no pierdas un día de clase —insiste Liv lo que arranca un gesto de desagrado en el rostro del chaval.

—Claro, tus compañeros te tienen que tunear la escayola. Y ya puedes dejar un hueco para el equipo —intercedo, tratando de echar una mano.

—Jo, vale, está bien —claudica—. Entrenador, ¿me acompañas tú?

Alzo las cejas sorprendido y busco con la mirada el beneplácito de su madre. Ella asiente y sigo al pequeño, escaleras arriba, hasta su habitación. La tiene decorada con pósteres y fotografías del equipo de su padre —y que una vez también fue mío— y de la selección alemana.

—¿Qué hace el ayudante del entrenador? —me pregunta cuando ya está acostado.

—Puede sugerir jugadas, cambios, corregir al equipo, resaltar los aspectos positivos… —improviso sobre la marcha—. En definitiva, hace casi lo mismo que el entrenador.

—Jo, qué guay —comenta soñador y en sus palabras se intuye que la somnolencia empieza a tirar de él—. ¿Sabes, Míster? Ojalá fueras mi padre —susurra con apenas un hilo de voz cuando está a punto de traspasar la barrera que separa la vigilia del sueño.

Su comentario me pilla de improviso, me deja totalmente descolocado. Sin embargo, tras superar el asombro inicial y meditarlo durante unos segundos antes de abandonar la habitación, me doy cuenta de que estoy tan pillado por su madre y él es un niño tan especial que la idea no me desagrada del todo.

Regreso al piso inferior. Liv está en la cocina, recogiendo los restos de la cena. Me permito el lujo de contemplarla antes de desvelar mi presencia. Me recreo en sus curvas, dejo que mis ojos acaricien cada una de ellas y que sigan cada uno de sus movimientos.

—¿Cómo estás? —me intereso.

—Bien, creo. —Hace un inciso para responderme, se gira, me mira y al instante, reanuda su tarea y mete los platos sucios en el lavavajillas, dándome de nuevo la espalda—. Mad, ¿puedes quedarte a pasar la noche? Me da miedo estar sola. Por el niño, por si le pasa algo, ya sabes —me pide desde esa posición, como si le avergonzara que sea testigo de su vulnerabilidad.

—¿Estás segura? —inquiero y la voz me sale dos octavas más grave.

Ella ladea el cuello para mirarme y asiente. La misma pregunta que en mi primera visita a su casa, la misma respuesta y el doble de ganas.

Liv



CAPÍTULO 16
Mariposas enredadas entre telarañas

No quiero que Mad se marche, la simple idea hace que mi casa se sienta vacía y fría. Quizá no sea solo la casa, quizá esté proyectando en ella lo que siento en mi interior ante la mera perspectiva de que se vaya. Ha sido un gran apoyo durante esta tarde, me ha aportado la estabilidad y el buen juicio que yo había perdido. No se me ocurre mejor compañía que la suya para pasar la noche y para calmar esta angustia que se me ha instalado en el centro del pecho ante la perspectiva de volver a quedarme sola.

—¿Estás segura? —pregunta con voz lenta, grave.

No lo veo, estoy de espaldas a él, pero siento que se aproxima. Su cercanía emite una especie de electricidad que se irradia hacia mí sin necesidad de tocarme y me eriza la piel. El calor de su aliento impacta de lleno contra ella y mi cuerpo se vuelve líquido. El aire se torna pesado, ardiente, el oxígeno se consume ante su sola presencia y estoy a punto de combustionar.

Esta vez, la respuesta afirmativa que hace mi cabeza se podría confundir tranquilamente con un temblor de anticipación. Nadie ha vuelto a tocarme desde que él lo hizo por última vez y, desde ese día, ya han pasado varios meses. Su capacidad de escucha, su amistad y su voz me han acariciado durante este tiempo y ahora me muero por sentir sus dedos sobre mí de nuevo. Hasta el último átomo que me compone hormiguea de puro deseo y él parece darse cuenta de mi estado.

Su lengua traza la longitud de mi cuello, se enrosca con el lóbulo de la oreja y se me escapa un gemido involuntario. No me hace falta más para que mi cuerpo se licue. Posa las manos sobre mis caderas y se pega más a mí. Encajamos de una forma casi perfecta. Mi anatomía se continúa con la suya y cada músculo y cada curva de su organismo deja una impronta sobre mi piel, especialmente esa prominencia, cada vez más notable, que incide de forma excitante en la parte baja de mi espalda.

Giro la cabeza para buscar su boca, con la desesperación de quien lleva mucho tiempo sumergida bajo el agua y da la primera bocanada de aire al salir a la superficie. Así siento sus dedos, como pequeños rayos de sol que acarician mi piel tras emerger de la oscuridad y la templan, derritiendo la fina capa de hielo que la cubría. Sus manos resbalan sobre mí, enseguida se transforman en ríos de lava y se abren camino entre mi ropa, incendiando cada poro, calcinándome en el infierno más dulce. Asola mis labios con el ímpetu de las olas del mar revuelto impactando contra las rocas y me convierten en sal y arena.

Su mano derecha me desabrocha el vaquero, se cuela bajo el elástico de la ropa interior y se paraliza allí, sobre la cadera. La izquierda bucea debajo de mi blusa, asciende recorriendo mi vientre y cuando el pulgar topa con la barrera del sujetador y amenaza con traspasarla, se detiene, provocando que mi anhelo y mi ardor crezcan de manera exponencial durante ese instante previo a lo que tanto necesito. Cada terminación de mi piel se sensibiliza y aclama en silencio lo que tanto ansío.

—¿Estás segura de esto? —insiste de nuevo.

Libera mi boca para que pueda acceder al oxígeno que me roba y se centra en mi cuello a la espera de la respuesta.

—Sí, por favor… —imploro con un quejido lastimero.

Besa, lame y succiona mientras me recuesta contra su cuerpo y deja que una mano vaya hacia arriba y la otra descienda hasta alcanzar mi vértice. Atrapa mi pezón entre los dedos, tironea de él y lanza pequeñas descargas eléctricas que mueren en mi sexo y anegan los dedos de su otra mano, que han superado el límite de ese botón duro y palpitante y se han aventurado a explorar mi interior mientras la base de la palma estimula ese punto.

Juega conmigo, alterna el ritmo, incrementa la velocidad y cuando me tiene al borde, vuelve a enlentecer las acometidas de sus falanges. Combina caricias suaves, apenas un roce, con otras más exigentes y me lleva al borde del delirio. Menos mal que su propio cuerpo me sirve de soporte porque ahora mismo mis piernas serían incapaces de mantenerme en pie.

—Mad —jadeo su nombre. Es a medias una protesta para que cese su tortura y una súplica para que me conceda la liberación.

—Me encanta cómo suena mi nombre en tu boca, sería capaz de correrme solo con eso —me susurra tan cerca del oído que siento su voz penetrando mis pensamientos.

Y él no sé, pero yo estoy a punto de hacerlo. Sus palabras son lo único que me hace falta para espolear mi orgasmo. Un rayo me atraviesa de pies a cabeza, no solo mi centro tiembla, todo mi cuerpo convulsiona. Me deshago entre sus manos y me fundo con sus dedos.

—Umm, esto es todavía mejor —musita ronco sobre mi cuello.

Su firme erección se me clava en la espalda y, pese a que todavía estoy disfrutando de los últimos coletazos de mi placer, su necesidad se vuelve mía.

—Vamos a mi habitación —ruego u ordeno, no lo tengo claro, lo que sé seguro es que esta noche no ha hecho más que comenzar.

No me hace falta decirlo dos veces, Mad me agarra la mano y tira hacia las escaleras. Mi teléfono móvil vibra sobre la encimera, pero lo ignoro. Él hace un gesto en su dirección, por si no me he percatado de la llamada. Niego taxativamente con la cabeza. La persona más importante de mi vida, después del gran susto, duerme a salvo en la habitación de arriba y ya he hablado con mis padres para contarles lo sucedido. Solo hay otra persona posible al otro lado de la línea y no es un buen momento para atenderlo. De nuevo, no ha estado cuando su hijo lo ha necesitado y, ahora mismo, tengo mejores asuntos entre manos.

Lo guío hasta mi habitación, cierro la puerta y echo el cerrojo. No quiero ninguna incómoda interrupción que me lleve a dar explicaciones para las que todavía no estoy preparada.

En cuanto lo hago, Mad se abalanza sobre mí, como un depredador al acecho en busca de mi boca. Lo detengo colocando una mano sobre su pecho. Me mira confuso, incluso ladea la cabeza, gesto que hace cada vez que quiere ir más allá de lo que digo para averiguar lo que se oculta tras mis palabras. Lo empujo y le obligo a retroceder un paso, quiero que esté a la suficiente distancia para que pueda verme bien.

Me desprendo de los pantalones y los calcetines, sin romper en ningún momento el contacto visual. Mad gruñe y resopla acompañando a cada botón de la blusa que desabrocho despacio, como si no tuviéramos prisa. Dejo caer la prenda al suelo. Cuando solo mi conjunto de ropa interior me separa de mi desnudez, comienzo a acariciarme con parsimonia, alargando su tormento, deslizo los dedos entre mis pechos, enardeciéndome con mi propio tacto y su mirada vidriosa.

Traga saliva, sus pupilas están dilatadas, se comen el verde de sus iris y aprieta los puños en un claro ejercicio de contención extrema que me resulta incluso divertido. La atención de sus ojos se divide entre los míos y el resto de mi anatomía. Su excitación se hace aún más evidente bajo el pantalón deportivo que viste, que le da suficiente holgura para que se alce de manera

tentadora ante mí. Me relamo, con la mirada fija en ese punto y él aprieta la mandíbula con tanta fuerza que me parece escuchar el rechinar de sus dientes.

—Joder. Deja que sea yo quien acabe de desnudarte porque me muero por probar hasta el último milímetro de tu piel —implora mientras avanza hacia mí.

No se lo impido, lo deseo tanto o más que él a mí, y me zambullo de lleno en su mirada oscura. Nuestras bocas colisionan con fuerza. Nos bebemos, sedientos, como si hubieran transcurrido siglos desde la última vez que probamos una gota de agua. Su lengua, lasciva, se apodera de la mía y la hace suya, mientras recorre mi espalda con las manos hasta que dan con el cierre del sostén. Lo desabrocha con maestría y, cuando me libera los pechos, abandona mi boca para centrarse en ellos y los adora como si fueran un manantial de agua fresca.

Ancla las manos en mi culo, las mías se enredan alrededor del cuello y me alza del suelo. Rodeo con las piernas sus caderas y así me lleva hasta la cama, en donde me deposita con suavidad. Tal y como ha prometido, no olvida ningún rincón de mi piel, toda pasa por su boca y por sus manos, que arrastran mi ropa íntima mientras su lengua saborea mi sexo. No es suficiente para ninguno de los dos.

Mad se desnuda con prisas, se arranca la ropa como si estuviera en llamas y temiera que el fuego pudiera extenderse a su piel cuando está claro que proviene de ella. Su cuerpo, imponente, se muestra ante mí y esta vez soy yo la que siento que mi garganta se reseca.

Repaso con la mirada cada uno de sus músculos perfectamente perfilados, como si fueran obra de un diestro escultor, la frase que lleva tatuada en su costado izquierdo en la que no había reparado hasta ahora, la cicatriz sobre la rodilla derecha, sus fuertes muslos y su potente erección.

Cierro los puños alrededor de las sábanas para controlar el impulso de tocarlo, tengo miedo de que si lo hago, rompa la magia incendiaria de su mirada que me contempla como si fuera la mayor obra de arte que ha visto nunca. Su forma de observarme me excita mucho más que su cuerpo expuesto.

Mad rebusca en los bolsillos de su pantalón antes de desecharlo al suelo.

—Mierda, Liv. Dime por favor que tienes condones —implora nervioso mientras vuelve a mirar.

Me llevo las manos a la boca mientras niego con la cabeza.

—Lo siento, Mad. No tengo preservativos, tomo la píldora desde que pasó lo de Hanna —informo y una punzada de dolor me retuerce las entrañas.

Mi rostro debe de reflejar el sufrimiento anclado a mí, de una forma tan cruda que creo que jamás podré desprenderme de él, y ese gesto no pasa desapercibido para Mad, que besa mi frente mientras me acaricia con ternura.

—Bueno, siempre podemos hacer otras cosas —verbaliza resignado. Niego con rotundidad, no quiero prescindir de volver a sentirlo dentro de mí—. ¿Estás insinuando que no te importa que no usemos protección? ¿Y el resto? No solo es el riesgo de embarazo —comenta con reservas, aunque su expresión se ilumina ante la posibilidad de sentirnos sin barreras.

—Suelo hacerme controles de forma regular —comento.

—Yo también estoy limpio —afirma de manera apresurada, como si no pudiera perder ni un segundo más, como si dilatarlo en el tiempo pudiera llevarme a cambiar de opinión.

Asiento. Solo tengo su palabra, con cualquier otro me plantearía que tan solo dice lo que quiero oír para asegurarse el polvo, sin embargo, con Mad siento que es diferente, que puedo confiar en él.

Se posiciona a mi lado y regresa a las caricias suaves y lentas. El recuerdo de la pérdida me

ha enfriado y se afana por volverme a llevar hasta el punto de ebullición, sin presión, sin prisa pero sin pausa, recorriendo con las yemas de los dedos cada pulgada que me conforma, para que sea después su boca la que me saboree. Busca los interruptores que me enciendan de nuevo, los encuentra y los pulsa todos a la vez. Me roba la cordura y soy incapaz de pensar en nada que no sea el placer que me provocan sus atenciones.

Se acomoda entre mis piernas, sobre mí, mientras traba su lengua con la mía, iniciando un baile lento, creando su propia música. Su polla resbala por la humedad de mi sexo y se desliza hacia el interior sin dificultad, como si ese fuera el lugar natural en el que debiera estar. Se abre camino dándome tiempo a que me adapte a su dulce invasión. Mi centro lo acoge por completo y lo abraza.

Mad se detiene en ese punto, busca mis ojos, me cuenta cosas que todavía no sé si estoy preparada para escuchar, y me deja disfrutar de esa primera sensación de sentirme colmada por él, de esa conexión que rebasa lo meramente físico. Es simplemente sublime.

Con nuestros sexos unidos, me arrastra sobre su cuerpo y rodamos por la cama hasta que soy yo la que queda encima Me apoyo sobre su pecho para incorporarme hasta quedar sentada a horcajadas sobre él. Me pierdo un segundo más en su mirada y comienzo a mecerme, imprimiendo un leve giro a mis caderas para aumentar la fricción y el placer. Necesito sentirlo por todas partes. El agarre de sus manos sobre mis caderas me sirve de guía para mantener la cadencia que desea. Cuando la presión de sus dedos aumenta, se me clavan en la piel y me empuja contra él, contrarrestando con la pelvis mis movimientos, sé que está cerca.

—Oh, Liv. Dámelo, por favor. Yo también estoy a punto —suplica incorporándose de tal manera que su boca llega hasta mis pechos. Atrapa el pezón entre los dientes y la descarga de placer que me produce se extiende como la pólvora hasta hacerme estallar por los aires. Gimo, jadeo y necesito gritar para liberar toda esa energía que me desborda. Sin embargo, y aunque el éxtasis me nubla el juicio, no puedo olvidarme de quien duerme al otro lado del pasillo, así que ahogo mi orgasmo sobre su hombro con un mordisco. Mad me aprieta más contra él, como si todavía quisiera incrustarse más adentro, su cuerpo se tensa, gruñe y siento el calor de su simiente inundándome mientras las contracciones rítmicas de mi vagina lo ayudan a vaciarse.

Permanecemos durante varios minutos en esa misma posición, sentados y abrazados, con el torso tan pegado que somos capaces de sentir los latidos acelerados rebotando contra el pecho del otro.

—Eres perfecta, Liv —me susurra aún con la voz entrecortada.

Su halago me ruboriza y siento la necesidad de ocultarme. Como un avestruz que esconde la cabeza, entierro la mía junto a su cuello. Mad se reclina hacia atrás hasta que su espalda descansa sobre el colchón. En ningún momento deja de acariciarme, mi piel se eriza al paso de sus dedos y me estremezco. Es una sensación tan agradable que cierro los ojos y dejo que su tacto me vaya relajando.

—Voy a ver cómo está Asher —exclamo de repente cuando noto que estoy a punto de dormirme.

El médico nos ha aconsejado que, a pesar de que en el escáner no se apreciaban lesiones, lo despertáramos cada cierto tiempo para evaluar su capacidad de reacción y su estado de consciencia, por si hubiera algún daño no detectado.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofrece Mad con un tono de voz que me indica que no soy la única que estaba cayendo en las redes del sueño.

—No te preocupes, enseguida vuelvo.

Me pongo un batín y voy al cuarto de Asher. Lo zarandeo, me gano algún mohín de protesta y

un «Jo, mamá, no seas pesada, déjame dormir» que me arranca una sonrisa y, tras darle un beso en la frente y arroparlo, regreso a mi habitación.

Me encuentro a Mad, cubierto parcialmente con las sábanas y recostado ligeramente contra el cabecero.

—Pensaba que estarías dormido —comento sentándome al borde mientras me despojo de la bata, de espaldas a él.

—La cama se ha quedado fría desde que te has ido —comenta lobuno y sus labios acarician mi espalda conforme habla—. Ven aquí y recuperemos el calor perdido.

Sus palabras me prenden con la rapidez de un fósforo. Me rodea la cintura con un brazo, me atrae hacia él y volvemos a enredarnos entre las sábanas.

—Gracias por dejarme sentirte así, Liv. Hace que todo se vuelva mucho más intenso —musita sobre mi oreja con voz ronca, intentando recuperar el resuello tras el último asalto.

De nuevo, damos un paseo por el cielo y alcanzamos el paraíso prácticamente al unísono, y ahora, nuestras pieles engalanadas por pequeñas gotas de sudor yacen fundidas sobre los rescoldos de un incendio. Mi cabeza descansa sobre su torso, su mano me acaricia la espalda y la mía recorre la frase que lleva tatuada: «I love you to the moon and back».

—Es un pequeño homenaje a mis padres —me explica sin que se lo haya pedido—. Siempre nos repetían esta frase cuando mi hermana y yo nos íbamos a dormir. Fallecieron hace algunos años en un accidente de tráfico. —Sus músculos se contraen bajo mi cuerpo, se nota que es un recuerdo doloroso. Beso su pecho para reconfortarlo.

—Lo siento mucho.

—Yo estaba perdido en mi propia oscuridad y ni siquiera fui al funeral. —Por su voz rota juraría que eso le duele casi más que la pérdida, como si les hubiera fallado—. Cuando mi hermana me sacó del agujero, decidí tatuarme esas palabras.

Me intriga saber a qué se refiere con esa época sombría de su vida. Intuyo que está relacionada con la lesión que lo apartó de cumplir su sueño, pero no me atrevo a preguntar, no quiero presionarlo. Cuando esté preparado para abrirse a mí, estaré ahí para escucharlo, igual que él lo ha estado esta tarde. Jamás había mentado lo de Hanna. Ni siquiera mis mejores amigas lo saben, me da miedo sentirme juzgada por ellas. Menuda tontería, ¿no? Ni que fuera culpa mía, pero hay veces que lo siento así. Sin embargo, con Mad me ha salido de forma espontánea, necesitaba justificar mi desproporcionado estado de ansiedad ante lo de Asher, para que no creyera que era una de esas madres locas que convierten un rasguño de su hijo en una crisis mundial. En ningún momento me ha enjuiciado. Solo he recibido apoyo y comprensión por su parte y estoy dispuesta a darle lo mismo cuando lo necesite.

—Es un detalle muy bonito, Mad —comento y por la respiración pausada y profunda que me devuelve, sé que se ha dormido.

A mí me lleva un poco más de tiempo. Me apetece disfrutar de esta sensación tan confortable. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que dormí con alguien, y no me refiero solo a compartir cama, sino a la complicidad, a las conversaciones a media voz, a las caricias, a los abrazos y a sentir que formo parte de algo más grande. Esta vez, no tengo remordimientos por ser reincidente en mi infidelidad. Puede que siga casada, pero ya no me siento así. Dominik lleva meses desaparecido de mi vida y, siendo sincera, no lo extraño.

Mad ha irrumpido en mi vida con la fuerza arrolladora de un huracán y ha despertado todas esas mariposas que llevaban demasiado tiempo dormidas en mi estómago, enredadas entre telarañas. Aletean con tanta fuerza que incluso me planteo si alguna vez experimenté lo mismo con Dominik. Me cuestiono si llegué a estar verdaderamente enamorada de él o si tras mi

embarazo nos vimos forzados de algún modo a iniciar una relación, nunca tan efusiva como en nuestro primer encuentro, pero que ambos asumimos como algo normal. Ahora empiezo a creer que tal vez exista algo más que esa cómoda e insulsa estabilidad a la que me había acostumbrado.



Maddox

CAPÍTULO 17
La historia detrás del tatuaje

—Mad, será mejor que te marches antes de que Asher despierte. No sabría cómo justificar que todavía estuvieras aquí.

La voz de Liv me despierta. No sé qué hora es, pero no he dormido mucho. Apenas empieza a amanecer. Me desperezo sobre el colchón y desentumezco los músculos. Ella se ha incorporado y cubre su cuerpo desnudo con el batín.

—Se está convirtiendo en una costumbre que me eches de tu casa —bromeo.

—No seas tonto. —Me golpea el hombro de forma traviesa.

Poco tiene que ver su actitud de hoy a la que mantuvo durante mi primera visita. Prefiero mil veces esta, la veo relajada y brillante. Y lo mejor de todo, esta vez no se arrepiente de lo que ha pasado entre nosotros. No sé en qué punto exacto se encuentra la situación con su marido, lo único que tengo claro es que Dominik es un cabrón que pasa de su familia y que tantas ausencias han llevado a que lo que pudiera sentir Liv por él vaya desapareciendo. Ojalá pueda ocupar ese espacio.

—Bueno, entonces, ¿tú y yo seguimos no siendo nada? —la pico en tono jocoso, aunque realmente me gustaría que respondiera con sinceridad a la pregunta.

—Por supuesto, esta noche no ha pasado nada entre nosotros. —Me sigue el juego haciéndose la interesante—. Si crees lo contrario es que tienes una imaginación muy prolífica.

—Claro, claro. No sabía que los sueños dejaban marcas —apunto y llevo mis dedos hacia las huellas que dejó su mordisco sobre mi hombro en pleno estallido de placer.

Liv se ruboriza y aparta la mirada. Me alzo para besar su nariz y la envuelvo entre mis brazos con demasiada ternura para dos personas que solo comparten sexo.

—Podemos repetir este «nada» siempre que quieras —comento socarrón. Ella resopla de manera exagerada, huye de mi agarre, pero se muerde el labio inferior. La perspectiva le atrae tanto como a mí.

Me levanto de la cama y busco mi ropa desperdigada por el suelo. Me peino con los dedos mientras sigo a Liv al piso inferior y me acompaña hasta la puerta de entrada.

—¿Sabes que es de mala educación que, después de dormir en tu casa, no me invites a desayunar? —inquiero ladino cuando pasamos por el salón comedor.

Mis ojos resbalan por su cuello hasta perderse más allá del escote. La contemplo con tanta intensidad que espero que la tela que se entrecruza sobre sus pechos se desintegre bajo mi mirada.

—Dormir, no hemos dormido mucho —replica ella, retrocediendo hasta apoyarse sobre el borde de la mesa.

Coloca las manos a ambos lados de su cuerpo, sobre la madera, y esa posición hace que la bata se abra un poco más. Mi polla responde dando un tirón dentro de su encierro.

—Eso es un pequeño detalle sin importancia. —Me relamo, trago saliva, recorto la distancia que me separa de ella y tiro de la cuerda que mantiene la prenda unida—. ¿Crees que Asher aguantará dormido diez minutos más? —pregunto, recorriendo con dos dedos la piel de su escote, haciendo a un lado la prenda para que sus tetas queden expuestas. Sus pezones se fruncen

solo con el roce de la tela, o tal vez haya sido mi voz la que los haya estimulado.

—Espero que sí —murmura, con la respiración ya agitada, y me engulle dentro de sus pupilas dilatadas.

Me la como entera, Liv se convierte en ese desayuno que demandaba. Es un puto manjar exquisito. La acomodo sobre la mesa, separo sus piernas y me sitúo entre ellas para tener mejor acceso a toda su anatomía. Empiezo por la boca, aprovecho para clavar mi erección entre sus muslos y me restriego contra ese punto para incrementar nuestra excitación. Desciendo lamiendo su cuello y me entretengo algo más de tiempo degustando sus pechos. Continúo bajando por su vientre y, para cuando llego a su vértice, su sexo está encharcado.

—Esto va a ser rápido —advierto con voz ronca.

El deseo ilumina sus ojos castaños. Da su conformidad con una leve inclinación de cabeza y separa aún más las piernas, lo que me tomo como una clara invitación. Me bajo los pantalones y la ropa interior de un mismo movimiento, liberando mi polla, que se alza firme, dura e incitante ante ella.

Anclo ambas manos a sus nalgas, la atraigo hacia mí llevándola hasta el borde de la mesa y me inserto en ella de una firme y certera estocada que la hace estremecerse. Le siguen unos movimientos rápidos y envites profundos, ambos sabemos que no tenemos mucho tiempo. Liv apoya una mano sobre la superficie de madera mientras la otra se enrosca alrededor de mi cuello y se ayuda de sus piernas, alrededor de mis caderas, para contrarrestar mis acometidas y que el contacto sea aún mayor.

Nuestros sexos chocan, con golpes húmedos que se silencian bajo gemidos, cada vez más intensos y entrecortados, cuyo volumen nos cuesta controlar. Es un polvo urgente y desesperado, poco importa que acabemos de compartir una intensa noche de sexo, la necesidad que experimentamos el uno por el otro es extrema.

Tal y como había anunciado, el ascenso hasta la cima es rápido, vertiginoso y de ahí saltamos al vacío, en caída libre, con una sincronía casi perfecta, como si estuviéramos programados para ello. En ese instante, la aprieto más contra mí, seguro que mis dedos le dejan marcados los glúteos. Quiero que sienta las sacudidas rítmicas de mi polla en su interior, mientras las propias contracciones de sus paredes me exprimen.

Acallo sus jadeos con mi boca, dejando que mueran allí también los míos, para no alertar a oídos ajenos. Intentamos captar algún ruido que nos haga pensar que no hemos sido lo suficientemente discretos y que hemos despertado al otro inquilino de la casa. Incluso contenemos la respiración. Nada, silencio. Liv suspira aliviada y me regala una risa nerviosa. Tiene las mejillas sonrosadas y sus ojos todavía brillan por la excitación. Beso su nariz y mis ojos resbalan hasta sus labios, hinchados y tremendamente apetecibles. Los muerdo y me despido, fundiéndome con su boca una vez más.

—Me voy antes de que Asher se despierte —anuncio y abandono su interior con una inexplicable sensación de pérdida. Cojo un trozo de papel de cocina y lo deslizo con sumo cuidado por sus pliegues para limpiar mis restos. Me encantaría retirarlos con la lengua, pero eso dilataría mi marcha y no sé si contamos con ese tiempo. Ante tal pensamiento, mi verga, que ondea a media asta, da un pequeño salto para decirme que si le doy un par de minutos, vuelve a estar lista.

—¿No te cansas nunca, Mad? —replica Liv divertida para quien ese pequeño cambio en mi anatomía no ha pasado desapercibido.

—¿De ti? Imposible —respondo tajante y me recoloco la ropa—. Infórmame de cómo se encuentra tu hijo.

Ella asiente y vuelve a anudarse la cinta de la bata, cruza las piernas y me contempla sentada sobre la mesa. Le regalo una sonrisa, alzo la mano y abandono la vivienda.

Subo al coche y, antes de arrancar, me paso las manos por el pelo, una especie de tic que tengo cuando me siento nervioso, intranquilo o sobrepasado, aunque sea para bien. Resoplo y repaso mentalmente lo acontecido durante las últimas horas para tratar de asimilarlo, justo desde que recibí la llamada de Liv, esa llamada que me ha cambiado la vida, o al menos, la forma de percibirla.

Ha sido todo demasiado intenso, y no me refiero solo al sexo, que también, sino a todo el cúmulo de sensaciones y me atrevería a decir que también de sentimientos, que me vibran en las entrañas y que no sé muy bien cómo gestionar. Liv ha despertado en mí el deseo, el anhelo hasta ahora desconocido, de que esto no termine aquí, de que no se limite a lo carnal. Quiero seguir avanzando pasito a paso, llegar incluso a poder compensar a su pequeño por las ausencias de su padre y esa certeza me asusta.

Me abruma el cariz que están tomando mis pensamientos ahora mismo. Sé que voy demasiado deprisa, que la hostia que me puedo pegar desde aquí es monumental, pero siento que no soy yo quien controla esto, que en un punto del camino he soltado el timón de mi barco y este navega a su aire guiado por las corrientes. Puede que mi destino sea una isla paradisíaca o hacerme trizas contra las rocas.

Cuando llego al apartamento que comparto con mi hermana, Elke está desayunando. Por la melena enmarañada que corona su cabeza y la desidia con la que revuelve los cereales en su tazón de leche, intuyo que acaba de despertarse. Sin embargo, su expresión somnolienta desaparece en cuanto me ve aparecer.

—¡Hombre! Dichosos los ojos, hermanito. ¿Dónde has estado? O mejor dicho, ¿con quién has estado? Traes una cara de recién follado que no puedes con ella.

Alzo las cejas y sonrío. Cojo una silla, le doy la vuelta para sentarme al revés, con las piernas separadas y los antebrazos apoyados en el respaldo, y le robo parte del desayuno.

—Tengo que recuperar fuerzas —digo para respaldar mi hurto, ganándome una mirada reprobatoria.

—Dime, por favor, que no has repetido con la mujer de Dominik.

—Está bien, Elke, no te lo diré.

—¡Mad, por favor! —me recrimina dejando a un lado las bromas.

—No es feliz en su matrimonio —comento como si eso justificase mis actos.

—¿Y contigo? ¿Es feliz contigo? —inquiere.

—Yo diría que esta noche la he dejado bastante satisfecha —me jacto para rebajar el cariz que ha tomado el asunto. No sé si quiero oír lo que va a decirme.

—Joder, Maddox, hablo en serio —me reprocha, y que emplee mi nombre completo en lugar del diminutivo, me confirma la severidad del tema.

—No lo sé, hermanita. No sé si es feliz conmigo, pero me encantaría que lo fuera. No es solo sexo, Elke, hay algo más y siento que no es solo por mi parte. Existe una complicidad y una confianza muy alta, complicada de mantener con alguien a quien solo te estás follando. Ella me habló de un acontecimiento muy duro de su pasado y yo le desvelé la historia que hay detrás de mi tatuaje —le digo para que se haga una idea de hasta dónde llega lo que estoy experimentando. Nadie, salvo ella, lo sabía hasta ahora.

Tras producirse mi lesión, luché con uñas y dientes, aferrándome a una mínima posibilidad inexistente de volver a jugar, de no tener que renunciar a mi único sueño. Después de dos años, agoté mis fuerzas, colapsé y me rompí. No es nada grato recordar esos años, que aparecen

bastante turbios y borrosos en mi memoria. Durante un tiempo, fui capaz de disimularlo frente a mi familia y amigos, era el único que conocía la mierda que me rodeaba, pero, poco a poco, se me hizo imposible contenerla. Me fundí el dinero ganado durante la época dorada, acabé enganchado a las drogas, a los analgésicos y ansiolíticos, y sumido en una especie de depresión. Mis padres no tiraron la toalla conmigo cuando yo ya lo había hecho y, cuando vinieron a rescatarme, tuvieron un accidente y fallecieron. A mi jodido estado tuve que sumarle la culpa.

Cuando mi hermana me sacó del pozo, porque sin su ayuda hubiera sido incapaz de hacerlo, decidí tatuarme esa frase que había sido tan importante durante mi infancia como una forma de pedirles perdón. A Liv solo le he contado la versión reducida de esa historia, la completa todavía me duele demasiado.

—¿Te has enamorado? —exclama sorprendida y alza las cejas casi hasta la raíz del pelo.

—Estoy jodido, Elke —admito en voz alta.

—Mira que hay mujeres en el mundo y te has tenido que enamorar de una mujer casada y no con cualquier hombre, sino con tu enemigo. Cuando decía que era una suerte que te gustasen los retos, no me refería a esto.

—Haber especificado. —Me encojo de hombros—. Bueno, estoy reventado. Que te sea leve el curro—anuncio, me levanto de la mesa y beso su frente antes de dirigirme hacia mi habitación.

Me doy una ducha antes de meterme en la cama, aunque eso suponga desprenderme del aroma de su piel impregnando la mía. Si no estuviera contaminado con el olor de mi propio sudor, lo convertiría en mi perfume diario. Corro las cortinas para que no entre tanta luz, aunque estoy tan cansado que no tendría problemas en dormir con un foco incidiendo directamente sobre mis ojos. Programo la alarma para una hora antes del entrenamiento con los chicos, después de la maratón de esta noche, creo que he compensando con creces mi rutina diaria de ejercicios en el gimnasio. Estoy tan exhausto que caigo rendido en cuanto me cubro con el edredón.

Liv



CAPÍTULO 18
Siempre hay opciones y tú ya has escogido la tuya

Una vez que Mad se marcha, necesito tomarme varios minutos para recuperarme. Me tiemblan tanto las piernas ahora mismo que sería incapaz de ponerme en pie. Algo más de treinta minutos después de que se cierre la puerta, escucho la voz de Asher llamándome desde el piso superior. Con el brazo roto, necesita que lo ayude a vestirse.

—Mamá, ¿no está el entrenador? —pregunta cuando baja al comedor y comprueba que solo estamos nosotros dos en casa.

—No, cariño, Maddox se marchó justo después de acostarte —miento y me muerdo el labio al rememorar lo que sucedió después de ese instante.

—Oh, vaya. —Su expresión se ensombrece levemente y me sorprende darme cuenta de que, tal vez, haberse encontrado a Mad aquí esta mañana no habría supuesto la hecatombe que creía.

—Venga, desayuna mientras me voy a la ducha —lo apremio.

Al final y como ya es costumbre en mí, llegamos al colegio con el tiempo justo. No he podido ni tomarme un café y hoy, precisamente, lo necesito más incluso que el aire que respiro. Después de la «nochecita» que he pasado, me cuesta mantener los ojos abiertos. Con un poco de suerte, tal vez termine mis tareas pronto y pueda echarme un rato antes de volver a buscarlo.

Cuando ya tengo el estómago lleno, me enfrento a la llamada que ayer rechacé. Posponerlo más no me va a ayudar. Tenemos que aclarar cuanto antes el punto en el que nos encontramos. Busco en el historial de llamadas la que corresponde a Dominik y pulso el botón.

—¿Liv? Te llamé anoche y no me cogiste. —¿Es reproche lo que percibo en su tono de voz? ¡Manda narices!—. Vi varias llamadas perdidas tuyas. Estaba preocupado.

«No son llamadas perdidas cuando eres tú el que no responde», pienso, pero me callo. No es cuestión de empezar a sacar todos los trapos sucios y de echarnos cosas en cara. El asunto que tenemos que tratar es bastante serio y no quiero que la ira lo contamine y acabemos diciendo cosas que realmente no sentimos. Tenemos que mantener la compostura para llegar a buen puerto.

—Estaba ya en la cama cuando llamaste. Fue un día agotador. Te llamé porque Asher sufrió un accidente. Tranquilo, está bien —expongo de carrerilla para que no se preocupe—, tiene solo el brazo roto y un par de rasguños, poco para lo que podía haber sido. Lo atropelló un coche cuando iba en la bici.

—Oh, joder —se lamenta—. Y, ¿tú? ¿Estás bien?

—Sí, me asusté bastante, aunque todo se quedó en eso.

—Eres una mujer muy fuerte, Liv. Siento no haberte podido coger el teléfono.

—No te preocupes. Estoy tan acostumbrada a que me falles cuando te necesitamos que ya he empezado a dejar de hacerlo —suelto sin anestesia—. Quizá tengas razón y la única solución que nos queda sea el divorcio.

—¿Qué cojones estás diciendo? ¿Otra vez me estás echando en cara que no pueda pasar tiempo con vosotros? Ya sabías lo que había cuando empezamos a salir.

—No, Dominik, no sabía nada. Ninguno de los dos lo sabíamos. El embarazo aceleró nuestra

relación. Éramos unos críos que apenas se conocían. No tuvimos tiempo para pensar en lo que nuestra decisión conllevaba, ni para plantearnos un futuro. Este nos vino autoimpuesto. Y te honra enormemente que asumieras tu parte de responsabilidad y aceptaras hacerte cargo de nuestro hijo. Hemos hecho un gran trabajo, pero creo que hasta aquí hemos llegado.

—No estás hablando en serio. Ojalá hubiera algún modo de cambiar las cosas.

—Lo hay, Dominik. Deja tu trabajo —respondo tajante.

Enmudece. Me lo puedo imaginar al otro lado de la línea, tragando saliva con dificultad, incrédulo ante lo que acaba de escuchar.

—Liv, no me puedes pedir eso —me censura cuando consigue recuperarse mínimamente del impacto de mis palabras.

—No, jamás se me ocurriría. Sé que adoras el balonmano. Solo quería hacerte ver que siempre hay opciones y tú ya has escogido la tuya. Tengo muy claro cuál es tu prioridad y no somos nosotros. Piénsalo, Dominik, los dos salimos ganando, tú puedes dedicarte de lleno a tu carrera, sin el lastre que suponemos para ti, y yo puedo seguir adelante con mi vida y dejar de esperar a alguien que nunca llega.

»Eso no significa que dejes de tener relación con tu hijo —prosigo. Tengo muy claro que Dominik es, y siempre será, su padre—, quiero que Asher siga formando parte de tu vida siempre y cuando tú también lo desees. Sé que una llamada telefónica no es la forma más adecuada de tratar este asunto. Quería esperar a que vinieras, pero, visto lo visto, no me ha quedado más remedio. Hablaré con mi abogado para que redacte los papeles del divorcio y te los mandaré por correo.

—Liv… —No sabe qué más decir, quizá porque no haya mucho que añadir a mis palabras. Le doy unos segundos, por si se le ocurre algo, pero la línea se mantiene en silencio.

—Hasta otra, Dominik —me despido y cuelgo.

Dejo el móvil sobre la mesa, entierro la cabeza entre mis manos y descargo en forma de llanto la tensión mantenida durante los minutos que ha durado nuestra conversación. Esta vez mis lágrimas son liberadoras, me siento más liviana, como si me hubiera desprendido de parte de la carga que llevo a mis espaldas. Me lleva varios minutos volver a atar todas mis emociones desbordadas.

Concierto una cita con el abogado para la semana próxima y me tumbo sobre el sofá, con la idea de descansar un poco antes de recoger a Asher del colegio. Tengo que pensar la manera de abordar este tema con él y creo que es lo que más miedo me da. No sé por dónde empezar. Cuando pienso en mi hijo, mi seguridad se tambalea y siento la necesidad de compartir mi decisión con alguien más. Aunque sé que estoy haciendo lo correcto, necesito que lo corroboren para poder reafirmarme.

Mi primera opción es Maddox, sin embargo, la descarto al instante. No quiero que se crea que esto lo hago por él y que lo malinterprete como alguna forma de presión para forzar a que lo nuestro avance, aunque he de reconocer que me encantaría que así fuera. El «no somos nada» ya no hay quien se lo trague y comienzo a perfilar el tipo de relación que tenemos y los sentimientos que empieza a despertar en mí.

No. Lo hago única y exclusivamente por mí. Y por mi hijo, que se merece una madre que no esté amargada. Aunque ha sido necesario que Mad irrumpiera en mi vida para darme cuenta de que me había resignado a una vida apagada y en tonos grises, cuando puede estar llena de colores brillantes y de emociones que te hormigueen en la piel.

Entro en el grupo de WhatsApp que tengo con mis dos amigas y suelto la bomba:

Liv

Le he pedido el divorcio a Dominik.

No pasan ni dos segundos desde que le he dado a enviar, cuando aparece en la pantalla un aviso de videollamada. Adiós a mis esperanzas de poder descansar un rato. Con el teléfono en la mano, voy a buscar otro café. Hoy voy a necesitar unos cuantos.

—Ya era hora, cariño —me felicitan casi a la vez.

—Bueno, bueno, ¿cuándo lo celebramos? —Esa es Magda—. Y puedes invitar al entrenador de tu hijo a la fiesta y luego tirártelo sin remordimientos.

El calor asciende por mis mejillas, tiñéndome hasta la raíz del pelo. Me muerdo el labio, no sé si contárselo o no.

—¿A qué viene esa cara? —inquiere Bernadette—. ¿Qué nos estás ocultando?

«Liv, te han pillado», me digo.

—He pasado la noche con él —confieso avergonzada, cubriéndome el rostro con la mano.

—¡Ya decía yo que tenías un brillo especial en la cara! El sexo siempre es bueno para el cutis.

Les resumo brevemente lo que ha pasado en mi vida desde que me dio un vuelco el corazón cuando vi cómo un coche se abalanzaba contra mi niño, hasta que he colgado el teléfono con Dominik.

—¿Cuándo se lo vas a decir a tu «entrenador» para que te ponga «en forma»? —se interesa Magda, ladina.

—No pensaba decírselo todavía, no quiero dar lugar a malentendidos.

—Y ¿no crees que, si piensa que tu intención es seguir casada con Dominik, podría frenarlo y hacer que tirara la toalla?

Mierda, no había estudiado esa posibilidad, aunque Maddox conoce de primera mano el estado actual de mi relación con Dominik. Es con quien me desahogo de mis desavenencias con él, durante esos cafés que hemos convertido en rutina.

—Chicas, lo siento, tengo que colgar. He de ir a recoger a Asher al colegio. Nos vemos.

—Mañana antes de la clase de pilates queremos todos los detalles, incluso esos que te sacan los colores.

—Seréis brujas.

Mis padres insisten en que vayamos a comer con ellos. Después de enterarse de lo ocurrido con Asher, quieren comprobar de primera mano que se encuentra bien, no se fían de lo que les digo, tienen que verlo con sus propios ojos.

Mientras mi hijo intenta explicar a su abuelo los fundamentos de un juego del móvil, ayudo a recoger la mesa. Ahora que el pequeño no puede oírme, aprovecho para exponerle a mi madre la decisión de poner fin a mi matrimonio.

Cuantas más veces lo repito en voz alta, mejor me siento, y más cuando mi propia progenitora me da su aprobación. Al parecer, he sido la última en darme cuenta de que lo nuestro llevaba demasiado tiempo muerto.

El móvil me vibra en el bolsillo trasero del vaquero y, aunque en el momento no le presto atención, el estómago se me contrae ante la posibilidad de que pueda tratarse de Maddox. Esta mañana, en cuanto mi pequeño se ha despertado y he comprobado que se encontraba bien, le he mandado un mensaje y, hasta ahora, no había obtenido respuesta.

—Voy un segundo al baño —anuncio y me siento como cuando con quince años me escondía de mis padres para mandar mensajes al chico de turno que me gustaba.

Mad (entrenador Asher)
Perdón por no contestarte antes, acabo de despertarme.
Me alegro mucho de que el chaval esté bien.

Espero verlo en el entrenamiento. Y a ti también, ;)

Mis labios se arquean hacia arriba para formar una sonrisa. Mentiría si dijera que ese «y a ti también» no me ha calentado por dentro. Menos mal que me he refugiado entre estas cuatro paredes alicatadas, porque la expresión que luce ahora mismo mi rostro hubiera sido complicada de disimular. Abro el grifo del agua fría, me mojo las manos y me las paso por la cara para refrescarme.

Nos retrasamos y Asher llega tarde al entrenamiento. Solo un par de minutos, pero suficientes para que ese «y a ti también» tenga que esperar. Aprovecho para hacer la compra semanal y regreso al pabellón hora y media después. Tengo suerte y un coche arranca al bordear la esquina de la calle justo cuando llego. Aparco y me dirijo a la entrada principal, donde varios padres esperan ya a que sus hijos salgan. Saludo cordialmente y entablo conversación con ellos.

—Ya salen —anuncia uno de ellos.

Mi corazón se detiene, se salta un latido para después empezar a galopar contra mi pecho. Y eso que todavía no lo he visto. Aunque estoy de espaldas a la puerta, sé el preciso instante en el que llega, se me eriza hasta el último poro de la piel.

—El partido es pasado mañana, sábado, a las nueve. Mandadme confirmación de los niños que vayan a ir para que organice los cambios —expone alzando la voz para que todos los presentes podamos escucharlo—. Mamá de Asher, si tienes un momento, me gustaría hablar un minuto contigo —me pide apuntalándome con sus ojos verdes.

Se me encogen las tripas. No me ruborizo porque mi corazón es incapaz de bombear sangre de forma coordinada al resto del cuerpo. Me miro las rodillas, siento que me tiembla todo, y oculto las manos en los bolsillos para disimular su movimiento. Como tarde mucho, va a tener que recogerme del suelo.

Durante lo que me parece una eternidad, aunque seguro que solo se trata de unos pocos segundos, el resto de los padres se van marchando con sus hijos hasta que solo quedamos Maddox, Asher y yo.

—Asher, ¿puedes esperar a tu madre en el coche? Me gustaría hablar un segundo a solas con ella —le pide a mi hijo y yo, en ese punto, hasta contengo la respiración.

—¿He hecho algo mal, Míster?

—No, al contrario, campeón, quiero hablarle de lo mucho que me has ayudado hoy, pero no quiero que me escuches para que no se te suba a la cabeza —bromea y le guiña el ojo.

Sin apenas ser consciente de lo que hago, le entrego las llaves, señalo hacia el BMW y Asher se marcha hacia allí con una sonrisa cargada de orgullo. Juraría que hasta parece más alto.

Mad retrocede un par de pasos hacia atrás y se desplaza hacia la derecha. Sigo sus movimientos en espejo, como si mi cuerpo no pudiera soportar estar más alejado de él. Posa la mano sobre mi cintura y automáticamente, me tenso.

—Tranquila, Liv, desde aquí no nos ve. No quiero hablarte del comportamiento de tu hijo durante el entrenamiento —confiesa, cada vez más cerca de mi boca. No sé si es él quien se aproxima o soy yo—. Es estupendo, ya lo sabes. Solo necesitaba un minuto a solas contigo.

—Mad… —Su nombre escapa de mis labios como una especie de jadeo.

—¿Sí? —Sus ojos están clavados en mis labios que de pronto percibo secos y siento la necesidad de humedecerlos.

Él traga saliva a la espera de que diga algo más, pero mi cerebro acaba de cortocircuitar bajo su mirada incendiaria y no sé qué pretendía añadir.

—Voy a divorciarme de Dominik —declaro sin pensar y su boca parece acercarse un poco más a la mía, casi puedo percibir la caricia de su aliento cálido.



Maddox

CAPÍTULO 19
No sabes cuánto me pone la clandestinidad

—Voy a divorciarme de Dominik. —*¡Boom!* Suelta como una bomba que estalla entre ambos. De alguna forma, consigo oponerme a la onda expansiva y permanezco aparentemente inalterable. Parpadeo, sorprendido. Me pondría a dar saltos de alegría, pero igual no lo ve bien.

—Me alegro —respondo escueto y mi boca se traga unos centímetros más de los que me separan de Liv.

—No lo hago por ti, lo hago por mí —me aclara, aunque no hace falta que lo diga, desde que la vi por primera vez, supe que no era feliz. Estaba como apagada. Ahora sonríe más a menudo y más bonito, como si su gesto se irradiara y la hiciera brillar. Me gusta pensar que algo he tenido que ver en ese cambio.

—Lo sé —admito y la voz me sale algo más ronca. Tengo los ojos clavados en su boca, no puedo apartarlos de allí, como si no existiera nada más en este mundo.

—Y, aunque es evidente que entre nosotros hay algo, —Me encanta que por fin lo reconozca en voz alta. Se lo diría, pero ahora mismo tengo la garganta tan seca que creo que ni me saldría la voz—, me gustaría que fuéramos despacio, con calma.

—¿La misma calma de ayer? —inquiero, sagaz, alzando las cejas, divertido.

—Me refiero a que seamos discretos hasta que esté todo atado y pueda aclarar las cosas con Asher.

—No sabes cuánto me pone la clandestinidad —susurro en una especie de gruñido y, de pronto, la distancia que me separaba de sus labios se esfuma.

Los tomo despacio, con suavidad, saboreando cada milímetro, recreándome en cada uno de los segundos que dura el beso. Si esto solo lo vamos a poder hacer cuando estemos a solas, quiero guardar un buen recuerdo. Mi lengua se cuela dentro de su boca y recorre cada rincón, se enreda con la suya para memorizar su textura, su sabor y las pequeñas corrientes eléctricas que produce sobre mis papilas y que se extienden hasta mi entrepierna. Por el camino, activan cada una de las terminaciones nerviosas de mi piel y me enciendo como una puta antorcha. La aprieto contra mí, como si me quisiera fundir con ella, como si la quisiera arrastrar a mi hoguera. El fuego se extiende también por su piel y consume el oxígeno que nos rodea. Trato de robarlo de su boca, pero Liv no está mucho mejor que yo.

Es ella la que pone la dosis de sensatez necesaria para empujar mi pecho y separarse de mí, o quizá solo sea que se está tomando un segundo para recuperar el aliento antes de que muramos asfixiados. Nos miramos a los ojos mientras nuestra respiración errática recupera su ritmo normal.

—Entrenador, ¿tiene un momento? —Escucho una voz femenina a mi espalda. Estoy tan metido en nuestra propia burbuja que me cuesta identificarla.

Me giro hacia su procedencia y descubro a Katya, con su mochila de deporte colgada al hombro, plantada a escasos metros de donde nos encontramos. Alterna el peso entre un pie y otro, parece nerviosa, no sé si por lo que ha contemplado o por lo que quiere tratar conmigo.

«Menudo estreno triunfal para nuestra supuesta relación secreta», pienso. Por lo menos, su interrupción ha sido después de abandonar su boca. ¿Nos habrá visto? Miro mi mano y me doy

cuenta de que, pese a que nuestros cuerpos se han alejado unos centímetros, esta sigue todavía posada sobre la cintura de Liv. La suelto como si de repente me hubiera dado un calambrazo.

—Tengo que irme, entrenador. Le comentaré a mi hijo lo que me has dicho —improvisa Liv y, antes de que me dé tiempo a responder algo, se aleja tratando de ocultar su rostro turbado entre las manos.

Ahora que Liv no está, aterrizo de vuelta de mi nube y estudio a la chica. Se muerde las uñas y sus ojos se vuelven vidriosos como si estuviera al borde del llanto.

—¿Estás bien, Katya? —le pregunto mientras la dirijo hacia un despacho para tener un poco de intimidad, por si necesita derramar esas lágrimas que contiene con tanto esfuerzo.

—Se lo he dicho —me suelta sentada sobre una silla frente a la mesa. Katya acaba de descubrir su homosexualidad y la guardaba como si fuera un oscuro y vergonzoso secreto que debiera mantener enterrado, como si así fuera capaz de hacerlo desaparecer. Pero no se puede luchar contra lo que uno es y lo que uno siente.

—¿A quién?

—A mis padres. —Entierra la cabeza entre sus brazos y empieza a sollozar.

Me agacho para quedar a su altura y empujo su barbilla para obligarla a mirarme.

—¿Y qué tal ha ido? —Por su estado, no hace falta ser un lince para ver que la cosa no ha salido como debería.

—Mi padre me gritó, me insultó y me dijo que lo había decepcionado —relata de manera entrecortada, sorbiéndose la nariz.

—Y, ¿tu madre? —La experiencia me dice que suelen ser más laxas en este aspecto.

—Ella fue más comedida. No dijo nada, pero tampoco medió entre mi padre y yo.

—Dales tiempo, Katya. Déjales que lo procesen. Acabarán aceptándote tal y como eres. Son tus padres y te quieren. Deberías estar muy orgullosa del paso que has dado —añado—. Eres muy valiente.

—Muchas gracias, míster. —Katya se abalanza sobre mí y me regala un abrazo tan sentido que hasta se me encoge el corazón.

—Y, ahora, ve a lavarte la cara y a entrenar. Tenemos que machacar a nuestro rival en el próximo partido.

El equipo cadete femenino ha batido todas mis expectativas. Empezó la temporada con la coletilla de haber sido el farolillo rojo durante el año anterior y, ahora, si ganamos el siguiente encuentro, podremos ocupar la tercera posición y todavía quedan dos meses más de competición. No quiero ser demasiado presuntuoso, pero viendo la calidad de mis jugadoras y el nivel del resto de equipos, creo que podríamos optar a uno de los dos primeros puestos de la clasificación. Destaca especialmente el tándem que forman Julia y Katya. Dentro de la pista se complementan de una forma maravillosa, parecen capaces de leerse y anticiparse a la jugada de la otra. Ojalá fuera de ella puedan tener también una oportunidad.

* * *

Esto está siendo más duro de lo que pensaba. Tener a Liv tan cerca y no poder tocarla me está matando. Siempre nos sobra gente. Hay otros padres, otros niños, desconocidos del gimnasio o el camarero de la cafetería. Es en este último lugar donde puedo permitirme algún que otro roce gracias a la tapadera que nos proporcionan sus dos amigas.

Ellas y mi hermana son las únicas que están al tanto de nuestra relación, —joder que bien

suena eso—, me quedó claro tras nuestro primer encuentro en el gimnasio después de haber compartido cama y piel. Las miradas que intercambiaban con Liv, las sonrisillas y los comentarios subidos de tono evidenciaban que conocían lo que nos traemos entre manos y, al parecer, están de acuerdo.

—Ya era hora de que te sacaran el palo del culo y te metieran otras cosas, bonita —exclama Magda, la más bruta de las dos—. Estás radiante, da gusto verte así.

Liv sonríe con timidez y mis dedos buscan los suyos por debajo de la mesa para entrelazarse con ellos. Con nuestras manos unidas, acaricio su pierna, cubierta por una media lo suficientemente fina para que pueda sentirme. La primavera nos está regalando unas temperaturas agradables este año y ha aprovechado para lucir un vestido corto, con estampado floral. Continúo ascendiendo y descubro, casi eufórico, que las medias terminan con una tira de encaje a medio muslo, así que avanzo un poco más hasta que tengo contacto directo con su piel, que responde erizándose a mi paso. Ante su reacción, mi polla se tensa y empuja contra la cremallera del vaquero de una forma casi dolorosa.

Liv aprieta los muslos cuando mis dedos quieren indagar en la parte interior, dejando nuestras manos atrapadas. Sigue mirando a sus amigas como si tuviera todos sus sentidos puestos en ellas, aunque sé que alguno que otro se ha desviado ya hasta el lugar en el que mi mano la atormenta.

Saco el móvil del bolsillo, desbloqueo el terminal con una mano y tecleo un mensaje. Me lleva más tiempo de lo normal hacerlo, pero el sacrificio merece la pena.

Mad
¿Sería muy descabellado que ahora te arrastrara hasta el baño para follarte? ¿Crees que alguien sospecharía algo?

No dejo que conteste, esta tortura empieza a ser insoportable. Suelto su mano y recupero mi brazo. Me hubiera dolido menos que me lo arrancaran.

—Voy un momento al baño—anuncio con un carraspeo.

Me muevo de forma ágil para que no tengan tiempo a observar el bulto de mi entrepierna. Por suerte, llevo una camiseta holgada por fuera del pantalón que lo disimula bastante bien.

Los servicios son una única puerta al fondo del local, que luego se divide en otras dos, identificadas con el rótulo que las diferencian por género. Espero a que una mujer termine de lavarse las manos para humedecerme el rostro y refrescarme un poco. El móvil vibra en mi bolsillo.

Liv
Estás loco.

Mad
Sí, por ti.

Mis dedos teclean antes de que sea consciente de lo que están escribiendo.

Mad
Está bien, nada de sexo, pero déjame al menos que pruebe tu boca.
Me estoy muriendo por no poder hacerlo.
Ven.

No contesta y no sé lo que significa. Durante los segundos siguientes, siento una opresión en el pecho, casi agónica. Mi corazón parece haberse convertido en una puta bomba de relojería y cada latido se convierte en un segundo más de la cuenta atrás.

La puerta se abre, despacio, casi con timidez y contengo la respiración hasta que veo el rostro de Liv asomarse. En cuanto compruebo que se trata de ella, tiro de su brazo, cierro la puerta y uso mi propio cuerpo para bloquearla.

Me abalanzo con desesperación hacia su boca, ahora mismo acabo de convertirme en un puñetero depredador devorando a su presa.

—Lo siento —musita afligida con sus labios atrapados entre los míos. Sé que esto también es duro para ella, pero encima, en su caso, se siente responsable por no poder dar rienda suelta a nuestro deseo.

—Shhh. —La silencio enroscando mi lengua con la suya.

Mis manos se anclan en sus nalgas, por debajo del vestido, colándose bajo su ropa interior, las amaso y la aprieto contra mí. Empiezo a restregarme contra ella, como si fuera un jodido perro en celo. Solo necesito un poco de roce para aliviar la tensión de mi polla. Enseguida me doy cuenta de que iniciar ese movimiento ha sido mala idea. Estoy a punto de correrme en los pantalones.

—¿Crees que podremos tomarnos un par de minutos? No creo que me haga falta mucho más. —Mi voz suena a súplica desesperada.

Liv no responde, se limita a observarme con una mirada hambrienta que acaba de recortar el tiempo que necesito a la mitad. Con premura, me desabrocha el pantalón, cuela la mano bajo mi ropa interior y rodea mi grosor. Siseo por el placer que me provoca ese primer contacto con sus dedos, fríos en comparación, como si estuviera templando el acero de una espada incandescente.

Su mano se desliza arriba y abajo por mi tronco con vehemencia. La mía busca acceso entre sus muslos. Separa las piernas ligeramente para facilitarme el objetivo. Mis dedos se ahogan en su humedad y se deslizan dentro de ella. Nos masturbamos con fruición, su necesidad es tan apremiante como la mía.

Estamos al borde de la liberación cuando noto a mi espalda el empuje que alguien ejerce contra la puerta.

—¡Mierda! —maldigo en voz baja, mientras retiro mi mano del interior de Liv.

Ella me mira, descolocada durante las décimas de segundo que le cuesta percatarse de lo que está sucediendo. Suelta mi verga y corre a refugiarse dentro de uno de los cubículos. Estoy tentado de seguirla y acabar lo que hemos empezado, pero sería demasiado evidente.

En cambio, me recompongo como puedo la ropa y abro la puerta. Un hombre me contempla, suspicaz, al otro lado.

—No sé qué le pasa a esta puerta. A veces se atasca —comento alzando los hombros y paso por su lado.

Regreso a la mesa que compartíamos con sus amigas, que me reciben con una sonrisa divertida.

—Lo siento, chicas, tengo que irme. Despedidme de Liv, me ha surgido una urgencia. —La de acabar de machacármela en la soledad de mi habitación, imaginando que sigue siendo su mano la que me toca en lugar de la mía—. Yo invito. Hasta otra. —Lanzo un billete de veinte euros sobre la mesa y abandono el local de manera apresurada.

Liv



CAPÍTULO 20
Simplemente, no estáis

Lo que pasó ayer en los baños de la cafetería me indica que ya va siendo hora de que aborde con Asher el tema de la inminente separación de sus padres. Quería que lo hiciéramos juntos, Dominik y yo, de una forma amistosa, como dos adultos racionales, pero no parece que eso vaya a ser viable en un futuro inminente y ya no puedo postergarlo más.

Mi abogado me ha informado de que ya hace ya días que mandó el contrato de divorcio al letrado de mi todavía marido y aún no hemos obtenido ninguna respuesta. He tratado de preguntárselo cuando llama para hablar con su hijo. Sin embargo, evita de manera deliberada sacar el tema, esconde la cabeza en el suelo como un avestruz, y me apremia para que le pase el teléfono a Asher. Es como intentar hablar con un puñetero muro de hormigón. Cada vez es más evidente que tenemos un problema y mirar hacia otro lado no va a eliminarlo. Lo tengo comprobado porque yo misma lo hice durante una larga temporada.

Estas tres semanas han sido insoportables. Está siendo más complicado de lo que creía encontrar un momento a solas para estar con Mad, a salvo de miradas indiscretas. Rostock es una ciudad pequeña y, quien más o quien menos, nos conoce. Si a eso le sumamos mis obligaciones como madre, las posibilidades se reducen aún más, convirtiendo nuestro objetivo en una odisea.

Vernos con frecuencia y tener que mantener las formas, hace que nuestras ganas se acumulen, que crezcan exponencialmente y que exploten en forma de conductas del todo irracionales y socialmente reprobables, como la de masturbarse en los baños de una cafetería. Ni cuando era una adolescente inconsciente hice semejantes locuras, y eso que no fui un angelito. No podemos seguir así durante mucho más tiempo o moriremos calcinados por el deseo. O arrestados por escándalo público.

Jamás me había sentido así, tan desatada. Estoy tan acostumbrada a pasar varias semanas sin sexo, sin caricias y sin besos, que creía que no los necesitaba. Pero Mad ha desencadenado una revolución hormonal en mi torrente sanguíneo que hace que cada célula lo desee con desesperación.

Quizá esta euforia se deba tan solo a la novedad, a sentirme despierta sin saber que llevaba tanto tiempo dormida, y con el tiempo me vaya relajando. O puede que, tal vez, saber que está prohibido lo haga todavía más apetecible. Me cuesta la misma vida permanecer unas horas sin pegarme a su cuerpo, sin buscar sus labios y estamos obligados a que así sea.

Una obligación que, dicho sea de paso, yo he pactado. No quiero convertirme en la comidilla de todos, en objeto de chismes y cotilleos y, por encima de todo, no quiero que mi hijo piense que sigo inmersa en un matrimonio feliz y estoy engañando a su padre —aunque en realidad sea así—. Tengo que ser sincera con él.

Asher me mira con el ceño fruncido cuando dejo el plato de la cena frente a él y ve el contenido. Soy bastante planificada —o cuadriculada— con la comida y suelo repetir el mismo menú semanal, más que todo para ahorrarme un quebradero de cabeza al tener que estar pensando qué puedo preparar para comer. Tan solo el fin de semana me permito modificarlo, de ahí la extrañeza de mi hijo cuando comprueba que hoy he cocinado uno de sus platos favoritos.

—¿Qué pasa, mamá? Los miércoles toca cenar pescado —me pregunta y empieza a devorar

sus *frikadellen*[1] antes de que cambie de opinión.

—Quiero hablar contigo de un asunto —expongo seria.

Asher deja el tenedor sobre el plato y arruga la servilleta entre sus manos, con algo menos de fuerza en la izquierda. Hoy, después de algo más de tres semanas, le han quitado la escayola de su brazo roto. La fractura se ha consolidado bien, pero todavía le queda bastante recuperación por delante.

—¿Quieres que cambie de equipo de balonmano como dijo papá? —inquiere con miedo y me muestra que ese es su mayor temor—. ¿O queréis que lo deje? —Ahí, directamente, ante esa posibilidad, palidece—. El médico ha dicho que si hago durante un par de semanas los ejercicios que me ha mandado, podré empezar a entrenar de manera suave. El míster seguro que no me deja que haga ninguna burrada, le haré caso mamá —argumenta de manera atropellada.

—No, cariño, no tiene nada que ver con el balonmano. —Asher suspira aliviado y, poco a poco, el color retorna a su rostro—. Se trata de papá y yo. No sé si te habrás dado cuenta, pero llevamos ya un tiempo en el que no estamos bien.

—No es que no estéis bien, mamá. Es que, simplemente, no estáis —me interrumpe para corregirme. Que hasta un niño de diez años se haya dado cuenta de nuestra situación, cuando he tratado de protegerlo y mantenerlo al margen, me hace plantearme hasta qué punto traté de reanimar algo que ya llevaba mucho tiempo muerto—. Pensaba que cuando naciese Hanna, papá pasaría más tiempo con nosotros, aunque me fastidiara tener que compartirlo con una enana. Pero, Hanna murió y papá y tú aún os alejasteis más.

Se me encoge el pecho, como si me estrujaran el corazón y lo retorcieran para exprimir hasta la última gota del dolor que mantenía encapsulado. No sé qué decir, no sé cómo responder a las palabras de Asher. De todas formas, mi hijo no me da opción y continúa hablando:

—Y, aunque tú siempre has estado a mi lado, después de eso, te volviste un poco más gris. Como si mi mamá de antes, hubiera desaparecido un poco también, como si se hubiera apagado.

Se me contrae hasta el alma y me rompo. Algo dentro de mí se quiebra, algo con mil aristas afiladas que se me clavan y me desangran. Y yo que creía que Asher no se había dado cuenta, que lo había disimulado bien. No imaginé que pudiera ser tan transparente para mi hijo.

—Lo siento, cariño, perdóname. —Es cuanto alcanzo a decir, porque no puedo justificar algo que no tiene justificación. Las lágrimas empiezan a brotar sin control y las entierro entre el pelo desordenado de Asher, a quien acabo de envolver entre mis brazos.

—No llores mamá, porque ya estás de vuelta —me consuela—. Has empezado a brillar de nuevo.

Me está dejando anonadada. ¿Desde cuándo mi pequeño es tan mayor, tan maduro? ¿Cuándo ha dejado de ser mi bebé? Creo que va siendo hora de que deje de envolverlo en una nube de algodón y me siente a hablar más a menudo con él, y no me refiero solo a preguntarle qué tal le ha ido en el cole.

—Entonces, ¿papá y tú os vais a divorciar? —consulta.

—Sí, cariño.

—Papá no me ha comentado nada cuando me ha llamado por teléfono —apunta a medias entre el enfado y la decepción.

—Creo que todavía no ha terminado de asumirlo. —Pese a que fue Dominik el primero que mencionó la palabra «divorcio», lo hizo en un momento de crispación, sin ser realmente consciente de que, precisamente allí, frente a nuestros ojos, teníamos la solución—. Pero es inevitable. No podemos seguir así. Ni por nosotros, ni por ti.

—¿Tendré que estar una semana con cada uno? Papá vive en Kiel y nosotros en aquí. ¿Qué

pasará con el cole? ¿Y con el balonmano? No quiero irme, mamá —me acribilla a preguntas. En su clase hay un par de niños de padres separados y está tomando como ejemplo su régimen de custodia compartida—. Aquí tengo a mis amigos. Aquí soy feliz. —Me alegra que lo reconozca en voz alta y, por nada del mundo, ahora que lo ha conseguido, voy a apartarle de su entorno.

—Nuestro caso es un poco diferente, cariño. Ya sabes que papá, por su trabajo, tiene que viajar mucho y eso hace imposible que pueda hacerse cargo de ti. Todavía es un punto que tengo que hablar con él, aunque no creo que haya ningún problema en que paséis las vacaciones juntos y lo visitarás siempre que podamos.

—Espero que papá quiera —comenta soñador.

—Por supuesto que sí, cariño.

—Aunque hablamos dos o tres veces por semana, no lo he vuelto a ver desde el día que vino al partido y han pasado más de dos meses. Ni siquiera vino a mi cumpleaños. ¿Tanto se avergüenza de mí? —inquiere, dolido, y su sufrimiento me destroza. Está sacando todas esas pequeñas piedrecitas que se va cargando a la espalda y con las que sigue caminando aparentando que no le pesan. Sin embargo, la mochila acaba de romperse y ya no puede más. En ese aspecto, me recuerda mucho a mí, puesto que yo he actuado de la misma forma.

—No, creo que es de él mismo de quien se avergüenza. Ya sabes que es un hombre muy ocupado y más ahora que la Champions y la Bundesliga entran en la recta final. Le habrá resultado imposible encontrar un hueco para venir. Tampoco te he llevado a Kiel durante este tiempo. —Tengo que reconocer que yo también tengo parte de culpa. Desde que todo se torció ese día y se precipitó el comienzo del fin, se me han quitado las ganas de verlo, pero he de hacer un esfuerzo por mi hijo.

—¿Lo odias? —me pregunta con miedo.

—No, cariño. Me enfadé mucho con él, no me gustó nada cómo te trató, ni cómo trató a tu entrenador, aunque estoy segura de que, ahora que el tema se ha enfriado, se arrepiente de lo que hizo.

—Sí, lo sé. Me ha pedido muchas veces perdón. ¿Sabías que el entrenador y él se conocían de antes? Me lo contó papá, no se llevaban bien. Se equivoca. El míster no es cómo él me lo describió. —«Lo sé de primera mano».

—La próxima vez que hables con él, dile que lo echas de menos y que quieres verlo. Seguro que hace todo lo posible para encontrar un hueco. —O al menos, eso espero.

—Entonces, si papá y tú os divorciáis, ¿significa que puedes echarte otro novio?

—Sí, cariño, si surgiera podría empezar una nueva relación. —No es el momento de confesar que ya estoy en ello, tengo que darle algo más de tiempo para que asimile esta nueva situación, aunque creo que ya lo ha hecho—. Pero no corras tanto. No necesito a nadie más para ser feliz, solo a ti. —Y verdaderamente lo pienso así, aunque me haya llevado meses —o años— llegar a esta conclusión. Lo que no quita que pueda tener un aliciente que me complete, una chispita extra que me haga brillar. O un fuego, como en el caso de Mad.

—¿Sabes? Creo que el entrenador no tiene novia —me suelta y me guiña el ojo con picardía.

Me ruborizo, me arden las mejillas y se me seca la garganta. ¿Qué contesto a esto? «Te equivocas, cariño. Sí que tiene novia. Y soy yo» ¿O me hago la tonta y lo dejo pasar? ¿Cómo lo hago para que no sospeche nada si ahora mismo parezco una jodida bombilla?

Mi teléfono móvil empieza a vibrar encima de la mesa. El nombre de «Dominik» se ilumina en la pantalla. Por primera vez, llama justo en el momento oportuno. Asher busca con la mirada mi permiso para contestar. Asiento y, mientras el pequeño saluda a su padre, me levanto a por un vaso de agua fría. Aunque debería vaciármelo directamente sobre la cara, para rebajar el calor,

opto por beberlo.

—Hola, papá. Sí, bien. Hoy me han quitado la escayola —responde a las preguntas de su padre al otro lado—. Mamá me ha contado que os vais a divorciar.

A partir de este punto me cuesta más imaginar lo que dice Dominik al otro lado. Y, por si fuera poco, Asher se dirige hacia las escaleras en busca de la privacidad de su habitación para tener esta conversación. Me encantaría saber qué se dicen, pero he de respetarlo.

Cuando el niño desaparece de mi vista, inspiro con fuerza, me lleno completamente los pulmones y exhalo muy despacio. Me he quitado un gran peso de encima, además de comprobar que Asher aprobaría a Mad como mi pareja. Ahora solo necesito una firma para cerrar este capítulo de mi vida y continuar escribiendo mi historia junto a mi hijo y ojalá que también con Mad a mi lado.



Maddox

CAPÍTULO 21
Un ratoncillo acorralado

—¡Entrenador! —El tono alarmado de Katya me sobresalta y hace que pierda un balón de los que estaba recogiendo—. Es Julia.

—¿Qué pasa? —inquiero mientras dejo lo que estoy haciendo y la sigo en dirección a los vestuarios.

—Dice que le duele mucho la pierna y que no puede andar.

«Mierda», pienso. Espero que no sea nada grave. Quizá me he excedido durante el entrenamiento de hoy. Lo he sustituido por un partido entre mis jugadoras para evaluar cómo se complementan entre ellas de cara a estudiar los cambios que he de hacer para que el equipo siga siendo equilibrado y potente. Lo cierto es que todas tienen un buen nivel, pero Julia, la capitana, destaca ligeramente por encima de sus compañeras, seguida de cerca por Katya. Creo que les espera un gran futuro dentro de este deporte. Me jodería prescindir de ella a estas alturas de la temporada, aunque lo primordial es que la chica esté bien.

Mi exigencia ha sido similar al de una final en la que nos lo jugamos todo. Tal vez me he pasado.

—Chicas, voy a entrar —advierto junto a la puerta por si hay alguna que todavía se esté cambiando, para no ver nada que no deba. En estas edades, en que su cuerpo se desarrolla y empieza a experimentar tantos cambios, suelen mostrarse un tanto cohibidas y reticentes a que las vea alguien del sexo masculino, aunque para mí siguen siendo niñas.

Por suerte, no hay nadie más a excepción de Katya y la propia Julia. Esta última está sentada sobre uno de los bancos de madera, con el pelo mojado, recién salida de la ducha, con un top ajustado que realza aún más sus curvas pronunciadas, mucho más evidentes que las de sus compañeras, y un short negro que justo cubre sus nalgas. Con una expresión de dolor, se sujeta con ambas manos su rodilla izquierda. «No, la rodilla no». Como si la mía quisiera evocar el instante en el que jodió mi vida, me lanza un pequeño latigazo. El dolor es leve, pero el recuerdo, no.

—¿Qué ha pasado? —me intereso, sentándome a su lado y colocando la pierna lesionada sobre las mías, para poder explorarla mejor.

—Cuando he salido de la ducha, al ir a dar un paso, he sentido un fuerte pinchazo aquí. —Me señala el punto de inserción del vasto externo—. Y ahora me duele mucho.

—¿Aquí? —tanteo, recorriendo las estructuras con mis dedos.

—Eh, —nos interrumpe Katya—, mis padres me están esperando. Tengo que irme —titubea, supongo que apurada por tener que dejar sola a su mejor amiga.

—Tranquila, Katya, yo me encargo. No te preocupes. Seguro que no es nada.

—Llámame luego, Julia —se despide y se marcha de la estancia casi a la carrera.

—¡Ay! —se lamenta cuando toco un punto concreto que es el que guía mis siguientes movimientos para delimitar la zona afectada.

Con cada quejido de Julia, me voy acojonando un poco más. Aunque las maniobras que realizo sobre la articulación no me indican que haya ninguna lesión, que le duela tanto me da mala espina. No es que sea un experto, pero tuve que aprender algo a la fuerza, y me parece que

la lesión reviste más gravedad de la que pensaba en un inicio.

—¿Quieres que llame a tus padres? Quizá debieran llevarte a urgencias a que te hicieran más pruebas.

—¡No! —grita con una expresión de auténtico pavor.

—No te preocupes, te harán alguna radiografía, te pondrán un vendaje y ya. —Intento tranquilizarla, mucha gente le tiene pánico a los hospitales.

—No, creo que no es nada. Con un masaje y un poco de reposo seguro que estaré bien para el siguiente partido —comenta, quitándole importancia al asunto.

Tuerzo el gesto, extrañado. Ha pasado de estar muerta de dolor a solo necesitar un masaje. Hay algo que me escama.

—¿Te duele aquí? —inquiero ascendiendo por el cuádriceps masajeando la zona.

—Oh, sí, mucho. —El gemido que acaba de soltar dista mucho de ser provocado por dolor.

Giro el rostro hacia ella y la miro, suspicaz. Me parece que aquí hay gato encerrado. En ese momento, Julia se inclina hacia delante y busca mi boca. En cuanto sus labios rozan los míos, una sensación desagradable me recorre y me aparto de ella, todo lo que la postura, con su pierna todavía encima de las mías, me lo permite. Mi instinto de supervivencia me obliga a huir de las llamas antes de que me queme. Y, en esta ocasión, el fuego que percibo es muy diferente del que me hace arder con Liv. Es una peligrosa amenaza.

—Pero, ¡¿qué demonios estás haciendo?! —exclamo. Aparto su extremidad, con delicadeza para no lastimarla, y me incorporo para tomar mayor distancia.

No lo he visto venir. Quizá si en vez de una adolescente tuviera ante mí a alguien con seis u ocho años más, podría haber sospechado de la intensidad de su mirada. Creía que en el caso de Julia se debía única y exclusivamente a la admiración. Los retazos de la inocencia infantil que pensaba que todavía acompañaban a esta edad, me han cegado.

—No hace falta que disimules, entrenador, sé que soy tu favorita. Sé que te gusto.

Ella también se levanta y camina hacia mi posición, contoneando las caderas de una manera que pretende ser *sexy*. La muy zorra anda estupendamente. Conforme ella avanza, yo retrocedo hasta que quedo acorralado contra la pared.

—Eres una cría, Julia —digo, señalando la evidencia, como si en su estado de enajenación transitoria hubiera obviado el pequeño detalle que separa de manera abismal nuestros mundos. No quiero ser descortés, no quiero golpear su autoestima rechazándola de forma brusca, pero no me despierta ningún interés. Antes me fijaría en su madre —o en la de Asher— que en ella.

—La semana que viene cumplo dieciséis y soy muy madura para mi edad. Todos me lo dicen. No soy tan cría. ¿Acaso estas tetas te parecen las de una niña? —Se levanta el top y me las enseña. Tengo buenos reflejos y aparto la mirada, aunque me da tiempo a vislumbrar que no lleva sujetador, no lo necesita.

—Ya basta, Julia —expongo, verdaderamente incómodo. Nunca me imaginé que llegaría a sentirme como un ratoncillo a punto de ser devorado por una «gata» de dieciséis años.

En lugar de hacerme caso, adelanta sus pies un paso más. A mí ya no me queda espacio para refugiarme de su acoso.

—¿Seguro que no quieres tocarlas, entrenador? —me provoca, las abarca entre sus manos y me las muestra como si se trataran de una ofrenda. Las amasa, las acaricia, estimula sus pezones y exhala un jadeo.

No puedo dejar de ver a Julia como lo que es, una puñetera cría y, lo que en otra mujer me excitaría, en ella me resulta vomitivo.

Oigo un ruido al otro lado de la puerta entornada del vestuario. Seguro que se trata del

personal de limpieza. Si alguien entrara en este instante, podría pensar lo que no es. Tengo que cortar la situación antes de que dé lugar a malentendidos.

—Deberías irte. —Con sumo cuidado de dónde coloco las manos, tiro del top para cubrir de nuevo sus pechos y la empujo con suavidad para poder acceder a una vía de escape—. Fuera —exijo—. Recoge tus cosas y vete.

Me sitúo junto a la puerta, la abro y la señalo. La expresión de Julia muta de la coquetería al enfurecimiento extremo, pero esta vez claudica y acata mi orden. Parece que por fin ha aceptado el rechazo, aunque, por lo visto, no le hace mucha gracia. Agrupa sus pertenencias y las guarda de manera ruda dentro de la bolsa de deporte.

—Tú mismo, entrenador. Nadie rechaza a Julia Meyer. —Me apunta con el dedo cuando pasa por mi lado, airada.

Niego con la cabeza mientras me froto los ojos. Esto es surrealista, no puede estar pasándome a mí. Inspiro con profundidad y suelto el aire despacio. La situación me ha dejado mal cuerpo.

Algo más tranquilo, apago la luz y abandono los vestuarios femeninos. A unos metros de distancia, al otro lado del pasillo, el encargado de la limpieza con la fregona en la mano, pausa su trabajo para estudiarnos. Sus ojos persiguen a la joven que camina como una exhalación hacia la salida y luego se clavan en mí.

—¿Todo bien, entrenador? —se interesa y su tono me suena desconfiado. Se quita un auricular a la espera de una respuesta por mi parte.

Le hago un gesto con la mano para restarle importancia.

—Sí, sí —murmuro, aunque mi contestación se podría confundir con un gruñido.

Regreso a la pista y termino de recoger el material que he dejado desperdigado tras finalizar el entrenamiento para atender a Julia. Menuda puta encerrona. Ha fingido una lesión para intentar que me enrollase con ella. No sé en qué momento le he dado pie para que pensara que yo podía sentir algo. Mi trato hacia ella es el mismo que hacia el resto de sus compañeras. Bueno, no, con ella soy algo más exigente por su alta calidad como jugadora, pero nada más.

No creo que Katya estuviera al tanto de lo que pretendía hacer su mejor amiga. Sería muy cruel para ella misma, casi rozando el masoquismo, ser cómplice de algo así cuando está enamorada de Julia, un secreto entre ella y yo. Espero que no se le ocurra dar un paso más y desvelarle los sentimientos que despierta en ella. Ahora no sería un buen momento. El rechazo de Julia la destrozaría y su amiga no se lo merece.

El teléfono móvil empieza a sonar dentro del bolsillo de la sudadera que tengo colgada de las espalderas. Dejo lo que estoy haciendo para atender la llamada.

—¿Liv? —pregunto extrañado cuando descuelgo, al comprobar que es ella quien se encuentra al otro lado de la línea. Aunque solemos hablar a diario —y nos wasapeamos casi de manera constante—, me sorprende que me llame a estas horas. Nunca lo hace tan pronto, suele esperar a que su hijo se duerma. Espero que no haya pasado nada, sería lo único que faltaría para joderme completamente el día.

—Hola, Mad. ¿Cómo estás? ¿Ya has acabado el entrenamiento? —Su voz, aunque algo acelerada, no me suena preocupada. De todas formas, busco confirmación.

—Sí, ahora mismo estoy recogiendo. ¿Sucede algo, Liv?

—Asher se queda a dormir en casa de un amigo —anuncia y ahora, en cambio, parece apocada. Me vuelve loco la capacidad de leerla solo a través de la entonación que les da a sus palabras—. He pensado que, tal vez, te apetecería…

—Voy —la interrumpo.

—Ok, nos vemos ahora —se despide y sé que está sonriendo. Puede que, incluso, se esté

mordiendo el labio inferior de esa forma tan sensual.

Termino de recoger en tiempo récord. Fuera, aunque las temperaturas son bastante agradables, ha empezado a llover con ganas. No he hecho más que quitar el candado que mantiene la bici atada a la valla y ya estoy empapado.

Pedaleo con fuerza por las calles de la ciudad, sorteando el tráfico, la rueda me patina en varias ocasiones al pasar sin cuidado por encima de la pintura de señalización. Por suerte, consigo mantener el equilibrio sin tener que lamentar ninguna caída.

Llego a casa de Liv en poco más de diez minutos con la ropa para escurrir. Aporreo el timbre con ansiedad hasta que ella me recibe al otro lado. Sus ojos resbalan por mi cuerpo y sonríe cuando repara en mi aspecto. Debo ser lo más parecido a un perro mojado. En cambio, ella está preciosa. Es preciosa. Está descalza con un vestido claro de tela vaporosa decorado con un ribete étnico.

—Llueve —anuncio, como si no fuera evidente por mi estado.

—Ya veo. — Se carcajea.

Me descalzo, dejo las deportivas sobre la bandeja de piedras de la entrada y deposito allí también el bolso de deporte para no mojar el suelo.

Nos tomamos unos segundos para contemplarnos, todavía a cierta distancia, disfrutando de poder hacerlo sin tener que estar pendiente de nada más, de si estamos en el lugar apropiado o de si hay miradas ajenas que nos juzguen. Contenemos un poco más las ganas que hemos ido amasando a lo largo de estos días hasta que explotan.

Mis manos van directas a su cintura, las suyas vuelan para enredarse alrededor de mi cuello y nuestros labios impactan como un inevitable choque de trenes. Descarrilamos juntos y esto ya no hay nadie que lo pueda frenar.

Su boca consigue terminar con la desazón provocada por el incidente con Julia, le resta importancia, como si fuera solo una chiquillada e, incluso, llega a borrar el suceso de mi mente. Tengo mejores recuerdos que grabar a fuego en ella.

Liv



CAPÍTULO 22
Vivir en tu piel

—No sabes las veces que he fantaseado con tenerte así —musita Mad sobre mis labios con voz ronca.

La humedad de su ropa se traspasa también a mi vestido que se me pega a la piel, transparentando mis pezones duros bajo la tela. Me aprieto más contra su torso para que el contacto alivie mi necesidad de sentirlo.

—Estás empapado. —Pongo como excusa para empezar a desnudarlo.

Alza los brazos para facilitarme la maniobra de despojarlo de la camiseta.

—¿Y tú? ¿También estás mojada? —pregunta, con doble intención, imprimiendo un tono tan erótico a su voz que, si antes no lo estaba, es suficiente como para que mi sexo se encharque.

—Compruébalo —lo reto, siguiendo su juego.

Se arrodilla frente a mí. Mientras lo hace, aprovecha para quitarse el resto de la ropa. Con los pulgares baja los laterales del tanga y desliza la prenda por mis piernas hasta que cae al suelo. Elevo un pie y luego el otro para terminar de sacarlo y que el trozo de tela no limite mis movimientos.

Mad entierra la cabeza entre mis muslos y me saborea con una profunda lamida. Gimo, me estremezco, me tambaleo y tengo que anclar las manos a sus cabellos para mantener la estabilidad.

—Exquisita —murmura y soy capaz de correrme solo con su voz.

Introduce dos dedos en mi interior, me masturba ayudándose con la lengua que me tortura el clítoris. Me deshago en su boca y, aunque es una maravilla sentirlo así, hoy preciso más.

—Mad, te necesito dentro de mí —gimoteo a punto de estallar alrededor de sus dedos.

La mirada hambrienta que me lanza desde el suelo, me hace temblar de puro deseo. No hace falta que insista. Extrae los dedos de mi interior, dejándome una sensación de vacío a la que espero que no tarde en poner remedio, y se incorpora despacio, arrastrando a su paso el vestido que todavía llevo puesto.

Sus manos me recorren la espalda, de arriba abajo, erizándome la piel, las mías arañan la suya, mientras nuestras miradas se engarzan. En la siguiente caricia, descienden hasta mis nalgas y me alza, sin esfuerzo. Al mismo tiempo, enrosco las piernas alrededor de sus caderas y me apoyo sobre sus hombros. Su erección incide de manera deliciosa sobre mi vértice.

Mad se ayuda buscando una superficie vertical para repartir mi peso y poder gozar de algo más de libertad de movimientos. Me aprisiona contra la pared y se inserta en mí, despacio. Su polla se va abriendo camino poco a poco, hasta que me siento colmada por su virilidad. Jadeo su nombre, inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos para que el resto de sensaciones se exacerben.

En esa primera estocada muere nuestra contención, como las pesadas compuertas de una presa que se abren despacio, pero una vez que empieza a fluir el agua, ya no hay manera de retenerla. El orgasmo nos arrolla, nos arrastra dentro de esa corriente que fluye sin control. Clavo las uñas en sus hombros con tanta fuerza que seguro que le estoy haciendo daño, pero no se queja. Quiero meterme bajo su piel de la misma forma que él se ha tatuado bajo la mía.

Suelto el abrazo de mis piernas y desciendo al suelo. Mis manos siguen alrededor de su cuello, las suyas se posan en mi cintura. Mad apoya su frente sobre la mía. Las gotas de lluvia que antes impregnaban su piel ahora son sustituidas por una fina capa de sudor. Permanecemos así varios minutos, en silencio, dejando que sean nuestras miradas cómplices las que conversen, hasta que nuestras respiraciones erráticas se acompasan.

—Te he echado de menos —confiesa, y sus palabras me derriten.

Me encantaría decirle que yo también, pero tengo un nudo en la garganta que me impide hablar sin que mis ojos se empañen. Deslizo las manos por sus mejillas para enmarcar su rostro y acercar su boca a mis labios. Esta vez el beso es mucho más suave y delicado y nos saboreamos como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—¿Tienes hambre? —le pregunto cuando mi estómago me recuerda que ya es tarde y todavía no hemos cenado.

—Depende, ¿tú estás en el menú? —Me estrecha entre sus brazos y comienza a mordisquearme el cuello. Me estremezco bajo el roce de sus dientes.

—Si te portas bien, tal vez en el postre —respondo haciéndome la dura, aunque ambos sabemos que me muero porque vuelva a devorarme—. Tengo una lasaña de verduras preparada. Solo falta calentarla en el horno.

—Perfecto. ¿Te importa que me dé una ducha mientras tanto? —solicita.

—Claro que no —confirmo y me separo de él para recoger nuestras prendas tiradas por el suelo—. Aprovecharé para intentar apañar tu ropa.

—No hay prisa, hasta que no vuelvas a echarme de tu casa no tengo intenciones de volver a ponérmela. —Tuerce el gesto en una sonrisa cargada de picardía y me carcajeo—. Dejaré la puerta del baño abierta, por si te apetece acompañarme.

La sugerencia vuelve a calentarme la sangre. Meto de manera apresurada nuestra ropa a la secadora, la enciendo y programo el horno con la lasaña dentro antes de aventurarme al interior del baño. Me recibe una nube de vapor. El ruido del grifo camufla mi presencia y me da la oportunidad de observar a Maddox sin ser vista. Tiene las manos apoyadas sobre los azulejos de la pared y está ligeramente inclinado hacia delante, dejando que el agua se deslice por su columna vertebral. Me recreo con su musculatura y envidio cada gota que roba a mis dedos del contacto de su piel.

Me introduzco en la ducha, tras él. Mi lengua borra el rastro que el agua ha dejado sobre su espalda mientras abarco con mis manos su torso desde atrás y las deslizo en un viaje insinuante hacia su vientre. No me deja pasar de allí, Mad las agarra, se gira para quedar frente a mí, las coloca sobre sus hombros y de nuevo nos volvemos a perder entre besos y caricias.

* * * *

—¿Cómo va lo del divorcio? —me pregunta Mad, con sus dedos recorriéndome la espalda. Seguimos desnudos, sobre el sofá, con mi cuerpo tendido sobre el suyo.

Después de dar buena cuenta de una generosa porción de lasaña, hemos tomado el «postre» haciéndonos el amor de una forma deliciosamente lenta en la que hemos conectado a muchos niveles que rebasan lo físico. Ha sido tan intenso que he sido incapaz de contener mis emociones. He estallado con lágrimas desbordando mis ojos cuando lo he sentido derramándose en mi interior, invadiendo hasta mi alma.

Me he tenido que morder un «te quiero» que puede que llegue demasiado pronto y puede

incluso asustarlo, aunque no tengo la menor duda de que se lo han chivado mis ojos. He querido ver el mismo reflejo en su mirada, iluminada por la tenue luz que proyecta la televisión encendida a la que ninguno de los dos hemos prestado la más mínima atención durante toda la noche. Y así, embebida de esa ilusión, me he acomodado sobre su pecho hasta quedar en la postura en la que yacemos ahora, hablando de todo y de nada.

—Estancado. Dominik evita el tema, me pone excusas y me da largas. Ya no sé qué hacer para que lo acepte. Hasta Asher se lo mencionó el otro día. —El cuerpo de Mad se tensa bajo el mío y su mano se detiene. Sé que no le ha gustado lo que acaba de escuchar. Supone dilatar en el tiempo una situación que nos está matando—. Lo siento mucho —me disculpo.

—No depende de ti, Liv. Tú ya has dado un gran paso, ahora le toca a él. Y estoy dispuesto a volver a acumular las ganas de tenerte entre mis brazos si me prometes que volverán a explotar en una noche como la de hoy. —Me carcajeo sobre su pecho y hago que nuestros cuerpos vibren —. Tu hijo se lo ha tomado bien, ¿no?

—Sí. Incluso le gustarías de novio para mí, pero prefiero esperar hasta tener todo atado antes de confesar que ya lo eres.

—¿Sí? ¿Ya lo soy? —replica con sorna. Hasta ahora hemos evitado, no sé si de forma intencionada o no, el uso de etiquetas entre nosotros. Me ruborizo al haber dado ese paso que me ha salido de una forma natural—. ¿Te he dicho alguna vez que Asher me parece un chaval de lo más inteligente?

No parece incomodado por el rol que le he asignado, cosa que me calienta el pecho.

—No, mientras siga estando casada, te tendrás que conformar con ser mi amante —prosigo en tono jocoso, con la certeza de que con Mad no me hace falta medir mis palabras. Sabe leer en cada momento lo que quiero decir.

—Umm, amante. —Su tono de voz se torna más grave y solo eso es suficiente para estremecer hasta el último átomo que me compone—. Y para hacer honor a ese título, voy a hacerte el amor tantas veces y de tantas maneras que olvidarás que alguien distinto a mí te tocó alguna vez. Me encargaré de borrar con mis labios las huellas que una vez dejaron en tu piel. — Mad reclama mi boca para regalarme un beso exigente con el que pretende sellar su promesa.

Cuando nos falta el aliento, nos separamos despacio y apoyo la cabeza sobre su pecho. Su corazón rebota contra mi oreja con fuertes latidos. Me encanta poder sentirlo. Mad besa mi frente con ternura y su mano reanuda sus caricias, de forma casi hipnótica y que no va a tardar mucho en arrastrarme al sueño.

La mención del que todavía es mi marido hace que, irremediablemente, trace comparaciones entre ambos. Echo la vista atrás, buscando un momento tan íntimo como este en el que los protagonistas fuéramos Dominik y yo. Y no me refiero al sexo, de eso, hasta hace dos o tres años hubo bastante, sino a las caricias posteriores, a las confidencias, a las risas compartidas y a adorar la piel del otro hasta que se convierte en propia. Retrocedo y retrocedo, pero no lo encuentro.

—¿En qué piensas, Liv? —pregunta Mad, enredando ahora sus dedos entre los mechones de mis cabellos.

—¿Por qué lo dices? —inquiero, extrañada porque se haya dado cuenta de que mi mente empezaba a divagar.

—Tu respiración ha cambiado —responde.

Me encanta que esté tan pendiente de mí y que sea capaz de detectar hasta el mínimo cambio de mi organismo. Me acurruco todavía más sobre su pecho y cierro los ojos antes de contestar:

—Pensaba en que podría quedarme a vivir en tu piel.



Maddox

CAPÍTULO 23
Morir dentro de ti

Abro los ojos, despacio, y un aroma a café recién hecho inunda mis fosas nasales. De fondo, proveniente de la cocina, llega hasta mis oídos una música alegre con un ritmo que invita a bailar.

Estoy tumbado sobre el mismo sofá en el que hemos pasado la noche, memorizando hasta el último gemido exhalado, aprendiéndonos la piel durante horas hasta que, exhaustos, Morfeo se ha apuntado a la fiesta.

Mi desnudez está cubierta por una manta de terciopelo. Su tacto es agradable, pero nada comparado con la sensación de estar envuelto en el cuerpo de Liv. Quizá sea precisamente eso lo que me ha despertado: su ausencia.

Me desperezo y estiro los músculos de la espalda y de los brazos que se han quedado un poco agarrotados. Tengo la misma sensación que deja un entrenamiento en el gimnasio en el que lo has dado todo. El dolor gratificante de un trabajo bien hecho. Y menudo «trabajo». Joder, me vuelvo a encender solo al recordar todo lo que ha pasado sobre este mismo sofá. Y, como colofón, ese «podría quedarme a vivir en tu piel» susurrado segundos antes de que se quedara dormida, y que a mí me tuvo un par de horas más despierto. Me negaba a renunciar a ese instante, a saborear la euforia de saber que ambos nos encontramos en el mismo punto, que esto que me quema en el pecho, ella también lo siente.

Puede resultar extraño —o triste— que, a mis treinta y seis años, esta sea la primera vez que estoy enamorado, pero así es. Cuando estaba en la élite del balonmano no tenía tiempo para una relación que fuera más allá de un polvo o dos, en su casa, en la mía, en la habitación de un hotel, en los baños de un bar o en el asiento trasero de un coche. Y después de la lesión, no tenía ganas. Además, nadie se merecía que la arrastrase conmigo al maldito agujero oscuro en el que vivía. Mi compañía durante aquella época fue de todo menos grata.

Hago la manta a un lado y me incorporo. Frente a mí, sobre la mesita del salón, tengo mi ropa limpia, seca y perfectamente doblada. Me visto únicamente con el pantalón deportivo y sigo la procedencia de la melodía. Me hormiguean los dedos como si estuvieran sufriendo su propio síndrome de abstinencia. Ya he pasado demasiado tiempo sin tocarla y no puedo malgastar ni un puñetero segundo más sin hacerlo.

Liv se mueve con naturalidad por la cocina mientras prepara el desayuno. Lleva una camiseta ancha, de color blanco, lo suficientemente larga para cubrirle el culo y que haga las veces de vestido, con el cuello amplio que se desliza hacia un lado, dejando descubierto un hombro de lo más sugerente.

Contonea las caderas al ritmo de la música y siento la necesidad de pegarme a su espalda, rozarme con ella y acompasar sus movimientos a los míos. Ya hemos comprobado que formamos una buena «pareja de baile» sobre todas las superficies y en todas las posiciones posibles. Sin embargo, me deleito unos segundos más observándola, aprovechando que todavía ignora que estoy aquí, escudado por el volumen de la música que ha amortiguado mis pasos. Mi polla se tensa dentro de los pantalones. Menos mal que tienen la suficiente holgura para que no resulte demasiado molesto. Protesta y cuando la necesidad se vuelve una tortura inaguantable, recorto la distancia que me separa de ella.

—Buenos días —saludo muy cerca de su oído, aún sin tocarla.

Liv, sin dejar de trocear una pieza de fruta sobre la encimera, gira la cabeza y me devuelve una sonrisa que paraliza un latido de mi corazón. Está resplandeciente, a pesar de no llevar ni gota de maquillaje y de tener la melena despeinada recogida de cualquier forma con una pinza.

—Parece que hoy te has levantado de buen humor. ¿Has descansado bien? —me intereso, esta vez sí, rodeándola entre mis brazos. Estoy tan cerca de su rostro que seguro que puede sentir el impacto de mi aliento cálido contra su piel.

Ella asiente y sin dejar que pronuncie ni una palabra más, reclamo sus labios y mi lengua ocupa el lugar que le corresponde, enredada a la suya. La aprieto contra mí, deslizo mis manos sobre su vientre, recorro su cintura y las caderas, con la suficiente presión como para comprobar con deleite que bajo esa prenda no lleva nada. El descubrimiento consigue que mi erección se clave más contra sus nalgas.

—Mad, será mejor que comamos algo para recuperar fuerzas —protesta sin mucha convicción.

Y me detendría si no hubiera vislumbrado en su tono de voz el mismo deseo que me apremia, o si su cuerpo no hubiera respondido a mi roce empujando contra mí para buscar mayor fricción.

—Yo ya estoy comiendo —replico y, para dar más veracidad a mis palabras, le atrapo el lóbulo de la oreja entre los dientes—. Además, todavía me queda bastante energía. ¿Quieres que te lo demuestre?

—Sí, porque me parece que eres un poco fantasma —me provoca entre risas.

—Pues este fantasma está a punto de volver a hacerte volar —la advierto con la voz enronquecida. Liv se estremece. Me conoce lo suficiente como para saber que no miento. Y pienso acompañarla hasta lo más alto.

Pego el torso a su espalda de tal manera que ni el aire tiene cabida entre la prenda que cubre su piel y la mía. Su cuerpo se adapta a mí de manera perfecta, como si ambos hubiéramos sido diseñados para encajar, para complementarnos. Desplazo la mano hacia uno de sus pechos. Lo acaricio por encima de la tela, lo amaso, lo masajeo y su pezón responde endureciéndose bajo mis dedos. La otra mano sigue alrededor de su cintura mientras mi lengua saborea su cuello. Su piel conserva los matices salados del sudor de la noche pasada y que huela a mí, a nosotros, me enciende como una puñetera antorcha.

Me queman los dedos, se quejan por no poder sentirla directamente, así que dejo que se cuelen por debajo de la camiseta para incendiarla con las llamas que parecen emanar de ellos. Y mientras una mano asciende para abarcar una de sus tetas en mi palma y tironean de su pezón, lanzando pequeñas descargas que hace que su cuerpo se contraiga entre mis brazos, la otra resbala dispuesta a bucear entre los pliegues de su sexo. Me recibe una deliciosa humedad que los anega por completo. Gruño al saberla tan dispuesta y ella gime cuando me aventuro a explorarla.

No dejo de besarla, alterno entre su boca, su cuello y ese hombro tan tentador mientras mis dedos la estimulan. Su respiración se acelera, se vuelve errática y se convierte en un jadeo que me bebo con desesperación.

Liv corcovea contra mi mano, busca más roce, se restriega contra mi dureza, persigue su liberación y vuelve la situación insoportable para mí. Está a punto y yo ya no puedo más. La necesidad de enterrarme en ella es desquiciante.

Separo las manos de su cuerpo el tiempo imprescindible para bajarme el pantalón y excarcelar mi polla. Sin embargo, a ambos se nos antoja excesivo.

—Mad —me reclama Liv por abandonar su piel—. Te necesito.

—Tranquila, no voy a dejarte. —Y, aunque pueda parecer que me refiero a este momento, bien podría tomarse como una promesa de vida.

Me posiciono en su entrada, me empapo de sus fluidos y, simplemente, me deslizo con suavidad en su interior. Se va abriendo para mí, me acoge y me abraza hasta darme completa cabida. Un latigazo de placer me recorre la columna vertebral y se extiende desde los pies a la cabeza. Un placer que siento hasta en las entrañas, que se me clava en el corazón y, entonces, una certeza absoluta me golpea con brutalidad.

—Tú podrías quedarte a vivir en mi piel, pero yo sería capaz de morir dentro de ti —confieso cerca de su oído, convirtiendo mis palabras en una caricia y juro que jamás he sido tan sincero como en este momento.

Liv tiembla, no sé si por culpa de mi invasión o por la declaración. Sus piernas flaquean, pero, por suerte, la tengo tan firmemente agarrada que es imposible que se venga abajo.

—He dicho que voy a hacerte volar, preciosa, no a dejarte caer. Mis brazos siempre serán tu red.

—Oh, Mad —susurra, girando el rostro hacia mí, de tal forma que nuestras bocas quedan prácticamente pegadas. Sus mejillas brillan por una lágrima traviesa que resbala desde sus ojos. La atrapo con la lengua y me la bebo—, te quiero.

No le contesto, aunque, a estas alturas de la película y tras mi revelación, no me cabe duda de que ya lo sabe. En cambio, me apodero de su boca, como si quisiera hacerme dueño de las dos palabras que acaba de pronunciar y atesorarlas para siempre. Sin soltar sus labios, empiezo a deslizarme muy despacio, dentro y fuera de ella, recreándome con cada puto instante que permanecemos unidos.

Cuando siento que podemos morir ahogados en la boca del otro, la libero para que podamos recuperar el aliento. Tras tomar una bocanada de aire, lamo su espalda, le muerdo el cuello y cubro hasta el último centímetro de la piel que queda a mi alcance con saliva.

El choque de nuestros sexos espolea nuestras ganas y lo que, en principio, eran unos movimientos suaves, lentos y controlados, pronto empiezan a tomar intensidad y el baile se torna salvaje. Me hundo con fuerza en ella, que echa sus caderas hacia atrás para salir a mi encuentro, y en cada colisión de nuestros cuerpos, creamos electricidad, fuego y una energía pura y brillante que está a punto de arrastrarnos con su estela.

—Ven conmigo —suplico cuando ya puedo rozar la cima con las yemas de los dedos, con ese cosquilleo tan familiar que precede al orgasmo vibrando en la parte baja de mi espalda.

Con una mano la sostengo por el pecho, para que no se separe ni un milímetro de mí cuando despleguemos las alas, mientras con la otra azuzo su pequeño botón de placer, duro, al límite. Liv grita mi nombre, entre jadeos. Se deshace entre mis manos y su cuerpo convulsiona alrededor del mío, justo el estímulo que preciso para dejarme ir.

Busco su boca, con desesperación, quiero nutrirme de su placer, como si eso fuera lo único capaz de mantenerme con vida, y estallo con un rugido ensordecedor. El trueno que precede a la tormenta que está a punto de desatarse entre estas cuatro paredes.

Liv



CAPÍTULO 24
Los extremos de una cuerda rasgada

—¿Por eso querías el maldito divorcio? ¿Para follártelo a él? Aunque ya veo que no te ha importado que todavía no haya firmado los papeles. No pierdes el tiempo, eh, Liv. —La voz furiosa de Dominik a nuestra espalda me deja helada.

Arrasa con el calor que irradian nuestros cuerpos como si hubieran sido víctimas de una nueva glaciación. Siento que aún reverberan los gritos de nuestro orgasmo en las paredes, todavía lo tengo dentro de mí. No hay manera de disimular esto.

Mad se retira, se sube los pantalones, adecenta mi camiseta como puede y se hace a un lado. Me giro y apoyo la espalda contra la encimera. Cruzo las piernas, apretando los muslos que noto pegajosos por las huellas de lo que acaba de suceder, y lo enfrento.

—Dominik, yo… —No sé ni por dónde empezar. Jamás tuve intención de hacerle daño, nunca quise que se enterase de esta forma tan cruel.

Quería haber tenido la oportunidad de sentarme cara a cara con él, hablar de forma civilizada y exponerle la situación. Esperar a que ya estuviéramos separados antes de confesarle que mantengo una relación con Maddox para que no pensara que lo hago por eso.

En mi defensa diré que Dominik lleva unos meses cerrado en banda y ha rehuido mantener una conversación conmigo, aunque sé que eso no es excusa. De nuevo, siento que no he hecho las cosas bien. Me han podido las ansias y el deseo arrollador que despierta este hombre en mí.

—Me *cagüen* la puta, Liv, ¿cómo has podido caer tan bajo? ¿Cómo has podido hacerme esto? Podrías haber escogido a cualquier otro, podrías haberte tirado a cualquiera, pero no, has tenido que liarte con mi puto némesis. ¿Qué te he hecho yo para que me jodas de este modo? —escupe con rabia sus palabras. Su pose, inclinado hacia delante y señalándome con el dedo, resulta amenazadora. Sus ojos azules me atraviesan, me desgarran la piel y un escalofrío me recorre la columna vertebral.

Maddox avanza un paso y se interpone entre nosotros en clara actitud protectora.

—Y ¿tú? —Dominik aprovecha la intromisión de su antiguo compañero de equipo para focalizar su ira contra él—. ¿Esta es tu forma de vengarte? ¿Tanto te jodió que te quitara el puesto que ahora me robas a mi mujer?

Que Dominik se tome esto como algo personal hacia él, que crea que Mad está conmigo por un ajuste de cuentas entre ellos, me retuerce las entrañas. No le importa haberme pillado follando con otro, lo que realmente le jode es que ese hombre sea quien él considera su peor enemigo. Esto me deja bastante claro en qué punto están los sentimientos que alguna vez Dominik albergó por mí.

—No. Tú no me quitaste nada —responde estoico, impasible—. Fue un golpe de mala suerte. Me lesioné y tuve que retirarme. Ese lugar ya no me correspondía. Si no hubieras sido tú, habría sido cualquier otro. Del mismo modo, yo me he limitado a ocupar un puesto que ya no te pertenece.

—¡Serás hijo de puta! —brama mi marido y se abalanza sobre Mad.

Me veo forzada a intervenir sujetando a Dominik para que no lleguen a las manos. Estoy en mitad de una pelea de gallos y ahora mismo me siento como un jodido trofeo, un simple objeto de metal destinado a decorar una vitrina. Mi complexión menuda poco tiene que hacer entre

estos dos cuerpos de metro noventa, podrían espantarme como a una molesta mosca para seguir su enfrentamiento, pero a ninguno de los dos les gusta la perspectiva de poder dañarme y, gracias a eso, consigo contenerlos.

—¡Ya basta! —vocifero para llamarlos al orden—. Mad, ¿te importa dejarnos a solas? —le pido.

—¿Estarás bien? —inquiere, lanzando una mirada desconfiada a Dominik.

—Sí, tranquilo. —Poso una mano sobre su pecho, para sosegarlo a él y para que el calor que emana de su contacto me calme a mí también. El efecto es casi inmediato.

—De acuerdo, estaré aquí al lado por si me necesitas —anuncia y reta al otro hombre en silencio, con una advertencia velada en sus ojos.

Espero hasta que Maddox abandona la cocina e inspiro un par de veces para sosegarme antes de volver a dirigirme a mi marido.

—¿Quieres un café? —le ofrezco una vez que nos quedamos a solas.

—¿A ese le ofreces tu cuerpo y a mí un puñetero café? —Señala con un gesto despectivo la puerta por la que ha desaparecido Mad—. Ya veo cuáles son tus preferencias.

—Dominik, por favor —lo amonesto—. Vamos a serenarnos y a hablar como dos personas adultas.

—Un café estaría bien —recula, gruñe resignado y se deja caer en una de las sillas.

Permanecemos en silencio, uno tenso, incómodo, mientras sirvo dos tazas de café. Entrego una a Dominik y, con la otra en la mano, tomo asiento frente a él.

—Así que, estás con él —afirma. Su tono es seco y despectivo. Sus ojos continúan destilando ira, pero, por lo menos, ya ha recuperado la compostura. Asiento, aunque resulta evidente—. ¿Por eso querías el divorcio, para poder liarte con él a tus anchas?

—No, Dominik. —Bebo un trago de café para poner en orden mis pensamientos y exponer la situación de una forma coherente que él pueda entender—. Sí, estoy con Maddox, aunque eso no tiene nada que ver con el divorcio. Son dos cosas totalmente independientes. ¿Todavía no lo entiendes, Dom? Esto no va de él y de mí o de él y de ti, va de nosotros. Va de un «nosotros» que hace mucho que empezó a agonizar. Llevamos demasiado tiempo interpretando el papel de un matrimonio, de una pareja, cuando hace mucho que dejamos de serlo.

Dominik se revuelve en la silla, pasea la mirada por la cocina, evitando un enfrentamiento directo con mis ojos y refunfuña. No me interrumpe, así que prosigo con mi discurso.

—Mírame a los ojos y dime que me quieres, que sigues enamorado de mí, que no soy una carga, un lastre para tu carrera —lo reto—. Dímelo y seguiré luchando por nosotros.

Dejo la taza sobre la mesa para sujetar las manos de Dominik entre las mías para reclamar así su completa atención y guardo silencio, mientras enfrento su mirada esperando una respuesta que, si es sincero consigo mismo, solo puede ser una.

—No, no puedo. Tienes razón —admite, se zafa de mis manos, como si el simple tacto le quemara, se inclina hacia atrás en la silla y cruza los brazos sobre el pecho, en un gesto que se antoja distante—. ¿Qué nos ha pasado, Liv? ¿Cómo hemos llegado a este punto?

—No lo sé, Dominik. Hace mucho que empecé a sentirte lejos y creí que con la llegada de Hanna, esa sensación, que pensaba que solo existía en mi cabeza, desaparecería. Sin embargo, después de su pérdida, todavía fue peor.

—Deja de culparme de una puta vez de su muerte—me ataca con tanta rabia que incluso parece capaz de hacerme sangrar.

—Jamás te he culpado de eso, Dominik —le replico destrozada porque piense que pueda ser así, sin poder contener las lágrimas.

—¿Crees que su pérdida no me afectó? ¿Qué clase de monstruo piensas que soy? —Ahora lo veo más claro. No es furia lo que exhala, sino dolor.

—Por supuesto que no, pero esto va mucho más allá de eso. El fallecimiento de Hanna solo fue una gota más en un vaso que ya rebosaba. —Vuelvo a buscar sus manos, porque, aunque esto sea necesario y liberador, no deja de ser duro. Esta vez, no las rechaza—. Me ha costado arrancarme la venda de los ojos y asimilar que lo que sentíamos el uno por el otro se había extinguido hace mucho. Solo ha dejado un humo gris y cenizas de lo que antaño fue fuego. No tiene sentido seguir tirando de los extremos de una cuerda que hace mucho que se rasgó. Seguir atados con ella solo nos hace más daño.

»Esto no tiene por qué ser un final, Dominik, puede ser solo un cambio. No podemos olvidar que tenemos un hijo en común y que debemos tratar de llevarnos bien, aunque solo sea por él. Sin embargo, te digo de corazón que me encantaría que pudiéramos volver a ser amigos, porque creo que la amistad también se nos ha perdido por el camino.

—No creo que eso sea posible por el momento, Liv. Ahora mismo me siento traicionado —responde con el ceño fruncido y su negativa me duele—. Por cierto, ¿dónde está Asher? Intuyo que si te estabas follando a su entrenador en la cocina, no estará en casa.

—Dominik —lo reprendo. Alza los brazos en ese gesto tan suyo de fingida inocencia, se nota que vuelve a estar cabreado—. Se ha quedado a dormir en casa de un amigo. Es la primera vez que lo invitan a algo así y estaba emocionadísimo. Nuestro hijo es feliz aquí —le informo, porque no sé hasta qué punto es consciente de la nueva realidad de Asher.

—Fue él quien me mencionó el tema del divorcio —confiesa Dominik y por primera vez lo veo vulnerable y menos a la defensiva—. Él lo veía como algo natural y a mí se me llevaban los demonios. Por eso estoy aquí, para hacerte entrar en razón. Creí que si venía, te quitaría esa estúpida idea de la cabeza, aunque ya veo que lo tienes bastante claro. Revisaré los papeles con mi abogado y te los devolveré firmados.

—Gracias, Dominik. No quiero que nos convirtamos en la típica pareja que se rompe y acaba odiándose. Dime por favor que podremos darle la vuelta a esto. Eres y siempre serás una persona muy importante en mi vida.

—Ahora no me pidas más, Liv. Tengo que irme, ya hablaremos —anuncia y se pone en pie —. Espero que encuentres en él lo que yo no he podido darte.

Me quedo con ganas de darle un abrazo. No sé si él lo necesita, pero yo sí. Sin embargo, no me muevo de la silla y dejo que se vaya en silencio. No hay nada más que pueda decirle en este momento que lo haga cambiar de parecer.

Maddox irrumpe de nuevo en la cocina en cuanto escucha el portazo de Dominik, como si, a pesar de no estar presente, no hubiera dejado de estar pendiente de nosotros.

—Ya está, se acabó —anuncio en voz alta.

—¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido? —se interesa.

Me encojo de hombros. No sé muy bien qué contestarle. Se acerca a mí para darme el abrazo que Dominik me ha negado.

—Sé que es una situación complicada, que una ruptura amigable es muy difícil, pero confiaba en que, en nuestro caso, fuera posible —expongo al fin y alguna que otra lágrima rebelde se me escapa.

—Dale tiempo —me pide, comprensivo, mientras sus dedos recogen esas pequeñas perlas que resbalan por mis mejillas—. Dominik es una persona muy orgullosa y ahora está herido. Dentro de un tiempo, cuando esa herida cicatrice, se dará cuenta de lo especial que eres y tratará de recuperar tu amistad o, al menos, de acercar posturas.

—No quiero que nuestras mierdas salpiquen a Asher.

—No lo harán, tranquila. Sé que ambos pondréis lo mejor de vosotros para evitarlo. Habrá momentos complicados, eso seguro. Sin embargo, al final, verte salir de esa prisión gris en la que estabas encerrada, lo beneficiará a él también.

Maddox se agacha frente a mí de tal manera que nuestros rostros quedan a la misma altura y el mío es imantado hacia sus labios. Posa una mano en mi nuca y me atrae aún más hasta que su boca apresa la mía en un beso que es al mismo tiempo dulce y exigente, en el que siento que los dos vertemos todo lo que somos.

Por un momento me olvido de dónde estoy y de la angustia que todavía me vibra en el pecho. Durante el tiempo que dura el beso, nos envolvemos en una especie de burbuja en la que solo existimos nosotros dos. Cuando sus labios rozan los míos, se detiene el tiempo y no existe nada ni nadie más.

—Me moría por besarte —susurra ronco, separándose muy lentamente de mí. Y aunque nuestros labios ya no se tocan, siento que nuestros ojos continúan acariciándose, prolongando en el tiempo ese beso que ojalá dure para siempre.



Maddox

CAPÍTULO 25
Nadie rechaza a Julia Meyer

—Maddox, ¿tienes un momento? —me interrumpe Armin.

Lo miro extrañado, no suele cortar el entrenamiento y mucho menos cuando sabe que solo restan diez minutos para que concluya.

—¿Tiene que ser ahora? Estamos a punto de terminar —replico molesto.

Y eso que hay pocas cosas que me enturbien el ánimo ahora mismo, después de que Liv me asegure que falta poco para que su separación se convierta en realidad. Por fin podremos dejar de escondernos. Al parecer, que me distraigan en mitad de una explicación de una nueva estrategia a mi equipo, es una de ellas.

—Sí, es urgente. Johan te sustituirá. Ven a mi despacho, por favor.

Lo examino. Hay algo extraño en esta situación. Armin parece nervioso, incluso diría que está pálido y me esquiva la mirada.

—¿Qué pasa, Armin? —inquiero cuando estamos frente a la puerta de su despacho.

—Lo siento, muchacho. —Es su única respuesta mientras empuja la puerta para darme acceso.

Apenas tengo tiempo para procesar lo que sucede, dos policías uniformados se abalanzan sobre mí. Uno me empuja contra el escritorio de Armin y me inmoviliza mientras el otro me coloca unas esposas. El frío del metal alrededor de mis muñecas me quema.

—Maddox Häfner, queda usted detenido por abuso a una menor. —Es la acusación que mis oídos escuchan y que no comprendo. Mi cerebro es incapaz de procesarla. Leen mis derechos, esa retahíla de frases aprendidas que todos hemos visto a la saciedad en las series y pelis policiacas, pero que jamás pensé que iban a estar dirigidas a mí. Se me seca la garganta, un regusto amargo me asciende de forma urente desde la boca del estómago. Tengo ganas de vomitar, aunque, de algún modo, consigo controlar las náuseas.

No entiendo nada, debe de tratarse de un error. Quiero explicárselo, quiero decirles que soy inocente, que yo no he hecho nada. Sin embargo, no me salen las palabras, estoy tan en *shock* que creo que hasta he perdido la capacidad de hablar. Me revuelvo entre sus brazos, como si ese gesto les indicara que se equivocan, aunque lo único que consigo es que afiancen su agarre y me retengan con más fuerza.

Devastado, me dejo hacer. A pesar de que ya no ofrezco resistencia, siguen sujetándome con firmeza. No se fían de mí. Busco respuestas en el coordinador del club, pero Armin se encoge, como si quisiera esconderse, y vuelve a evitarme.

Me escoltan hasta la salida, me hacen pasar por delante de todos los padres de los niños a los que entreno, como un pasillo de la vergüenza. Los murmullos y los comentarios llegan hasta mis oídos. Por suerte, lo hacen amortiguados por el sonido pulsátil de mi corazón, que suena como un tambor atronador y que me impiden descifrar lo que dicen. No creo que fuera capaz de soportarlo.

Busco con la mirada a Liv, en estos momentos de total desconcierto, la necesito más que nunca. La localizo entre la gente, rodea con el brazo a su hijo, que me mira confuso y el interrogante que leo en sus ojos me parte el alma. Asciendo con pánico hasta el rostro de su madre, nuestras miradas se cruzan y la incomprensión, la duda, la decepción y el miedo que

percibo en sus ojos son una puñalada más. Me atraviesa de lado a lado causándome una herida lacerante, una que me destroza aún más y que hace que mis pies se vuelvan pesados y que me cueste avanzar. Los dos agentes prácticamente tienen que arrastrarme porque mis piernas se han vuelto cemento.

Uno de ellos me empuja la cabeza para que me agache y entre en el asiento trasero del coche patrulla. La gente se arremolina a nuestro alrededor. No me extrañaría que alguno inmortalice el momento con las cámaras de sus teléfonos móviles. Ya lo hicieron durante mi enfrentamiento con Dominik. Sin embargo, solo percibo una marabunta de sombras grises y sus voces acusatorias. Esos dedos que me señalan como culpable sin que ni siquiera yo sepa con exactitud el delito que he cometido.

El vehículo avanza y deja atrás esa masa informe y oscura mientras devora el asfalto de camino a la comisaría. Una vez allí, el mismo agente que me ha metido dentro, me ayuda a salir del coche. Con las manos esposadas a la espalda, mis movimientos están bastante limitados.

Atravieso por un corredor de agentes uniformados o de paisano que se van haciendo a un lado a mi paso. Otra vez los mismos murmullos, los mismos cuchicheos, aunque esta vez provienen de personas que me juzgan sin saber siquiera quién soy.

Me guían hasta una sala aséptica, de paredes de color plata, con una única mesa en el centro y un par de sillas. Me obligan a tomar asiento en una de ellas, haciendo fuerza sobre mi hombro hasta que mis rodillas se doblan y caigo sobre ella, derrotado. En una de las paredes laterales hay uno de esos espejos que seguro que actúa como pantalla para la gente que se oculta al otro lado.

La puerta se abre y una mujer, de mediana edad y ataviada con unos vaqueros y una americana sobria, entra en la sala, acompañada de otro agente, que se posiciona junto a la puerta de entrada, cortando el paso a una posible huida.

La mujer ocupa la silla que tengo frente a mí y, con un gesto de su cabeza, da una orden para que me quiten las esposas. Estiro los brazos, algo agarrotados al permanecer en esa postura antinatural y masajeo mis muñecas doloridas.

—¿Por qué estoy aquí? —acierto a preguntar con voz temblorosa.

—¿Por qué crees que estás aquí, Maddox? —inquiere con voz autoritaria.

Me encojo de hombros. No tengo ni puta idea.

—No lo sé, yo no he hecho nada —contesto, defendiendo mi inocencia.

—¡Qué no has hecho nada! —brama la mujer, pegando un golpe brusco sobre la mesa que me sobresalta y me hace dar un respingo sobre la silla—. ¿Aún tienes los santos cojones de decir que no has hecho nada? Una menor está destrozada en su casa porque su entrenador ha abusado de ella, porque le ha jodido la vida y todavía tienes la desfachatez de decir que no has hecho nada.

«Menor», «entrenador de balonmano», «abuso». Las palabras me van atacando una a una, se me clavan en el mismo punto y ahondan en la herida. Un sudor frío recorre mi espalda y me sujeto una mano con la otra para mitigar el temblor de mis extremidades.

—¿Se te va refrescando la memoria? —replica con inquina.

—Quiero un abogado —solicito. No reconozco la voz que pronuncia esas palabras, no parece mía, pero es que incluso siento que este cuerpo tampoco me pertenece, un hormigueo desagradable se ha adueñado de mi piel, con una sensación de irrealidad. Me falta el aire, me cuesta respirar, se me nubla la vista y creo que voy a desmayarme.

Me fuerzo a inspirar hondo, centro la mirada en un punto de la mesa, un lugar que aparece rayado y me repito una y otra vez que se trata de un error, que soy inocente, que yo no he hecho nada, hasta que consigo creérmelo y vuelvo a recuperar mínimamente el control de mi cuerpo.

Permiten que haga una llamada y aprovecho para ponerme en contacto con mi hermana. Elke

pondrá la sangre fría en este momento en el que yo soy incapaz de pensar. Ya me ha demostrado en más de una ocasión que, pese a que yo soy cuatro años mayor, ella es la más sensata y madura de los dos.

No sé con exactitud lo que le transmito durante los dos minutos escasos que ha durado la comunicación. Creo que me he repetido como un disco rayado. Solo recuerdo haberle dicho que estoy en comisaría y que necesito un abogado. Unas palabras de lo más tranquilizadoras.

Unos minutos después, no sé precisar cuántos porque soy incapaz de hilar dos pensamientos seguidos con coherencia, tengo detrás de mí a una abogada que identifico como Agneta, una amiga de mi hermana.

—Mi cliente desea saber cuáles son las acusaciones que se vierten contra él —solicita con tono autoritario, con las manos posadas sobre mis hombros. Aunque es prácticamente una desconocida para mí, su tacto me reconforta.

—Su cliente ha sido denunciado por abusar sexualmente de una menor —responde la agente —. ¿Le suena el nombre de Julia Meyer?

«Julia». Voy a decir que es una de las chicas a las que entreno, pero la letrada, viendo mis intenciones, me silencia aumentando la presión que sus manos ejercen sobre mí.

—No digas nada hasta que tengamos todos los datos —me aconseja y acato la sugerencia, sumiso.

Estoy demasiado perdido como para poder pensar con claridad. Retrocedo en el tiempo hasta el momento en el que sucedió todo, o mejor dicho, en el que no sucedió, porque la acusación es totalmente falsa, aunque soy el único que lo sabe.

Ese «nadie rechaza a Julia Meyer» con el que abandonó los vestuarios cobra sentido. Ahora lo entiendo. Ese gesto, esa advertencia, era en realidad una amenaza y voy a pagar las consecuencias.

Soy inocente, actué como tenía que hacerlo, pero hay dos testigos que nos vieron juntos, dos personas que no saben qué pasó dentro de los vestuarios, Katya y el encargado de la limpieza, y que tomarán sus propias conclusiones. Una es la mejor amiga de la supuesta víctima y el otro, vio salir a Julia enfadada. Incluso me preguntó con suspicacia si todo iba bien, a lo que respondí esquivo. Estoy realmente jodido.

Mi abogada solicita unos minutos a solas conmigo y, en cuanto los agentes abandonan la sala de interrogatorio, le relato lo que realmente sucedió aquel día. Después, me llevan de vuelta a los calabozos donde mis compañeros de celda son un par de borrachos que dormitan en una esquina, uno de ellos rodeado de su propio vómito. Estoy tan noqueado que soy inmune al olor nauseabundo que desprenden.

No sé cuánto tiempo transcurre hasta que un agente viene en mi búsqueda. Los minutos y las horas parecen seguir su propio ritmo, más caótico y totalmente diferente al estipulado.

—Maddox Häfner, queda en libertad bajo fianza y pasa a disposición judicial. Se le informará de la fecha del juicio, hasta entonces, tendrá que personarse en comisaría cada dos días. Tiene terminantemente prohibido abandonar el país.

Como si fuera a huir. Lo único que quiero es encerrarme en mi habitación y dormir hasta despertar de esta puta pesadilla. Porque no puede ser otra cosa que un mal sueño, uno que vuelve a arrastrarme hasta el fondo, como una pesada roca atada a mis pies.

Mi hermana me recibe con un abrazo en el que vierte todas sus fuerzas y actúa como columna de carga de mi edificio, evitando una vez más que me derrumbe.

—Todo va a salir bien, hermanito —musita cerca de mi oído y, aunque sé que no es cierto, es justo lo que necesito oír en este preciso instante.

Me intento separar de ella, tengo la necesidad de decirle que yo no he hecho nada, que las acusaciones son falsas, que jamás se me ocurriría tocar a nadie en contra de su voluntad, pero Elke no me lo permite.

—Shhh. Lo sé, Mad. A mí no me tienes que dar ninguna explicación. Sé el tipo de hombre que eres. —Sus palabras consiguen arrancarme unas lágrimas.

Al menos tengo una persona de mi lado. Me encantaría poder contar con el apoyo de otra. Sin embargo, tengo el recuerdo de su mirada vívido en mi mente y me da auténtico pavor comprobar que Liv se ha sumado al carro de los que me han condenado en cuanto me han visto esposado. Prefiero vivir con la incertidumbre, así, al menos, siempre existe una ínfima posibilidad de que ella esté de mi lado y me puedo aferrar a eso para seguir tirando hacia delante, aunque ahora sienta que solo un tablón de madera putrefacta me sostiene durante una furiosa tempestad en mitad del océano.

Noto que frente a mí se ha abierto un abismo que me separa del resto del mundo. Tan solo dispongo de una fina cuerda que une ambos lados, aunque la siento frágil e inestable, incapaz de aguantar mi peso. Ahora que los kilos parecen haberse vuelto toneladas, no me atrevo a cruzar a través de ella. No quiero caer de nuevo, así que prefiero quedarme en este lado, aunque sea solo.

Mis ojos se pierden a través del cristal de la ventanilla del coche mientras Elke me lleva a casa. Intento dejar la mente en blanco, trato de no pensar en lo que se me viene encima, pero es inevitable. Sé que tengo las de perder, sé que estoy condenado antes incluso del juicio, solo me queda esperar a descubrir cuál es mi sentencia.

No hablo durante el trayecto, tampoco lo hago al llegar a casa. Mi hermana respeta mi silencio a excepción de preguntarme si quiero algo para cenar. Niego con la cabeza. A pesar de no haber probado bocado desde el mediodía, no tengo hambre, tengo un nudo alrededor del estómago y otro amenazándome la garganta y sería incapaz de tragar algo. Lo justo consigo respirar.

Me derrumbo sobre la cama, ni siquiera me molesto en desnudarme o cubrirme con las sábanas. Pese a que solo han pasado unas pocas horas desde que mi vida se ha vuelto a romper, estoy agotado, hundido y sin fuerzas. Solo quiero dormir hasta que todo acabe, sin embargo, Morfeo también se vuelve en mi contra y me impide conciliar el sueño.

Mis ojos consultan el reloj que tengo sobre la mesilla. Son las 22:38 h. Esos fatídicos números que marcaron un punto crítico en mi vida. Minuto veintidós y treinta y ocho segundos de la segunda parte, el instante en el que me lesioné y tuve que renunciar a mi carrera. Ahora que empezaba a resurgir de mis cenizas, el puto destino vuelve a reírse de mí.

Liv



CAPÍTULO 26
No puedo dejarlo caer

El mundo se me cae a los pies cuando veo a Maddox abandonar el pabellón detenido. Contengo la respiración y abrazo a mi hijo en un acto de protección.

—Mamá, ¿qué ha pasado? ¿Por qué se lo llevan? ¿El entrenador ha hecho algo malo? —pregunta Asher entre mis brazos.

Me parte el alma su confusión, su miedo y su dolor, pero aún me destroza más no saber qué contestarle. Me encantaría decirle que todo se trata de un error, que se han equivocado de persona. Sin embargo, no soy capaz de hacerlo. Por mi mente planean las dudas de que, tal vez, la que se haya vuelto a equivocar de persona haya sido yo.

No me hace falta indagar mucho para descubrir cuál es el motivo de su detención, está en boca de todos: Maddox está acusado de haber abusado sexualmente de una menor. Un escalofrío me recorre la columna vertebral. No, Mad no puede haber hecho semejante cosa, estaba conmigo, está conmigo. ¿Qué necesidad tenía de hacer algo así? ¿Acaso es que yo no soy suficiente para él? No, no puede ser cierto, tiene que ser inocente. Aunque, por otro lado, tampoco hace tanto tiempo que lo conozco, puede tener un lado oscuro, siniestro, al que todavía no he accedido. No, no, él no. Siempre me ha tratado con respeto, no puede ser uno de «esos». Mi corazón me grita que no es culpable del delito del que lo acusan, pero puede ser porque estoy jodidamente enamorada de él.

El entrenador de mi hijo se ha convertido en el desafortunado protagonista de todos los rumores y cuchicheos, es la comidilla de la ciudad. Incluso ha saltado a la prensa con titulares del tipo: «Mad Maddox, antigua estrella del THW Kiel acusado de abuso sexual a una menor» en el que se da un completo repaso a su carrera, incluyendo su lesión y los años oscuros que le siguieron en los que desapareció del mapa, levantando incógnitas sobre lo que pudo hacer durante ese tiempo.

El grupo de WhatsApp del equipo de balonmano echa humo y no para bien. Lo más suave que se comenta es que «ese degenerado ha estado a solas con nuestros niños». Se olvidan de que él está incluido, que es un miembro más del grupo, o quizá no, y por eso lo hacen.

Soy incapaz de participar, me nace salir en su defensa, pero no sé si sería lo correcto, si estaría abogando en favor de un culpable y, tener esa desconfianza respecto a él, me mata. Estoy nadando sin rumbo en un mar de dudas, sin saber qué dirección tomar, dejándome arrastrar por las olas, dejando que el ímpetu del océano me estrelle una y otra vez contra las rocas, sin saber si tengo que agarrarme a ellas, aunque me arañen la piel, y salir a flote o hundirme en el fondo.

En las dos semanas que han pasado desde su detención, he tenido el móvil en mis manos un millón de veces, tentada de llamarlo. He escrito miles de mensajes que he borrado antes de darle a «enviar». No sé qué decirle, ¿le pregunto abiertamente si lo ha hecho? ¿O tal vez debiera ser Mad quien me diera las explicaciones sin necesidad de que se las pidiera? No sé cómo actuar. Ni siquiera me he atrevido a pedir consejo a mis amigas. No quiero que ellas también lo juzguen.

Perdida en mis divagaciones, se me escapa un «Hola» que envío antes de ser consciente de lo que hago. Sin tiempo siquiera a arrepentirme, el teléfono empieza a vibrar en mis manos. La pantalla se ilumina con el nombre de «Mad (entrenador Asher)» y estoy a punto de dejarlo caer.

Atiendo la llamada con incertidumbre, con todas esas dudas convertidas en una fuerte

marejada, subida a un pequeño barquito de madera, timoneado por una mínima esperanza de que no zozobre.

—¿Mad? —Mi voz se hace eco de mis emociones, de la mezcla explosiva entre la ilusión y el miedo que hace que mi corazón golpee contra la caja torácica y amenace con atravesarla.

—¿Liv? —me responde una voz de mujer al otro lado, una que no conozco.

—Sí, soy yo.

—Soy Elke, la hermana de Mad —se presenta, aunque era la primera opción que tenía para la dueña de esa voz.

—¿Cómo está? —Es lo único que acierto a preguntar con un nudo en la garganta.

—No demasiado bien —responde, y la congoja en su tono me retuerce las entrañas. Hace una pequeña pausa en la que ambas permanecemos en silencio—. Entiendo tus dudas, tus temores. No es una situación fácil, pero mi hermano es un buen hombre, sé que en el fondo lo sabes, y no se merece lo que le está pasando.

Elke suena comprensiva, sé que no me está reprochando nada, al contrario, se está poniendo en mi lugar y creo que, hasta cierto punto, entiende mi ausencia de estos días.

—Es un luchador —prosigue—. Después de la lesión, peleó con uñas y dientes hasta su último aliento para conseguir volver a jugar. El balonmano era su obsesión, su único objetivo en la vida, y cuando por fin abrió los ojos y asumió su nueva realidad, sus sueños se hicieron añicos frente a sus ojos. Se hundió, se alejó de todo y de todos, se encerró en su propio mundo, sin permitir que nadie accediera a él. Como remate final, se echó el fallecimiento de nuestros padres a la espalda, lo que todavía lo enterró más. No ha sido fácil, pero conseguí traerlo de vuelta. Y, ahora que empezaba a superarlo, ¿le atacan con esto? No, no es justo —divaga, más para ella misma que para mí.

Elke se toma un momento. A pesar de no verla, sé que está llorando. Aprovecho para intentar asimilar todo lo que me está diciendo, también con lágrimas en los ojos, aunque en mi caso, son silenciosas.

—Esto es mucho más complicado que lo de entonces. Siento que no puedo hacerlo sola, que lo que carga esta vez pesa demasiado y tengo pánico de que, si dejo que se hunda otra vez, jamás vuelva a salir a flote. Sé lo importante que eres para mi hermano, ha desoído todos mis consejos para seguir a tu lado —bromea al otro lado y su risa tiene un trasfondo de tristeza. Realmente está muy afectada por el estado de su hermano—. Aunque es fuerte, todo tiene un límite y mi hermano ya lo ha superado con creces. Te necesita. Sé que igual te estoy pidiendo demasiado, a él apenas lo conoces desde hace unos meses y yo soy una completa extraña. Entendería una negativa por tu parte, pero tengo que hacer todo lo que esté en mis manos para ayudarlo y eso implica recurrir a ti. No puedo dejarlo caer.

—Dime dónde vives —ordeno con más determinación que la he podido tener en estos quince días.

—Gracias —suspira y la voz se le rompe.

Dejo a Asher con mis padres, pongo de excusa que he quedado con mis amigas y me dirijo hacia la dirección que me ha facilitado Elke. Me recibe con el mismo «gracias» con el que hemos puesto fin a nuestra conversación telefónica y me envuelve en un abrazo cercano en el que, por un instante, la siento parte de mi familia, a pesar de que este sea nuestro primer encuentro. No sé cuál de las dos lo necesita más. Es aquí, en este instante, mientras la aprieto contra mí, cuando me doy cuenta de que compartimos el mismo dolor.

—¿Dónde está? —pregunto tras tomarme unos segundos más para nutrirme de las fuerzas de la hermana de Mad.

—En su habitación. Apenas sale de ahí. —Me señala una puerta cerrada al final del pasillo.

Camino con decisión hacia ella. La golpeo con los nudillos, pero no obtengo respuesta. Vuelvo a insistir y, tras el mismo resultado, decido abrirla. El ambiente es denso, pesado y algo cargado y, a pesar de la luz que penetra por la ventana a través de las cortinas, la habitación parece oscura.

Mad está tumbado boca abajo, bajo las sábanas, aunque es media tarde, con los brazos bajo la almohada y la cabeza apoyada en ella.

—Elke, ya te he dicho que no tengo hambre. Déjame solo —gruñe sin siquiera girarse para comprobar quién ha irrumpido en su cuarto. Da por hecho que la única persona que va a hacerlo es su hermana. Su voz suena lejana y apagada.

—No soy Elke —lo corrijo.

—Liv… —Mi nombre escapa de sus labios como un suspiro que trasluce su esperanza y terror. Se incorpora ligeramente y gira la cabeza en mi dirección—. Estás aquí —expone, como si no acabara de creérselo.

Mad luce un aspecto descuidado, con los cabellos rubios despeinados, el vello facial de más de quince días cubriendo parte de su rostro y unas profundas y marcadas ojeras bajo sus ojos verdes que carecen de brillo. Juraría que también está más delgado.

—Estoy aquí —le confirmo y avanzo un paso.

Se sienta en el borde de la cama. Está vestido tan solo con una camiseta de manga corta y un bóxer. Se frota los ojos, como si todavía desconfiara de que lo que tiene ante sus ojos es real. Estira una mano dubitativa hacia mí, con miedo, no sé si teme mi reacción o piensa que voy a esfumarme en cuanto me alcance, como si fuera un espejismo.

—Estás aquí —repite cuando sus dedos me rozan y percibo el alivio en su voz.

Sus labios tiemblan, sus ojos se aguan y se desliza hasta postrarse de rodillas a mis pies. Clava sus puños contra el suelo y agacha la cabeza en una clara posición de sumisión. El movimiento de sus hombros me indica que está llorando, aunque no emite ningún sonido.

Verlo así, tan vulnerable y destrozado, inclina la balanza en la que he estado moviéndome estos días a su favor. Sé que es inocente, siento que lo es y me duele de una forma desgarradora haber sospechado de él.

—Perdóname, Mad. Perdóname por haber dudado de ti —ruego sin poder contener el llanto.

—Liv, te juro que yo no he hecho nada —asevera al mismo tiempo y la desesperación que exhala su voz contrae mi pecho.

Poso una mano sobre su cabeza, no sé cómo consolarlo, y esa es la señal que necesita para abrazarse a mis piernas. Me agacho para quedar a su altura y dejo que entierre la cabeza en mi pecho, mientras no dejo de enredar los dedos entre sus cabellos, intentando domar un imposible. Su cuerpo parece convulsionar entre mis brazos. Llega un momento en el que no puedo contenerlo más, me dejo arrastrar por él y temblamos juntos.

—Estás aquí —insiste de nuevo, como si eso fuera lo único que es capaz de decir, como si fuera lo único que importase.

—Sí, estoy aquí y, pase lo que pase, voy a seguir estándolo —le aseguro porque, además de saber que es lo que necesita oír, es cierto.

Enmudece, no es capaz de articular palabra, pero sus ojos me muestran su agradecimiento. Me sumerjo dentro de sus pupilas y desde allí dentro, trato de darle las fuerzas que le faltan.

Cuando se me empiezan a cansar las piernas por la postura, de rodillas frente a él, me deshago de su abrazo. Él se opone a que rompa el contacto durante unas décimas de segundo, las que tarda en decidir erróneamente que no está en posición de exigir nada. Me incorporo, me tengo

que ayudar de la cama para ello, y le tiendo una mano para que haga lo mismo, una mano que se niega a soltar, como si fuera su salvavidas, mientras tomamos asiento sobre el colchón.

—Quiero que sepas lo que pasó realmente —anuncia, algo más calmado, mirando nuestras manos entrelazadas.

—No hace falta, Mad, confío en ti —niego, pero él insiste.

—Necesito contártelo. —Y dejo que lo haga.

Durante varios minutos me cuenta con todo lujo de detalles el suceso que derivó en la acusación de abusos sexuales. Recuerdo perfectamente el día en el que ocurrió, fue la noche que pasamos juntos antes de que Dominik nos pillara en la cocina.

—¿Por qué no me contaste que una de las chicas a las que entrenas intentó besarte?

—Te tenía demasiadas ganas y no le di importancia. No quería perder ni un puñetero segundo a tu lado con lo que creí que era una tontería. Pensé que solo era una chiquillada. Una chiquillada que me va a costar mi futuro y me va a joder la vida.

—No digas eso, demostraremos tu inocencia —trato de animarlo.

—Liv, hay algo más poderoso que la verdad, el dinero —me replica con resignación, como si lo que dice fuera una verdad absoluta—. Y a la familia de Julia, le sobra. Su padre es un empresario de renombre y no permitirá que, quien cree que ha mancillado el nombre de su niña, salga impune. La autenticidad o no de la acusación es algo secundario. Estoy condenado, aunque todavía no se haya celebrado el juicio. Es un mero trámite. Lo único que me resta saber es la pena que se me va a imputar.

No puedo rebatirle nada porque, tristemente, tiene razón. Me limito a atraerlo de nuevo hacia mí, a que nada se interponga entre nuestros cuerpos, salvo la ropa que vestimos, y quedamos recostados sobre la cama, abrazados. Dejo que, ya que mis palabras no pueden reconfortarlo, al menos lo hagan mis manos.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, regalándonos suaves caricias, envueltos en un silencio cómodo. La luz que se filtraba a través de la ventana ha ido disminuyendo y solo soy capaz de distinguir el perfil de su rostro. Me revuelvo inquieta para consultar el reloj en el móvil. Intuyo que es bastante tarde y debo ir a recoger a mi hijo. Hago un gesto de desagrado cuando compruebo que estoy en lo cierto. Me encantaría poder quedarme más, pero es imposible.

—¿Asher? ¿Tienes que ir a por él? —Se me adelanta Mad, antes de que tenga tiempo a verbalizarlo, y la voz le vibra de una forma angustiosa. No hay que ser muy avispado para leer entre líneas que él tampoco quiere que me vaya.

Puede que me gane una condecoración más que sumar a la colección de medallas de «mala madre» que poseo, pero no puedo dejarlo así. Tecleo un mensaje a mis padres comunicándoles que se me ha hecho tarde, que pasaré a por él mañana. Tampoco es algo tan grave, Asher está bien atendido y Maddox me necesita.

La respuesta no se hace esperar, mi madre me responde con un escueto «pásatelo bien» y un pequeño reproche de que la próxima vez sea más previsora, les avise antes y les lleve un pijama o ropa de recambio de mi hijo.

—Ya no —anuncio con rotundidad, dejando el móvil apartado a un lado.

—¿Te quedas? —Sus ojos se abren incrédulos y un haz de esperanza los vuelve a hacer brillar.

—Sí. ¿Me haces un hueco a tu lado para esta noche?

—No solo para esta noche —responde, descubriendo la cama, invitándome a entrar para después acurrucarse junto a mí. Me devuelve una sonrisa de agradecimiento que me arropa más que las sábanas.

Cierra los ojos, apoya la cabeza sobre mi pecho y su cuerpo no tarda en relajarse. No creo que estos días haya descansado demasiado. Sin embargo, su mente no le da un respiro. Ya dormido y casi arrastrando las palabras, verbaliza la condena a la que se enfrenta: de seis meses a cinco años de prisión. La acompaña de una retahíla de información, supongo que está reproduciendo una conversación que ha tenido con su abogado o con su hermana en la que la pena se ajusta, teniendo en cuenta su caso en particular, con todos los agravantes y atenuantes.

—Entre doce y dieciocho meses. Solo tendré que pasar entre doce y dieciocho meses entre rejas. Eso no es nada, puedo con ello —repite en sueños como para darse ánimos.

Medito durante unos segundos lo que supondría ese tiempo en mi vida, echo la vista atrás y valoro mi pasado. Aguanté estoica un matrimonio que durante años fue dilapidando mi felicidad de una forma tan sutil que apenas me di cuenta. Una felicidad que Mad ha desenterrado en tan solo unos meses. Puedo contar más sonrisas en una tarde con él que en un año con Dominik. No me arrepiento de haberlo dejado entrar en mi vida, aunque quizá no lo hizo por la puerta adecuada. Y, con la misma certeza, sé que no me voy a arrepentir de no dejarlo salir.

—Te esperaré —prometo en voz alta y, a pesar de que ya lleva un rato dormido y no creo que me haya oído, siento que se relaja todavía más entre mis brazos tras esas palabras.



Maddox

CAPÍTULO 27
El primer paso

—Te esperaré —me asegura la voz de Liv.

Lo que no tengo claro es si ha pronunciado esas dos palabras en realidad o han sido fruto de un sueño. No importa, cualquiera de las dos opciones me vale para insuflarme algo de oxígeno cuando ya pensaba que había dejado de respirar.

Han sido unos días muy duros y complicados. Por fin he terminado de asumir las consecuencias de todo lo que se me viene encima. Estoy jodido, pero saber que no estoy solo, que cuento con las dos personas más importantes en mi vida a mi lado, me ayuda a sobrellevarlo. Al menos ellas me creen.

La esperanza de librarme y salir impune de esto murió en el mismo instante en el que supe los cargos que se me imputaban. Sé que todos me consideran culpable, aunque mi hermana me ha cortado el acceso al móvil y a la prensa y no sé lo que se dice de mí. Sin embargo, este aislamiento al que me ha sometido me da una pista de que no van a ser cosas agradables y, en cierto modo, se lo agradezco.

Liv sigue dormida bajo mi cuerpo. No quiero moverme para no despertarla y que tenga que marcharse. Siento los latidos de su corazón bajo mi rostro y ha sido precisamente ese sonido rítmico y potente el que me ha acunado.

—Buenos días —murmura somnolienta mientras se despereza.

—Buenos días, Liv —respondo y me muevo a un lado para poder verla mejor.

Ella también se gira para quedar frente a mí, mi mano vuela a su cintura y la suya me acaricia la mejilla.

—¿Has podido descansar? —se interesa.

Asiento.

—Gracias por quedarte conmigo. —Cuelo uno de mis dedos debajo de su camiseta para acariciarle directamente la piel. Trazo círculos con el pulgar y ese simple movimiento, me relaja.

—Ahora sí, voy a tener que irme —anuncia levantándose de la cama—. Te llamaré luego. Y, por favor, date una ducha, aféitate y come algo.

Sus palabras me hacen darme cuenta de que llevo prácticamente dos semanas sin salir de mi cuarto, sin pasar por el baño y durmiendo sobre las mismas sábanas que el sudor de mis pesadillas ha empapado. No recuerdo siquiera si, durante este tiempo, he abierto la ventana para ventilar la estancia.

—Lo siento. Debo oler a rayos —me disculpo.

Liv me revuelve más mis ya de por sí desordenados cabellos y se despide con un beso suave en los labios, perfecto e insuficiente al mismo tiempo. Me gustaría ahondar más, sumergirme en la profundidad de su boca, pero en estos momentos y con la acusación que pesa sobre mí, está fuera de lugar.

Pasan varios minutos desde que Liv sale de la habitación hasta que escucho el ruido de la puerta del apartamento, supongo que habrá estado hablando con mi hermana. Yo sigo aquí, tendido sobre el colchón, en la misma posición en la que ella me ha dejado.

Refunfuño, como si fuera un niño al que su madre le ha regañado, me estiro sobre la cama y me levanto, dispuesto a acatar la sugerencia de Liv.

La ducha me sienta bien. Estaba sumido en una desidia y apatía —otra vez— que me mantenía anclado al colchón. Me recreo con la sensación del agua resbalando sobre mi piel, sintiéndola como una metáfora que arrastra la suciedad que ha torcido mi camino. No, no lo ha torcido, una montaña se ha derrumbado sobre él y me ha atrapado debajo.

Cuarenta y cinco minutos después, abandono la prisión autoimpuesta de mi habitación ante la mirada atónita de mi hermana.

—Estás muy pillado, hermanito. Ella ha conseguido en una noche lo que yo llevo días luchando por que hagas —comenta con una sonrisa en la que vuelvo a ver a la Elke de siempre, a esa persona que, contagiada por mi oscuridad, había apagado.

Me envuelve en un abrazo, uno de esos fuertes y reparadores, uno de esos que tanto necesito, de sus brazos y de los de Liv, y que nunca me cansaré de recibir.

—Gracias por traerla, Elke —le digo, emocionado.

—No he sido yo, Mad. Ella ya había comenzado a andar, solo le he indicado hacia dónde tenía que dirigir sus pasos.

—¿Puedes devolverme el teléfono? —le pido.

—¿Estás seguro? —Se nota que no le hace ni pizca de gracia mi petición.

—Necesito estar en contacto con ella.

—Está bien —claudica. Pero, por favor, no busques información sobre ti —me ruega.

Asiento y lo cumplo. Al menos, durante los tres días siguientes en los que solo existe el contacto de Liv en mi agenda. Al cuarto no me puedo contener y, aunque sé que me voy a arrepentir, en cuanto mi hermana se marcha al trabajo, reviso los grupos de WhatsApp de los equipos de balonmano. El primer insulto que veo debería haber sido suficiente para dejarlo, pero no puedo. Como un jodido masoca, leo uno a uno todos los mensajes e incluso los más duros los releo varias veces. No suficiente con eso, introduzco mi nombre en el buscador de internet. Decenas de noticias con un titular similar: «El gran Mad Maddox, quien fuera una prometedora estrella del balonmano, acusado de abuso sexual a una menor». Alguna palabra varía de unos a otros, pero vienen a decir lo mismo. Maldita sea mi estampa, ahora sí que se acuerdan de mí.

Ahí sí que no me molesto en leer el cuerpo de la noticia, no lo necesito para hundirme otra vez. El sofá sobre el que estoy sentado parece haberse convertido en arenas movedizas que me van tragando. ¿Y qué hago? Recurro a lo mismo que hago siempre que tengo un mal día: machacarme un poco más.

De esa guisa me sorprenden Liv y mi hermana, no sé si las dos han llegado a la vez. Ni siquiera he escuchado el ruido de la puerta, como para saber si esta ha sonado una o dos veces. Estoy congelado, con el mando extendido hacia la televisión y la mirada perdida en ese fotograma estático de mi yo de hace más de diez años, capturado en pleno salto. No sé los minutos que llevo así, hay veces incluso en que me puedo pasar horas inmerso en los recuerdos hasta que mi hermana me quita el mando, apaga la pantalla y mi vida se vuelve a poner en marcha.

En esta ocasión no es Elke sino Liv quien se posiciona a mi lado mientras mi hermana va directa a la cocina.

—¿Qué estás viendo? —pregunta, ocupando el asiento anexo al mío.

Su pierna roza ligeramente la mía y el calor que emite parece derretir el hielo que me mantiene aterido. Me cuesta reaccionar a su voz, pero ella no me presiona, se limita a esperar con paciencia a que sea capaz de contestar.

—La final de la Champions League de balonmano del 2012… —respondo por fin.

—El partido en el que te lesionaste —me interrumpe y termina la frase por mí.

—Sí, fue en la caída justo después de ese salto —explico señalando el televisor—. El momento en el que me estrellé y Dominik se convirtió en estrella —expongo con resignación y con dolor. Sí, todavía después de tanto tiempo, me escuece—. En once putos años no he podido terminar de ver el partido —añado en una clara crítica a mi cobardía—. Si no he sido capaz de hacer algo tan sencillo como esto, ¿cómo demonios voy a poder afrontar lo que me espera tras el juicio? —expongo realista sin ser consciente de que este último pensamiento lo digo en voz alta.

—¿Quieres que lo hagamos juntos? —se ofrece Liv y la mera idea hace que comience a temblar.

—No voy a poder —me achanto.

—Puedes con esto y con mucho más, Mad. Eres un luchador y no voy a dejar que te rindas —asevera con la seguridad que a mí me falta, la misma que prodiga mi hermana. Yo antes no era así, se ve que algo se me perdió en el momento en el que está pausado el vídeo y, a pesar del tiempo transcurrido, he sido incapaz de recuperarlo—. Te lo debo.

—No me debes nada —ahora soy yo quien la corto.

—Sí, te lo debo. Me has abierto los ojos. Me has hecho ver el mundo gris en el que llevaba sumida muchos años, lo has pintado de colores brillantes y yo voy a convertirme en el pilar que necesitas para mantenerte en pie.

Me emociono, no solo por su disposición a ayudarme, sino por todo lo que significo para ella y que desconocía.

Liv se estira para arrebatarme el mando, mi mano se cierra en torno a él con más fuerza, como si no quisiera soltarlo. Ella gruñe. Reculo y acabo entregándoselo. Mi cuerpo se tensa conforme su dedo se va acercando al botón de *play*. Observo sus movimientos como si estos sucedieran a cámara lenta. Liv percibe mi desasosiego. Incluso llego a contener la respiración cuando lo presiona. Busco su mano y me aferro a ella con la fuerza de quién está colgando al borde de un precipicio y este es el único agarre que me separa de una caída al vacío.

—Tranquilo —susurra al mismo tiempo que se reanuda el vídeo.

Vuelvo a sentir el mismo dolor que entonces cuando el tobillo de ese Mad, bastante más joven, se bloquea y la rodilla hace un giro imposible que supone el fin de nuestra carrera. La cicatriz que dejó la operación me lanza una punzada para que no me olvide de que sigue ahí. Como si pudiera hacerlo.

Se me ponen los pelos de punta cuando entre la voz del comentarista y el barullo del público, se escucha claramente mi alarido de dolor. Mi garganta arde con la necesidad de unirse a él y volver a gritar. Exhalo el aire que contenía con un jadeo mientras mis dedos se clavan aún más en la mano de Liv. Su semblante también está contraído haciéndose eco de mi propio sufrimiento.

Por si fuera poco, el realizador repite las imágenes a cámara lenta. Primero se centra en el balón atravesando la barrera del portero y colándose hasta el fondo de la red, pero luego las imágenes se fijan en mi lesión. El partido se interrumpe durante varios minutos en los que mis compañeros me ayudan a retirarme de la pista hasta una banda. Los recuerdos de mi mente estaban borrosos en ese punto y ni siquiera era capaz de ver quiénes eran los que se prestaron a ayudarme. Ahora veo sus rostros con claridad, la preocupación en su gesto y sus intentos por animarme. Jamás les he agradecido lo que hicieron por mí, quizá deba hacerlo ahora.

Mi imagen desaparece de las cámaras, mi puesto es ocupado por Dominik y se reanuda el partido. Los vítores de los seguidores de uno y otro equipo vuelven a escucharse como si una vez fuera de pantalla, todos se hubieran olvidado de mí. Es curioso cómo un hecho que me marcó de tal forma, en cuestión de minutos, pasó a ser una anécdota más del encuentro. No creo que

ninguno de los que estaban allí se preguntara ni durante un segundo por mi estado.

El bloqueo por parte de Dominik de una jugada ofensiva del contrincante hace que yo también me olvide de lo que estaba pasando a pocos metros de ese lugar, cuando la ambulancia me trasladaba hacia el hospital, y me centre en el partido. He de reconocer que su calidad y frescura, sumada a las ganas de demostrar que el banquillo no es el sitio que le corresponde, hace que destaque por encima de los demás.

Llega un punto en el que incluso yo acabo olvidándome de mí mismo y, a pesar de saber el resultado del encuentro, alabo a mis compañeros y repruebo al rival. Me meto de lleno en el partido como si estuviera teniendo lugar en directo en este preciso instante.

Cuando la cuenta regresiva del marcador llega a cero y suena el pitido que da por finalizado el partido, vuelvo a tomar contacto con la realidad que me rodea. La burbuja en la que me había refugiado durante poco más de siete minutos, estalla. Giro mi rostro hacia Liv, busco su mirada castaña y leo en ellos el reflejo de mis propias emociones. Estoy sobrepasado, pero, en este caso, son sentimientos buenos y liberadores.

—Gracias —musito con un hilillo de voz. Suavizo el agarre de su mano. Sobre la piel de Liv se visualizan las improntas de mis dedos, me la llevo hasta la boca y las beso con delicadeza. Absorbo su calor a través de los labios que se extienden colmando hasta la última molécula de mi ser, haciendo que mi hielo se convierta en fuego, en una llama que sabe a hogar.

—Mad, acabas de dar el primer paso. Ahora, tu hermana y yo te ayudaremos a afrontar los siguientes —proclama Liv.

No lo percibo como un paso que me ha llevado a acabar con un bloqueo que duraba más de diez años, sino como el paso que da un bebé cuando echa a andar por primera vez, tambaleante, inestable, con todo un mundo por descubrir lleno de obstáculos que sortear, pero con los medios a su alcance para poder hacerlo.

Liv



CAPÍTULO 28
Un rayo de sol con nombre de niño

—Creen que el entrenador ha hecho algo malo, que ha hecho daño a una persona —le aclaro por fin a mi hijo.

Ya estoy cansada de darle largas, de hacerme la ignorante cuando Asher continúa preguntando casi a diario por Maddox. Supuse que en el equipo les darían algún tipo de explicación neutral y adaptada a su edad, pero allí se han limitado a informarles simplemente de que Maddox no iba a volver a entrenarlos, sin ahondar más en el tema. Aunque siempre es mejor eso que lo que cuentan los padres en el grupo del equipo. Espero que Mad no lo haya leído.

—No lo ha hecho, ¿verdad? —inquiere mi pequeño con miedo, retorciéndose las manos en un intento de calmar su ansiedad.

—No, cariño, no lo ha hecho —lo tranquilizo, acariciándole los mechones rebeldes que ha heredado de mí, y parece confiar en mis palabras, del mismo modo en que ahora confío en la inocencia de Mad.

Ya que me he propuesto ser sincera con mi hijo, decido dar un paso más e ir allanándome el camino.

—Tu entrenador y yo hemos coincidido en el gimnasio varias veces y nos hemos hecho amigos —expongo. Intento aparentar naturalidad, como quien habla del tiempo, aunque mi interior ahora mismo es un hervidero de emociones y no sé hasta qué punto se me escapan y mi rostro las muestra.

—¿En serio? —replica incrédulo. Trato de analizar su gesto. Como madre, he aprendido a interpretar cada una de sus reacciones y me parece ver en sus ojos ilusión y… ¿envidia? Sí, algo de eso también hay.

Mad se ha convertido, sin quererlo, en una figura muy importante para la vida de mi hijo, supliendo de manera inconsciente las carencias por la ausencia de su padre. Padre que, por cierto, no ha desaprovechado la oportunidad de hacerse eco de lo sucedido e intentar meter el dedo en la llaga.

—¿Sabes que a tu nuevo novio lo acusan de violar a una niña? —me informa con sorna en una de las llamadas para interesarse por el estado de su hijo. Desde que pusimos las cartas sobre la mesa, los contactos telefónicos con Asher han aumentado, pese a que las conversaciones conmigo siguen siendo algo tirantes. El punto en el que se encuentra la temporada le imposibilita venir a visitarlo, aunque le ha prometido al chaval llevárselo una semana durante sus vacaciones.

—Es inocente —asevero.

—¿Estás segura? —Intenta sembrar la duda en mí, sin embargo, no hay tierra fértil que la haga germinar.

—Dominik, puede que fueseis rivales en el campo, quizá también fuera de él, pero tú sabes la clase de hombre que es Mad —replico.

—Lo cierto es que me ha sorprendido la noticia. A pesar de que es un chulo y un creído, jamás le he visto propasarse con el género femenino —piensa en voz alta—. Nunca imaginé que pudiera hacer algo así.

—Eso es porque no lo ha hecho —lo interrumpo.

—Maddox siempre ha tenido fama de ser un caballero, respetuoso e inalcanzable y eso las

traía a todas de calle. Siempre huyó de relaciones duraderas, decía que no tenía tiempo para eso —prosigue como si estuviera viajando al pasado, recordando sus momentos con él, en lugar de estar hablando conmigo—. Está bien, le concederé el beneficio de la duda —concluye—. Pero ten cuidado, Liv.

—Lo tendré. Gracias por preocuparte, Dominik.

—Por cierto, tengo algo más que contarte: he conocido a alguien. —Jamás pensé que escuchar estas palabras de boca del que ha sido mi marido durante diez años me iba a dejar tan indiferente. Creía que, pese a que ya estoy en una nueva relación, debido a la costumbre y a la rutina, me iba a escocer un poco, y no es así. Lo único que siento es alivio. Que Dominik quiera rehacer su vida facilita el hecho de que yo también pueda hacerlo—. Se llama Marie y es modelo. No sé si lo nuestro va en serio o no, todavía es muy pronto.

»El otro día nos fotografiaron juntos a la salida de una gala del deporte a la que me acompañó y prefería que te enteraras por mí en lugar de por la prensa. Ya sabes lo sensacionalistas que son y. a sus ojos, todavía soy un hombre casado.

—Sí, son tan sensacionalistas como para creer a pies juntillas unas acusaciones sin que haya ningún tipo de prueba. No les importa llevarse a alguien por delante con tal de vender unos ejemplares más —ratifico, haciendo alusión de nuevo al tema de Mad—. Te agradezco tu sinceridad, Dominik, aunque sabes que ya no tienes por qué darme explicaciones de tu vida privada. Me parece estupendo que rehagas tu vida, siempre y cuando no afecte a nuestro hijo.

—Lo mismo digo. Por eso no me gustaría que la denuncia contra Maddox acabara salpicando de alguna manera a Asher —vuelve a atacarme por sorpresa, cuando ya pensaba que habíamos limado asperezas.

—Tranquilo, no lo hará. Mi hijo está por encima de todo —verbalizo, ofendida por las dudas que Dominik acaba de verter sobre mi labor como madre.

—Por cierto, respecto a los papeles del divorcio, he introducido unas modificaciones en un par de cláusulas. Aunque la custodia sea compartida, sabes que debido a mi situación laboral, paso temporadas fuera. No voy a llevármelo cada dos semanas para tener que dejarlo a cargo de una niñera, prefiero que se quede contigo. A cambio, me gustaría que me concedieras libertad para poder pasar con él mis vacaciones, aunque sea fuera del calendario estipulado.

—Por supuesto, Dominik —admito. Ese cambio me favorece.

—¿Cómo está?

—¿Quién? —Su pregunta me pilla totalmente descolocada. No sé a quién se refiere, acaba de hablar con Asher y me consta que la conversación ha ido bien, así que no creo que se trate de él.

—Maddox —me aclara y eso todavía me deja más estupefacta.

—Como te imaginarás, no está en su mejor momento. Es un tema muy delicado y todo el mundo se ha posicionado en su contra, a pesar de no contar con argumentos para ello —le confieso como si estuviera hablando con un buen amigo, con la necesidad de que Dominik se convierta precisamente en eso, de que deje a un lado las diferencias que siempre han tenido y se posicione de nuestro lado.

—¿Has pensado qué pasará si acaba en la cárcel?

—Cada jodido día desde que me enteré. —Se me rompe la voz al contestarle. Claro que lo he pensado y, más que preocuparme por mí misma, no quiero ni imaginar cómo puede afectar a Mad estar entre rejas, aunque lleve ya semanas encerrado en su propia prisión.

—Lo quieres, ¿verdad?

—¿Todavía te queda alguna duda?

—No, supongo que no. Bueno, Liv, tengo que dejarte ya. Hasta otra y no olvides que puedes

contar conmigo, aunque lleve tanto tiempo sin estar.

—Adiós, Dominik. Gracias por la conversación.

En cuanto cuelgo, cojo mi portátil, lo enciendo y pongo en el buscador el nombre de Dominik. Quiero ver las fotos que me ha mencionado, siento curiosidad por saber cómo es su nueva pareja. No tardo en dar con ellas. Dominik aparece sonriente, vestido de traje, de la mano de una mujer joven que no llegará a los veintidós años, rubia, despampanante y con un físico escultural que le devuelve una mirada acaramelada.

Tal y como me ha pasado cuando me lo ha mencionado, no hay ni una pizca de celos. Solo la envidia sana —o insana— de ese cuerpo de veinteañera que luce su acompañante, al que no le sobra ni le falta nada. Ya no hay nada que me diga que ese hombre y yo tenemos una relación sentimental. Tan solo queda el vínculo familiar de nuestro hijo y me gustaría añadir también una amistad. Todavía estamos bastante lejos de ese punto, aunque siento que hoy hemos dado un pequeño paso.

* * * *

El juicio ya está a la vuelta de la esquina. Desconocía que estos procesos se desarrollaran tan rápido, pero parece que la influencia del padre de la denunciante ha tenido algo que ver para acelerarlo.

Cada vez paso más tiempo con Mad. Conforme la fecha se acerca, el nudo alrededor de su garganta se aprieta un poco más y nos necesita a su lado. Sin quererlo y unidas por una causa común, entre su hermana y yo ha surgido una especie de camaradería que me ha ayudado a comprenderlo mejor, a conocer su lado oscuro, ese que lo tuvo durante casi diez años aislado del mundo y que amenaza con atraparlo de nuevo si no lo impedimos. Elke ha resultado ser una mujer fuerte y tan noble como su hermano.

—Mamá, ¿puedo ir contigo? —me pregunta Asher cuando le informo de que lo llevaré a casa de Bernadette para que pase la tarde con su hija que es compañera de clase, mientras voy a visitar a Mad. Ya no le miento ni le pongo excusas inventadas, prefiero ir con la verdad por delante.

Al final, mis dos amigas también se han enterado de la acusación que pende sobre la cabeza de Maddox. Rostock es una ciudad pequeña y esas noticias vuelan. No sé lo que piensan, no me he atrevido a preguntárselo por miedo a que su respuesta no me guste. Y ellas han respetado el hecho de que no quiero hablar de ello. Lo único que importa es que están a mi lado, como siempre.

No es la primera vez que mi hijo lo pregunta y, hasta ahora, mi respuesta siempre ha sido la misma, una negativa. En esta ocasión, claudico. No sé si es porque estoy cansada de que mi hijo me reproche que mantenga contacto con su entrenador, a quien tanto añora, y a él no se lo permita, o porque el juicio se celebrará dentro de tres días y Mad ya casi ni come ni duerme por la ansiedad. Quizá le venga bien un apoyo más o algo que lo distraiga de la guillotina que sobrevuela su cabeza, dispuesta a degollarlo.

—Hola, Liv —me recibe Elke con un sentido abrazo que se ha convertido en nuestra seña al inicio y al final de todos nuestros encuentros—. Y este chico tan guapo, ¿quién es? —se interesa al reparar en que hoy no vengo sola.

—Soy Asher —se presenta mi hijo.

—¿Asher? —pregunta la voz ronca de Mad desde la otra punta del salón—. ¿Qué…? ¿Qué hace aquí? —Sus ojos me interrogan con pavor.

—Hola, entrenador —saluda mi pequeño que rodea con sus brazos la cintura de Mad—. Te he echado de menos, tu sustituto no me deja ayudar y, no se lo digas a él —le susurra bajando la voz en tono confidente—, pero no tiene ni idea de balonmano.

Mad atraviesa varios estados en tan solo unos segundos. Pasa de la sorpresa al miedo y del estupor a la calma, con ciertos atisbos de alegría provocada por la reacción de mi hijo ante su reencuentro. Una lágrima se entremezcla con el esbozo de una sonrisa y hasta se le escapa una carcajada tras su comentario. Hace tantos días que no veía estos gestos en él, que hasta me resultan extraños.

Ambos no tardan en enfrascarse en una conversación amena sobre las novedades del club, que consiguen distraerlo de los negros nubarrones de la acusación que versa sobre él, como si por unos minutos, esta no existiera, como si en ese cielo gris que lleva cubriendo su horizonte, se colara un rayo de sol, brillante y luminoso con nombre de niño.

—Hoy juega mi papá —anuncia Asher mirando de reojo la televisión.

—Lo sé, estaba a punto de poner el partido —le dice. No sé hasta qué punto es cierto, porque estoy segura de que en el instante en el que hemos llegado, su vista estaría perdida, como tantas otras veces, más allá del televisor apagado—. ¿Quieres que lo veamos juntos? —Disimula. Se está haciendo el valiente y el fuerte porque tiene a mi hijo delante.

—¡Sí! —exclama Asher mientras ya se dirige hacia el sofá.

Los dejo a solas. Aprovecho la conexión entre ambos para hablar con su hermana e interesarme por las novedades del caso, a ver si ha habido algún avance que lo ayude a esquivar su paso por prisión.

—No hay pruebas, no hay parte de lesiones, tan solo cuentan con el testimonio de dos testigos. Es una acusación cogida con pinzas, pero, ante estos casos y encima siendo ella menor de edad e hija de una persona influyente, el jurado siempre se decantará a su favor —me informa Elke mientras compartimos un té.

—No es justo. Menuda mierda —comento y, sin poder evitarlo, dejo con demasiada fuerza la taza sobre la mesa, como si de alguna manera tuviera que descargar la tensión que guardo dentro.

Un silencio espeso y pesado que parece consumir el oxígeno de la habitación se instaura entre nosotras. Apuro el contenido de mi bebida y ambas nos levantamos para echar un vistazo a los chicos. Nuestra necesidad de proteger a Mad, de ser su apoyo, nos lleva a no poder permanecer demasiado tiempo separadas de él, con complejo de «madres helicóptero» que no pueden dejar de sobrevolar a su alrededor.

Me recuesto sobre el marco de la puerta y dejo escapar el aire, aliviada, con la creencia de que tal vez haya subestimado la capacidad de afrontamiento de Mad. Asher y él siguen enfrascados en la retransmisión del partido, tan metidos en él como si estuvieran en el mismo estadio o, incluso, como si fueran parte de ese equipo.

Durante los sesenta minutos que dura el encuentro, no existe nada más que ellos dos y su pasión mutua por este deporte. Mad se transforma, su mirada apagada y su apatía desaparecen para dar lugar a un brillo entusiasta. Un paréntesis en el tiempo durante el cual vuelve a ser él mismo. Incluso me atrevería a decir que es una versión mejorada del Mad del que me enamoré.

Ambos juntos conforman una estampa familiar tan sencilla y bonita al mismo tiempo, que me calienta el pecho y que alimenta el anhelo de convertirla en nuestra realidad.



Maddox

CAPÍTULO 29
Es la hora

Mañana tendrá lugar el juicio. No, mañana no, dentro de unas pocas horas. Llevo sin apenas pegar ojo los últimos días y sabía que esta noche tampoco iba a ser diferente. De todas formas, casi lo prefiero así. Quiero pasar despierto mis últimas horas al lado de Liv, ya tendré tiempo para descansar en prisión, porque no me cabe la menor duda de que mañana esta amplia y cómoda cama será sustituida por un estrecho camastro en una celda. Solo me resta saber cuántas noches durará mi condena, cuánto tiempo tendré que esperar para volver a este punto. Confío en que sea el mínimo posible, aunque la abogada se ha mostrado realista desde el primer momento, sin darme falsas esperanzas, sin alimentar mis ilusiones, y sé que lo tengo bastante jodido.

Al menos, la certeza de que cuento con el apoyo de las tres personas más importantes en mi vida, mi familia, me alivia ligeramente esta angustia que tengo instalada como un peso en el estómago que parece aumentar cada minuto que avanza el reloj. Sí, mi familia, porque no solo Elke lo es. Liv y su hijo también se han ganado por méritos propios este título y ya no concibo mi existencia sin que ellos formen parte de ella.

Tras mi lesión, pasé casi diez años encerrado en una prisión invisible que yo mismo creé a mi alrededor. Espero que esto no sea muy diferente de aquello y que, al salir, Liv me esté esperando, como me aseguró. Si soy sincero, creo que eso es lo que más pánico me da, que ella ya no esté cuando salga. Que se aburra de esperarme o que encuentre a alguien mejor que yo —que seguro que los hay a patadas— y que no pueda tenerla nunca más entre mis brazos.

Se me revuelven las entrañas ante esa posibilidad y la abrazo con más fuerza, como si así la pudiera retener para siempre. Deslizo la nariz por su cuello, aspiro su aroma único e inconfundible, dulce y con toques florales, y me inundo de él, para que su recuerdo me acompañe en las noches largas y solitarias que me esperan. Impregno mis manos del tacto de su piel, recorro con las yemas de los dedos cada centímetro de su anatomía, para memorizarla y seguir sintiéndola y viéndola cuando me quede ciego. Beso la raíz de su pelo y Liv me devuelve un suave ronroneo como respuesta.

Le he suplicado que se quedara a dormir conmigo, que me regalara una última noche, y ella ha aceptado antes incluso de que terminara de formular mi propuesta. Nos hemos desnudado, despacio, hasta quedarnos únicamente en ropa interior, antes de meternos bajo las sábanas y de abrazarnos como si no hubiera un mañana. Tal vez no lo haya.

Mis labios han besado los suyos, con lentitud, plenamente conscientes de cada matiz exclusivo de su sabor para atesorarlo para siempre. En esta ocasión tenía cierto regusto triste y amargo, pero he creído percibir unas tímidas hebras de esperanza colándose entre nuestras lenguas. Así hemos seguido hasta que se ha quedado dormida entre mis brazos, con su respiración profunda y calmada que mi corazón desbocado ha tratado de emular sin éxito.

En ningún momento he pensado en sexo, pese a que Liv despierta en mí un deseo carnal y abrumador. Llevo sin hacerlo desde que la policía me sacó a rastras del pabellón donde entrenaba a mis chicos. Con la acusación que pende sobre mí, no me creo merecedor de poseer su cuerpo, aunque sea inocente y ella sea mi pareja. Me basta con envolverme en su piel para toda la eternidad. Sin embargo, se me acaba el tiempo.

Conforme las luces del alba van penetrando a través de la ventana e iluminan la habitación,

yo siento que me voy oscureciendo más. La alarma del teléfono que hace las veces de despertador comienza a sonar a un volumen demasiado alto sobre la mesilla, recordándome que entramos en tiempo de descuento. El sonido estridente me perfora los tímpanos, me apuntala al suelo y me arrastra hasta las profundidades de este pozo sin fondo.

—¿Estás preparado? —se interesa Liv, acariciándome con su mirada de chocolate fundido que baña una aflicción que no me pasa desapercibida.

—No, en absoluto —niego categóricamente. Me cuesta que me salga la voz y, cuando atraviesa el nudo invisible que atenaza mi garganta, lo hace de manera temblorosa. Creo que mi cuerpo entero lo hace.

Intenta calmarme con el bálsamo de sus labios, pero en estos momentos todo resulta insuficiente. El calor que emana de su cuerpo se vuelve frío en cuanto contacta con el mío, como la lluvia apagando un fuego durante una tormenta de invierno.

Arrastro los pies hasta la ducha, parecen pesar una tonelada y el escaso trayecto desde mi habitación se me antoja eterno. Llego casi sin aliento. Aunque puede que eso no sea por el esfuerzo físico y se deba a la opresión que siento sobre el pecho, esa que hasta ahora era una molestia a la que casi me había acostumbrado y que hoy adquiere tal intensidad que incluso he de concentrarme para respirar.

Me doy una ducha y me afeito, a pesar de que no me apetece. Tengo que estar presentable. Eso me han aconsejado. Nada de parecer un desahuciado que lleva más de un mes encerrado en casa, cuando esa ha sido precisamente mi realidad. Ojalá me permitieran cumplir aquí mi condena.

Liv y Elke me esperan en el comedor. Ambas están de pie y no me quitan el ojo de encima desde que irrumpo en la estancia hasta que tomo asiento a la mesa en donde me han preparado un suculento desayuno. La última comida de un condenado.

—Tienes que comer algo, Mad —me anima mi hermana.

No soy capaz de hablar, negarme me cuesta un mundo, así que acato su sugerencia. Me fuerzo a probar un bocado y, en cuanto lo hago, corro de nuevo al baño. Mi estómago se contrae con fuertes espasmos. Los nervios y la ansiedad me retuercen las entrañas intentando vaciar algo que no tiene apenas contenido. Cuando el regusto amargo de la bilis me quema la garganta, parece que las náuseas cesan. A mi lado, Elke y Liv me ayudan a recuperar la verticalidad. No sé en qué momento han aparecido aquí, pero les agradezco su ayuda. Mis piernas no son capaces de mantenerme en pie. La musculatura que durante tanto tiempo trabajé parece atrofiada durante esta temporada de inactividad autoimpuesta y, aunque la imagen que me devuelve el espejo no difiere mucho de mi aspecto habitual, no me reconozco.

Elke no vuelve a insistir con el desayuno. Mejor, no me apetece vomitar otra vez. El esfuerzo consumiría demasiada de mi escasa energía. Mi estómago es una centrifugadora que no admite ningún tipo de alimento y se acelera cuando suena el timbre anunciando la llegada de mi abogada. Ha preferido venir hasta aquí para darme las últimas indicaciones antes del juicio en la intimidad que ofrece el apartamento de mi hermana.

—Es mejor que no te vean con ella, Mad. No da buena imagen que, acusado de abusar sexualmente de una menor, aparezcas en el juicio acompañado de una mujer casada que además es madre de otro de los niños a los que entrenas —me explica.

Un quejido lastimero me quema la garganta y lo dejo ir, antes de que termine por abrasarme. Es como si de repente cortaran los lazos que me unen a Liv, como si me obligaran a soltar su mano, esa que me sostiene al borde del precipicio. Sin ella, estoy abocado a una caída a un pozo sin fondo.

—Tranquilo, estaré cerca —me asegura.

—¿Podré despedirme de ella o tengo que hacerlo ahora? —gimo destrozado ante la perspectiva de que este instante sea nuestro último momento juntos.

—Intentaré conseguiros unos minutos a solas, pero no puedo prometerte nada. Por si acaso, aprovecha ahora. —No me pasa desapercibido que mi propia abogada también da mi culpabilidad como único resultado posible del juicio.

Me abrazo a Liv con la desesperación de un náufrago a la deriva, que ya ha empezado a tragar agua, rodeado de tiburones hambrientos. Levanto un muro para no derramar las lágrimas que poco tendrían que envidiar a cualquier océano y con ellas digiero el «te quiero» que me muero por gritarle.

No quiero que se sienta atada a mí por esa declaración y se vea de alguna manera condicionada a esperarme. Quiero que sea decisión única y exclusivamente suya y, cuando salga, si ella está allí fuera esperándome, no me cansaré de repetírselo mil veces cada día que me reste de mi jodida existencia.

—Tenemos que irnos, Maddox, es la hora —anuncia Agneta.

Estrecho a Liv entre mis brazos durante unos segundos más, mis ojos buscan su mirada para decirle lo que mis labios callan, ignorando mis órdenes, pero ella la aparta antes de que pueda hacerlo. Los suyos se humedecen y no quiere que la vea llorar, no quiere que sea testigo de cómo se derrumba delante de mí en un momento tan crucial en que necesito todas sus fuerzas para seguir adelante.

Mi hermana se aferra a uno de mis brazos y me ayuda a llegar hasta el coche. El trayecto transcurre en una especie de túnel, envuelto en la niebla, en el que, en lugar de acercarme a la luz, me voy alejando de ella.

En las proximidades del juzgado veo apostadas a varias personas, quizá supere la veintena, en la que no me cuesta identificar a la prensa. Están al acecho, ávidos por capturarme con sus cámaras. ¿Acaso han olvidado que ya no soy nadie? ¿Por qué no pueden desaparecer de mi vida tal y como lo hicieron en el mismo instante en el que me lesioné y tuve que abandonar el balonmano? ¿Por qué vienen ahora a alimentarse de mis despojos?

Por fortuna, el vehículo en el que me transportan tiene los cristales tintados y entramos directamente por el acceso trasero al parking subterráneo, lo que posterga unos minutos más sus ansias de caza.

—Esperad aquí, vuelvo en un minuto —anuncia Agneta dejándonos a mi hermana y a mí en una especie de despacho cuando suena su teléfono. Ella sale para atender la llamada.

Me dejo caer en una silla mientras Elke ocupa la anexa y me aprieta la rodilla, la buena, para que no me olvide de que no estoy solo. El tiempo parece haberse ralentizado. En algún lugar, un reloj me tortura con el paso de los segundos. Soy capaz incluso de escuchar el ruido que hacen las manecillas al desplazarse.

Fijo la mirada en el suelo y me entretengo contando las vetas de madera para forzar a mi mente a no divagar entre otros asuntos, aislarme de todo lo demás y olvidarme de la cuenta atrás que ya se ha puesto en marcha.

Pierdo la cuenta y vuelvo a empezar. He conseguido no prestarle demasiada atención al reloj, aunque juraría que el segundero ha completado ya varias vueltas y aquí seguimos mi hermana y yo a solas. Cada vez la estancia se me antoja más pequeña, como si las paredes se cerraran sobre mí. Quiero huir, quiero escapar, pero la salida que me espera es un espacio más reducido todavía.

La puerta se abre y el mundo parece detenerse. Al otro lado aparece mi abogada que avanza con paso firme hacia mí. «Ya está, viene a buscarme. Ya es la hora», pienso mientras mi corazón

se pausa y contengo el aliento. Agneta se agacha frente a mí, en un gesto que no me espero. Toma mis manos entre las suyas, con familiaridad, como si fuera la amiga de mi hermana en lugar de mi letrada, y me obliga a mirarla directamente a los ojos.

—Maddox, se anula el juicio —anuncia.

Parpadeo un par de veces, incrédulo. Seguro que mi subconsciente me está traicionando y mis oídos escuchan lo que quieren.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —exclama mi hermana tan sorprendida como yo. Al menos, ella no está tan paralizada y ha podido reaccionar. O somos víctimas de una alucinación auditiva compartida o realmente ha dicho lo que he oído. Todavía no me atrevo a respirar, por si así se rompiera la magia, aunque empiezo a ver un rayo de luz filtrándose a través de mi oscuridad.

—Han retirado los cargos.



Katya

CAPÍTULO 30
Volver a ser valiente

Víspera del juicio

«Deberías estar muy orgullosa de lo que has hecho. Eres muy valiente», me repito una y otra vez, como si se tratara de un mantra, las mismas palabras que me dedicó mi entrenador cuando, en una de nuestras habituales charlas, le comenté que había revelado mi condición sexual a mis padres. Necesito creérmelo para ser capaz de hacer lo correcto. Tengo que volver a ser valiente.

Mañana se celebra el juicio en el que mi antiguo entrenador de balonmano, porque lo han apartado del cargo, se enfrenta a la acusación de haber abusado sexualmente de una menor. De Julia, quien lleva siendo mi mejor amiga desde primaria y por la que hace unos meses descubrí que sentía algo que iba más allá de esa amistad.

Sé que no es cierto, que fue mi amiga quien intentó besarlo y él la rechazó. Y Julia es una persona que siempre consigue lo que quiere, hasta ese momento. No está acostumbrada a que alguien le diga que no, y por eso lo está castigando.

Al principio pensaba que se trataba de una broma y que jamás se atrevería a llegar tan lejos, que en cualquier momento se retractaría y daría marcha atrás, pero el tiempo se acaba y esto no tiene pinta de que vaya a suceder. Si nadie le para los pies, tendré que hacerlo yo.

Sé que la acusación es falsa porque Julia me confesó su plan, furiosa porque el entrenador Maddox le había hecho la cobra. Y porque lo grabé con mi teléfono. Sí, tengo las imágenes.

Por mucho que me doliera la encerrona que le tendió para conquistarlo, fui su cómplice. Hice todo mal. Sabía que el entrenador estaba saliendo con alguien, lo vi con mis propios ojos, y tenía la certeza de que rechazaría a mi amiga. Podría habérselo contado a Julia, decirle desde un principio que se olvidara de él, pero no lo hice, no quería ser la mala de la película y que se enfadase conmigo. Quería que fuera otro el que acabara con sus ilusiones. En cambio, actué como gancho para atraerlo hacia el vestuario cuando el resto de compañeras del equipo ya se había marchado.

Ilusa de mí, pensaba que si lo que sentía por él no era correspondido, acudiría a refugiarse en mis brazos. Iba a ser el hombro en el que llorase y, a partir de ahí, ella empezaría a mirarme con otros ojos. Qué estúpida, ¿verdad? Pero tengo dieciséis años y a esta edad, se confunden los cuentos de hadas infantiles con la realidad y crees que todo es posible.

Quería saber qué pasaba en el interior del vestuario, así que, cuando el entrenador y Julia se quedaron a solas, me aposté junto a la puerta para espiarlos. Enseguida me di cuenta de que no podría ver nada sin ser descubierta. Cambié de plan y, en lugar de que fueran mis ojos los que los observaran, colé el móvil por la rendija de la puerta con la cámara activada de una manera estratégica en la que ellos quedaran enfocados. Cuando empecé a escuchar los gritos de mi amiga, recuperé el teléfono y me marché de allí antes de que se percataran de mi presencia. Una vez en casa, me torturé una y otra vez con las imágenes de Julia ofreciéndose al entrenador hasta memorizarlas.

—No puedes seguir con esto, Julia. Tienes que pararlo. —Intento hacerla entrar en razón cuando nos encontramos a solas en mi habitación, esperando a que nos avisen para la cena conjunta que organizan nuestras familias al menos una vez al mes.

—Él se lo ha buscado —me responde ella, muy digna, sin apartar la mirada de sus redes sociales y a mí se me cae la venda de los ojos. Julia ha tropezado y se ha caído del pedestal en el que la tenía subida a un charco de lodo.

—No es un juego. Vas a hundirlo, le estás destrozando la vida —la amonesto.

Esta vez sí, aparta la mirada de la pantalla de su móvil, la enfoca en mí y la acompaña de un encogimiento de hombros.

—No es para tanto, Katya. Es un pequeño escarmiento para que vea a quién se enfrenta.

—¿Un pequeño escarmiento? ¡Van a meterlo en la cárcel! —grito fuera de mí—. No voy a permitirlo, Julia, no voy a dejar que metas en la cárcel a un inocente solo porque seas una caprichosa y, por primera vez en tu vida, no te hayas salido con la tuya.

—Y, ¿qué vas a hacer, Katya? —me pregunta con sorna, desconoce el tesoro que tengo en mi poder.

—Voy a enseñarle esto a mi padre —respondo con firmeza, situándome de pie, frente a ella, y reproduzco el vídeo que exculpa al entrenador—. ¿Esta es la madurez de la que alardeabas ante el entrenador? Estás tan acostumbrada a que te lo den todo, que cuando alguien te dice que no, te importa una mierda joderle.

Mi padre es abogado y en cuanto se enteró de lo que supuestamente le había sucedido a la hija de su mejor amigo, no dudó ni un segundo en representarla.

El rostro de Julia se queda lívido. Le cuesta unos segundos superar la sorpresa inicial y reaccionar. Salta de la silla en la que permanecía sentada y se abalanza sobre mí, con la intención de arrebatarme el teléfono. Soy más rápida y consigo esquivar su primera arremetida. Sin embargo, nuestra pelea no se queda aquí. Me agarra el brazo que sostiene el teléfono para hacerse con él, la empujo con la otra mano, forcejeamos y ambas caemos sobre mi cama.

—¡Borra eso! No puedes traicionarme así —brama indignada mientras nos revolcamos entre arañazos, tirones de pelo y golpes—. ¡Pensaba que eras mi mejor amiga! —me acusa.

—Nos equivocamos las dos. Yo también creía que eras una buena persona —replico, apesadumbrada, con resignación y mi corazón se hace añicos. Darme cuenta del tipo de persona que es Julia en realidad, duele más que si hubiera confesado mi amor por ella y se hubiera reído en mi cara.

En ese instante se abre la puerta de mi habitación y aparecen nuestros progenitores, probablemente alertados por los gritos.

—¿Qué está pasando aquí? —inquiere mi padre paseando la mirada de una a otra.

Julia, que en este instante tiene parte de mi melena aferrada en el puño, me suelta y se sienta al borde de la cama. Me levanto, me adecento la ropa como puedo y camino hacia él con lágrimas resbalando por mis mejillas.

—Papá, ya sé que no soy tu persona favorita en este momento. —Desde que confesé que era lesbiana, la relación que mantenía con mi padre se ha visto fuertemente dañada. Antes éramos uña y carne, ahora somos dos desconocidos que viven bajo el mismo techo—. Pero tienes que creerme, el entrenador es inocente.

—¿Qué estás diciendo? —Su expresión es aún de mayor incredulidad que cuando se enteró de mi homosexualidad.

—¡Miente! Está enamorada del entrenador. Por eso lo defiende —exclama Julia. Es una gran actriz y sus ojos enseguida se humedecen para dotar de mayor veracidad a sus palabras—. No te importa lo que ese hombre me hizo. ¡No te importa que abusara de mí! —adopta una inocencia fingida que quizá engañe a los demás, pero a mí no.

Sus padres no dudan ni un segundo en creerla. Los míos, en cambio, la contemplan con

recelo.

—No, no estoy enamorada de él ni me gusta ningún otro chico. Pensaba que lo estaba de ti, Julia, pero hasta en eso me he equivocado. —Se hace un silencio incómodo ante mi declaración. Jamás imaginé que la confesión de mis sentimientos iba a tener lugar en este contexto—. Por suerte, estoy a tiempo de rectificar y tú también —añado antes de dirigirme de nuevo a mi padre —. Papá, no puedes arruinarle la vida a un buen hombre. Siempre me has enseñado a confiar en la justicia.

—No la creerás, ¿no? —le recrimina su mejor amigo y padre de Julia.

Mi padre vacila. Observa a Julia y a su padre para, a continuación, regresar su mirada a mí.

—Hija, ¿estás segura de lo que dices? —me pregunta y asiento, con el reguero de lágrimas que descienden por mi rostro convertidas en una cascada. Su sabor no es amargo porque veo en los ojos de mi padre que empieza a creerme—. Si no es así, podemos dejar libre a un criminal.

—Julia intentó besar al entrenador, pero él la rechazó. La denuncia es su venganza —expongo ante la mirada incendiaria y cargada de odio que me dedica la susodicha.

—¡Esto es inaudito! —vocifera el padre de Julia—. Es una niña, Klaus, y ese hombre es un degenerado que abusó de mi pequeña. ¿Quién sabe de cuántas personas más se ha aprovechado? ¿Nos vas a dejar en la estacada, justo la víspera del juicio, por una pataleta de tu hija? —Él también se ha dado cuenta de que su mejor amigo empieza a estar de mi lado.

—Tengo pruebas —admito en voz alta y cinco pares de ojos se clavan en mí.

—Zorra —masculla Julia en voz baja y con los dientes apretados.

Me tiembla la mano cuando pulso con el dedo el botón de la pantalla y las imágenes comienzan a reproducirse. Todos guardan silencio, incluso contienen la respiración para que ni el sonido del oxígeno saliendo de los pulmones impida escuchar la escena que se desarrolla ante nuestros ojos.

Julia y el entrenador aparecen en la imagen, sobre uno de los bancos del vestuario. Él le está masajeando la pierna, distraído, sin percatarse de la mirada depredadora que le lanza ella.

—Pero, ¿qué demonios estás haciendo? —exclama cuando Julia intenta besarlo.

—No hace falta que disimules, entrenador, sé que soy tu favorita. Sé que te gusto —replica ella.

Se levantan del banco y, aunque ya no se les ve tan bien por el cambio del encuadre, sus voces se siguen escuchando a la perfección.

—Eres una cría, Julia.

—La semana que viene cumplo dieciséis y soy muy madura para mi edad. Todos me lo dicen. No soy tan cría. ¿Acaso estas tetas te parecen las de una niña?

—Suficiente —solicita el padre de Julia y yo detengo las imágenes.

—Papá, puedo explicarlo —suplica ella.

Su padre alza una mano para que guarde silencio.

—No necesito escuchar nada más. Pensé que te habíamos educado bien, Julia, pero ya veo cuán equivocado estaba. Recoge tus cosas, nos vamos. Klaus, Katya, mis más sinceras disculpas.

El ambiente aún está tenso cuando la familia de Julia abandona mi casa.

—Yo…, lo siento, papá, debí decírtelo antes, pero confiaba en que Julia rectificaría a tiempo y ella misma confesaría —me justifico.

—Oh, Dios. He estado a punto de mandar a prisión a un inocente. Todo apuntaba a que íbamos a ganar el juicio, a pesar de no tener más que el testimonio de Julia —se fustiga mi padre, tomando asiento en la cama, a mi lado. Entierra la cabeza entre los brazos mientras se pasa los dedos por el pelo. Jamás había visto a mi padre tan hundido.

—Pero no lo has hecho, Klaus. No lo has hecho —lo consuela mi madre, apoyando las manos sobre sus hombros.

Y entonces, él parece recomponerse, se incorpora y busca mis manos. Las sostiene entre las suyas y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Has sido muy valiente, hija. Estoy orgulloso de ti.

Liv



CAPÍTULO 31
I love you to the moon and back

—Si esto es un sueño, por favor, no me despiertes —suplica Mad cuando llego hasta donde se encuentra.

Su hermana ha salido a buscarme a la cafetería junto a los juzgados en donde me encontraba a la espera de la resolución del juicio. No hay juicio. Han retirado los cargos. Y yo todavía estoy que no me lo creo. Bueno, por lo que veo, ni yo, ni nadie.

—He recibido una llamada del abogado de la chica. Ha reconocido que se lo inventó todo. El letrado me ha anunciado que, desde este mismo momento, rompe cualquier relación laboral que pudiera tener con ella y que entendería que emprendiéramos acciones legales. Podemos demandarles por calumnias, difamación e injuria —explica Agneta ante todos los presentes, con un brillo entusiasta al ver cómo se ha dado la vuelta al caso; de estar prácticamente perdido a poder obtener algún tipo de beneficio.

—No, ya basta. Solo quiero recuperar mi vida —ataja Mad. De repente parece aún más cansado de lo que ya estaba, como si la carga que lleva soportando estas últimas semanas le hubiera sumado años—. Entonces, ¿se ha acabado todo? ¿Puedo irme ya? —inquiere esperanzado.

—Sí, Maddox. Todo ha terminado —le responde su abogada apretando sus hombros en un gesto reconfortante. Creo que todos suspiramos aliviados. El ambiente a nuestro alrededor se vuelve más ligero, más fresco, como si alguien acabara de abrir una ventana por la que se filtra la brisa del mar.

Él se levanta despacio, como a cámara lenta, y se sacude la ropa como si se estuviera desprendiendo de una invisible pero pesada capa de polvo. Antes de que sea plenamente consciente de lo que sucede a continuación, me veo empujada contra la pared, como si hubiera sido arrollada por un tren a toda velocidad, y los labios de Mad asolan los míos con auténtica desesperación. Vierte en el interior de mi boca la tensión acumulada. Se traba con mi lengua y me la bebo para liberarlo por fin de ese peso que ha portado a sus espaldas.

—Gracias, gracias por creer en mí, gracias por estar a mi lado —exhala durante una pequeña pausa en la que ambos aprovechamos para recuperar el aliento—. Te quiero, Liv.

Su declaración me roba el poco oxígeno que había conseguido inhalar y lo vuelvo a tomar prestado de sus pulmones. Nos volvemos a fundir en un beso ansioso, en el que volcamos toda nuestra necesidad y las ganas acumuladas. Un beso que no sabe a despedida, como el que nos hemos dado en casa de su hermana, sino a reencuentro y a futuro. No soy capaz de contestarle con palabras porque no quiero perder más tiempo separándome de nuevo de él. De todas formas, no creo que con mi reacción le quede ninguna duda de que yo también siento lo mismo. Mis manos se enredan entre sus cabellos, las suyas se afianzan en mi espalda, nos empujamos hacia el otro como si la existencia del mínimo espacio entre nosotros fuera intolerable.

Un molesto e inoportuno carraspeo nos obliga a regresar del universo paralelo al que hemos viajado en el que solo existimos Mad y yo.

—¿Nos vamos? —pregunto. Él asiente, con los ojos cerrados y la frente apoyada sobre la mía —. ¿Vamos a mi casa?

Asher está en el colegio y mis padres se encargarán de recogerlo, por lo que tenemos la

vivienda para nosotros dos solos hasta media tarde, cuando termine su entrenamiento. He tenido que explicarles, sin entrar en muchos detalles para evitar un posible enjuiciamiento por su parte, que tenía que ayudar a un amigo que estaba atravesando un momento complicado.

Busco su mano y entrelazamos los dedos mientras nos dirigimos a la salida de los juzgados de camino a mi coche, que he tenido que dejar aparcado a un par de manzanas de aquí.

—Quizá no sea buena idea —comenta en voz alta cuando llegamos a la puerta principal. A través de la cristalera vemos a varios periodistas, de la prensa local y deportiva en su mayoría, que esperan famélicos para abalanzarse sobre la noticia. Está lloviendo, aunque eso no parece ser suficiente impedimento para saciar su hambre.

Se paraliza y su mano trata de liberarse antes de que sean testigos de nuestro vínculo. Sin embargo, no se lo permito.

—¿Podemos hacer esto? —me pregunta con dudas.

—No lo sé, pero me da igual. No voy a soltarte.

—Entonces, vamos. Contigo a mi lado, puedo hacerlo.

Mad afianza aún más su agarre, sostiene mi mano con fuerza y camina hacia el exterior. En cuanto atravesamos las puertas, escoltados por agentes de policía que tratan de controlar el tumulto, nos convertimos en el objetivo de varios flashes. Un grupo de periodistas nos rodea y nos impide avanzar. No es muy numeroso, pero me resulta excesivo e intimidante. Frente a nosotros se materializan varios micrófonos y teléfonos móviles. Varias voces se pisan unas a otras lanzando preguntas.

—Maddox, ¿qué ha pasado ahí dentro? ¿Por qué han retirado los cargos? ¿Habéis llegado a algún tipo de acuerdo económico?

—¿Cómo te sientes ahora? ¿Cómo crees que va a afectar esta acusación a tu imagen?

—¿Quién es la mujer que te acompaña?

Mad cruza una mirada cómplice conmigo a la que no puedo evitar sonreír.

—No voy a hacer declaraciones. Mi abogada emitirá un comunicado oficial con la información pertinente. Y ahora, si me lo permiten, me gustaría pasar. Muchas gracias —expone tajante y su tono autoritario hace que los periodistas se hagan a un lado y nos dejen avanzar.

La lluvia arrecia y nos vemos obligados a recorrer a la carrera los últimos metros que nos separan de mi coche. Aun así, llegamos empapados. Solo nos soltamos para poder entrar en el vehículo y, una vez dentro, nuestras manos vuelven a buscarse. Nos miramos, nuestro aspecto es desastroso, con el pelo chorreando, la ropa mojada pegada al cuerpo y en mi caso, con el maquillaje corrido. Estallamos en carcajadas limpias, necesarias y liberadoras, que aligeran aún más la carga que portábamos.

—Yo también te quiero, Mad —confieso cuando nos encontramos a salvo del aguacero en el interior del coche.

Su respuesta vuelve a ser uno de esos besos arrolladores que me hacen levitar y me transportan muy cerca del cielo, no de este gris y plomizo que parece romperse sobre nuestras cabezas, sino uno completamente azul donde el sol brilla con fuerza.

Minutos después, llegamos a mi casa. Está en silencio, interrumpido únicamente por el sonido de nuestros labios explorándose, nuestra saliva mezclada y los gemidos que se nos escapan de vez en cuando. Nos arrancamos la ropa mojada en nuestro desesperado camino hacia la habitación y caemos sobre la cama, él encima de mí.

Mad se toma unos instantes para mirarme a los ojos, me aparta varios mechones húmedos pegados al rostro y me acaricia las mejillas con suavidad, con tanta ternura que se me encoge el pecho.

Nuestros labios se vuelven a unir de una forma mucho más pausada. Enrosca su lengua con la mía en un baile lento que sigue una música que solo nosotros somos capaces de escuchar y, enseguida, el resto de nuestro cuerpo comienza a seguir los pasos de esa danza inventada, mientras nos desprendemos de las ropas restantes para quedarnos completamente desnudos, en cuerpo y alma.

Sus manos recorren con parsimonia cada centímetro de mi anatomía y mi piel parece despertar bajo su tacto, vibra bajo las yemas de sus dedos y se estremece. Parece querer alzarse y perder el contacto con el colchón con tal de no dejar de sentirlo. Sus labios siguen el camino marcado, como si hubiera dejado una estela de fuego sobre mi piel y fueran su boca, su lengua y su saliva las encargadas de calmarla. En lugar de apagar las llamas, me enciende aún más y cada molécula que me compone burbujea de puro deseo.

Me sujeta por la nuca, me obliga a inclinar la cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello. Lo recorre con su nariz, como si me estuviera oliendo, sin apenas tocarme, como si quisiera embeberse de mí con sus cinco sentidos, y resulta tan excitante que a punto estoy de explotar con ese simple gesto.

Su erección pulsa para abrirse hueco entre mis muslos. Facilito su objetivo enroscando las piernas alrededor de sus caderas y me aferro a su espalda para que nada, ni siquiera el aire, ose interponerse entre nosotros. Se desliza, resbala entre mis pliegues, despacio, sin prisa, como si estuviera siguiendo el cauce natural de un río que desemboca en mis entrañas. La orilla, los márgenes de mi arroyo lo abrazan y lo envuelven para no quedarse nunca sin su agua.

Grito en cuanto lo siento dentro, no porque me duela, sino porque siento que ha llegado a un punto tan profundo que jamás nadie había alcanzado. Mad también jadea y se detiene en ese instante, como si hubiera sentido lo mismo. Busca mis ojos y me derrito bajo su mirada.

Parece como si la canción que escuchábamos se hubiera terminado y ambos permaneciéramos expectantes a que dé comienzo la siguiente. Una melodía mucho más lenta, más sensual, más sentida, prohibida para otros oídos que no sean los nuestros, que nos invita a bailar de una forma única. Nuestros cuerpos se mecen en una conjunción sublime y entonamos unos gemidos que se convierten en la letra perfecta para nuestra canción, conforme nos volvemos un solo ser. Nos fundimos y tengo la sensación de que jamás podremos volver a separarnos sin quedarnos en carne viva.

Cierro los ojos y estallamos al unísono, con una sincronía y una complicidad soberbia. Volamos por los aires convertidos en una auténtica lluvia de estrellas. Nos rompemos en un millón de fragmentos que quedan desperdigados entre las sábanas para volvernos a reconstruir convirtiéndonos en algo mucho más bello. Es tan intenso y tan hermoso que me cuesta trabajo contener las lágrimas. Los abro y contemplo a Maddox. Sus mejillas también están húmedas y las seco con suaves toques de mis labios.

—Te quiero hasta la luna y más allá —confieso usando las mismas palabras del tatuaje que luce en el costado como homenaje a sus padres.

—Es una distancia muy corta para demostrarte todo lo que siento por ti —añade y me envuelve con una cálida sonrisa, que me arropa mucho más que la manta más suave que pueda existir.

Se acomoda a mi lado, me abraza y se deja llevar por el sueño que le ha fallado durante estos días. Me dejo contagiar, pero justo cuando estoy a punto de dormirme, escucho el rugido inconfundible de unas tripas que apenas han probado bocado.

—¿Tienes hambre, Mad? —pregunto a pesar de la evidencia.

—Un poco —admite adormilado.

—Vamos, comamos algo —lo animo y me incorporo de la cama, instándole a que me siga.

Busco en los cajones y le presto algo de ropa de Dominik mientras yo cubro mi desnudez con un vestido. Él me gruñe, con pereza, pero me acompaña hasta la cocina. Tiro de sobras que caliento en el microondas de las que damos cuenta enredados en el sofá, con mis piernas sobre las suyas y buscando la mínima excusa para regalarnos una caricia.

—No me puedo creer que todo haya terminado por fin —musita, llevando su tenedor hasta mi boca, alimentándome de una forma juguetona y excitante a la vez.

—Todo ha sido un mal sueño, Mad. Un mal sueño del que ya hemos despertado —apunto al mismo tiempo que saboreo el bocado que me ofrece como si fuera el manjar más exquisito.

—No estoy tan seguro, Liv. Creo que no hay vuelta atrás, que la duda que han vertido sobre mí manchará mi imagen para siempre. Seguro que hay quien piensa que he pagado a la chica para que retire su acusación, cuando no tengo dinero ni para costearme mi propio apartamento.

—Pues haremos que lo olviden. Haremos que recuerden al gran «Mad Maddox», un gran jugador que después de una desafortunada lesión supo reconducir su vida. Enseñó a un grupo de niños que no sabía ni lo que era el balonmano a que amaran ese deporte casi tanto como lo ama él…

—Que es una ínfima parte de lo que te amo a ti, Liv —me interrumpe con una declaración que hace que mi corazón comience a latir desbocado.

Sus labios me atrapan, como si fueran una fuerza superior que me atrae sin remedio y a la que no me puedo resistir. Me vuelvo a perder en el interior de su boca hasta que unas voces nos sobresaltan.

—¡Puaj, mamá! ¡Qué asco!

—¡Liv, hija!

Mis padres y Asher acaban de irrumpir en casa. No he oído las llaves girando en la cerradura ni la puerta abrirse, inmersa como estaba en impregnarme del sabor de Mad. Me sonrojo, el calor asciende por mis mejillas y noto que se me ruboriza hasta la raíz del pelo. Entierro la cabeza en su pecho y me entra la risa. Mi cuerpo vibra presa de mis carcajadas y, cuando consigo recomponerme un poco, estudio con prudencia la reacción de quienes me rodean.

Mad me mira con una sonrisa comedida, tan cohibido como lo pueda estar yo, aunque la expresión de sus ojos es divertida. Mis padres parecen nerviosos, nos contemplan incrédulos, como si no dieran crédito a lo que acaban de presenciar.

Me aclaro la voz, estiro el vestido y me pongo en pie. Tomo a Mad de la mano para que me imite y nos plantamos frente a ellos dispuesta a contarles la verdad. Después de lo que han visto, ya es tarde para inventarme excusas o para posponer algo que es inevitable.

—Mamá, papá, este es Maddox. Él es el amigo al que tenía que ayudar. Bueno, es algo más que un amigo —lo presento con timidez.

—Oh, hija, lo siento. Asher se había olvidado la mochila para el entrenamiento y… pensaba que no había nadie en casa. Tenía que haber avisado de que veníamos —se disculpa mi madre, entre titubeos, mucho más azorada que nosotros dos—. ¿Por qué no nos habías dicho nada, cariño? —me reprende.

—No lo sé, quería hacerlo, solo estaba buscando el momento oportuno. ¿No estáis enfadados?

—¿Por qué habríamos de estarlo? —pregunta mi padre, confuso.

—No sé, acabo de firmar los papeles del divorcio y ya he rehecho mi vida. Ya estoy con otra persona…

—Shhh, mi niña. ¿Este hombre te hace feliz? —Miro a Mad y en cuanto lo hago, sé que mis

ojos brillan y mi realidad se vuelve más luminosa.

—Sí, por supuesto que sí.

—Entonces, eso es suficiente para nosotros. No necesitamos saber nada más. Has pasado tanto tiempo perdida en una vida que no te merecías, te ha costado tanto verlo, que no nos extraña que ahora quieras recuperar el tiempo perdido.

—Mamá, ¿el entrenador es tu novio? —inquiere Asher paseando la mirada entre uno y otro, incidiendo en nuestras manos que todavía permanecen unidas.

—Sí, cariño.

—Como mola —susurra y su aceptación no puede hacerme más dichosa.



Maddox

CAPÍTULO 32
Entrenador, este triunfo también es tuyo

Salto en las gradas cuando una jugadora anota el tanto que empata el partido. Liv, a mi lado, me aprieta el brazo para intentar que me calme. Estoy viviendo el encuentro como si me fuera la vida en ello. Y no me juego nada, ya no, pese a que las que están en la pista son las chicas que componen el equipo cadete femenino que comencé entrenando a principios de la temporada. Si ganan este partido, se harán con el título del campeonato. Sí, han pasado en una temporada de farolillo rojo a luchar por el primer puesto y no puedo estar más orgulloso de ellas.

Ya han transcurrido algo más de dos semanas desde que se anuló el juicio y todo acabó. Casi todo el mundo ha seguido sus vidas, como si aquel suceso jamás hubiera tenido lugar, pero a mí no me resulta tan fácil. Julia ya no forma parte de este equipo que se está jugando la final. En cuanto se descubrió el pastel, sus padres se la llevaron de la ciudad, a un famoso internado cerca de Berlín. Los contactos del empresario consiguieron que la admitieran a punto de finalizar el curso. A pesar de lo que hizo, me da lástima. Siento que podríamos haber arreglado las cosas de otra forma y ella no habría tenido que renunciar a sus amistades y su vida aquí.

—¡Katya, cubre esa defensa! ¡Que no pasen! —grito, olvidándome momentáneamente de que ya no soy su entrenador—. ¡Así se hace! ¡Muy bien! —la felicito y mi voz ha debido sonar lo suficientemente alto, abriéndose hueco entre el centenar que animan a uno y otro equipo, porque ella se gira hacia mí.

—No puedes evitarlo, eh —comenta una divertida Liv que está disfrutando más del espectáculo que doy yo que del propio partido—. Todavía no entiendo por qué rechazaste la propuesta de Armin cuando esto te da la vida.

—O me la quita, no lo tengo muy claro —apunto, mirando de reojo el marcador empatado con el temporizador devorando segundo a segundo los tres minutos que restan para finalizar el partido.

En cuanto se confirmó que yo no había hecho nada, Armin se disculpó conmigo. En ningún momento tuvo dudas de mi inocencia, pero tratándose de menores, no podía permitirme seguir en contacto con ellos. Algo totalmente entendible. Cuando se supo que mi acusación era falsa, no perdió ni un minuto en pedirme que regresara a mis labores como entrenador.

Sin embargo, todavía no estoy preparado para volver. Necesito dejar que pase algo más de tiempo, que los días, las semanas e incluso los meses borren lo acontecido. Todavía está demasiado reciente. Me consta que muchos padres me miran con suspicacia y se llevarían a sus hijos del equipo si vuelvo a ponerme a su cargo y eso me jodería mucho. No son solo un grupo de chavales que han coincidido en una actividad extraescolar, entre ellos se ha establecido un vínculo importante. Son compañeros, son amigos, son partes irremplazables de un todo. El único que no es necesario para completar ese conjunto soy yo.

—¡Goooooool! —vocifero cuando el balón se cuela en la portería rival. Asher, sentado al otro lado de su madre, busca mi mano para chocarla.

Los segundos restantes hasta que el árbitro señala el final del partido pasan de una forma demasiado lenta para mis nervios a flor de piel. Contengo la respiración cada vez que el equipo

contrario se hace con el balón y no vuelvo a ser capaz de respirar hasta que cede la ofensiva. Por fin, el silbato finaliza mi tortura. Han ganado. Son campeonas, son mis campeonas.

Grito, aplaudo y salto, emocionado. Me abrazo a Liv, alzo a su hijo del suelo y vuelvo a gritar, a aplaudir y aclamar a las vencedoras.

—¡Muy bien, chicas! ¡Así se juega! —Uso mis manos como un megáfono para proyectar mi voz hacia la pista.

Katya se gira hacia el lugar de las gradas que ocupo, sonríe con absoluta felicidad y le respondo con el mismo gesto. Le dice algo a una compañera que tiene al lado y las dos se dirigen hacia un punto que queda fuera de mi campo visual mientras el resto del equipo continúa con la celebración.

Un par de minutos después, los gritos a mi alrededor se intensifican sin motivo aparente. La gente parece eufórica. Asher reclama mi atención. Lo miro y me señala a un punto, a escasos metros de donde me encuentro, en donde las dos jugadoras avanzan directamente hacia mí.

—Vamos, entrenador. Este triunfo también es tuyo —me dice Katya, agarrando una de mis manos, mientras su compañera tira de la otra.

Me resisto. No creo que mi lugar en este instante esté a su lado.

—Venga, no te hagas de rogar. Lo estás deseando, estás deseando vivir este momento con ellas —me anima Liv y me da un pequeño empujón. Su hijo se alía con ella y no me queda más remedio que ceder a su insistencia.

Katya me lleva hasta la pista en donde enseguida me veo envuelto por el resto del equipo y varios miembros del club, Armin entre ellos. Entrelazamos nuestros brazos hasta que solo somos uno y saltamos festejando la victoria.

He vivido muchos triunfos, he ganado títulos importantes y he logrado conseguir grandes cosas a lo largo de mi carrera profesional, pero nunca me he sentido más orgulloso que en este instante.

Estoy tan exultante como un niño en la mañana de Navidad. Tengo tal subidón de adrenalina que me cuesta regresar a mi estado normal y, por si fuera poco, Liv acaba de recibir la sentencia de divorcio. Ya es oficial, ya es libre, ya es solo mía, aunque hace mucho que la siento así.

La excitación me dura hasta bien entrada la noche, a pesar de que la descargo contra su boca en cuanto me confirma que su hijo ya duerme. A pesar de que oficialmente no vivimos juntos y ni siquiera hemos hablado del tema, paso mucho tiempo en su casa. Cada vez tengo más cosas aquí y menos en el piso de mi hermana. Empezó por un cepillo de dientes y una muda limpia y ahora, mi ropa empieza a reemplazar en el armario de su habitación a la que perteneció a su exmarido. Hoy también voy a dormir con ella. O a pasar la noche, ahora mismo no tengo demasiadas ganas de dormir, precisamente.

Apenas le permito entrar al dormitorio. En cuanto lo hace, me abalanzo sobre ella, como un depredador al acecho. Y mi presa son sus labios, su boca, su cuello, sus pechos. Mi presa es cada centímetro de su piel que comienzo a devorar con avidez. La atrapo contra la pared y mientras mi lengua le roba el aliento, mis manos la despojan de cualquier tela que cubra su piel.

Cuelo mis dedos entre sus muslos hasta llegar a su sexo que me recibe empapándome con su excitación. Ver el estado en el que se encuentra con solo unas pocas caricias por mi parte, me enardece hasta el punto de que mi erección resulta dolorosa. Ahondo un poco más en su interior, la penetro con movimientos firmes al mismo tiempo que la palma de mi mano incide en ese botón cada vez más tenso con la fuerza necesaria para llevarla directamente a la cima en unos pocos toques más.

Sé que tenemos que ser silenciosos, su hijo duerme al otro lado del pasillo, así que me trago

cada uno de los gemidos que yo mismo le arranco. Cuando la presión de mi polla se vuelve insoportable, me bajo los pantalones hasta la altura de los tobillos para liberar mi miembro, elevo una de sus piernas y me inserto en ella con un solo movimiento. Muerdo su boca o ella muerde la mía, para contener el jadeo de esa sublime primera sensación de sentirme dentro de ella, de saber que formo parte de ella.

Nos corremos a la vez, tan solo unos minutos después de esa primera embestida, como si nuestros cuerpos hubieran aprendido a sincronizarse a la perfección, como si el detonador que nos hace estallar a ambos se encontrara unido por el mismo cable.

Después, caemos derrotados sobre el colchón de su cama, con la respiración todavía agitada. Nos dormimos abrazados, entre besos, y de esa misma manera la despierto, rozando de forma suave sus labios. Desciendo por su cuerpo, trazando miles de caminos con mi lengua que estimulan hasta la última partícula de su piel y acaban muriendo entre sus piernas. Liv, todavía adormilada y con los ojos cerrados, ronronea ante mis atenciones. Sonido que muta en gemidos cuando mi lengua lame, succiona y degusta su sexo hasta obsequiarle con un bonito orgasmo. No tengo muy claro quién de los dos sale ganando con ese regalo. Es todo un lujo poder beberme hasta el último de sus espasmos.

—Buenos días —la saludo, reptando por su cuerpo hasta darle a probar de mis labios su propio sabor.

Nuestras lenguas se enredan, los besos se vuelven ardientes y las caricias que nos regalamos empiezan a tomar intensidad hasta que convertimos la cama de nuevo en una hoguera. Restriego mi dureza contra ella, buscando el acceso a su interior cuando ella me detiene y me obliga a tenderme de espaldas. Me dedica una mirada lasciva, se sitúa de rodillas entre mis piernas y lame mi polla, desde la base hasta la punta, antes de engullirme. Joder, quiere devolverme el favor.

Me apoyo sobre mis codos, para poder tener una mejor perspectiva de lo que me está haciendo hasta que ya no puedo más, me fallan las fuerzas y me dejo caer sobre el colchón. Liv, ayudándose de la mano, aumenta el ritmo y varía levemente su posición, de manera que una de mis piernas queda entre las suyas y se frota contra ella, buscando su propio placer.

—Voy a correrme —le advierto. Sentir el calor de su sexo húmedo sobre mi pierna, percibir su necesidad sumada a la mía me lleva hasta el límite.

Sin embargo, cuando estoy rozando el punto de no retorno, Liv se aparta de mí, de manera precipitada, y corre al baño. La oigo vomitar desde donde me encuentro y salto tras ella.

—¿Estás bien? —me intereso, arrodillándome a su lado.

Le retiro el pelo del rostro mientras vacía su estómago en el inodoro. No tiene buen aspecto. Está pálida y sudorosa. Su cuerpo tiembla y me asusto como jamás lo he hecho antes en mi vida.

Liv



CAPÍTULO 33
Estoy aquí

—¿Estás bien? —pregunta Mad, mientras me sujeta el pelo para que no caiga sobre mi rostro y me acaricia la espalda con ternura.

Me encantaría poder contestarle, pero las náuseas no cesan a pesar de que siento que ya no me queda nada en el estómago. Me siento realmente abochornada. Jamás me ha pasado nada parecido. Juro que lo estaba disfrutando, que proporcionarle placer a Mad me estaba excitando hasta el punto de que necesitaba rozarme en busca de mi propio alivio. Y cuando ya estaba a punto, cuando estaba preparada para recibir su simiente en mi garganta, cuando ansiaba que se descargara en mi boca, se me ha revuelto el estómago y he tenido que huir despavorida hacia el baño para no vomitarle encima. No me atrevo ni a mirarle a la cara.

—¿Te encuentras mejor? —insiste cuando parece que el malestar se me va pasando.

Asiento, casi sin fuerzas, y trato de ponerme en pie. Él me ayuda, me lleva hasta el lavabo y me refresca el rostro con agua fría. Sienta bien.

—Lo siento —me disculpo y entierro la cabeza en su pecho, me siento débil y con unas terribles ganas de llorar.

—Ey, no pasa nada —me consuela—. Será un virus estomacal. ¿No me dijiste el otro día que Asher estuvo enfermo? Venga, acuéstate y descansa. Yo me ocupo de tu hijo.

Hoy se celebra una especie de festival de balonmano, un torneo con varios partidos simultáneos, para conmemorar el final de la temporada y lo cierto es que no me veo con fuerzas para aguantar toda la mañana de pie, ni siquiera para aguantar diez minutos.

—¿No te importa? Nos podemos quedar en casa todos, si no te apetece ir.

—No, tranquila, al chaval le hace ilusión.

—Y tú, ¿estás preparado? —inquiero. Sé que va a tener que verse las caras con aquellos padres que lo juzgaron y no quería que tuviera que hacerlo solo.

—Tarde o temprano tenía que pasar este trago. Descansa, preciosa —me dice con una sonrisa que me tranquiliza, aunque me gustaría estar a su lado y ser su soporte. Ser el agua que le ayude a que descienda de una forma más sencilla por su garganta y le facilite digerirlo.

Me acompaña hasta la cama, me arropa con cariño y me da un beso en la frente.

—Llámame ante cualquier cosa.

—Te lo prometo.

Mad se hace cargo de Asher. Desde la cama escucho cómo lo despierta y le prepara el desayuno. Se me hincha el pecho al ver lo bien que se desenvuelve con mi hijo. Se le dan bien los niños. Dominik nunca ha mostrado esa soltura y eso que Asher es de su propia sangre.

Apenas me entero del beso que me dan los dos cuando se marchan al evento. Duermo durante un par de horas aproximadamente y, cuando me despierto, me encuentro algo mejor, aunque sigo con el estómago alterado. No es una sensación extraña, ya he experimentado esto con anterioridad, pero no era cuando estaba afectada de gastroenteritis, es más parecido a cuando… Oh, no. No es posible.

Un sudor frío me recorre la columna vertebral, mi corazón se desata y el golpe de los latidos que rebotan contra mi pecho me oprime de tal forma que me cuesta incluso respirar. No, no, no. Me niego a creerlo. Desde que perdí a Hanna tomo la píldora y llevo un control de cada ciclo en

el calendario del móvil. No hay lugar para un error.

Me levanto de la cama de manera precipitada, con el teléfono en la mano e ignorando las náuseas, voy directa al armario del baño en donde guardo las medicinas. El sudor que empapaba mi espalda se vuelve hielo y las esquirlas me arañan la piel. Mierda, según mi apunte en el calendario, debería haber terminado este blíster hace tres días.

Echo la vista atrás y recuerdo el último mes que he pasado, la acusación de Mad, el juicio que al final no tuvo lugar… Ha sido un mes duro en el que mi cabeza estaba en otra cosa. En más de una ocasión, he dormido fuera, con él, con Mad. En tres ocasiones, para ser exactos, las mismas tres ocasiones que suponen un despiste en la toma del anticonceptivo. Joder, cómo fui tan estúpida de no caer en eso y tomarla nada más regresar a casa.

Con manos temblorosas, busco el contacto de Mad en la agenda. Por suerte, lo tengo en las llamadas recientes y no me cuesta mucho llegar a él.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te encuentras? —se interesa en cuanto descuelga el teléfono.

—Mad… —Estoy llorando y me cuesta la misma vida pronunciar su nombre.

—Liv, ¿qué pasa? Me estás asustando. —La preocupación y la angustia son palpables en su voz.

Le explico por encima lo de las pastillas y suelto la bomba.

—Creo que estoy embarazada.

Me cuelga. No dice nada, ni una puta palabra, y me cuelga la llamada. Apoyo la espalda contra los azulejos de la pared y me dejo resbalar hasta el suelo. Rota, asustada y con mil preguntas en la cabeza para las que solo tengo una respuesta: «no puedo pasar por lo de Hanna otra vez».

Así es precisamente como me encuentra Mad cuando regresa, ahogándome en un charco de mis propias lágrimas. Juro que pensé que no vendría.

—Liv, estoy aquí. —Toma asiento a mi lado, en el suelo, y me atrae hacia su pecho.

—¿Dónde está Asher? —pregunto. No quiero que mi hijo me vea en este estado.

—Le pedí a mi hermana que se lo llevara a comer. Pensé que estaríamos mejor a solas. Por cierto, he traído esto —dice y me enseña al menos tres test de embarazo de diferentes marcas—. No sabía cuál escoger.

—Bastaba con uno. —A pesar de la situación, de estar más asustada de lo que he estado en mi vida, sonrío.

—¿Sabes cómo va?

Asiento.

—Solo hay que introducir el palito en una muestra de orina y esperar un par de minutos —explico.

—Y, ¿quieres hacerlo ahora? ¿Tienes ganas de hacer pis? —Vuelvo a asentir—. Está bien, te dejaré un poco de intimidad —dice, incorporándose.

—No, por favor, quédate conmigo —suplico, buscando su mano para evitar que se separe de mí.

Maddox se gira mientras recojo orina en un botecito. Inserto el test hasta donde indica, lo deposito sobre una superficie horizontal y me siento, sobre la misma taza, a esperar. Él me tiende la mano y la agarro entre las mías con tanta fuerza que le clavo las uñas, aunque no protesta.

Los dos fijamos la mirada en el pequeño rectángulo donde están los indicadores, como si solo existiera ese test en el mundo. Contengo la respiración. Bajo mis dedos percibo el pulso de Mad. Está acelerado, él también está nervioso.

No hace falta ni esperar los ciento veinte segundos que marcan las instrucciones para ver

aparecer una segunda raya junto a la que indica que el test está bien hecho. No reacciono, ni para bien, ni para mal. No puedo, estoy en *shock*.

—¿Quieres que probemos con otro test? —pregunta Mad. Creo que le preocupa que yo permanezca estática, con la mirada perdida en esa segunda raya, como si esa prueba de embarazo perteneciera a una desconocida.

—No, no es necesario, Mad —respondo con un tono tan frío e impersonal que se me antoja extraño.

De pronto, caigo en la cuenta de que todavía aferro su mano y aflojo mi agarre. Como me temía, mis uñas han dejado marcas en su piel. Inspira hondo, escucho el aire entrar y salir de sus pulmones, dos veces.

—¿Qué quieres hacer, Liv? —se interesa—. ¿Te gustaría volver a ser madre?

«¿Me gustaría volver a ser madre?», repito la pregunta para mí misma y trato de poner en orden mis pensamientos, en dar forma a la maraña de sentimientos que tengo en mi interior.

Viajo al pasado, revivo la ilusión de aquel otro positivo, ese soplo de aire fresco que iba a suponer para mi relación con Dominik. Pero enseguida avanza hasta el momento en el que me confirmaron que mi pequeña, todavía dentro de mí, había muerto y tuve que traerla a este mundo sin una mano amiga a mi lado que me diera fuerzas.

—No, no puedo, no puedo —repito una y otra vez, como si esas fueran las únicas palabras que mi cerebro recuerda.

Estoy en esa sala del hospital, fría e impersonal, desgarrándome con cada empujón, dejando una parte de mí, irrecuperable, sobre la mesa del quirófano, rodeada de extraños. Y, entonces, exploto.

Rompo a llorar, no son lágrimas de felicidad, sino de auténtico pavor. Se me nubla la vista, sé que se debe al acúmulo de lágrimas que derramo que parece no tener fin. Me duele el pecho, me falta el aire y doy bocanadas desesperadas como un pez fuera del agua. El pulso rebota contra mis sienes, me va a explotar la cabeza y el corazón amenaza con escaparse por la boca. Hasta que Mad no vuelve a acogerme entre sus brazos, no soy consciente de que incluso tiemblo.

Me acurruco en el refugio que me ofrece, me entierro en su pecho, deseando con toda mi alma que el mundo se detenga en este instante para siempre y poder dejar fuera la realidad que estoy viviendo. Las manos de Mad me masajean la espalda. Sé que me habla, escucho su voz, en un tono suave, aunque no soy capaz de entender lo que dice. Sus palabras me llegan amortiguadas. Aun así, me reconfortan.

Continúa deslizando sus dedos por mi espalda, trazando dibujos invisibles. Me concentro en la cadencia lenta y pausada de sus movimientos, en la sensación agradable de sus caricias e intento aislar esa emoción de todas las demás, hasta que, poco a poco, sus latidos, más calmados que los míos, me arrastran a un mar menos turbulento.

—Sé que estás asustada, pero, dime, Liv, ¿te gustaría? —insiste.

Me separo de él, lo justo para poder estudiar su rostro, sin llegar a perder el contacto reparador de su cuerpo. No soy capaz de leerlo, las lágrimas me impiden analizar su expresión y no saber lo que piensa él, me mata un poquito más. Al fin y al cabo, somos dos en todo esto y no quiero su rechazo.

—Sería bonito volver a ser madre —respondo con aire soñador. Mi voz refleja ese anhelo, brilla durante unos segundos para luego volver a oscurecerse—. Lo haría con los ojos cerrados si supiera que todo va a ir bien. Sin embargo, me da pánico volver a pasar por lo mismo que pasé con Hanna. No podría soportarlo.

Me muerdo el labio, con saña, hasta que siento el sabor metálico de la sangre en mi boca, para

que sea otro dolor el que calme la angustia que siento en estos momentos.

—Ojalá pudiera prometerte que todo va a ir bien, pero no puedo. Lo que sí puedo asegurarte es que esta vez no estarás sola. Te quiero, Liv. Estoy contigo y lo voy a estar hasta el último día de mi jodida existencia si tú me lo permites. —Se me llena el pecho de una congoja dulce que desplaza a esa otra mucho más amarga—. A pesar de que nunca me había planteado la idea de ser padre, formar una familia contigo ahora mismo se me antoja lo más maravilloso del mundo.

»Sé que tienes miedo, debió ser muy duro vivir aquello. Yo también lo tengo y no me da vergüenza reconocerlo. Si algo sale mal, nos apoyaremos el uno en el otro y lo superaremos. Estamos juntos en esto, Liv. Sois mi mejor jugada —dice posando una de sus manos sobre mi vientre y el calor de su roce consigue por fin templarme—, y nuestro partido no ha hecho nada más que comenzar.

»Y ahora, dime, Liv —prosigue—, ¿quieres que soñemos juntos con ser padres? ¿Quieres hacerme el hombre más feliz del mundo dejándome compartir el resto de mi vida contigo?

—Sí, quiero.

Fin



Maddox

EPÍLOGO 1
Treinta y cuatro semanas después

La espalda de Liv está pegada a mi torso, mi mano, entrelazada con la suya, se apoya sobre su vientre. Llevamos semanas durmiendo así, en esta misma postura, de manera que podemos sentir los movimientos de nuestra pequeña. Sí, es una niña y, de momento, todo parece ir bien.

El cuerpo de Liv se tensa entre mis brazos, se contrae y contiene la respiración. Masajeo su espalda hasta que siento que el dolor cede.

—Cada vez son más seguidas —advierto—. ¿Crees que ha llegado la hora?

—No lo sé —responde y justo en ese instante siento una humedad que empapa las sábanas—. Eso parece, sí. —Tiembla.

—Tranquila, ya no queda nada. Es la recta final. —La reconforto con un beso en el nacimiento del pelo.

Llegar hasta aquí no ha sido fácil. El embarazo ha evolucionado sin problemas, pero nuestros temores iban por libre. La sombra de la pérdida de Hanna ha sobrevolado sobre nuestras cabezas, empañando un momento único y especial que debiéramos vivir con ilusión. Hemos necesitado más controles y revisiones de los estipulados, solo para nuestra tranquilidad. Sin embargo, apoyados el uno en el otro y siempre de la mano, hemos conseguido capear el miedo y aquí estamos, a punto de que llegue el momento en el que por fin brille nuestro arcoíris.

Después del verano, con el inicio del curso escolar, retomé mis labores como entrenador de equipos base. Sigo con el grupo de Asher y con mis chicas campeonas que han pasado ya a juveniles. También me he hecho cargo del equipo masculino de la misma categoría y, poco a poco, Armin va delegando en mí sus funciones de coordinador.

Podría haber tenido otra salida, después del impulso que les di a mis chicas, me ofrecieron trabajo como entrenador del HC Empor Rostock, el equipo de categoría absoluta de la ciudad, que juega en segunda división, pero lo rechacé.

La propuesta me llegó el mismo día en que me enteré de que Liv estaba embarazada, en el evento de balonmano al que ella no pudo acompañarme. No puedo estar más orgulloso de la decisión que tomé, aun desconociendo que íbamos a formar una familia.

Ese puesto habría supuesto volver a condenar a Liv a sufrir mis ausencias y no se lo merece. Además, formar a estos niños, enseñarles el amor que el balonmano despierta en mí, compartirlo con ellos y crecer todos juntos es una de las cosas más gratificantes que he hecho en mi vida. He cambiado la perspectiva negativa que tenía acerca de mi lesión. Truncó mi carrera en la élite, pero me dio la oportunidad de descubrir mi verdadera pasión y de conocer a Liv. Tal vez mi destino siempre ha sido este.

Mientras ella se viste, llamo a sus padres para que vengan a por Asher, quien protesta por no poder acompañarnos al hospital, y aviso también a mi hermana. Pido un taxi porque no me veo capaz de conducir. Cuando llega el vehículo, ayudo a Liv a ocupar uno de los asientos traseros y me sitúo a su lado.

—Tengo ganas de empujar —me dice, aferrándose a mi mano con fuerza mientras le sobreviene otra contracción. Cada vez se suceden en un intervalo más corto.

—Aguanta, estamos a punto de llegar. Todo va a ir bien —la animo. Todo tiene que ir bien, no se puede torcer, ahora no.

Estoy acojonado, más de lo que lo he estado en mi vida, pero, al mismo tiempo, siento una ilusión, una alegría dentro, que eclipsa todo lo demás y me centro en eso para servirle de apoyo. Ella también está asustada, me lo gritan sus ojos color chocolate cada vez que se posan en mí. Ella fue mi soporte ante la falsa acusación que se vertió sobre mí, ahora es mi turno.

Tras dar los datos al personal de recepción, nos hacen pasar a un box individual. Liv cambia su ropa por uno de esos ridículos camisones que dejan el culo al aire y esperamos, entre contracción y contracción, a que vengan a explorarla.

—Esto va muy bien, Liv. Estás prácticamente dilatada por completo. ¿Tienes ganas de empujar? —Ella asiente—. Pues ya sabes, cuando llegue la siguiente contracción, hazlo.

Me posiciono junto a la cabecera de la cama, dejo que alivie su dolor estrujándome la mano. Aunque me rompiera todos los huesos, sería incapaz de protestar. La contracción llega y ella empuja. Y repite lo mismo durante las siguientes.

—Muy bien, ya casi está aquí, la tenemos —anuncia la matrona.

Ambos contenemos la respiración hasta que el potente llanto de nuestra hija nos empuja a llenar de nuevo los pulmones, respirando por primera vez al mismo tiempo que ella.

La colocan inmediatamente sobre el pecho de su madre, les permiten estar unos minutos así, piel con piel, antes de que se la lleven para asearla.

Me la devuelven a mí, poco después, con un gorrito cubriendo su cabeza y arropada en una manta. Joder, es lo más bonito que he visto en mi vida.

—Mad, por favor, dime que Leyna está bien —la angustia en Liv es evidente. Lo sabe, sabe que todo ha salido a pedir de boca, pero necesita escucharlo en voz alta para espantar sus fantasmas de una vez por todas.

—Es perfecta. Sois perfectas —le aseguro y deposito a la pequeña de nuevo en su regazo, con cuidado, como si fuera un objeto extremadamente frágil.

Las contemplo, con un amor tan grande que apenas me cabe en el pecho. Me hago un hueco al lado de Liv y me uno al abrazo madre-hija. Las rodeo a ambas con mis brazos, como si fueran un muro inquebrantable que quiere protegerlas a toda costa. Beso la frente de nuestra pequeña para luego buscar los labios de Liv.

—Os quiero. Gracias por hacerme la persona más feliz del mundo —declaro todavía sobre su boca, negándome a alejarme ni un centímetro más de ellas .

Liv



EPÍLOGO 2
Seis años después

Leyna no para quieta en su asiento, es un auténtico terremoto. Su padre la coge en brazos y se la sienta sobre las piernas, a ver si así conseguimos que no moleste al hombre que tiene al lado mientras esperamos a que dé comienzo el partido.

La megafonía anuncia los nombres de los jugadores de cada equipo. No puedo evitar ponerme en pie y aplaudir hasta que me arden las palmas de las manos cuando escucho el nombre de «Asher Steinert». Leyna y Mad me imitan mientras corean su nombre.

Mi pequeño gran hombre todavía no ha alcanzado la mayoría de edad y acaba de fichar por uno de los mejores clubes de balonmano del mundo, el THW Kiel, convirtiéndose en el jugador más joven de la historia en formar parte de la plantilla. En su espalda luce el dorsal 23, el mismo número que defendió Mad en su época dorada como jugador, el mismo que llevan ahora Leyna y él mismo para animarlo.

Me da un poco de miedo que, siendo Asher tan joven, se obceque tanto en el balonmano y se olvide de todo lo demás, de sus amigos y de sus estudios, aunque me tranquiliza saber que Mad, después de lo que vivió en sus propias carnes, lo ayudará a mantenerse con los pies en la tierra.

El hombre con el que comparto mi vida ha tenido mucho que ver en su meteórico ascenso. Se dedica en cuerpo y alma a su trabajo, a entrenar a chicos y chicas, volcando en sus conocimientos toda la pasión que siente por este deporte. No se dedica solo a enseñarles a jugar a balonmano, sino que también les ayuda a crecer dentro y fuera de la pista.

El club que dirige desde la jubilación de su mentor se ha convertido en todo un referente y ya ha nutrido a varios equipos de futuras estrellas del balonmano. Me consta que ha recibido varias ofertas para entrenar clubes de categorías absolutas, pero las ha rechazado. Es feliz con su trabajo y con su familia y no necesita nada más. Yo tampoco, si él está a mi lado.

El otro «culpable» de que mi hijo salte ahora mismo a la pista es el segundo entrenador del THW Kiel: Dominik, su padre y mi exmarido. Hace un par de años que anunció su retirada como jugador, sin embargo, no pudo irse muy lejos.

La relación con él ha mejorado bastante, especialmente en estos dos últimos años en los que sus exigencias laborales no han sido tan intensas y le han permitido pasar más tiempo con su hijo. Ahora, incluso, desde que el club fichó a Asher, viven juntos. Cosa que me tranquiliza, ya que, para mí siempre será mi pequeño a pesar de que ya mide más de metro noventa.

También ha habido un acercamiento entre Maddox y Dominik quienes por fin, después de casi veinte años de animadversión y desavenencias, han conseguido limar asperezas. Sus respectivos trabajos hacen que mantengan contacto a menudo. No son amigos, no creo que lo sean nunca, pero al menos, su relación es bastante cordial. Cuando Mad tiene algún jugador que parece destacar especialmente, por deferencia al que fue su club y con el que todavía mantiene relación, se lo comunica a Dominik quien habla con los responsables para que envíen a algún ojeador. Así es precisamente como se produjo el fichaje de Asher.

El THW Kiel se alza con la victoria con un marcador bastante ajustado. Mi hijo ha jugado solo unos pocos minutos, suficientes, sin embargo, para que todo el público descubra el potencial del muchacho. Ha marcado dos goles y ha sido protagonista de un par de bloqueos decisivos para el resultado final. Acaba de tener su primera oportunidad y no tardará en hacerse un hueco y

volverse imprescindible para el club, como en su día lo fueron Maddox primero y Dominik después.

En cuanto finaliza el encuentro y gracias a un pase VIP que llevamos colgado del cuello, accedemos a las entrañas del estadio y esperamos frente a las puertas de los vestuarios a que salgan los jugadores.

El primer abrazo de Asher es para Leyna, para su ojito derecho. Se llevan casi once años, pero son inseparables. Él la protegería con su vida y ella lo adora, besa el suelo por donde pisa su hermano. Las miradas que dedica a su ídolo y referente están cargadas de emoción y orgullo, por eso, cuando mi hijo me dedica su segundo abrazo, no me sorprende nada la pregunta de mi pequeña.

—Papá, yo también quiero jugar a balonmano. ¿Me entrenarás para que brille como Asher?

—Por supuesto, cariño —responde Mad—, pero no necesitas nada más para resplandecer como un rayo de sol. Desde que naciste, has vuelto el mundo de los que estamos a tu alrededor mucho más luminoso.

En último lugar, pero no por ello menos importante, Asher se deshace entre los brazos de Maddox. La conexión y la complicidad que hay entre ellos dos va mucho más allá de lo que pueda determinar la sangre, son mucho más que familia.

—Has estado genial, chaval —lo felicita Mad

—Si estoy aquí es gracias a ti, entrenador.

—No, te lo has ganado por méritos propios. Solo he intentado darte un pequeño empujón para que echaras a volar y te daré la mano para que no caigas. Gracias a ti por darme la oportunidad de verte crecer y dejarme hacerlo también a mí a tu lado.

Agradecimientos

Bueno, ya van trece. Trece historias a las que he puesto la palabra «FIN». Espero que, en mi caso, este número me traiga suerte.

Si has llegado hasta aquí, mi primer «Gracias» es para ti, lector, lectora, por darme esta oportunidad. Espero de todo corazón que el viaje haya merecido la pena y que vuelvas a acompañarme en otra ocasión.Te agradecería también que me dejaras tu opinión tanto en Amazon, Goodreads o en cualquier otra plataforma para ayudarme a mejorar y a crecer.

Gracias a mi familia, especialmente a Javi y a Ian por estar siempre a mi lado, por aguantar mis ausencias cuando me pierdo entre las teclas, por comprender el tiempo que les robo para dedicarlo a esta afición y por apoyarme siempre.

A Saray, (@saraygallardo_autora). Otra vez estás en el cuadro de honor de mis agradecimientos y espero que no me faltes nunca. En esta ocasión, a todo lo que te digo siempre, tengo que añadir además el agradecimiento por el título, ya que fue una sugerencia tuya. Gracias por tu apoyo incondicional y ser mi medio mojito.

A Maca (@macaoremor) y a Mon (@montanarodriguezm_) por vuestra disposición, porque antes de que os proponga que seáis mis lectoras beta, ya habéis saltado al terreno de juego y me ayudáis a anotar otro gol.

A Tania (@tania_eb87) gracias por las maravillosas Lecturas Conjuntas que organizas. Por convertir en reales a los personajes que viven en las páginas de un libro y ayudarme a llegar a más gente. Gracias también a esas asiduas a #LCsconsalseo.

A la Comunidad Romántica (con mención especial a Teresa @leerconthea por sus «Egun on») y a las compañeras del reto de escritura de la comunidad que consiguen que me «pique» y le dé a la tecla.

A la gente del grupo @escriboerotismo, a mis compañeros de @Zaraletras.info y de @asociacionentrelibrosyletras. A los grupos de Lecturas Conjuntas que nunca se cierran, a mis seguidores de Instagram y redes sociales. Gracias por vuestro apoyo, por vuestros consejos, por permitirme colaborar con vosotros.

A mi gente, por estar siempre ahí, por sus ánimos, por intentar seguirme el ritmo y mantenerse al día con mis libros. Gracias especialmente a aquellos que hacía años que no tocaban un libro y, por mí, se han convertido en lectores habituales.

Sobre mí

Akara Wind es el seudónimo que llevo usando desde hace más de media vida en Internet, es mi «yo» de la red y por eso he decidido utilizarlo como firma de mis libros. Tras él se esconde Patri, una navarrica que vino a este mundo en 1980.

Enfermera de profesión y vocación, siempre he sido amante de los libros y me ha gustado escribir. Lo hacía desde los catorce años, con relatos cortos que se iban acumulando poco a poco en mis cajones.

Cuando empecé la universidad, tuve que dejarlo. Los estudios, las prácticas, no daba abasto con todo. Después vino el trabajo, la familia y el tiempo era algo muy cotizado que hizo que olvidara esa pasión.

Hasta que, en el verano de 2019, aprovechando unas vacaciones, recuperé esa afición que tenía desde niña, arrancándome esa espinita que tenía clavada. Di forma a una historia que me venía rondando la cabeza desde hacía mucho tiempo y que, gracias al apoyo y ánimo de unas amigas, conseguí estructurar en un libro. Así nació Tres Canciones, mi primer libro.

Después de ese, le han seguido otros y ahora no puedo (ni quiero) parar de escribir y espero que me acompañes en esta y en otras aventuras.

Si quieres saber más sobre mí, sígueme en Instagram (@Akara_Wind) o visita mi página web: akarawind.es



Y no dudes en ponerte en contacto conmigo para lo que quieras.

Mis libros

↙ TRES CANCIONES

Krystal es una joven de tan sólo 17 años que se ve azotada por un trágico suceso, la muerte de sus padres en un accidente de tráfico.

A cargo de su tía, la hermana pequeña de su padre, comienzan una nueva vida. Una nueva ciudad, una nueva casa y un nuevo instituto en el que empezar de cero. Allí es donde conoce a Zoe, con la que no tarda en entablar una amistad sincera, una chica risueña que lleva a sus espaldas la carga de un hermano problemático y un oscuro secreto.

Tres canciones define su descubrimiento de la amistad, del amor y de la pasión, en una lucha constante para que esa nueva vida que Krystal ha erigido no se desmorone.

Link: https://www.amazon.es/gp/product/B08KSBP54B

↙ PRIMEROS ACORDES (PRELUDIO DE TRES CANCIONES)

Ella renunció a su familia para cumplir sus sueños. Renunció a sus sueños por él. Y él acabó convirtiéndose en la pesadilla de su familia.

Preludio de “Tres canciones”, “Primeros acordes” es un libro que descubre los orígenes de los fantasmas que atormentan a Tyron.

Unos primeros acordes duros, desgarradores, llenos de rabia y dolor.

Link: https://www.amazon.es/gp/product/B08CTKFZCD

↙ BONUS TRACK: BACK AGAIN (TRES CANCIONES, Nª2)

Parecía que por fin Krystal había conseguido reconducir su vida, llegando a rozar con las yemas de los dedos un futuro con el amor de su vida, sin embargo, el destino caprichoso los vuelve a poner a prueba.

Un pasado que sigue arrastrando a Tyron hacia el borde del precipicio.

Un presente que le azota con un duro golpe que hará que toda su existencia se tambalee.

Cuando parecía que su camino se iba allanando, nuevos obstáculos les demuestran que deben seguir luchando cada día para conseguir sus propósitos.

¿Lo conseguirán?

Link: https://www.amazon.es/gp/product/B08QJMYR8W

↙ HUNTER

El mundo se ha convertido en un campo de batalla entre las diferentes facciones de vampiros. Ya no hay lugar para los humanos, sólo son simple alimento. La noche pertenece a los inmortales.

Los Alas Negras son una raza superior de vampiros, creados y entrenados únicamente para

ser un arma infalible, siempre leal a su dueño, sin preguntas, sin remordimientos, unos asesinos implacables movidos únicamente por la satisfacción de segar vidas. Dotados de inmensas alas de plumas negras sólo tienen un punto débil, la presencia de otro de su misma especie los debilita.

Hunter es uno de ellos, uno de los mejores, uno de los más fuertes, hasta que el ser más insignificante se cruza en su camino: una pequeña niña pelirroja demasiado inocente.

Link: https://www.amazon.es/gp/product/B081QD31WN

⤢ RAVEN

"Tres veces burlarás a la muerte para despertar el poder de la luna y la luz de su interior devorará las sombras para guiar el destino de la humanidad"

Él era un noble guerrero nacido bajo la luna llena, que ambicionaba con convertirse en el mayor líder que había conocido su pueblo.

Sin embargo, los dioses le deparaban un destino que iba más allá, marcado por una profecía que no lograba entender. Una misión que trascendía el tiempo. La lucha incesante entre el bien y el mal con lugar para la pasión, la traición y el amor.

Link: https://www.amazon.es/gp/product/B0841JZ1YG

⤢ STORM

Storm era un joven lobo, repudiado de su propia manada por una característica física que le hacía único, sus ojos heterocromáticos.
Huyó de su tierra natal buscando su propio lugar y, aunque no lo encontró, quedó prendado por la luz que la luna llena proyectaba sobre las montañas de aquel bosque. Así que decidió establecerse allí durante una temporada.

Ella necesitaba romper con un pasado doloroso y cambió su vida de lujo en una gran ciudad por una casa perdida en un pueblo de las montañas, dejándose guiar por la frase acertada de un buen publicista.
Un pueblo que no la acogió como ella hubiera deseado.

Eran tan diferentes que jamás pensaron que sus caminos podrían llegar a cruzarse.

Link: https://www.amazon.es/gp/product/B087V6ZCH6

⤢ UNA SONRISA TRAS LA MÁSCARA

Luna es la «Reina de las Tiritas». Ejerce como enfermera escolar en un colegio público.

Pero un fatídico 15 de marzo, un maldito virus de origen chino obliga a declarar el Estado de Alarma en todo el país.

La vida de Luna, la vida de medio mundo da un giro de 180º hacia una situación que sólo creíamos posible en el guion de una película de segunda.

Luna es llamada a filas para enfrentarse e ese virus invisible en la primera línea de batalla.

Un viaje a los sentimientos de Luna, a la incertidumbre, al caos, al miedo, al dolor. Pero sin

olvidar que siempre queda un hueco para el compañerismo, para la empatía, para hacer nuevas amistades y recuperar otras perdidas.

Una historia personal que todos hemos vivido y que no debe caer en el olvido.

(Dedicado a Jordi)

Link: https://www.amazon.es/gp/product/B08J8BJJ8D

↙ CONSEGUIRÉ QUE TU LUZ VUELVA A BRILLAR

Una mujer brillante, un vagabundo, un pasado.

Dos personas de mundos diferentes, unidos por un destino caprichoso que juega a entretejer los hilos. La batalla contra una oscuridad que amenaza con engullir los rayos de luz del sol.

Cuando la estrella más brillante del universo amenaza con extinguirse y es la llama de la vela más tenue la encargada de volver a encenderla.

«Conseguiré que tu luz vuelva a brillar» es un libro de amor, de amistad, de superación, de romper barreras.

Link: https://www.amazon.es/gp/product/B0916G7M59

↙ ALL – IN: VOY CON TODO

La vida es como un juego, como una partida de póker. Decidir, apostar, arriesgar, aciertos, errores. Unas veces se gana y otras se pierde. No siempre es cuestión de tener buenas cartas, sino de jugar bien una mala mano.

Cuatro cartas, cuatro ases, cuatro palos.

Jared, el as de picas, nunca va de farol, la verdad siempre por delante. Una apuesta arriesgada que hasta ahora no le ha traído suerte.

Lennox, el as de tréboles, lleva muchas partidas apostando bajo sin atreverse a arriesgar sus cartas y lanzar una gran jugada.

Ingrid, el as de corazones, apostó todo a una carta y lo perdió. ¿Conseguirá remontar la partida?

Alex, el as de diamantes, partía con unas cartas nefastas, pero en vez de abandonar la partida intentó sacarle partido a la jugada.

Comienza la partida. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas?

ALL - IN. VOY CON TODO.

Link: https://www.amazon.es/gp/product/B09C4XCY7D/

↙ BAJO LOS COLORES DEL ARCOÍRIS

¿Qué hace la gente en plena crisis de los cuarenta? Comprarse un deportivo, apuntarse al gimnasio… Y ¿qué hace Mara? Divorciarse.

Cambio de década y cambio de vida. Mara ha puesto fin a un matrimonio que no la hacía

feliz. Un momento complicado, pero no está sola. Cuenta con sus hijos, el combustible de su vida y el apoyo incondicional de Ángela, su mejor amiga. Ella la anima a pasar unas vacaciones de verano con su familia.

Un camping, un bungalow, la playa y tres semanas para descubrir el paraíso.

Y allí, bajo una sombrilla con los colores del arcoíris encontrará la chispa que pintará su mundo gris.

Un hombre apasionado, aventurero, atrevido, deportista y sin ninguna atadura en la vida. Lo opuesto a ella. Justo todo lo que necesita.

Una atracción mutua, una conexión que ninguno de los dos se explica…

Solo hay un problema. Él es joven, demasiado joven.

Ven, acompáñala. Siente el calor del verano, el hormigueo de una ilusión y la pasión irrefrenable que Mara vive en las vacaciones más especiales de su vida.

Link: https://www.amazon.es/gp/product/B09VR7L3VQ/

⬈ CONTIGO HASTA EL FIN DEL MUNDO

Axel y Zoe se conocen de toda la vida, fueron vecinos y prácticamente se criaron juntos.

Ella, cuatro años mayor, fue su protectora, su mentora, su principal apoyo, su mejor amiga.

Fue todas sus primeras veces, incluso la más dolorosa, esa en la que cogen un corazón lleno de esperanza, repleto de ilusiones y lo pisotean hasta dejarlo muerto.

Dos almas gemelas separadas por una mala decisión. Una traición amarga que los convirtió en extraños.

Ambos quisieron olvidar, remendaron sus heridas y siguieron caminos opuestos, pero el destino quiso que sus vidas se volvieran a cruzar.

¿Habrá lugar para una segunda oportunidad?

Link: https://www.amazon.es/dp/B0B8TFRSXN/

⬈ PINTA MI LOCURA

Mi nombre es Jade y soy psicóloga. Cuando a Travis, mi novio de toda la vida, le ofrecieron un trabajo irrechazable en otra ciudad, me fui con él.

No dudé ni un instante en dejar mi vida atrás para vivir mi propio cuento de hadas. Mi final feliz iba a ser una boda de ensueño.

Pero el príncipe azul acabó convirtiéndose en rana y tuve que empezar de cero en una ciudad en la que tan solo tenía un trabajo.

Y a pesar de creer que no tenía a nadie, nunca estuve sola. Mi jefe, mi compañero de piso y… mi paciente. Un artista cuya mente se rompió siendo solo un niño.

Muchos años de estudio, muchos libros de psicología no me habían preparado para esto. Para descubrir que, al final, el corazón va por libre.

Link: https://www.amazon.es/Pinta-mi-locura-Akara-Wind-ebook/dp/B0BPJTBZ6M

.

[1] Especie de albóndigas o hamburguesas de carne picada especiada típicas de Alemania